

ASALARIADOS RURALES EN AMÉRICA LATINA



Compiladores

Alberto Riella y Paola Mascheroni



CLACSO

**Asalariados rurales
en América Latina**

Asalariados rurales en América Latina

Compiladores:
**Alberto Riella y
Paola Mascheroni**



Departamento de Sociología
Facultad de Ciencias Sociales
Universidad de la República



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales



Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Secretario Ejecutivo: Pablo Gentili

Directora Académica: Fernanda Saforcada

Programa Grupos de Trabajo

Coordinador: Pablo Vommaro

Asistentes: Lluvia Medina, Valentina Vélez Pachón, Rodolfo Gómez y Giovanni Daza

Área de Acceso Abierto al Conocimiento y Difusión

Coordinador Editorial: Lucas Sablich

Coordinador de Arte: Marcelo Giardino

© 2015, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Departamento de Sociología-FCS-UDELAR

Alberto Riella y Paola Mascheroni

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales

Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1101 AAX Ciudad de Buenos Aires, Argentina

Tel. (5411) 4304 9145/9505 | Fax (5411) 4305 0875

E-mail clacso@clacso.edu.ar | web www.clacso.org Web <http://www.clacso.org>

Departamento de Sociología-Facultad de Ciencias Sociales

Universidad de la República (UDELAR)

Constituyente 1502, piso 5 | 11200 Montevideo-Uruguay

Tel. (598) 2410 3855 | E-mail secretaria.ds@cienciassociales.edu.uy

Web <http://cienciassociales.edu.uy/departamentodesociologia/>

Producción editorial:

Doble clic • Editoras | E-mail doblecli@internet.com.uy

Diseño e ilustración de cubierta:

Federico Calzada.

1ª Edición, diciembre de 2015

Impreso en Uruguay

ISBN 978-9974-670-91-4



CLACSO cuenta con el apoyo de la Agencia
Sueca de Desarrollo Internacional (ASDI)

Este libro está disponible en texto completo en la Red de Bibliotecas Virtuales de CLACSO

Contenido

Introducción	7
1. Agronegocio y proletarización rural en la sierra central de Ecuador, provincia de Cotopaxi Luciano Martínez Valle	25
2. Trabalhadores rurais e as novas condições de trabalho no Vale do São Francisco, Nordeste do Brasil Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, Alberto Dias de Moraes e Rodolfo Rodrigo Santos Feitosa	49
3. En búsqueda del control: enganche e industria de la migración en una zona productora de uva de mesa en México Sara María Lara Flores y Kim Sánchez Saldaña	73
4. Resistentes, comprometidas y conflictivas: obreras de la agroindustria frutícola en Argentina. Una mirada desde la demanda de mano de obra Elena Mingo	95
5. Reclutamiento y contratación de trabajadores estacionales migrantes en el Valle de Uco, provincia de Mendoza, Argentina. Guillermo Neiman	111
6. Hogares rurales y oferta laboral en mercados transitorios de trabajo agrícola migrante, provincia de Santiago del Estero, Argentina Germán Quaranta	127

7. Trabajo predial y extrapredial en áreas de vulnerabilidad social y ambiental de Argentina	
Mónica Bendini y Norma Steimbregger	147
8. Pequeña y gran producción agrícola capitalista y trabajo asalariado en Bolivia	
Enrique Ormachea Saavedra	165
9. La simbiosis perversa: las máquinas y la degradación del trabajo en el estado de San Pablo, Brasil	
María Aparecida de Moraes Silva, Juliana Dourado Bueno y Beatriz Medeiros de Melo	187
10. Trabalhadores migrantes nos canaviais do Estado de São Paulo: formas de resistências e movimentos espontâneos	
Marilda Aparecida Menezes e Maciel Cover	213
11. Transformaciones agrarias y cambios recientes en los mercados de empleo rural en Uruguay	
Alberto Riella y Paola Mascheroni	237
12. Aspectos da organização do trabalho assalariado em monoculturas de árvores na Argentina, Brasil e Uruguai	
Múcio Tosta Gonçalves	263
13. Asalariados rurales, excepcionalidad y exclusión: un aporte para la superación de barreras a la inclusión social en Uruguay	
Joaquín Cardeillac, Matías Carámbula, Agustín Juncal, Bolívar Moreira, Andrés Dean, Ivone Perazzo, Estefanía Galván, Diego Piñeiro	289
14. El empleo rural no agrícola en México: el caso de la industria de la confección	
Hubert Carton de Grammont	313
Sobre los autores y autoras	341
Siglas y acrónimos	345

Introducción

El desarrollo acelerado que ha tenido el capitalismo en los territorios rurales, en la última década, no se ha basado únicamente en la depredación de recursos naturales y el desplazamiento de sus tierras de miles de comunidades, sino que también su expansión ha sido posible por la explotación de millones de hombres y mujeres que con su fuerza de trabajo han creado el valor y la riqueza acumulada por las grandes empresas del sector agrario en todos estos años.

En este sentido, las ganancias y los beneficios extraordinarios que ha obtenido el capital en su expansión al sector primario se deben en buena parte a estos trabajadores y trabajadoras que se han tenido que emplear como peones, jornaleros, temporeros, destajistas u obreros, en condiciones generalmente precarias y recibiendo muy bajos salarios. Esto ha llevado a que dichos trabajadores, de todas las etnias y razas del continente, y en muchos casos en situación de migrantes, prácticamente no hayan logrado en estos años apropiarse de ningún beneficio y sigan viviendo en condiciones sociales de alta vulnerabilidad, a la vez que continúan siendo sujetos invisibilizados política y socialmente ante el resto de sus conciudadanos.

Con este libro buscamos hacer visibles estas situaciones. Los estudios que se reúnen en él muestran la realidad en la que viven los asalariados rurales, sus familias y las condiciones de trabajo a las que están sometidos, tanto en las producciones tradicionales del agro como en los enclaves más modernos y tecnificados del continente.

Los procesos de trabajo analizados son muy diversos y contemplan distintos entornos geográficos, pero en líneas generales abarcan los dos grandes ejes de la penetración del capital en el agro en la última década: por un lado, el desarrollo de las grandes extensiones para monocultivos de granos o materia prima, y, por otro, las cadenas de producción de productos en fresco. Es de destacar que, si bien las características de la formación de esos

mercados de empleo son distintas, debido a la cantidad y al tipo de empleos que generan y a la organización del trabajo, ambas modalidades contribuyen a reproducir las condiciones estructurales que hacen que los empleos rurales continúen siendo desprotegidos, inestables, de baja remuneración y de altas exigencias físicas.

Asimismo, los análisis de varios casos examinados en el libro señalan el fuerte proceso de subsunción real del trabajo al capital, en especial en las regiones que eran marginales para la agricultura, donde se da con mayor fuerza el desplazamiento de las formas campesinas y de las comunidades de pueblos originarios.

Los cambios ocurridos en la última década han ido alterando radicalmente el paisaje de los mundos rurales de América Latina y también han modificado el perfil de los asalariados del agro, pero sin mejorar sustancialmente sus condiciones de trabajo. Los estudios de los diferentes países muestran de forma inequívoca que la combinación de la asalarización con el notable avance de la tecnología y las innovaciones productivas, que sólo crean un pequeño porcentaje de empleos calificados, no ha logrado mejorar las condiciones de trabajo ni las remuneraciones para la mayoría de los asalariados rurales del continente. Estos siguen teniendo empleos indecentes y sometidos en muchos casos a las formas más arcaicas de explotación. Esto nos lleva a reflexionar sobre cómo la competencia capitalista, en especial en el sector agrícola, donde los procesos biológicos no permiten su total control, no puede dejar atrás ninguna forma de extracción de excedente, sino que según las circunstancias y sus necesidades combina en diferentes dosis y encadenamientos las formas más tradicionales y directas de sobreexplotación con formas más sofisticadas, mediante el uso de alta tecnología y de la mecanización.

En este contexto, queda de manifiesto la relevancia que han adquirido los asalariados rurales en el nuevo modelo de reprimarización de las economías latinoamericanas. Si bien las relaciones salariales han estado presentes en el sector, estas deben ser entendidas en el actual contexto del capitalismo globalizado, ya que son las estrategias de acumulación de las grandes cadenas agroalimentarias las que impulsan la lógica de estos mercados de empleos perversos. En ellos se crea más y más cantidad de empleos, pero cada vez con mayor estacionalidad y más intensificación del trabajo, sin resguardo alguno sobre su calidad.

En este sentido, en los trabajos que componen el libro se muestra cómo el incremento de la demanda de jornaleros y trabajadores a destajo produce el ingreso de otros segmentos sociales al trabajo rural, dándose un notable incremento de la urbanización, de la feminización y de la

estacionalidad de estos nuevos temporeros. La evidencia empírica presentada refleja la magnitud de las transformaciones que se han venido experimentando en las relaciones de trabajo, sobre todo en las formas de contratación, de movilidad y desplazamiento territorial en búsqueda de empleo, en los variados ciclos ocupacionales a lo largo del año (que incluyen su complementación con inserciones urbanas), y el crecimiento del empleo no agrícola en regiones rurales.

Concomitantemente con estos cambios en la fuerza de trabajo rural, se modifican y complejizan las formas de intermediación en los mercados de trabajo agrícolas: ya no sólo incluyen la simple puesta en contacto entre la demanda y la oferta, sino que avanzan sobre la propia organización del proceso de trabajo dentro de las empresas. Estas modalidades de intermediación acrecientan las formas flexibles que adoptan las empresas para el reclutamiento, la organización y la gestión de los trabajadores y hacen más vulnerables al trabajador y sus derechos. Por otra parte, el gran volumen de trabajo que se maneja en algunas cosechas ha hecho que los servicios de intermediación se estén transformando en un negocio cada vez más apetecible, e inclusive en algunos países ya se han constituido grandes firmas que manejan a miles de trabajadores agrícolas para suministrar y organizar la fuerza de trabajo para las empresas.

Bajo estos sistemas, el control del trabajador se hace más efectivo y se instalan regímenes más intensivos de explotación y subordinación de los asalariados. Se produce, así, como se puede ver a lo largo de los estudios presentados en el libro, una suerte de convergencia de las condiciones de empleo y de intermediación que se expande por igual en todo el continente, generalizando el uso de esta forma de gestionar la mano de obra y de organizar el trabajo como método para maximizar las ganancias en el sector.

En las investigaciones presentadas en este volumen, también se constata en general un escaso avance institucional en los mercados de empleo, que se traduce en un impedimento importante para garantizar los derechos de los trabajadores, con las excepciones de algunos pocos países que han dado algún paso en la dirección de mejorar esta situación. Algunos capítulos dan cuenta de cómo los gobiernos de corte progresista han tratado de avanzar en el plano formal, creando una legislación laboral de reconocimiento de los derechos de los asalariados rurales y sus organizaciones. No obstante, en ellos se deja de manifiesto que en los hechos no se ha podido avanzar sustantivamente, debido al poder de las corporaciones empresariales y la fuerte presión que ellas han ejercido sobre los Estados para seguir imponiendo sus formas de trabajo y bajos costos salariales, ya que en la

mayoría de los casos estos factores constituyen la base de su competitividad en el mercado mundial.

En este plano de las instituciones y las regulaciones del mercado laboral, algunos capítulos muestran la baja influencia que tienen los sistemas de certificación internacional sobre las condiciones de empleo en el sector. Aunque en algunos países su instalación ha permitido algunos avances, en general sus requisitos han sido instrumentalizados por las empresas y han servido para aumentar la intensificación de las tareas durante la jornada e imponer mayor disciplinamiento en los espacios de trabajo. Si bien estos sistemas ponen su atención en proteger al consumidor y, en algunos casos, garantizar una legislación laboral mínima, queda de manifiesto la necesidad de exigir que se haga mayor énfasis en vigilar las condiciones sociales en las que se producen los alimentos y las materias primas, como un elemento constitutivo de la calidad del producto que ellos certifican.

Pero ante estas adversidades, aquí se muestra cómo este grupo social de trabajadores, tan amplio y heterogéneo, resiste individual y colectivamente de forma cotidiana a las condiciones de trabajo que le son impuestas. Es así que se estudia cómo en ocasiones logran desplegar un conjunto de luchas y conflictos sociales en reclamo de sus derechos, las que hacen visibles sus organizaciones y demandas. La fuerte concentración de trabajadores que se viene produciendo en las grandes empresas del agro, sobre todo en las ramas más dinámicas, ha dado lugar a la emergencia de movimientos sindicales que han denunciado y reclamado la falta de cumplimiento de los derechos fundamentales de los trabajadores. Estos movimientos enfatizan la necesidad de regulación estatal de estos mercados de empleo para reducir las asimetrías de poder entre las partes y lograr una mejora sustantiva en las condiciones de trabajo. En estas incipientes organizaciones es de resaltar el papel que juegan las identidades de género, de etnia y de condición migrante en los procesos de consolidación y avance de sus acciones colectivas. También se muestra la necesidad de que estas organizaciones y sus conflictividades se incorporen como un eje más al campo popular que enfrenta los avances de estas formas depredadoras del capital en el agro latinoamericano.

Por último, es necesario destacar la amplitud territorial que comprenden los catorce capítulos del libro, abarcando diferentes regiones de seis países del continente, recorriendo la situación de los trabajadores rurales desde la Patagonia argentina hasta la frontera mexicana con los Estados Unidos de Norteamérica, pasando por las regiones andinas, el sur y el nordeste brasileño, las llanuras del Río de la Plata, las regiones de la Sierra en

Ecuador y llanos de Bolivia. Esta riqueza de paisajes rurales permite observar en diversos contextos productivos y culturales los múltiples actores y agentes que construyen los mercados de empleo rurales y comprender las lógicas y estrategias más globales que los estructuran. Asimismo, esta amplitud de casos nos permite contemplar la diversidad del continente y apreciar cómo en esa variedad de escenarios la expansión capitalista y el creciente contingente de asalariados agrícolas adquieren una diversidad de efectos, matices y singularidades, y también permite observar ciertas regularidades. En este sentido, el libro es una invitación a la reflexión sobre las urgencias y los desafíos actuales de los mundos rurales latinoamericanos.

En el primer capítulo, Luciano Martínez Valle estudia el proceso de asalariación en la sierra central de Ecuador, particularmente en la provincia de Cotopaxi, donde se produce a partir del avance de las empresas capitalistas en los cultivos de exportación de flores y brócoli. El autor describe cómo en esos territorios se dan las condiciones para la expansión de estos enclaves de exportación, en tanto hay una amplia posibilidad de concentración de la tierra, agua y una abundante mano de obra disponible. El artículo contribuye a reflexionar sobre los principales efectos que imponen las cadenas globales en los territorios y cómo ejercen una sobreexplotación de los trabajadores mediante sofisticadas formas de intensificación del trabajo, para así poder obtener ganancias extraordinarias y multiplicar su rentabilidad. Para Martínez, esto lleva a una mayor subsunción real de los campesinos al capital, imponiendo las relaciones asalariadas pero con un anclaje en las relaciones sociales donde predominan marcados rasgos de clientelismo y una débil organización sindical. También se constata un cambio importante en el perfil de los trabajadores con la aparición de jóvenes asalariados rurales, quienes tienen una vinculación más intensa con los centros urbanos a través de la red vial, patrones de consumo y hábitos alejados de las actividades agrícolas tradicionales y del estilo de vida campesino. Todo ello conduce a que las comunidades pasen a ser principalmente de residencia más que de producción. Los ingresos de las familias ya no son dirigidos a las unidades de producción sino al consumo personal. La posibilidad de las familias de tener de dos a tres perceptores de ingresos, en estas cadenas globales de producción, se refleja en el descuido de las actividades de las unidades productivas, a la vez que le permite al hogar salir de la situación de dependencia y pobreza que le imponía su parcela. Se produce una fuerte asalariación de las mujeres, lo que afecta la columna vertebral de la economía familiar campesina, debilitándola aún más. Además, la demanda de trabajo comienza también a mostrar la presencia de migrantes indígenas,

quienes sufren una fuerte discriminación en el trabajo. Por último, el autor concluye que este estilo de desarrollo capitalista genera en las regiones estudiadas una doble precarización, tanto del empleo como del trabajo, que podría evitarse en parte si se lograran aprobar las reformas del código de trabajo impulsadas por el actual gobierno.

En el segundo capítulo, Josefa Salette Barbosa Cavalcanti, Alberto Dias de Moraes y Rodolfo Rodrigo Santos Feitosa se interesan por los cambios en las relaciones laborales y en las condiciones de trabajo en las cadenas globales de producción de uva y mango en fresco en la región del Valle de San Francisco. Los autores ilustran cómo las profundas transformaciones en los mercados de trabajo impactan en las formas de empleo y control de los trabajadores y trabajadoras que participan en las distantes etapas de estas cadenas. La expansión de la fruticultura de exportación es presentada como un logro de la competitividad de la región y de la capacidad de innovación tecnológica, pero que invisibiliza a los trabajadores y las formas de explotación a las que están sometidos. En el artículo se detalla cómo los tiempos de producción se deben ajustar a los tiempos del mercado y, por consiguiente, cómo el territorio debe organizarse en función de este y sus oscilaciones. Pero quienes más sufren estos ajustes a los tiempos del mercado son los trabajadores agrícolas de estos encadenamientos globales, que acceden a empleos cada vez más transitorios. Además, frente a la crisis de superproducción que vive actualmente la región y a la reducción de las ganancias de las empresas, se ven disminuidos los niveles de empleo y se produce un descenso de los salarios. En estas circunstancias, la acción sindical es débil y, aunque logre resistir algunas de las citadas medidas, no consigue imponer mejores condiciones de trabajo. Pero ante estas resistencias, en las que la mujer tiene un papel protagónico, las empresas aumentan la informalidad para seguir bajando los costos y elevando las exigencias en el trabajo. Esto se ve reforzado por la tecnificación que sigue avanzando y reduce los puestos de trabajo en el campo y en la cosecha, aunque aumentan los puestos en los servicios relativos a acondicionamiento, embalaje, presentación, transporte y trazabilidad, entre otros. Por su parte, los procesos de certificación de calidad que imponen las empresas compradoras aumentan el control durante la jornada laboral; y la trazabilidad del producto lleva a la intensificar las rutinas de trabajo pero sin dar a cambio un aumento de los salarios. Para los autores, las actuales condiciones de trabajo en la región están cada vez más determinadas por las estrategias de acumulación y explotación de las grandes cadenas de producción y distribución de alimentos

frescos, y en momentos de crisis el margen de negociación para los actores locales y sus resistencias se reduce notoriamente.

En el tercer capítulo, Sara María Lara Flores y Kim Sánchez Saldaña nos presentan un conjunto de reflexiones sobre los diferentes sistemas de intermediación y control de la mano de obra a partir del caso del enclave de producción de la uva de mesa para el mercado de Estados Unidos en Sinaloa, México. Anualmente, llegan a esa localidad para la cosecha, que dura unas dos semanas, cerca de sesenta mil jornaleros que se emplearán en empresas altamente tecnificadas y articuladas a una compleja red de comercialización y distribución internacional. Las autoras estudian la forma en la cual las condiciones de escasez de mano de obra en esta región impulsan la conformación de un circuito migratorio desde regiones rurales del sur del país, estructurado por un sistema de intermediación laboral que irá variando a lo largo del tiempo, a medida que se van asentado los migrantes. También destacan cómo las distintas formas de intermediación se han servido de las relaciones de parentesco, vecinales y étnicas para organizar y controlar los flujos migratorios y poner así a disposición de las empresas a trabajadores “dóciles y disciplinados”. El régimen de control que ejercen estos agentes es cada vez más estricto: en este marco cualquier desacuerdo es interpretado como una indisciplina, no existe libertad para interrumpir la relación laboral y se limita la movilidad del trabajador mediante la retención del salario hasta finalizar la temporada, evitando que deje de trabajar y se fugue del campamento. Lara y Sánchez también se interesan por conocer las formas mediante las cuales las empresas logran hacer que los trabajadores acepten sin mayores resistencias las estrictas condiciones de trabajo y las formas cada vez más extremas de su intensificación. Para ello utilizan el concepto de “consentimiento” de Burawoy y muestran cómo la estrategia de las empresas apunta a lograr, por medio de las formas de organización del trabajo y de los incentivos a la productividad, que los potenciales conflictos entre la empresa y los trabajadores se desplacen sistemáticamente hacia conflictos entre grupos de trabajadores. Desde esta perspectiva, exponen detalladamente el modo en el cual se fomenta la rivalidad entre trabajadores y cuadrilleros, introduciendo la necesidad de trabajar duro para obtener el mayor dinero posible sin cuestionar el bajo salario y el sistema de pago a destajo. En opinión de las autoras, esto lleva a eliminar la contradicción capital-trabajo, naturaliza las formas de explotación e inhibe formas de acción colectiva. Se ilustra cómo, para alcanzar esas metas, las empresas aprovechan las diferencias de género, etnia, residencia o rendimientos para fomentar la

competencia y rivalidad entre cuadrilleros, entre contratistas o entre inmigrantes y asentados, desplazando así el núcleo de conflicto desde la empresa a los propios trabajadores. Esto les permite a las empresas tensionar más los salarios a la baja, lograr mayor intensificación y mayor disciplina en el trabajo. También en este marco, completan el análisis subrayando la débil institucionalidad que existe en la región, que no ofrece ningún tipo de garantía social a los trabajadores y se convierte en un factor importante para la convergencia de todas las situaciones estudiadas para que las relaciones laborales sean cada vez más asimétricas e indecentes en este tipo de enclaves.

En el capítulo cuarto, Elena Mingo se centra en las prácticas y representaciones de quienes contratan mujeres y organizan su trabajo en las agroindustrias frutícolas en el Valle de Uco, en Mendoza, Argentina, región en la cual las mujeres son una parte cada vez más importante de la mano de obra transitoria que se desempeña en los cultivos intensivos. El estudio se fundamenta en que el desempeño laboral femenino, utilizado como categoría de análisis, permite observar la separación de tareas y el orden jerárquico entre varones y mujeres, dando la posibilidad de reconstruir la gramática de género que explica la asignación desigual de tareas entre ambos sexos. Para Mingo, la segregación de género en la agroindustria frutícola se produce principalmente en la contratación y asignación de tareas, momentos clave en los que se estructura un conjunto de representaciones sociales que expresan ciertos atributos de las mujeres que operan como discriminadores de género. En este sentido, la representación de las habilidades “naturales” (paciencia, movimientos lentos y precisos) niega los procesos de aprendizaje ocultos bajo el desempeño de las tareas sencillas pero muy importantes para el empleador, que condena a las mujeres a puestos de menor jerarquía en la organización del trabajo. Así, dan cuenta de que las mujeres están capacitadas para este trabajo pero no se les paga por ello: se interpreta que estas habilidades son intrínsecas a su condición femenina. A ello se suma la percepción del salario femenino como ‘complementario’ en el hogar, por lo cual se les paga poco y menos que a los hombres. La autora muestra cómo estas habilidades las excluyen de puestos de mayores salarios y de mayor estabilidad en el tiempo. Sin embargo, el estudio destaca que a las mujeres se les reconoce una actitud más enérgica para el reclamo de sus derechos laborales, por lo cual tendrían un papel más destacado en las acciones colectivas, lo que es visto con recelo por los empleadores. Para la autora, el movimiento feminista en el país ha ido empoderando indirectamente a este segmento de jornaleras de la agroindustria, que se ha animado a desafiar el

poder de los empresarios y contratistas, y a resistir los abusos y atropellos a los que están sometidas las mujeres en los campos y los galpones de las agroindustrias globales.

En esta misma región, Guillermo Neiman desarrolla en el capítulo cinco un análisis muy detallado del sistema de reclutamiento y contratación de trabajadores estacionales de Tucumán que concurren al Valle de Uco en Mendoza para la producción de uva para vinos finos de exportación. El autor sostiene que la expansión de las cadenas globales de valor en el continente está otorgando creciente importancia a las formas de intermediación laboral, ampliando sus competencias y dando ingreso a una multiplicidad de nuevos agentes, incluyendo con mayor frecuencia a los Estados y sus políticas públicas. En este marco, el estudio busca caracterizar a los migrantes y sus estrategias e identificar los tipos de modalidad y los agentes que participan en su contratación y traslado. Se constata que el origen de los trabajadores migrantes es urbano, de localidades pequeñas y medias, y que combinan trabajo agrícola y no agrícola en el año laboral, mostrando así un perfil diferente al de los temporeros provenientes de unidades campesinas del medio rural que formaban la mayoría varias décadas atrás. Neiman establece que, desde el punto de vista del trabajador, la decisión de movilidad dependerá de cómo este debe resolver dos aspectos clave y críticos para el proceso migratorio: la extensión del contrato y el ingreso salarial por las tareas en ese tiempo. Sin embargo, muchos trabajadores no cuentan con toda esta información en forma clara y a tiempo como para organizar sus propias estrategias migrantes, por lo que los temporeros deben acudir a diferentes prácticas de contratación en un marco de informalidad y precariedad, lo que hace que los procesos de contratación de mano de obra estacional sean aún más complejos y riesgosos para el trabajador. En este contexto de falta de recursos e información, muchos trabajadores terminan optando por determinados “circuitos de reclutamiento” que refuerzan las redes informales de contratación centradas en la vecindad, amistad y parentesco. Los trabajadores que dependen de estas redes para obtener trabajo logran inserciones laborales más precarias que los que dependen de sí mismos para la búsqueda y obtención del trabajo. En este capítulo se muestran claramente los numerosos factores que intervienen en la contratación y la selección de migrantes, y cómo el proceso de intermediación articula factores económicos, culturales y políticos donde convergen múltiples agentes y diferentes lógicas. Pero, en este complejo entramado, la estrategia de las empresas será siempre promover o imponer aquellos canales que les permitan reducir los costos de la mano de obra, obtener la

cantidad necesaria de mano de obra en el tiempo oportuno y disponer de la mayor proporción posible de trabajadores que acepten sin reclamos las condiciones de trabajo que ellos ofrecen.

En el capítulo seis, Germán Quaranta se interesa por las migraciones laborales transitorias de hogares rurales, interrogándose por la formación de la oferta laboral en el mercado de trabajo agrícola para tareas estacionales o transitorias en Santiago del Estero, Argentina. Año a año, más de cuarenta mil santiagueños de las áreas rurales se movilizan por las distintas provincias y regiones para abastecer las viejas y nuevas demandas del agronegocio en el país. Quaranta analiza cómo se conforma la oferta de trabajo que alimenta estas corrientes migratorias y qué tipo de sujeto social se encuentra involucrado en esta modalidad. En este sentido, observa cómo ha ido cambiando el perfil de la oferta laboral, en el cual las familias campesinas que articulan el trabajo en el predio familiar con ocupaciones asalariadas temporarias pierden cada vez más centralidad. En acuerdo con ello, observa que las unidades productivas en general ya no tienen producción de autoconsumo relevante y logran subsistir sin este tipo de actividades gracias al aporte monetario de las políticas sociales de los últimos años. Ello conlleva que la mayoría de los migrantes provengan de hogares con residencia rural pero sin producción de autoconsumo ni campesina. De esta forma, el autor concluye que hay un pasaje en la construcción de la oferta de trabajo transitorio desde la familia campesina a la familia rural. Además de esta constatación, se describen los distintos comportamientos y estrategias que conforman patrones migratorios diferenciados según género, edad, tipo de modalidad y de acceso al trabajo, formas de viajar. Dichos patrones muestran cómo los hogares han pasado de ser hogares campesinos con migraciones estacionales a ser hogares de asalariados agrícolas intermitentes de residencia rural sin ocupación productiva en el predio. Pero a pesar de estos cambios, la movilidad territorial como condición de acceso a la ocupación se ha acentuado y constituye un componente cada vez más central de las prácticas reproductivas de las familias.

En el capítulo siete, Mónica Bendini y Norma Steimbregger abordan las transformaciones en la división y la organización del trabajo que genera la expansión del capitalismo en las áreas de frontera agrícola, ejemplificando las disputas territoriales entre “territorios de trabajo y territorios de negocios”. Las autoras realizan un minucioso análisis de dos regiones marginales: la línea sur en la provincia de Río Negro en la Patagonia y el departamento de General San Martín en el noroeste argentino. El capítulo

muestra la transformación que han sufrido los mercados de empleo en estas áreas y los efectos que se han dado en la economía campesina en esas regiones a partir de la expansión de las formas capitalistas de producción en los últimos años. Constatan que se ha dado una redefinición del trabajo familiar dentro de la unidad doméstica y de la inserción de sus miembros en los diferentes mercados laborales. Las formas campesinas persisten con rezagos menos modernos de trabajo y de empleo, que se conjugan con el incremento de procesos de asalarización de la fuerza de trabajo familiar a distintas velocidades y con diversas formas. Bendini y Steimbregger consideran que en estos procesos de expansión se produce una fuerte subsunción formal del trabajo al capital por diferentes vías, y sostienen que la emergencia en estas regiones de la pluriinserción y la pluriactividad pueden ser vistas como formas de resistencia campesina y familiar a este proceso. Otro aspecto también demostrado, es cómo estas dinámicas de expansión implican una fuerte reestructuración territorial que altera los patrones de asentamientos de la población revitalizando los pequeños pueblos como residencia y centro de servicios para los trabajadores rurales, tanto asalariados como semiasalariados. En este contexto, se observa la importancia que asumen en estas regiones de baja densidad las intervenciones estatales en las estrategias de trabajo de los sectores subalternos, en especial en aquellos vinculados a los mercados rurales de empleo. La reflexión final está dirigida a develar cómo muchas veces estas regiones, al ser presentadas como áreas marginales o deprimidas, se muestran como territorios socialmente desérticos, invisibilizando a su población trabajadora como sujeto político y social. De esta forma, se ocultan los procesos de conflicto y resistencia que se generan en esos territorios por el avance del capitalismo, que desplaza todas las otras formas de producción, de organización del trabajo y de reproducción social que no se adaptan a las necesidades de las grandes empresas agroexportadoras que imponen su lógica como una lógica universal de apropiación de los territorios.

En el capítulo ocho, Enrique Ormachea centra su mirada en el desarrollo del capitalismo en Bolivia y sus efectos en la estructura agraria en Santa Cruz durante la segunda mitad del siglo XX. Allí se observa una temprana emergencia y construcción de una masa de asalariados rurales a influjo de la modernización de la producción y el proceso de destrucción de las comunidades campesinas. Según el autor, este proletariado rural es tanto de origen campesino como urbano, debido a la temprana incorporación de trabajadores provenientes de otros sectores de la economía al mercado de empleo rural, producida por las altas tasas de desocupación urbana que se

daban en el país en esos años. Ormachea distingue dos dinámicas diferenciales en el mercado de empleo rural de la región. La primera corresponde a la zona que está integrada por los cultivos tradicionales, en la cual los asalariados son migrantes en su mayoría, como por ejemplo la caña, el arroz y el algodón. La segunda ocurre en la zona en que se expandirá la soja, la cual congrega exclusivamente a asalariados algo más especializados y radicados en la misma región, a quienes el autor denomina como “el nuevo asalariado rural boliviano”. Pero estas dinámicas diferenciales se verán afectadas por el proceso de expansión agrícola de la última década. Por un lado, en los cultivos más tradicionales se produce una reducción de la demanda de empleo a raíz de la tecnificación que implica menos trabajadores por hectárea, concomitantemente al incremento de la proporción de trabajo poco calificado y el aumento de la estacionalidad. Por otro lado, en los nuevos sectores capitalistas se registra una ampliación del segmento de trabajadores calificados como consecuencia de la mayor introducción de maquinaria y equipamientos técnicos, aunque sigue siendo muy pequeño en relación con el total de los asalariados del sector. A criterio del autor, el resultado de las transformaciones en la estructuración de los mercados de trabajo conduce a un fuerte proceso de asalarización, precarización y urbanización de los trabajadores rurales.

En el capítulo nueve, María Aparecida Moraes Silva, Juliana Dourado Bueno y Beatriz Medeiros de Melo reflexionan sobre el proceso de expansión de la caña de azúcar para la producción de etanol que se ha dado en Brasil en la última década, poniendo el foco de atención en el trabajo y los trabajadores. Las autoras ponen de manifiesto cómo los empresarios y el Estado tuvieron que ceder ante las presiones de los trabajadores —y el sinnúmero de denuncias sobre las condiciones de trabajo inhumanas— y crear un marco regulatorio para mejorar las condiciones de trabajo y aumentar la mecanización de la fase de la cosecha. Ello significó un fuerte impulso para el complejo del etanol y permitió que el medio rural se transformara en una gran fábrica de caña que funciona día y noche. De todas formas, como lo constatan las autoras, no se produjo la superación de todas las situaciones inhumanas de trabajo, sino más bien se creó un proceso de ocultamiento de los trabajadores por las máquinas, desarrollándose un fetichismo de la tecnología. En este sentido, la mecanización no sólo eliminó puestos de trabajo, sino que además acentuó el disciplinamiento y el control del trabajo, profundizando la explotación de los que aún se encuentran empleados. Además, en el capítulo se plasma con nitidez que no todo el trabajo es calificado: la mecanización siempre necesita de puestos

de trabajo muy poco calificados asociados a este proceso para desarrollar todo su potencial y proteger las grandes inversiones que implica la tecnificación. Para describir esta realidad, las autoras utilizan una magnífica metáfora, comparando la forma en la que se prepara una pasarela para que desfile una *top model*, con la forma en que se preparan los campos para que pase la máquina cosechadora de caña. Con este recurso literario, se nos muestra cuáles son realmente las condiciones de trabajo que genera esa mecanización y cómo es necesaria la combinación de la tecnología de avanzada con trabajo humano degradado en actividades que van consumiendo el cuerpo de los trabajadores y trabajadoras. En la reflexión final se retoma la idea de Harvey sobre el proceso de trabajo como un campo de batalla perpetuo, donde el capital compra la fuerza de trabajo pero no al trabajador, por lo que los mecanismos de control y disciplina son imprescindibles para hacer más eficaz esa compra de fuerza de trabajo. Aunque también nos recuerda que el empleado puede negarse a esa sobreexplotación y resistirse a ella de múltiples formas, tanto con acciones cotidianas e individuales como con acciones colectivas. En este sentido, este artículo pone de manifiesto que por mucho que los capitalistas organicen el trabajo, es el trabajador el agente que lo realiza y, por tanto, en última instancia su voluntad de hacer —o no— el trabajo puede llegar a prevalecer frente a las presiones de la explotación.

Siguiendo con esta temática, en el capítulo diez, Marilda Aparecida Menezes y Maciel Cover analizan las paralizaciones espontáneas realizadas por trabajadores rurales en la cosechas de caña de azúcar en los últimos años. Según los autores, dichos conflictos se producen en un contexto de creciente aumento de las exigencias de productividad a los trabajadores, la que pasa de unas cinco a ocho toneladas diarias de caña cosechada por trabajador en la década de los noventa a ser de doce a quince toneladas diarias a partir del 2005. En estas circunstancias, en el capítulo se estudia el caso particular de las huelgas de Vista Alegre en el estado de San Pablo, llevadas adelante por trabajadores migrantes de Paraíba y Ceará, en demanda de mejores condiciones de vivienda y salarios justos. En el análisis se utilizan las conceptualizaciones de Scott para comprender la emergencia y el comportamiento de los trabajadores en estas circunstancias. Desde esta perspectiva, los autores reflexionan sobre las resistencias cotidianas que desembocan en paros sorpresivos —“*paradeiros*”— y revueltas espontáneas de trabajadores migrantes. Estos movimientos no surgen de una articulación con las organizaciones sindicales, sino que, como constatan Menezes y Cover, son autónomas y emergen de la rebeldía ante la injusticia de las condiciones de pago, de vi-

vienda y las humillaciones a las que son sometidos los trabajadores; en suma, como una respuesta moral ante el maltrato de los capataces —“los gatos”—. Durante el desarrollo de la investigación se va construyendo evidencia para mostrar cómo la situación de migrantes de estos trabajadores les permite contar con lazos sociales de parentesco y vecindad que refuerzan la solidaridad y la confianza, posibilitando que emerjan formas colectivas de resistencia. Se observa en particular las formas de gestación de los conflictos y cómo los discursos ocultos entre los trabajadores pasan al discurso público, legitimando sus demandas en base a los argumentos de frustración y de indignación ante el incumplimiento por parte de la empresa de lo pactado en el momento de la contratación en el lugar de origen, respecto a las formas de pago y condiciones de vivienda prometidas. En el análisis, los autores advierten la compleja trama de actores y relaciones de poder que se despliegan a partir de dichos conflictos en tanto ponen en cuestión el sistema de dominación y explotación, acciones que son fuertemente reprimidas para que estas rebeliones espontáneas no se generalicen.

En el capítulo once, Alberto Riella y Paola Mascheroni analizan las principales características de la construcción social del mercado de empleo rural uruguayo a principios del siglo XXI. Los autores muestran que el crecimiento y la expansión del sector agrícola en la región producen una serie de transformaciones en la organización del trabajo y en las formas de empleo en las producciones agropecuarias. Estas transformaciones implican una reestructuración social y productiva de la organización del trabajo, que, si bien hacen emerger nuevas configuraciones en la demanda, también consolidan las viejas tendencias a la producción de empleos de baja calidad en el trabajo rural. Partiendo de la conceptualización del mercado de empleo como el resultado de una construcción social, política y económica indisoluble que entrelaza factores estructurales, subjetivos y de relaciones de poder, los autores estudian las transformaciones en la demanda, en la oferta de trabajo y los cambios institucionales impulsados para la regulación de las relaciones laborales en el sector. A partir de este análisis, constatan que la profundización del capitalismo en el agro, aun en un marco de regulación de las relaciones laborales y con un importante desarrollo tecnológico y de gestión, mantiene la generación de empleos con grandes carencias, tales como el pago a destajo, la fuerte estacionalidad, la alta exigencia física y los bajos salarios. En suma, todo parece indicar que los cambios institucionales introducidos por los gobiernos progresistas no son suficientes para contrarrestar los procesos más estructurales de los mercados rurales de empleo,

derivados de la fuerte asimetría de poder que tienen los agentes que representan el capital y el trabajo en el agro contemporáneo.

El capítulo doce, presentado por Múcio Tosta Gonçalves, analiza el desarrollo de la forestación desde una perspectiva comparada en tres países del Mercosur —Argentina, Brasil y Uruguay—, centrando su mirada en la organización del trabajo en estas actividades. El estudio de Tosta pone de manifiesto las similitudes y las diferencias en cada país respecto a dichos procesos, prestando especial atención a las características de los asalariados, sus condiciones de trabajo y sus organizaciones. Luego de demostrar que la expansión del monocultivo de árboles responde a una lógica global del capital —que se instaló en los países del Cono Sur a inicios de la década de los noventa—, el autor profundiza en las particularidades que presenta el desarrollo de este sector en cada país y describe cómo se fueron moldeando las formas de organización del trabajo asalariado en base a las condiciones sociopolíticas en cada uno de ellos. La investigación realizada por Tosta constata tendencias comunes en los cambios que están operando en el perfil de los asalariados rurales en la región y muestra cómo las formas de organizar el trabajo en los tres países han tenido como denominador común la tercerización, la precariedad de las condiciones de empleo y la vulnerabilidad de los derechos laborales. Ante este escenario regional, se verifica que ha habido un conjunto de acciones colectivas de los trabajadores en defensa de sus derechos laborales para revertir esta situación, pero sus organizaciones han sido muy débiles y en la mayoría de los casos sus reivindicaciones no fueron consideradas. Si bien hay diferencias por país de acuerdo con las distintas tradiciones sindicales y la forma en la que se estructuran las organizaciones de asalariados rurales, el desafío que estos trabajadores tienen es hacer más visibles sus acciones y desarrollar una estrategia que pueda enfrentar la transnacionalización del sector. En este sentido, el autor sugiere que estos sindicatos deben incorporar en su agenda los efectos que el monocultivo produce sobre el ambiente y los territorios, como forma de ampliar sus alianzas con otros movimientos sociales y políticos, de manera tal de poder fortalecer su organización y sus acciones.

El capítulo trece, de Joaquín Cardeillac, Matías Carámbula, Agustín Juncal, Bolívar Moreira, Andrés Dean, Ivone Perazzo, Estefanía Galván y Diego Piñeiro, tiene por objetivo general discutir los obstáculos a la inclusión social de los asalariados del sector agropecuario en Uruguay. Los autores van construyendo evidencia empírica que les permite afirmar que los asalariados rurales están en peor situación relativa de bienestar que el

resto de los trabajadores y que además algunas normativas de protección laboral los excluyen de sus beneficios. En primer lugar, constatan que los asalariados del agro se encuentran en peor situación de bienestar que los asalariados vinculados a otros sectores de actividad, presentando mayores niveles de pobreza y de necesidades básicas insatisfechas, a la vez que tienen menor grado de protección social. Asimismo, los autores encuentran que dentro de estos asalariados, los que tienen residencia urbana y se trasladan periódicamente a trabajar al campo están en la peor situación, ya que presentan el mayor grado de necesidades básicas insatisfechas y el menor acceso a la seguridad social. El segundo análisis que realizan se refiere a los obstáculos a la inclusión social de los trabajadores del agro a partir del carácter de “excepcionalidad” que se le ha dado al trabajo agropecuario en la legislación laboral del país, lo que en los hechos se expresa en una desigualdad social ante la ley que se acumula a las desigualdades que ya sufren estos trabajadores. Tomando como ejemplo para esta reflexión las dificultades de acceso al seguro de desempleo, los autores demuestran cómo la normativa actual, que genera un régimen diferencial para el caso de los trabajadores rurales, redundaría en niveles de acceso a la prestación de seguro de desempleo por debajo de los que se registran en el resto de los trabajadores. A su vez, aquellos con ingresos más bajos son los que tienen menos posibilidades de acceso al seguro, ya que la duración promedio de los períodos de empleo es menor, hecho que los autores encuentran que la exposición a situaciones de vulnerabilidad laboral se diferencia fuertemente por estratos económicos. Finalmente, realizan un ejercicio de posibles modificaciones a la normativa de acceso al subsidio por desempleo para trabajadores rurales y los impactos que podrían lograrse en la ampliación de la cobertura. Dejan así de manifiesto que la excepcionalidad del régimen actual genera mayores privaciones relativas para estos trabajadores y se constituye por tanto en uno de los principales obstáculos a la inclusión social de este grupo.

El capítulo catorce, de Hubert Carton de Grammont, que cierra el libro, aborda la importancia que ha asumido el trabajo rural no agrícola para la dinámica económica y social de los territorios rurales contemporáneos. El autor presenta diferente evidencia sobre la emergencia de este fenómeno y sus principales causas, para luego profundizar en el caso del mundo rural mexicano. En particular, nos propone observar la dinámica del empleo de la industrial textil en el área de la confección. En el estudio se muestra el avance que ha tenido esta actividad en las zonas rurales del país gracias a los procesos de flexibilización y descentralización, y al

desarrollo de las tecnologías de la información y la comunicación. Carton de Grammont señala que estas actividades se despliegan en un espacio rural con un creciente avance de la desagrarización y descampesinización, en el cual el trabajo no agrícola se constituye en la única oportunidad de empleo para los sectores más pobres del campo. Asimismo, el autor advierte que el empleo que genera esta industria en dichos territorios es de muy mala calidad. En especial, se observa que la estrategia global de relocalización de estas grandes empresas es instalar en las zonas rurales sus eslabones más intensivos en mano de obra. El autor sostiene que esta relocalización en territorios socialmente vulnerables busca obtener mejores condiciones para flexibilizar las relaciones laborales e imponer condiciones de trabajo más rigurosas mediante la subcontratación, el trabajo a domicilio, la informalidad y mayor represión sindical, generándose así modalidades de trabajo que posibilitan formas extraordinarias de sobreexplotación de la fuerza de trabajo. En base a estas constataciones, Carton de Grammont sostiene que este tipo de ocupación no agrícola puede llegar en algunos casos al extremo de adquirir formas de trabajo forzado, comparables con los peores trabajos agrícolas a los que están sometidas las mujeres y los indígenas en los enclaves agroexportadores de la frontera. El capítulo termina enfatizando que la falta de visibilidad de estos fenómenos, la inexistencia de control a estos emprendimientos y el velado apoyo del Estado a estas formas de trabajo, mediante políticas públicas que capacitan para el trabajo en estas actividades, no hacen más que reproducir y ampliar el trabajo sin dignidad, comprometiendo aún más los posibles caminos para un desarrollo rural más justo e inclusivo.

En síntesis, los catorce capítulos que conforman el libro aportan su mirada particular, desde diversos ángulos y territorios, sobre las formas que asumen los procesos de transformación de los mercados de empleo rural en América Latina ante la expansión capitalista de la última década. Desde diferentes aristas, la publicación contribuye a reflexionar sobre cómo hoy en día los mercados de empleo rural en nuestro continente siguen siendo un motor para la reproducción de las vulnerabilidades sociales y un espacio de fragilidades, injusticia y discriminación, en el cual las desigualdades de clase, género, raza y etnia se profundizan y multiplican afectando a todas nuestras sociedades latinoamericanas.

Este esfuerzo editorial para divulgar los estudios sobre las condiciones de trabajo y la creciente asalarización en los territorios rurales se enmarca en las actividades del Grupo de Trabajo Transformaciones Agrarias y Trabajadores Rurales: condiciones de empleo, conflictos y ciudadanía en el

campo latinoamericano (GT45) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO). El conjunto de artículos que se reúnen en este libro es producto de las exposiciones, intercambios y discusiones realizadas en el seminario organizado por este grupo sobre “Asalariados rurales, transformaciones agrarias y ciudadanía en América Latina”, en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de la República, Uruguay, del 27 al 29 de mayo de 2014.

Queremos agradecer a nuestros colegas Mauricio Tubío y Rossana Vitelli por sus aportes en las actividades de nuestro grupo de investigación y sus valiosos comentarios a nuestro trabajo.

Por último, agradecemos a CLACSO por el apoyo institucional permanente, que ha propiciado la formación de este grupo de trabajo y ha hecho posible la realización de sus distintas actividades; a la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC) de Uruguay por el apoyo financiero a nuestras actividades de investigación; y, muy especialmente, a los y las integrantes de nuestro grupo CLACSO, quienes en los diferentes espacios y eventos de trabajo que hemos tenido en estos años han enriquecido con sus ideas, su entusiasmo y su esfuerzo el debate y el intercambio para tratar de comprender mejor nuestra América Latina y sus mundos rurales.

Agronegocio y proletarización rural en la sierra central de Ecuador, provincia de Cotopaxi

Luciano Martínez Valle

Introducción

En este trabajo, analizamos las características de la proletarización rural como producto de la consolidación de los agronegocios de flores y brócoli en la provincia de Cotopaxi, durante los últimos 20 años. Nuestro interés radica en mirar este proceso desde la perspectiva de los mismos trabajadores asalariados, antes que desde la empresa. Lo hacemos para lograr captar el significado y la importancia del surgimiento de este nuevo actor social en un territorio en el cual anteriormente predominaba el sistema de hacienda y las relaciones sociales articuladas en torno a ella. Señalemos de paso que esta transformación productiva obedece a una dinámica económica que proviene de procesos de inversión y valorización de capital que buscan una alta rentabilidad, aprovechando al máximo los recursos locales y las ventajas comparativas que se pueden obtener en el territorio.

El territorio, considerado como el espacio social donde los productores despliegan estrategias tendientes a apropiarse de él, con arreglo a la disponibilidad de recursos, a su historia y a sus tradiciones, ha cambiado lentamente. Este cambio se ha hecho a partir de un denominador común: la concentración de la tierra y el incremento de la oferta de mano de obra local, aspectos que son dos caras de una misma moneda y fundamentan la evolución de un modelo de modernización agraria sin redistribución de la

tierra. Las haciendas continúan presentes en el paisaje agrario y, aunque cambiaron su producción desde la ganadería hacia la floricultura y el cultivo de hortalizas, constituyen el eje de la estructura agraria de la provincia.

A partir de las características de este territorio, se analizan los recientes cambios ocurridos en el mundo del trabajo, en la mano de obra asalariada, en las modalidades de inserción en las empresas de flores y brócoli y, finalmente, en su grado de organización social.

Características del territorio estudiado

Se trata de un territorio que no ha sufrido cambios importantes en la estructura agraria desde la fase de la Reforma Agraria de 1964. Las haciendas se transformaron en ganaderas y ahora se han reconvertido parcialmente al cultivo de flores y brócoli. Las flores no necesitan demasiada tierra, en comparación con el brócoli, pero ambos cultivos demandan fuertes inversiones en capital y el recurso agua que, al parecer, se concentra ya en las empresas grandes¹.

Algunos estudios realizados a mediados de la década de los setenta (Arcos y Marchán, 1978) ya señalaban cómo la modernización de las haciendas ganaderas del valle de Cotopaxi había significado una ruptura de las unidades domésticas con el sistema de hacienda, que las empujó a proletarizarse ya sea dentro del mismo territorio o fuera de él. Así en la zona de Guaytacama, por ejemplo, la mayoría de la población ya no vivía de la agricultura sino de una combinación entre pluriactividad y venta de la fuerza de trabajo. Esta tendencia indicaba que se trataba de un territorio idóneo para la implantación de las empresas de flores y brócoli, en la medida en que existía una abundante mano de obra o, si se quiere, un excedente de fuerza de trabajo que no podía ser absorbido por las unidades familiares ni por las haciendas que se modernizaron a través de la actividad lechera.

Actualmente, se pueden constatar dos procesos de transformación de la hacienda en el territorio estudiado: por un lado, las ganaderas, que de alguna manera subsistieron hasta la década de los ochenta, ubicadas principalmente en el cantón Latacunga y, por otro, aquellas ubicadas en tierras más marginales que sufrieron cambios en forma más temprana (subdivisio-

1 Según el Centro de Derechos Económicos y Sociales (CDES), "En Cotopaxi, las florícolas utilizan al año 1.450.000 m³ de agua, por lo que pagan 914 dólares, mientras que los campesinos pagan 10 veces más (8.740 dólares), sin embargo utilizan 4 veces menos agua".

nes, repartición de huasipungos², venta de tierras), que caracterizan a las haciendas de la zona de Pujilí, donde se ha extendido más recientemente el cultivo del brócoli.

Estas dos modalidades marcan también las relaciones con la fuerza de trabajo: en la parte norte, las empresas absorben una mano de obra semiproletarizada, mientras en la zona sur las empresas contratan a trabajadores que todavía tienen vínculos con la tierra y con la organización comunal. En el primer caso, se puede hablar claramente de un proceso de subsunción real del trabajo al capital, pues la mayoría no dispone de tierra, mientras en el segundo todavía predomina el proceso de subsunción formal, en la medida en que un porcentaje importante de trabajadores del brócoli todavía conserva sus medios de producción, es decir la parcela campesina (Marx, 1977).

Las florícolas se han concentrado espacialmente en el cantón Latacunga, formando un verdadero “cluster” geográfico que les permite aprovechar la infraestructura, los servicios tecnológicos y la mano de obra, en mejores condiciones y a costos más bajos. La carretera panamericana es el eje alrededor del cual se aglutinan estas empresas, aprovechando la ventajosa ubicación que tenían las anteriores haciendas ganaderas y, por supuesto, una “renta diferencial” respecto a otras propiedades ubicadas en sitios más alejados.

Las empresas de brócoli continúan con esta expansión hacia el sur de la provincia, incorporando amplias zonas de las parroquias Guaytacama (cantón Latacunga), y más recientemente de los cantones Pujilí y Salcedo. Es interesante señalar que la expansión de las empresas de brócoli se realiza sobre áreas tanto de ex haciendas lecheras ubicadas en el valle (Guaytacama), así como de haciendas más tradicionales localizadas en zonas de mayor poblamiento campesino, como Pujilí y Salcedo.

Esta actividad completamente empresarial no permite ningún tipo de encadenamiento con la producción local. La única relación con las economías campesinas que rodean a las florícolas y a las empresas brocoleras es la utilización de la mano de obra barata, que en realidad es un ejército de reserva disponible para las necesidades de las empresas. El capital, la tecnología, los técnicos vienen de afuera; el producto se exporta y circula en el mercado mundial. Se utiliza la tierra, el agua y la mano de obra local. Desde esta perspectiva, es un modelo bastante similar al de “enclave” que funcionaba en las plantaciones bananeras de la costa en los años cincuenta del siglo pasado.

2 Modalidad de trabajo precario por la cual el campesino está obligado a trabajar algunos días en forma gratuita, a cambio del usufructo de la parcela y de la utilización de algunos recursos de la hacienda.

Los cambios en el territorio

El territorio como proceso de “construcción social” significa que, sobre la base espacial o geográfica, los diversos actores despliegan estrategias económicas, pero también políticas y sociales, tendientes a apropiarse de los recursos y generar soluciones nuevas que los beneficien (Pecqueur, 2000). Cuando hay cooperación entre los actores, existen mayores posibilidades de que las iniciativas desplegadas impulsen cambios que beneficien a todos.

Un territorio tiene asimismo una dimensión histórica a ser tomada en cuenta, porque de alguna manera define ciertos patrones de comportamiento de los actores sociales, incluso cuando el territorio se ha modificado radicalmente (Martínez Valle, 2012). Esto ocurre sobre todo en aquellos territorios inmersos en relaciones tradicionales de hacienda, que han pasado en pocas décadas a albergar actividades modernas (floricultura, agroindustria, etcétera), pero que las actuales relaciones sociales asalariadas, todavía tienen un anclaje en las relaciones tradicionales entre patrón y trabajador de hacienda. Este “*path dependence*”, que North (1994) concibe como “... una poderosa influencia del pasado en el presente y el futuro”, se evidencia en varios aspectos en el territorio: desde las relaciones cotidianas entre trabajadores y empresarios, marcadas por rasgos de clientelismo, en un espacio social que no ha experimentado rupturas estructurales drásticas, hasta el débil nivel organizativo actual de los trabajadores³.

Pero además de esta dimensión cultural que marca una huella que parece perdurar en las relaciones sociales, también es importante considerar los acelerados cambios económicos que se han dado en los últimos treinta años, sobre todo en los valles de la sierra ecuatoriana. Así, por ejemplo, hace sólo veinte años, el territorio en mención se caracterizaba por la presencia de haciendas ganaderas orientadas a la producción de leche. Este era el paisaje agrario predominante, que marcaba también la orientación productiva de pequeños y medianos propietarios. Luego empezó a modificarse lentamente, a medida que se implementaban las empresas de flores y, recientemente, las de brócoli, que se expanden hacia el sur de la provincia en zonas colindantes con comunidades campesinas (Pujilí y Salcedo).

3 En algunas entrevistas realizadas en la zona florícola correspondientes a Mulalillo, las personas de mayor edad tenían una opinión positiva en relación con las haciendas lecheras: horario definido, beneficios en especie, trato personalizado. Las personas jóvenes, en cambio, valorizaban el trabajo asalariado.

Mapa 1. República de Ecuador.



Fuente: Ministerio de Agricultura, Ganadería, Acuacultura y Pesca.

En definitiva, el territorio ha cambiado no sólo desde el punto de vista físico (un paisaje nuevo), sino también desde el económico (territorio de agro-industrias) y social (territorio de jóvenes asalariados rurales). Los cambios en el territorio se generan en lo productivo, por medio de una transformación drástica en el patrón agropecuario predominante, pero especialmente por los cambios productivos y socioeconómicos que se han dado en las familias de los trabajadores. Las economías campesinas se han articulado en tanto bolsones de mano de obra excedentaria, pero al mismo tiempo han perdido la posibilidad de implementar procesos de reproducción autónomos. También hay cambios en el territorio que apuntan hacia la conformación de un espacio más periurbano que rural. Varios estudios anotan la preeminencia

del patrón de construcción urbano frente al rural⁴; una vinculación más intensa con los centros urbanos a través de una red vial más densa, paralela a la carretera panamericana; y el incremento del transporte, lo que facilita el traslado rápido de la mano de obra a las empresas agroindustriales, y ha generado patrones de consumo que no tienen mucho que ver con las actividades agrícolas tradicionales.

Esto permite también descubrir la presencia de procesos de “desterritorialización”, que se manifiestan en tres momentos: a) cuando existe ruptura entre agricultura y alimentación, lo que implica que las familias campesinas ya no controlan la producción de alimentos (Entrena Duran, 1999); b) cuando las inversiones de capital que se realizan en el territorio responden a una lógica externa y no están articuladas a propuestas que beneficien a la población local; y c) cuando la población joven ya se ha “convertido” a la lógica capitalista, a través del consumo sin ninguna relación con las actividades agrícolas familiares. En este contexto, las comunidades han empezado a abandonar su función productiva para pasar a desempeñar más bien una función residencial, lo que implicaría nuevas demandas de servicios periurbanos antes que estrictamente productivas.

En el espacio social, como lo señala Bourdieu (2011), los actores sociales despliegan estrategias que les permiten consolidar sus posiciones, pero también cambiarlas, dependiendo del capital del que dispongan. Los ingresos que reciben estas familias por el trabajo en las agroindustrias no están dirigidos hacia las unidades productivas, que además tienen poca tierra y en algunas áreas carecen de agua. Principalmente, estos ingresos sirven para la reproducción del grupo familiar y, en el caso de los jóvenes, como una opción de integración en el mundo del consumo capitalista, que en todo caso no está vinculado a la unidad productiva sino a las necesidades reales o ficticias de tipo personal. El escaso grado de organización y una cultura con débiles raíces locales son factores que no ayudan a que los productores locales puedan movilizar sus activos sociales en el territorio.

La mano de obra asalariada en el territorio

La implementación de la ganadería lechera, a partir de los años setenta del siglo pasado, significó en la sierra ecuatoriana una disminución de la demanda de mano de obra. Los trabajadores tuvieron que buscar trabajo

4 Según un estudio de la OIT (2007), este proceso de urbanización estaría vinculado con la migración hacia España y la orientación de las remesas hacia la construcción.

fuera de sus territorios, en especial la mano de obra joven que no disponía de tierra. La migración temporal hacia trabajos no agrícolas (construcción, servicio doméstico, etcétera), ubicados en las ciudades más dinámicas fuera del territorio, fue la tendencia general en las estrategias de reproducción de las familias campesinas hasta fines de la última década del siglo pasado.

La apertura de un mercado de trabajo local a través del cultivo, primero de flores y luego de brócoli, generó un cambio importante en las estrategias de estas familias. El más significativo fue, sin duda, el hecho de que podían encontrar trabajo cerca de sus comunidades y hogares de residencia, sin tener necesidad de migrar hacia las ciudades u otras zonas del país como antes.

La población en edad de trabajar se vinculó masivamente a las actividades florícola y brocolera, que se convirtieron en la principal fuente de ocupación local. El 54,4% de la población económicamente activa (PEA) se vinculó al trabajo en las flores (46,8% hombres y 53,2% mujeres), mientras que en el brócoli se empleó el 51% de la PEA (44,4% hombres y 55,6% mujeres). Se constata, en principio, un ligero predominio de las mujeres en estas actividades asalariadas vinculadas al agronegocio, especialmente en el caso del brócoli. Además, cabe mencionar que se trata de una mano de obra joven, ubicada entre los 21 a 30 años de edad (47% en flores y 41% en brócoli).

Por otro lado, no existen drásticas diferencias en el empleo por sexo (las mujeres representan el 53,2% en el caso de las flores y el 55,6% en el brócoli) y si bien se observa una ligera preeminencia de ellas, los datos no reflejan la preferencia por la mano de obra femenina, como se argumenta usualmente. Al parecer, incluso en las empresas de brócoli existiría la tendencia a preferir la mano de obra masculina en ciertas tareas tradicionalmente realizadas por las mujeres.

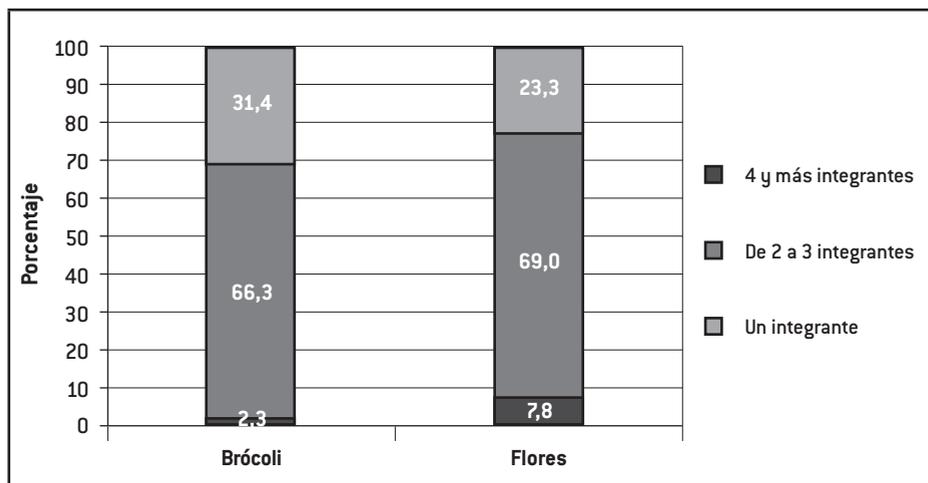
En este sentido, el trabajo en estos agronegocios tiene características bastante diferentes de aquellas encontradas en otras partes de América (especialmente en México, pero también en Estados Unidos), en donde existiría una “diferenciación social de los roles femeninos y masculinos” (Ortiz, 1999, p. 17). En principio, en la zona de estudio las mujeres no conforman un “proletariado de segunda categoría”, en el sentido de que reciban salarios inferiores a los hombres. Es más, las mujeres realizan tareas especializadas, y hasta cierto punto cotizadas, relacionadas con el manejo y empaque de las flores, así como también el corte y el tallado del brócoli, que no son asumidas por los trabajadores varones.

La presencia de mujeres en el mercado de trabajo es un rasgo que ha sido destacado, para el caso latinoamericano, en contraposición con otras experiencias de proletarización rural presentes, por ejemplo, en países de

Europa del sur. Así, por ejemplo, Oliveira-Baptista al analizar el caso portugués señala que el mercado de trabajo agrícola es “preponderantemente masculino y eventual”, y que el peso de los rasgos culturales que se condensan en la familia y la división tradicional del trabajo “... conducen a que las mujeres no entren en competición con los hombres en tipos de trabajo que tradicionalmente les están reservados” (Oliveira-Baptista, 1992, p. 34). Esta situación no se cumple en el territorio estudiado, pues las mujeres no tienen trabas provenientes de la familia para entrar en el mercado de trabajo, y es la división del trabajo en las empresas lo que finalmente orienta la utilización por sexo de la mano de obra.

La mayoría de las familias investigadas tienen entre dos y tres asalariados, lo que explica que el trabajo en los agronegocios constituye, hoy por hoy, la principal alternativa para la generación de los ingresos familiares. En términos económicos, disponer de tres perceptores de ingresos permanentes, durante todo el año, es sin duda un móvil más que suficiente para que estas familias puedan salir de una situación de pobreza a la que estaban acostumbradas, al depender únicamente de los ingresos provenientes de las pequeñas parcelas campesinas. En realidad, ninguna familia vivía sólo con el ingreso proveniente de la parcela, sino que salían del territorio para vincularse a trabajos no agropecuarios. Ahora tienen la posibilidad de trabajar como asalariados sin tener que salir de sus territorios ni alejarse demasiado del hogar.

Gráfica 1. Miembros asalariados por familia.



Fuente: Encuesta a trabajadores florícolas, Cotopaxi, 2012.

En efecto, de acuerdo a los datos de la encuesta, el 69% de las familias de los trabajadores de flores y el 66,3% del brócoli tienen entre dos y tres miembros asalariados. Disponer de un ingreso proveniente del trabajo asalariado es sin lugar a dudas un privilegio importante en este territorio, del que no disponen normalmente las familias rurales del país, y que muestra hasta qué grado ha avanzado el proceso de proletarianización rural.

Dadas las condiciones de cercanía de las empresas florícolas y brocoleras a las unidades domésticas, los trabajadores pueden acudir directamente a las mismas empresas en búsqueda de empleo, sin pasar necesariamente por las redes familiares. Al menos entre estos trabajadores no se constató la presencia de intermediarios o “enganchadores”, frecuentemente citados en la literatura sobre la agricultura empresarial en América Latina (Lara, 2008).

Así pues, las empresas utilizan una mano de obra joven que tiene las mejores características para lograr una mayor productividad en el trabajo, sin importarles mayormente las diferencias de género, que pasan a segundo plano dadas las nuevas características de “escasez temporal” de mano de obra que se observa en estos territorios. Si bien se trata de una mano de obra joven, no necesariamente tiene un alto nivel de educación. Así, por ejemplo, del total de trabajadores de las flores, el 48% tiene educación primaria, el 45,3% educación secundaria y solamente el 3,4% educación superior; en el caso del brócoli, el 53,1% tiene primaria, el 41,6% secundaria y el 4,4% superior. Dadas las actuales condiciones de reclutamiento de la mano de obra, incluso algunas empresas contratan trabajadores sin ningún grado de educación⁵.

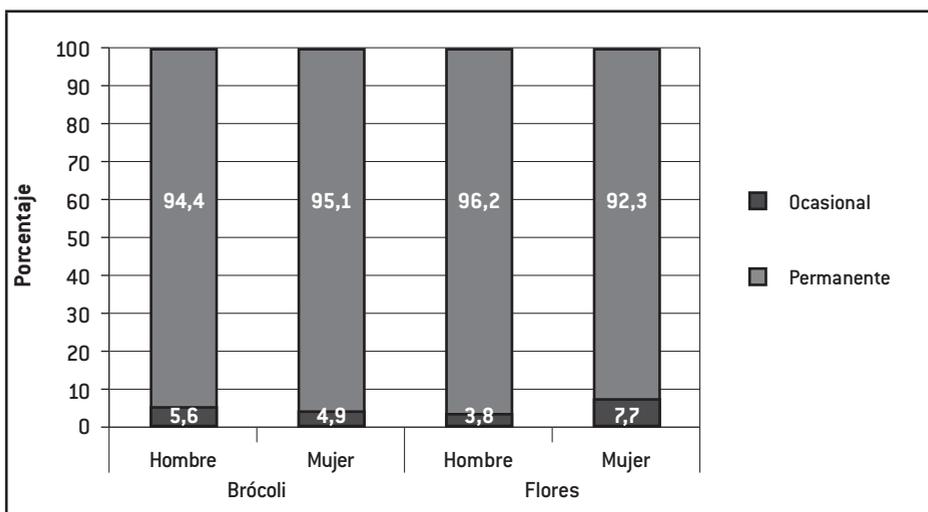
La expansión del cultivo del brócoli también atrae mano de obra que anteriormente estaba vinculada al entorno comunitario indígena, pero que dados sus limitados recursos no disponía de otras opciones para su sobrevivencia. Así, un tercio de los trabajadores del brócoli son indígenas, de los cuales el 36% son hombres y el 24% mujeres, la mayoría de ellos residentes en comunidades del cantón Pujilí, una área de reciente instalación de la agroindustria. Esta mano de obra es utilizada preferentemente en los trabajos de campo menos calificados (hombres) y en menor medida en la fase de

5 Así, según un empleado de una empresa florícola: “Hay plantaciones que exigen por lo menos tengan bachillerato, nosotros hemos cogido aquí analfabetos, minusválidos desde el inicio porque nosotros también somos del sector rural y sabemos cuál es la necesidad de la gente, por el hecho de que no hayan podido estudiar no les vamos a marginar y hemos tenido excelentes trabajadores”. Entrevista realizada a L.G. y F.C., Florícola Sierra Flor, 17 de mayo, 2012.

procesamiento (mujeres), pero en las empresas es objeto de discriminaciones debido a su estatus étnico⁶.

En las empresas de flores y brócoli predominan los trabajadores permanentes, es decir, aquellos que durante más de seis meses trabajaron en forma continua en una misma actividad. Esto no quiere decir que estos trabajadores lo hayan hecho en una misma empresa, pues el grado de rotación de la mano de obra es bastante alto, especialmente en las flores. Los datos también muestran un ligero predominio de las mujeres sobre los hombres en el trabajo asalariado permanente. Este es el patrón predominante de vinculación laboral en el territorio, que se explica tanto por las características del trabajo (que difícilmente puede ser mecanizado en las flores), como por la alta oferta de mano de obra proveniente de las unidades domésticas ubicadas en las cercanías de las empresas.

Gráfica 2. Modalidad de contratación de los asalariados, según sexo.



Fuente: Encuesta a trabajadores florícolas, Cotopaxi, 2012.

6 Según la opinión de una entrevistada: "...ahora la manía es contratar a la gente indígena de treinta años, nosotros decimos a las Marías, gente de páramo, no se enferman, gente joven, son buenas para trabajar. Ellas nos dan largo, en cambio la gente que es de por aquí a veces se enferma". Entrevista a Martha, Guaytacama, 20 de octubre, 2012.

La alta rotación laboral interempresarial se comprobó con algunos datos de la encuesta, que muestran, por ejemplo, que el 35,7% había trabajado antes en alguna empresa florícola y la mayoría de ellos había dejado el trabajo por razones económicas (bajos salarios, sobrecarga horaria, poca estabilidad laboral, etcétera). Muy pocos (2,5%) habían dejado el trabajo debido al impacto en la salud por el uso intensivo de químicos, situación bastante diferente a la detectada en los estudios realizados en las zonas florícolas de la provincia de Pichincha, en donde la alta rotación de los trabajadores se debería a "... que los problemas de salud llevan a los trabajadores a dejar el trabajo periódicamente por dos o tres meses, para descansar" (Harari, *et al.*, 2011, p. 61).

No obstante, creemos que hay otros factores que inciden en este fenómeno de alta rotación de mano de obra. Por un lado, hay un elemento interno al sistema de trabajo en las empresas que tiene que ver con el grado de intensificación laboral, que produce efectos negativos sobre la permanencia de los trabajadores en los lugares de trabajo. Existen estrategias de las empresas que buscan una mayor productividad en menor tiempo de trabajo, en base al esfuerzo humano, lo que genera un desgaste físico de los asalariados.

La movilidad de los trabajadores de las flores en este territorio, entonces, estaría relacionada, por un lado, con las condiciones de trabajo, que según las entrevistas implican cierto riesgo de contraer enfermedades. Por otro lado, las condiciones del trabajo en el cultivo del brócoli son más parecidas a las del trabajo campesino, esto es: trabajo a campo abierto, con horarios determinados y un salario parecido al de las florícolas⁷. Indudablemente, este trabajo aunque también depende del salario, no obstante tiene su lado campesino y por lo mismo es preferido frente al trabajo en las naves cerradas de las empresas florícolas, que al parecer incide negativamente en la salud de los trabajadores.

Las necesidades de mano de obra temporal en las flores varían debido a los vaivenes de la demanda mundial. Así, por ejemplo, la mano de obra temporal es más requerida en las épocas "peek" (pico) como son: el Día de

7 Según la opinión de una trabajadora de las flores, los trabajadores que salen de las florícolas van a trabajar al brócoli también por otras razones: "Se están dedicando al brócoli, es más sano, tienen un horario más fijo y la gente está tomando conciencia de las consecuencias de trabajar tanto tiempo en una plantación; nos enfermamos (intoxicaciones, dolores musculares, estrés). Se están instalando procesadoras, se están yendo por Machachi...". Entrevista a V.T., trabajadora de la florícola Rosaleda, 5 de febrero, 2012.

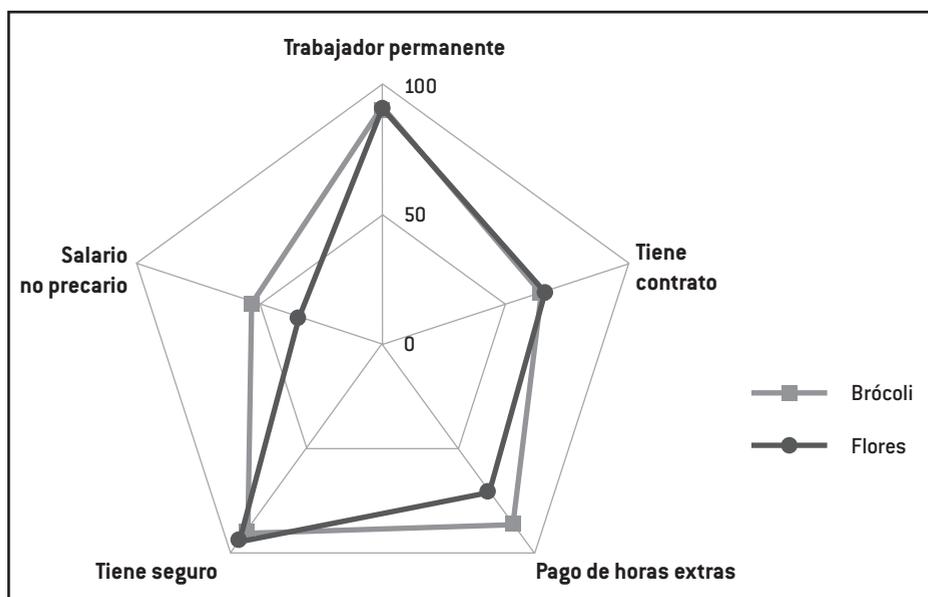
la Madre (mayo), San Valentín (febrero) y el “ruso”⁸ (marzo). En estas temporadas se acude incluso a mano de obra extralocal, proveniente de otros lugares de la provincia o fuera de ella, inclusive provincias de la costa, o a indígenas de otras zonas. Esta mano de obra tiene las características de ser precaria, pues su ingreso al mercado de trabajo se realiza a través de intermediarios, tiene contratos temporales, recibe un salario inferior y hasta está presente el trabajo infantil. Se trata de una mano de obra que proviene de otros territorios más deprimidos, de dentro y fuera de la provincia, y que acuden en búsqueda de trabajo bajo las condiciones impuestas por las empresas.

Actualmente, la discusión sobre el trabajo precario ha retomado el planteamiento de Paugam sobre la “doble precarización” (2007), es decir, la diferencia entre empleo precario y trabajo precario. El primero se presenta cuando no se cumplen las condiciones mínimas de la relación trabajo-capital, es decir, cuando no hay contratos laborales, predomina el trabajo ocasional o temporal y cuando los salarios no alcanzan el mínimo vital establecido por la ley, lo que conduce a una “fuerte vulnerabilidad económica”. El segundo, en cambio, se manifiesta en el proceso de trabajo, es decir, cuando el trabajador no se siente a gusto en las actividades que desarrolla o no se están aprovechando bien sus capacidades técnicas (2007, p. 380).

Como se puede observar en la Gráfica 3, los aspectos más problemáticos del precarismo en el empleo se refieren a la presencia de salarios precarios, es decir, por debajo del salario mínimo vital (300 dólares), situación que afecta más a los trabajadores de flores (33,3%) que de brócoli (53,5%). En segundo lugar, la ausencia de contrato laboral, que afecta por igual a los trabajadores de los dos tipos de agroempresas (66,7% y 65,1%, respectivamente) y, finalmente, el pago de horas extras, que afecta en mayor proporción a los asalariados de flores (71,3%).

8 Día de la Madre en Rusia, que se celebra el 8 de marzo.

Gráfica 3. Componentes del empleo no precario en flores y brócoli (porcentaje).



Fuente: Encuesta a trabajadores de flores y brócoli, Cotopaxi, 2012.

Si bien en el caso de las empresas de flores y brócoli, el precarismo en el empleo no es la situación más generalizada, es más importante el precarismo en el trabajo. No hay que olvidar que en cierto sentido hay una competencia por la mano de obra local entre las empresas, de manera que no existen condiciones de monopolio del mercado de trabajo que permitan a una empresa o un grupo de empresas imponer sus condiciones de explotación laboral que pasen por situaciones precarias. Otro elemento externo que influye en el nivel de precarismo en el empleo es la vigencia de la actual legislación laboral, mecanismo importante de regulación del mercado de trabajo⁹.

A continuación, señalamos las tendencias más relevantes que se desprenden de las formas específicas de vinculación de la mano de obra con la agroindustria en el territorio estudiado.

9 Todavía no se ha aprobado el Nuevo Código Orgánico de Relaciones Laborales, que pretende modificar el viejo Código de Trabajo y reglamenta actividades del sector florícola, agrícola, palmicultor, etcétera.

A pesar de que las familias campesinas son pequeñas, la mayoría de sus miembros se vinculan con las agroindustrias como mano de obra asalariada. Sólo la mano de obra marginal permanece en la parcela cuando las familias disponen de tierra. Esta vinculación en torno a los agronegocios marca una dependencia estructural de la mano de obra, especialmente joven, en torno al salario.

El mundo salarial en la zona de investigación tiene como eje central el trabajo en las empresas de flores y brócoli, que demandan mayormente trabajadores permanentes, debido a las características de los cultivos y a las modalidades de procesamiento. La diferenciación más marcada por sexo se da en el cultivo de brócoli: hombres en el trabajo de campo y mujeres en la fase de procesamiento. Esta es una característica completamente diferente de estos cultivos en relación con otros cultivos de “frescos”, implementados tanto en América Latina como en Europa y Estados Unidos, en los cuales la mano de obra más numerosa es la ocasional, dada la estacionalidad de los cultivos (Pedreño y Quaranta, 2002; Neiman, 2010; Steimbregger, 2011).

Se puede decir que el trabajo asalariado en los agronegocios es un trabajo “atractivo” para los miembros jóvenes de las familias de este territorio. Como lo hemos mencionado, no hay muchas opciones para encontrar empleo en la misma zona o lugar de residencia y, frente a la alternativa de migrar hacia las ciudades, el trabajo en los agronegocios es sin duda la mejor elección para los jóvenes de ambos sexos. En el caso del brócoli, la opción del trabajo asalariado “golpea las puertas” de las comunidades indígenas localizadas a mayor altura, donde incluso las mujeres se vinculan como trabajadoras no especializadas. Este fenómeno muestra el avance de las relaciones sociales capitalistas en territorios que han permanecido sólo parcialmente vinculados a la lógica de los agronegocios.

Seguramente existen también otros argumentos sobre la atracción del trabajo asalariado, que tienen que ver con las actuales tendencias disruptivas internas a la familia campesina tradicional. En este sentido, el trabajo asalariado puede ser “... un medio para liberarse del yugo de la explotación familiar rural y de los roles sexuales estereotipados de la familia tradicional” (Laville y García, 2009, p. 92).

En el caso del territorio de flores, la mano de obra ya ha tenido experiencias anteriores de vinculación con el mundo del trabajo asalariado (en la misma zona o como migrantes a la ciudad), en cambio, en el caso del brócoli, existe un importante porcentaje de mano de obra (indígena) que se ha vinculado por primera vez al mundo del trabajo asalariado.

Tanto en las flores como en el brócoli, la articulación de la mano de obra con la agroindustria no pasa por la intermediación laboral, sino

en forma ocasional. No existen enganchadores ni intermediarios, como sucede en países en los cuales la agroindustria está desvinculada físicamente de los hogares campesinos, tal como sucede en Argentina, Brasil, México, etcétera (Pedreño Cánovas, 2001; Lara, 2008; Neiman, 2010). Esto se debe a que la proximidad física de las empresas respecto a los hogares campesinos permite un funcionamiento del mercado de trabajo de “proximidad”, en el cual las relaciones personales y de parentesco juegan todavía un rol importante. La oferta casi permanente de fuerza de trabajo local es el otro factor explicativo de la ausencia de intermediarios especializados en la contratación laboral en los reservorios de mano de obra ubicados en territorios más pobres.

El escaso grado de organización de los trabajadores

Uno de los problemas que tienen los asalariados a escala local es su bajo nivel organizativo, tanto en el lugar de producción, es decir, en las empresas, como también en los lugares de reproducción social, es decir, en las comunidades y familias.

Existen notables diferencias en los niveles organizativos en la esfera del trabajo entre los trabajadores de las flores y del brócoli. En primer lugar, analizaremos la débil situación organizativa en el caso de las flores. El 91,2% de los trabajadores asalariados no pertenecen a organización, asociación o sindicato alguno, lo que muestra un rasgo de la flexibilidad laboral, en la medida en que la vinculación con el capital por parte de la fuerza de trabajo es estrictamente individual y no colectiva.

Efectivamente, aquí encontramos una manifestación clara de lo que Bourdieu señala como “individualización de la relación salarial” (1998, p. 4), en tanto manifestación del predominio de una relación atomística del trabajo con el capital. Señalemos que se trata de trabajadores relativamente noveles en el mundo del trabajo asalariado, que no han tenido experiencias anteriores sino a través de formas de trabajo precario, como en el mercado de la construcción en ciudades como Quito, por lo tanto, carecen por completo de experiencias organizativas que, por otro lado, tampoco abundan en las actividades o empresas ciudadinas.

Esta modalidad de resolver los problemas en forma individual sería también una de las explicaciones de la alta rotación de los trabajadores en las empresas de flores, pues al no existir los elementos de solidaridad colectiva, cada trabajador pretende solucionar su situación buscando mejores condiciones laborales en otras empresas. Tal como lo menciona Castel:

“Más que oponer formas modernas o formas tradicionales o arcaicas de organización del trabajo hay que poner más bien el acento en la ambigüedad profunda de este proceso de individualización-descolectivización que atraviesa las configuraciones más diferentes de la organización del trabajo y afecta, prácticamente, a todas las categorías de operadores”. (2004, p. 60)

En el caso del brócoli, sorprendentemente esta situación cambia, pues el 61,4% de los entrevistados tienen algún nivel de organización en el lugar de trabajo. La mayoría de ellos (89%) se organizan en el Comité de Empresa, creado por las empresas Nintanga y PROVEFRUT para evitar la formación de sindicatos. Estos Comités de Empresa realizan actividades de carácter social en beneficio de los trabajadores (guarderías, comedores, etcétera). Los no organizados, que llegan al 38,6%, respondieron en su gran mayoría que desconocen el derecho a organizarse. Esta respuesta sobre el desconocimiento de la organización sólo puede aplicarse a los trabajadores nuevos, pero también puede indicar el temor que tienen de expresarse sobre este tema.

En realidad, en esta zona existe una pequeña historia de organización de trabajadoras del brócoli, que buscaron formar un sindicato para protegerse de los abusos de los supervisores y, sobre todo, para poder mejorar sus condiciones de salud en el trabajo, tanto en campo como en las procesadoras¹⁰. En el año 2008, las trabajadoras lograron formar un sindicato que llegó a reunir a 100 asalariados, de los cuales 75 eran mujeres, pero en 2009, PROVEFRUT organizó el Comité de Empresa para contrarrestar la influencia sindical. Esta estrategia patronal, al parecer, ha sido eficiente en un doble sentido: inducir a organizarse en el Comité de Empresa a los nuevos trabajadores y generar división en la organización sindical. Muchos trabajadores tienen “miedo” de organizarse en el sindicato.

Lo notable de esta experiencia organizativa entre los trabajadores del brócoli es que surgió de una situación de intensificación laboral que afectó al trabajo sobre todo de las mujeres en el corte del brócoli. Una iniciativa de “género” que inmediatamente ha sido bloqueada por la propuesta empresarial, que otorga ventajas inmediatas y sobre todo estabilidad laboral para sus miembros. En estas condiciones, la iniciativa de las mujeres al parecer no ha logrado generalizarse al no tener el apoyo de más trabajadores. En el momento actual, sólo un pequeño porcentaje de trabajadoras de PROVEFRUT continúa afiliado al sindicato, mientras en las otras empresas predomina la

10 Hay muchas enfermedades ocupacionales que afectan principalmente a las mujeres: lumbalgia, hernia discal y tendinitis, reconocidas por la Unidad de Seguridad y Salud de la misma empresa PROVEFRUT S.A.

afiliación a la organización empresarial. El sindicato en las actuales condiciones es una organización “a la defensiva” y si bien ha logrado algunos éxitos, como por ejemplo parar el “maltrato a los trabajadores”, se encuentra en una posición de inestabilidad debido al acoso interno realizado por la empresa PROVEFRUT¹¹.

Profundizando el análisis del capital social existente en la zona investigada, se puede decir que la colaboración fuerte en el ámbito de la familia se torna cada vez más débil a medida que la colaboración se expande entre las familias y entre las comunidades. Existiría lo que Granovetter (2000) plantea como “lazos fuertes” en el entorno familiar, pero “lazos débiles” hacia afuera de este núcleo, situación de predominio individualista en la esfera del trabajo. El grado más alto de cooperación que se observa entre las familias que trabajan en el brócoli obedece a la mayor presencia de familias indígenas, especialmente en la zona de Pujilí.

La cooperación evoluciona en forma decreciente desde el círculo familiar —lo que Granovetter (2000) denomina los “vínculos fuertes”— hacia los ámbitos comunales, donde los vínculos se vuelven más débiles. La cooperación entre comunidades es bastante débil y la fortaleza se encuentra únicamente en los lazos familiares y de parentesco¹². En esta dimensión bastante individualista del mundo social, las posibilidades de una cooperación relacionada con el territorio se torna limitada.

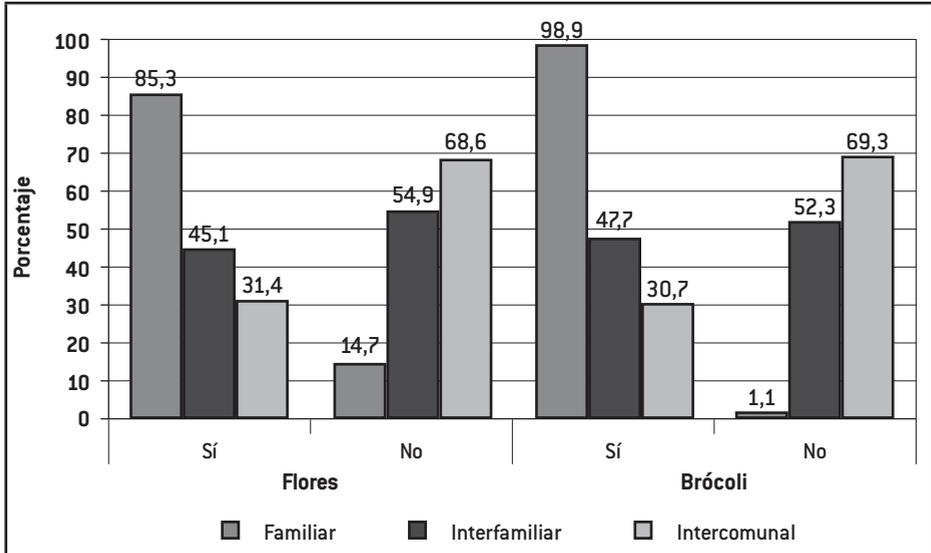
A excepción de las mingas, que todavía se practican en la zona vinculadas a la dotación de servicios básicos de infraestructura (agua, caminos, etcétera), el prestamano¹³ y el intercambio de productos son marginales en este territorio.

11 Según lo atestigua una trabajadora: “Hay amenazas. Existe gente que quiere entrar al sindicato y les dicen: si entras al sindicato te boto. A los nuevos que ingresan les preguntan si quieren pertenecer al sindicato o al comité, y ellos les dicen al comité. ‘Firma, porque si firmas al sindicato al momento que salgas de aquí no puedes encontrar trabajo en ninguna parte’”. Entrevista a M., Guaytacama, 20 de octubre, 2012.

12 Como lo señalamos más adelante, la cooperación entre comunidades puede aparecer coyunturalmente para enfrentar amenazas provenientes desde fuera, en este caso de las empresas de brócoli que empezaron a utilizar la tecnología del “bombardeo” de nubes, lo que motivó una interesante movilización de las comunidades afectadas.

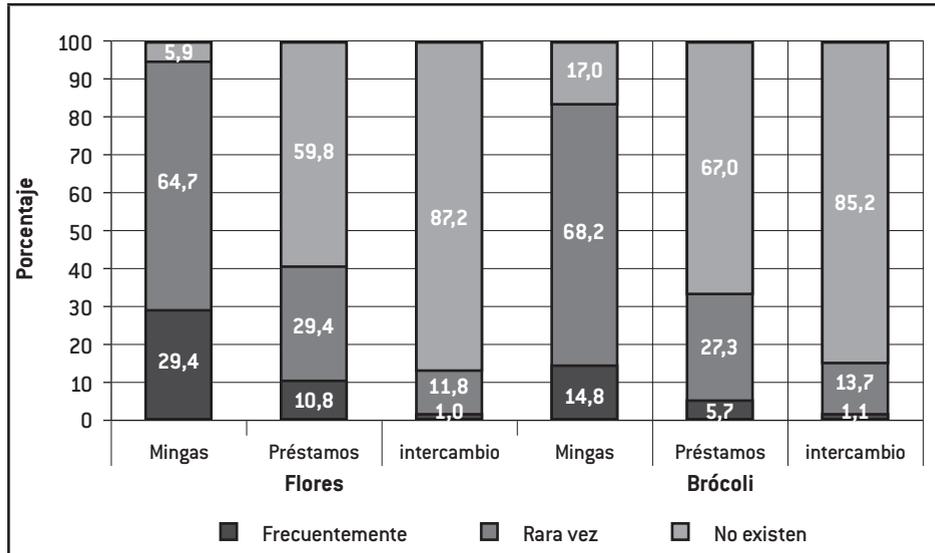
13 Préstamo de fuerza de trabajo que se hace a una familia en momentos específicos como la siembra, la cosecha o la construcción de la vivienda, por parte de familiares, vecinos o compadres.

Gráfica 4. Niveles de cooperación (porcentajes).



Fuente: Encuesta a trabajadores florícolas Cotopaxi, 2012

Gráfica 5. Relaciones de reciprocidad.



Fuente: Encuesta a trabajadores florícolas, Cotopaxi, 2012.

La crisis de las relaciones de reciprocidad ha sido constatada ya en varios estudios realizados en la sierra ecuatoriana y muestra las dificultades de su vigencia en el contexto de sociedades rurales en proceso de transformación. Los mismos defensores de la “teoría de la reciprocidad” han debido matizar sus planteamientos incluyendo la presencia de una “interfaz” entre la presencia del “intercambio mercantil” y la “reciprocidad”, que podría ser regulado finalmente por el Estado a través de “dispositivos jurídicos y políticos” o de contratos entre actores ubicados tanto en la esfera de la reciprocidad como en la de los intercambios mercantiles (Sabourin, 2012). Este planteamiento supondría considerar dos esferas con el mismo peso e importancia económica, lo cual no sucede en la realidad. Lo que sí es importante destacar es que la subsistencia de prácticas tradicionales de trabajo, como la minga, supone también un ahorro en los costos de transacción mercantiles, puesto que finalmente es el mercado capitalista en cualquier expresión que adopte (tierra, trabajo y capital) quien se aprovecha de la reciprocidad que todavía subsiste en las comunidades.

Además, en este territorio, el predominio de una economía parcelaria basada en la fragmentación excesiva de la propiedad no conforma la base para la vigencia de relaciones de reciprocidad en la agricultura, que a su vez implica una colaboración fuera de la familia, que incluya a las familias vecinas y la comunidad. Sólo se mantiene vigente la minga, pero más como una colaboración obligatoria para acceder a la dotación de servicios básicos de tipo urbano o para el agua de regadío o uso doméstico¹⁴. Se confirma una vez más el predominio de una práctica económica y social centrada en la familia, en el trabajo asalariado y con limitadas posibilidades de ampliar las redes sociales hacia la comunidad.

En una situación de semiproletarización generalizada, las relaciones tradicionales de reciprocidad pierden vigencia, pues las estrategias de las familias están ahora atravesadas profundamente por el mercado de trabajo, el salario, el consumo no productivo y la lógica impuesta desde fuera por los agronegocios. Si bien la vinculación salarial ha generado una cierta seguridad en el ingreso de las familias, en el ámbito organizativo se ha creado en cambio un vacío, en la medida en que no disponen por el momento de instituciones que puedan defender los derechos de los trabajadores (sindicatos, asociaciones de trabajadores, etcétera).

14 Según una entrevistada: “Salgo también a las mingas del agua, cuando convoca el presidente del barrio. Es obligatorio ir, si uno no va cobran multa de 30 dólares, a más que hay que poner a veces una cuota”. Entrevista a F., Latacunga, 8 de julio, 2012.

No obstante, el nivel de cooperación intercomunal puede reactivarse coyunturalmente cuando las comunidades se ven amenazadas por las prácticas de las empresas. Este fue el caso de la oposición de varias comunidades de las parroquias de Guaytacama, Saquisilí y Salcedo frente al bombardeo de nubes, practicado por la empresa Nintanga para neutralizar la presencia de granizo y fuertes lluvias que afectan el cultivo de brócoli, pero que generan sequía en los cultivos campesinos. A escala del territorio se generó un conflicto en el cual tuvieron que intervenir las autoridades locales y regionales. Al final se solucionó este conflicto con la negociación y prohibición del bombardeo de nubes por parte de la empresa. En algunas comunidades, como el caso de Salcedo, es interesante señalar que incluso el arreglo pasó por el otorgamiento de un terreno a la comunidad de Cumbijín por parte de la empresa Nintanga, en una clara estrategia de negociación similar a la de los hacendados tradicionales¹⁵.

Conclusiones

Esta investigación sobre una de las áreas de expansión del agronegocio en la sierra ecuatoriana, en la última década, muestra en primer lugar un importante proceso de reorganización territorial en función de los intereses de las empresas de flores y brócoli. En cierto sentido, el agronegocio en su versión criolla ha formateado el territorio, lo que significa que en este lapso se ha producido el cambio de dominación desde el modelo de la hacienda lechera al modelo del agronegocio de flores y hortalizas vinculado al mercado mundial.

Este cambio no implica un abandono de la concentración del recurso tierra, sino una utilización diferente de este recurso, ahora bajo una modalidad de explotación más intensiva y sobre todo con una producción volcada hacia el mercado mundial. Lo que se observa es que, a pesar de ello, se conserva un “*path dependence*” proveniente de la presencia del sistema de hacienda, especialmente en la percepción de las familias sobre las relaciones de trabajo, que incide en los niveles de organización y en general en la vida social de las comunidades locales.

Los cambios más importantes se han dado en relación con la fuerza de trabajo, que ahora se vincula masivamente bajo la relación salarial, carac-

15 “Como parte de un acuerdo entre la empresa productora de brócoli Agronagsiche y habitantes de 10 comunas de los alrededores, la mañana de ayer en el interior de la hacienda Selva Alegre de la empresa antes mencionada, fue entregado un terreno en donación para uso comunitario.” Diario *La Hora*, 8 de abril, 2010.

terizada por la presencia de una economía campesina en el *hinterland* empresarial que cumple una importante función como abastecedora de mano de obra barata para el capital. Esta presencia de la economía campesina es la que en cierta forma genera un efecto de “bruma o neblina” en la relación del trabajo con el capital, que impide sobre todo a los asalariados dimensionar las formas de explotación que se implementan a través de la intensificación laboral en el trabajo de las flores.

Las agroindustrias han llevado a una marginación económica de las parcelas campesinas que ahora se convirtieron en un espacio de reproducción de la fuerza laboral. Si bien todavía existen estos “microfundios”, no cumplen sino un rol de residencia y, como máximo, de autosubsistencia del grupo familiar. Podríamos señalar que con ello abaratan el costo de la mano de obra local. Si no existieran estas condiciones, el negocio de las flores y el brócoli no subsistiría en esta provincia por más que las tierras sean buenas y haya mucha luminosidad. Pero además, ya se han formado familias que no tienen tierra, es decir, que son asalariados en el pleno sentido de la palabra. Además, las agroindustrias, al integrar masivamente la mano de obra femenina, han quebrado la espina dorsal de la economía campesina, puesto que son ellas las que se encontraban al frente de la parcela, de la pequeña ganadería y de las actividades centrales del hogar.

Si bien no se pudo detectar la presencia de una relación precaria en el empleo, en cambio existen fuertes rasgos de precarismo en el proceso de trabajo, en especial entre los trabajadores ocasionales contratados en cuadrillas para las fases de mayor demanda de flores en el mercado mundial. No obstante, en el proceso productivo existen modalidades de intensificación del trabajo, como una de las estrategias que implementan las empresas para ser competitivas en el mercado mundial y que recaen sobre la mano de obra.

La presencia de las agroindustrias en el territorio ha significado terminar de una vez por todas con los lazos “patriarcales” o tradicionales que existían entre los trabajadores y el sistema de hacienda. Ahora el trabajador ya no se enfrenta a un patrón con quien puede entablar “negociaciones” sobre la utilización del espacio productivo en que se desenvuelve, sino a un sistema organizado de trabajo del cual sólo conoce una parte y cuya lógica está completamente fuera de su horizonte.

El bajo nivel organizativo en el ámbito del trabajo, así como de la vida en comunidad, indica un grado de profunda desterritorialización, puesto que las decisiones cada vez más individualizadas parecen orientarse más hacia afuera que hacia adentro. El territorio ya estaría definido como un “coto del agronegocio”, en el cual los barrios y las comunida-

des sólo son reservorios de mano de obra barata, sin mayor poder de negociación con las empresas que ordenan física y socialmente el espacio productivo a su antojo.

Por un lado, se ha dado una ruptura en las prácticas de solidaridad vigentes en el espacio residencial (familia, comunidad), pues la misma escasez de recursos impide la práctica de la reciprocidad familiar y comunitaria. En la esfera del trabajo, la situación es dramática, no sólo porque existe un desconocimiento de las alternativas organizacionales, sino porque las mismas empresas ya han desarrollado formas organizacionales para neutralizar cualquier iniciativa que provenga de los trabajadores.

Referencias bibliográficas

- Arcos Cabrera, Carlos y Carlos Marchán Romero (1978). Apuntes para una discusión sobre los cambios en la estructura agraria serrana. *Ciencias Sociales*, 11(5), pp. 13-51.
- Bourdieu, Pierre (1998). L'essence du néolibéralisme. *Le Monde Diplomatique*, marzo, p. 3.
- Bourdieu, Pierre (2000). *Les structures sociales de l'économie*. París: Seuil.
- Bourdieu, Pierre (2011). *Las estrategias de reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Castel, Robert (2004). *La inseguridad social: ¿qué es estar protegido?* Buenos Aires: Manantial.
- Entrena Durán, Francisco (1999). La desterritorialización de las comunidades locales rurales y su creciente consideración como unidades de desarrollo [online]. *Revista de Desarrollo Rural y Cooperativismo Agrario*, 3. Disponible en: <<http://cederul.unizar.es/revista/num03/pag03.htm>> [acceso 5/10/2011].
- Granovetter, Mark (2000). *Le marché autrement*. París: Desclée de Brouwer.
- Harari, Raúl; Natalia Harari; Homero Harari y Florencia Harari (2011). *Condiciones de trabajo y derechos laborales en la floricultura ecuatoriana*. Quito: FENACLE/IFA/FOS/FNV.
- Lara Flores, Sara María (2008). ¿Es posible hablar de un trabajo decente en la agricultura moderno-empresarial en México? *El Cotidiano*, 23(147), pp. 25-33.
- Laville, Jean-Louis y Garcia Jané, Jordi (2009). *Crisis capitalista y economía solidaria: una economía que emerge como alternativa real*. Barcelona: Icaria.
- Martínez Valle, Luciano (2012). Apuntes para pensar el territorio desde una dimensión social. *Ciências Sociais Unisinos*, 48(1), pp. 12-18.

- Marx, Karl (1977). El proceso de producción del capital. *El Capital*, tomo I, vol. 1. México: Siglo XXI.
- Neiman, Guillermo (2010). Los estudios sobre el trabajo agrario en la última década: una revisión para el caso argentino [online]. *Mundo Agrario*, 10(20). Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84514811020>> [acceso 14/8/2012].
- North, Douglass C. (1994). El desempeño económico a lo largo del tiempo. *El Trimestre Económico*, LXI(244), pp. 567-583.
- OIT (2007). *Diagnóstico de la situación de los niños, niñas y adolescentes que trabajan en florícolas para las provincias de Pichincha y Cotopaxi* [online]. Quito: OIT/Expoflores. Disponible en: <http://white.lim.ilo.org/ipecc/documentos/florícolas_ec_final.pdf> [acceso 5/10/2011].
- Oliveira-Baptista, Fernando (1992). Los asalariados agrícolas, el trabajo y los territorios: el caso portugués. *Estudios Regionales*, 31, pp. 31-44.
- Ortiz, Sutti (1999). Los mercados laborales a través del continente americano. En: Susana Aparicio y Roberto Benencia, coords. *Empleo rural en tiempos de flexibilidad*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 9-28.
- Paugam, Serge (2007). La solidarité organique à l'épreuve de l'intensification du travail et de l'instabilité de l'emploi. En: Serge Paugam, dir. *Repenser la solidarité: l'apport des sciences sociales*. París: Presses Universitaires de France, pp. 377-396.
- Pecqueur, Bernard (2000). *Le développement local: mode ou modèle*. 2.^a ed. París: Syros/La Découverte.
- Pedreño Cánovas, Andrés (2001). Efectos territoriales de la globalización: el caso de la ruralidad agroindustrial murciana. *Revista de Estudios Regionales*, 59, pp. 69-96.
- Pedreño Cánovas, Andrés y Germán Quaranta (2002). Introducción: Trabajo y sociedad en los campos de la globalización alimentaria. *Áreas*, 22, pp. 9-27.
- Steimbregger, Norma (2011). Movilidad del capital, concentración productiva y control territorial de una cadena de valor agrícola en el norte de la Patagonia. *Revista Pampa*, 7, pp. 207-236.
- Torré, André y Jean-Eudes Beuret (2012). *Proximités territoriales*. París: Editions Economica.

Trabalhadores rurais e as novas condições de trabalho no Vale do São Francisco, Nordeste do Brasil

Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, Alberto Dias de Moraes e Rodolfo Rodrigo Santos Feitosa

Introdução

As atuais condições de trabalho no mundo rural devem ser entendidas no contexto de desenvolvimento do capitalismo, suas crises e estratégias usadas para continuar uma história de acumulação e exploração, acentuada com o processo de globalização (Harvey, 2005). Este trabalho tem como objetivo compreender processos de mudanças nas relações e condições de trabalho em territórios latino-americanos, focalizando o olhar sobre o trabalho e os trabalhadores na fruticultura do Vale do São Francisco do Nordeste do Brasil¹.

O Vale do São Francisco se inscreve em uma parte do Território denominado Sertão do São Francisco, atualmente objeto do Programa de Desenvolvimento Territorial realizado pelo MDA, Ministério do Desenvolvimento Agrário do governo federal. Das políticas de desenvolvimento e modernização dos anos 1970 (Cavalcanti, 1999; Cavalcanti e Silva, 1999), que favoreceram a irrigação e outras condições para a agricultura no sertão

1 A pesquisa recebeu apoio do Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq) e CLACSO. Pesquisas atuais e realizadas pelo Grupo Globalização e Agricultura oferecem evidências e análises cujos resultados contribuem para fundamentar as novas questões para outras investigações em andamento.

nordestino, à inserção da sua produção nas rodas da globalização, através da fruticultura de uvas e mangas, nos anos 1990, às atuais exigências dos mercados, ocorreram mudanças significativas no modo de produzir e conduzir o trabalho nessa região.

No início do século XXI, as contradições desses processos emergem. Um novo projeto de desenvolvimento baseado num outro recorte desse território, dos que ficaram à margem, revela a outra face, a da pobreza, agravada pela exclusão dos vários segmentos sociais dos objetos e objetivos dessas políticas. Pelas suas particularidades históricas, o Vale está situado, pois, em zona de confronto entre projetos amplos de desenvolvimento que o singulariza no mapa das regiões globais (Cavalcanti, 2009); e por extensão, nas margens dos movimentos sociais dos que clamam pelo reconhecimento de outros territórios bosquejados segundo tradições indígenas e quilombolas, além de outros como sugerem as novas cartografias sociais, por exemplo; mas também na luta pela terra e água, expressa nos movimentos dos sem terra e assentados da reforma agrária (Cavalcanti, Wanderley e Niederle, 2014).

Em verdade, o caráter agudo destas contradições em muito se relaciona com a intensificação das políticas neoliberais ao final da década de 1990 e que foram decisivas na remodelação do mapa das desigualdades sociais. A implantação no “Novo Plano de Irrigação”, mais que propicia a consolidação das grandes empresas capitalistas atuantes na região (Coelho, 2009). Assim, um novo recorte das desigualdades econômicas que emerge através do fortalecimento dos empreendimentos agroindustriais, assevera ainda mais esse contexto social no qual atores diversos apresentam as mais variadas demandas econômicas e sociais.

Neste contexto em especial, os trabalhadores rurais apresentam nas suas trajetórias os resíduos dessas lutas ao exibirem uma continuada busca de melhores condições de vida e de trabalho, apesar da frágil organização e reduzida participação sindical resultante das precárias relações de trabalho (Cavalcanti e Bonanno, 2014). Por paradoxal que possa parecer, são esses os sujeitos que representam a face dinâmica desses movimentos e, ao mesmo tempo, as contradições dos avanços econômicos da globalização, nos territórios locais, ao mostrarem nos seus corpos e nos usos do seu tempo o lado perverso das equações do desenvolvimento. Da intensificação das jornadas de trabalho e insegurança detectam-se nas condições contratuais mais flexíveis de agora, maior vulnerabilidade (Marsden, 2009) desses sujeitos, que passam a clamar por outras formas de desenvolvimento econômico e conjunturas mais sustentáveis quanto ao emprego e às condições de trabalho. O campo de estudo da sociologia rural tem sido redimensionado

a partir da segunda metade do século XX em virtude das sucessivas modificações proporcionadas pela modernização agrícola e pela expansão das cadeias agroindustriais. Neste sentido, deve-se destacar como sugerem Bendiñi, Cavalcanti e Lara (2006, p. 248), que o espaço de atuação da sociologia rural "... viene siendo continuamente redefinido, especialmente por la inclusión de nuevas dimensiones de la relación entre globalización de los sistemas agroalimentarios y ruralidad". É neste contexto em que estudos com foco na expansão das interações global/local ganham preponderância no arrolamento das pesquisas sociais com foco no rural, ampliando o volume de produção da literatura a este respeito no início do século XXI.

A tendência a introduzir o fenômeno da globalização e da expansão de mercados nos estudos e debates promovidos pela sociologia rural segue, em verdade, uma tendência de nível macro. Em outras palavras, a emergente relevância desses temas no campo da sociologia rural está atrelada à sua própria sobrevalorização no escopo da teoria social, em geral; em cujos avanços fez com que os subcampos específicos da sociologia passem também a refletir seus objetos a partir dos impactos, consequências e influências do processo de globalização. Assim, como destaca Giddens (2006) em virtude da amplitude e impactos da globalização que em muito se dá pelo fato de que este fenômeno, não apenas determina eventos de nível macro, mas que afetam também e de modo muito particular a vida corrente dos sujeitos sociais, em dimensões e instâncias muito profundas. Foi, portanto, no entendimento e compreensão da vastidão dos impactos da globalização que também a sociologia rural inclinou-se ao estudo deste fenômeno e ao modo como o mesmo está inextricavelmente atrelado aos contornos contemporâneos das relações sociais de produção, pelo que os estudos sobre o trabalho rural ganham novo impulso (Cavalcanti, 1993, 1995; Lara, 1998; Tubío, 2001).

A temática do trabalho rural sempre exigiu grandes discussões da Sociologia Rural, tendo sido marcante os avanços recentes realizados pela produção latino-americana, sobretudo a partir dos redirecionamentos discursivos proporcionados pela transversalidade do tema da globalização (Martínez, 2004; de la Garza, 2008; Santos, *et al.*, 2010). A inserção econômica particular que os países da América Central e do Sul possuem no mercado global traz sérias e contundentes implicações no nível da organização das relações sociais de produção no campo. Em verdade, uma miríade de formas e tipologias de trabalho se criou após os processos locais de reestruturação produtiva frente aos incontrolláveis empreendimentos modernizantes dos Estados e da iniciativa privada em diversas regiões da América Latina. Tal como sugere Lara (1998), o processo de modernização técnico-produtivo

nem sempre reflete diretamente no surgimento de novas formas de trabalho. É deveras comum, a convivência de novas com antigas formas de contratação e emprego no trabalho rural, gerando o que esta autora acredita ser uma contradição inerente à agricultura capitalista flexível. Neste sentido, o mercado de trabalho rural se caracteriza enquanto um espaço dinâmico em constante transformação e que está sustentado em segmentação e assimetrias de classe, de gênero e étnicas (Lara, 1998).

A literatura sociológica brasileira tem feito questão de salientar a dinamicidade particular das novas fronteiras agrícolas, em especial aquelas que atendem diretamente mercados internacionais, a exemplo da região do submédio São Francisco. Esta espacialidade tem sua trajetória de formação atrelada às sucessivas ações desenvolvimentistas do Estado brasileiro, entrecortadas pelas próprias dinâmicas específicas de acumulação do capital, estando estas externadas, em grande medida, na ampliação e consolidação dos grupos financeiros atuantes no mercado produtivo rural nesse contexto econômico peculiar. Sobre esta mesma espacialidade se insere a permanente luta de trabalhadores rurais e outros grupos e movimentos sociais com vistas ao reconhecimento de suas demandas, melhorias de condições de vida e trabalho dentre tantas outras questões que traduzem a dinâmica das tensões sociais existentes em tal região.

Situando o caso: globalização e trabalho no Vale do São Francisco

A formação dos principais perímetros públicos de irrigação no Brasil se deu no bojo da constituição do agronegócio brasileiro e, neste sentido, esteve, de maneira geral, eivada de orientações que induziam à integração produtiva agrícola em cadeias específicas (Cavalcanti, 1995, 1996). É nesse contexto que a fruticultura no Vale do São Francisco, se inscreve na tentativa de inserção em mercados de maior valor agregado (Bispo, 2009; Carvalho, 2012, Cavalcanti, 1997, 1999, 2009; Bezerra, 2012). As dinâmicas de mercado nesses espaços de produção agrícola são cada vez mais vorazes em face não apenas do desenvolvimento interno dos agentes que nele competem, mas em virtude, sobretudo, da expansão das relações comerciais em níveis globais (Cavalcanti, 1996; os mais diversos atores sociais participam visando à inserção econômico-produtiva mais vantajosa possível, pondo em tensão os mais distintos interesses.

O processo de globalização dos alimentos contribuiu para o fortalecimento da fruticultura do Vale do São Francisco e oferecimento de postos de trabalho para homens e, principalmente, para mulheres que conseguiram

obter registros formais de trabalho e reconhecimento como trabalhadoras (Cavalcanti, 1999; Branco, 2000). Essa inserção da região nos mercados globais ocorre em meio a ganhos e crises características da sua externalização (Marsden, 1999) e das mediações do Estado. Entretanto, é inegável que o desempenho das exportações ainda marca a história de sucesso dessa região global.

A expansão da fruticultura para exportação vem sendo sublinhada como um dos ganhos dos indicadores de competitividade da região, aos quais se associam as características do clima e das inovações tecnológicas que permitem produzir segundo os tempos favoráveis do mercado (fora das estações); e por isso, mais que duas safras e meia ao ano, no caso da uva e de conseguir preencher janelas de mercado, no caso da manga. Há, portanto, uma clara adequação, no qual os tempos de produção se ajustam aos tempos do mercado. Entretanto, esses territórios que se organizam em função de mercados, não estão livres de eventuais crises.

A crise cambial iniciada nos anos 1998 e 1999, a qual promoveu como reflexo indireto uma desvalorização abrupta da moeda nacional, ainda que permitisse a melhoria das condições de venda das frutas nos mercados externos, trouxe para os produtores grandes pressões de custos. Isto, junto com o endividamento da atividade, veio a dificultar o caráter da construção da competitividade dos empreendimentos, já prejudicada pela redução de aportes públicos. Em outros instantes, a atuação da gestão pública nestes perímetros possuía um caráter mais ativo do ponto de vista da intervenção econômica através das políticas de créditos ou mesmo por meio da redução dos subsídios, e apoios técnicos, papel que fora desempenhado substancialmente pela Codevasf. Todavia, a adoção de políticas liberalizantes na década de 1990 contribuiu para um processo de enxugamento da ajuda aos perímetros, como também promoveu a autonomização dos denominados “distritos de irrigação dos perímetros irrigados”, de modo a repassar a administração e seus custos aos próprios produtores. Este processo ocorre na esteira da implantação do “Novo Modelo de Irrigação” (Banco do Nordeste, 2001a, 2001b) o qual reflete uma redução significativa da atuação do Estado na gestão dos perímetros de irrigação. O Estado passa a atuar de forma suplementar de provimento da infraestrutura básica e induzindo a atuação dos produtores de forma integrada, sob a égide do agronegócio (Feitosa, 2012).

Os impactos da referida crise, bem como as dificuldades enfrentadas pelos agentes econômicos da região em tela são devidamente ilustrados em relatório de 1999 do Banco do Brasil:

“É ainda de se ressaltar que a atividade teve seus custos praticamente dobrados do ano passado para cá, boa parte dos quais (adubos, defensivos, hormônios) vinculados ao dólar americano e controlados por poderosos cartéis. Não têm, pois, perspectivas de redução. Também, os rendimentos agronômicos, como, aliás, em toda atividade agrícola, não reagem com a velocidade desejada. Até pelo contrário. Boa parte dos pomares, mesmo aqueles conduzidos por produtores competentes, mostram oscilações expressivas de produtividade, em decorrência de fatores até agora não diagnosticados, próprios de uma atividade nova como é a fruticultura irrigada”. (Banco do Brasil, 1999, p. 3)

É então a partir daí, com mercados domésticos bem abastecidos a preços relativamente baixos, que os grandes produtores, principalmente através de organizações próprias como a Valeexport, vão se dedicar a um esforço exportador. Observa-se que nos dois casos (produção de uva e manga) os volumes de exportação são expressivamente crescentes em todo o período analisado. Já os preços unitários ou são estáveis, caso da manga, ou aumentam pouco, caso da uva, aparentemente não garantindo maiores vantagens financeiras no período, ainda mais quando se constata que o dólar estava desvalorizado em relação ao real em 2003 e 2004; isto significava mais venda e menores ganhos, embora compensados por mercados internos mais favoráveis, como, por exemplo, após os planos cruzado e real, quando os produtores chegaram a receber por ambos os produtos preços inacreditáveis acima de US\$5,00/Kg. Em 1988, o Banco do Brasil em Casa Nova (BA), conforme depoimento de seu gerente à época, comprovou preços de venda de manga Haden no mercado interno (preço CIF² para entrega no Ceagesp, em São Paulo)³ de até US\$10,00/Kg, recebidos pelos irmãos Heiji e Masakatsu Otsuka, seus clientes e pioneiros no cultivo tecnificado de manga no Vale.

No caso das exportações de manga, no período, houve uma evolução em termos de volume que passa de 21.500 toneladas para mais de 124.620 toneladas. Entretanto, em 2008, sob os impactos da crise do crédito global, volta para números em torno de 100 mil toneladas, o que constitui um notável esforço exportador, mas que não passa de um quarto da produção regional. Os impactos dessa nova crise sobre o Vale são discutidos em Pires e Cavalcanti (2012). Portanto, ainda que com preços baixos, é o mercado

2 Cost, Insurance and Freight (CIF). Neste caso o frete e o seguro são pagos pelo fornecedor, que é responsável pela entrega até o local de destino.

3 Companhia de Entrepostos e Armazéns Gerais de São Paulo.

interno que absorve a maior parte da produção, permitindo a sobrevivência desses empreendimentos produtivos, mesmo estando longe de remunerar os investimentos e os riscos da produção, segundo inúmeros depoimentos de produtores. As frutas do Vale são exportadas via consignação, processo em que os pagamentos repassados aos produtores só ocorrem de 90 a 120 dias após as vendas (Vital, *et al.*, 2011), a partir de contabilidades arbitradas pelos distribuidores que repassam os riscos aos produtores, mas não as melhores margens de ganho. Silva (2009) destaca que a queda dos preços internos e externos da manga já a partir de fins dos anos 1990, pela rápida expansão da cultura no Brasil e no exterior, acarreta uma pressão negativa sobre a rentabilidade. Em meados de 2012, observava-se que a expectativa de preços a receber foi reduzida a apenas US\$0,70/Kg.

Os preços da uva nas exportações no período analisado variaram de US\$1,27/Kg até US\$2,25/Kg. Também aqui, os produtores-exportadores, que são minoria, normalmente não consideram satisfatórios os resultados alcançados, frente aos custos e riscos da atividade, que ainda se vê às voltas com novos países concorrentes para a ocupação das “janelas” tradicionalmente ocupadas pelo Vale, a exemplo do Peru. Siqueira (apud Silva, 2009, p. 86) diz que “... o aumento do preço da uva foi três vezes inferior à variação do Índice de Preços por Atacado-*ipa*, que reflete mais diretamente nos custos de produção”. Esses mesmos produtores alegam também que os custos decorrentes das exigências das certificações são muito altos, e que a exportação sempre foi uma válvula contra as crises de liquidez internas. O depoimento colhido em 2014 ilustra a dificuldade: “Há muito deixei de produzir uva para exportação. Os custos não compensam. Venho produzindo apenas para os mercados mais próximos do Nordeste, mesmo assim, em parceria com ex-empregados, porque também para assinar carteiras, não dá mais”⁴. Em geral, tal afirmação corrobora aquelas dos trabalhadores por ocasião das convenções anuais de trabalho de que são sempre eles os que continuam a ser penalizados em momentos de crises.

De qualquer forma, já que absorve a grande parte da produção, é o mercado interno o grande mantenedor da atividade, principalmente para a imensa maioria de pequenos e médios produtores que não alcançam os padrões e as “janelas” da exportação. Segundo estimativas locais, pelo menos 80% da produção de manga e uva do Vale e a totalidade dos demais produtos restringem-se ao consumo interno. A administração do Mercado Pro-

4 Gerente e sócio de grande fazenda de produção de uva, em Petrolina, que, no decorrer dos anos 90 chegou a ter cerca de 2.000 funcionários registrados e expressiva participação nas exportações de uva.

dutor de Juazeiro, principal centro distribuidor para diversos mercados do País, contabiliza apenas dentro de seus pátios internos negócios próximos a um bilhão de reais por ano, envolvendo produtos com os mais diversos padrões de qualidade e onde a questão do preço é decisiva. Segundo o seu gerente de operação e estatística:

“Entram no recinto interno do mercado a cada mês entre 4.500 e 5.000 caminhões, cada um com 14 toneladas líquidas em média de frutas e verduras da região. E isso só representa de 20 a 25% da produção regional negociada. O restante é transacionado ou nos arredores do mercado ou nas próprias fazendas, fora do nosso controle”.

Nos últimos tempos, esse quadro de crise que se repete parece atingir grandes e pequenos produtores, revelando vulnerabilidades na área de governança, de tecnologia, de certificação, de relações de trabalho e de custos; estes contam com apoios estatais cada vez menores, além de estarem muito expostos às oscilações de mercado que tem ofertas crescentes. Lembrando essas fragilidades, Cavalcanti (1999, p. 57) comenta que o “Vale do São Francisco experimenta uma crise na distribuição das suas mercadorias, acirrada pela recente crise do crédito e redução do consumo externo”, vendo problemas que ultrapassam a fronteira conjuntural e que ameaçam os empreendimentos, os trabalhadores e o ambiente. Barros e Tonneau (2007), por sua vez, apontam graves problemas que afetam o desempenho de um dos pioneiros projetos públicos de irrigação, o Mandacaru, dentre os quais endividamento e inadimplência elevados, conflitos e ausência de representação dos interesses coletivos, sistema de produção precarizado, sucateamento da infraestrutura; salinização do solo e uso descontrolado de agrotóxicos. Nesta mesma direção, Bendini (2007, p. 4) relata que nesse modelo de agricultura há marcas de salários aviltados e duras condições de trabalho, além de contradições entre “... el uso de tecnologías sumamente sofisticadas con el uso de una abundante mano de obra migrante temporal y precaria”.

Configurações do mercado de trabalho

Vital *et al.* (2011) relaciona a crise à queda nos preços dos produtos em relação aos insumos e ao excesso de oferta, sobretudo da manga e da uva. Além disso, destacam que a redução das exportações e das vendas internas tem levado muitas empresas a suspenderem temporariamente suas atividades produtivas, chegando algumas delas a fecharem as portas, diminuindo a procura por empregados e provocando uma queda geral no nível de empre-

go. Isto vai refletir também nas convenções coletivas que findam por trocar a melhoria salarial pela manutenção dos postos de trabalho. Há vários casos de redução do emprego e paralisação das atividades ao longo da última década, que atingem empresas emblemáticas do Vale⁵. Silva (2009) manifesta fortes preocupações com as expansões desmedidas da fruticultura, que não ficam restritas ao Vale do São Francisco, cujos pomares perdem competitividade frente a novos concorrentes promovidos por governos estaduais em regiões mais próximas dos principais mercados consumidores, que normalmente tem menores custos de transporte e de produção. “São mais de trinta polos de fruticultura espalhados no país, com uma forte participação da região Nordeste que concentra metade deles”, diz Silva (2009, p. 87), que acrescenta em nota de rodapé: “Essa situação tende a se agravar ainda mais com os investimentos previstos no Plano de Aceleração do Crescimento (PAC) capitaneado pelo Governo Federal que prevê a implantação ou ampliação de mais 13 projetos de irrigação. Em sua maioria, a fruticultura aparece como principal alternativa de exploração”.

Com efeito, o Programa Mais Irrigação (Ministério da Integração, 2013) recentemente lançado, prevê investimentos nos próximos anos de R\$10 bilhões para implantar e revitalizar 538 mil hectares em 66 projetos, dos quais em apenas 6 novos previstos para a bacia do Médio e Submédio São Francisco, cogita-se para breve a operação de 167 mil hectares (Canal do Sertão, Baixio de Irecê, Salitre, Eixo Norte, Serra Negra e Terra Nova). No falar de um produtor recentemente entrevistado essas expansões e o aparecimento de fortes concorrentes externos constituem ameaças fortes à mínima competitividade, pois a impossibilidade de armazenar ou beneficiar suas frutas torna o empreendimento muito vulnerável: “Ficamos completamente à mercê dos intermediários. É o extremo do mercado livre, de custos e riscos incompatíveis com a condição dos produtores. Muitos deixam a atividade”. Cavalcanti (1997, p. 82) já havia percebido o mesmo problema, quando, a respeito do Projeto Nilo Coelho, menciona o fato de, em virtude das sucessivas crises na produção, bem como em virtude da ampliação da concorrência no mercado, reduzem as possibilidades de ganho: “apenas 10% dos seus primeiros colonos continuam a atuar na região”. Outro depoimento colhido de destacado empresário local a respeito das condições empresariais de produção no Nilo Coelho também ilustra os riscos, ainda que se refira ao processo positivamente: “as dificuldades hoje são bem maiores, não admitindo amadorismos ou erros. O rodízio de proprietários

5 Fruitfort (proprietário Aristeu Chaves, empresário líder da Valeexport); Logos Butiá, Agropecuária Cachoeira, Brasil Uvas, DAN, entre outras.

nos lotes se intensificou, num processo que eu chamo de ‘seleção natural’” (revendedor de produtos agropecuários em Petrolina).

O Vale do São Francisco abrange um grande centro de produção de frutas e intensas ligações econômicas com os mais variados mercados internacionais. Esses mercados, por sua vez, são caracterizados pelo elevado nível de exigências produtivas que acabam por repercutir no modo de produção local. Duas culturas agrícolas despontam como os principais produtos da região, a uva e a manga; elas respondem pela maior parte das áreas cultivadas nas empresas e projetos de irrigação da região. Há, porém, outras produções que também merecem destaque como o cultivo da goiaba, coco, acerola, cebola, tomate, melancia, melão mamão e banana. Ainda assim, é possível mencionar que a expressividade da manga e da uva é incontestável, uma vez que estas frutas respondem pela maior parte do volume de produtos exportados pela região. As tabelas 1 e 2, destacam a preponderância da produção destas duas culturas, evidenciando os volumes de produção exportados pela região do Vale do São Francisco.

As áreas de produção de manga nessa região chegaram a responder no ano de 2012, por 27,85% da área total de manga produzida no Brasil, em números totais, 20.527 hectares no submédio do São Francisco dos 73.690 hectares produzidos no Brasil. Se pensarmos a proporção destes números frente à produção apenas do Nordeste veremos que esta região representa 40% da produção de manga do total do Nordeste (Embrapa, 2004). Nota-se, portanto, que a produção de manga é bastante expressiva na região, sendo que parte considerável desta produção tem como fim a exportação para mercados consumidores com altas exigências em padrões de qualidade. A produção de mangas no submédio São Francisco é uma atividade do domínio de grandes e médias empresas e agricultores familiares. Ao final da primeira década do século XXI, 6,7% dos estabelecimentos eram responsáveis pela maior parte da produção, aproximadamente 60% do total que era produzido, enquanto que no mesmo período 75% dos estabelecimentos que “declararam cultivar manga possuem áreas com até 5 hectares e respondem por apenas 19,7% da produção” (Embrapa, 2004. Dados do IBGE de 2009).

Tabela 1. Exportações de manga. Vale do São Francisco (VSF) e Brasil. 1997-2013.

Ano	Volume em toneladas			Valor em US\$1.000			VSF valor médio em US\$/Kg
	VSF	Brasil	%	VSF	Brasil	%	
1997	21.500	23.370	92	18.600	20.182	92	0,86
1998	34.000	39.185	87	29.750	32.518	91	0,87
1999	44.000	53.765	82	28.600	32.011	89	0,65
2000	57.200	67.000	85	37.180	43.550	85	0,65
2001	81.155	94.291	86	43.443	50.814	85	0,53
2002	93.559	103.598	90	45.962	50.894	90	0,49
2003	124.620	133.330	93	68.256	73.394	93	0,54
2004	102.286	111.181	92	59.158	64.303	92	0,57
2005	104.657	113.758	92	66.724	72.526	92	0,64
2006	105.410	114.576	92	78.992	85.861	92	0,75
2007	107.812	116.047	93	83.281	89.643	93	0,77
2008	124.364	135.178	92	110.394	119.993	93	0,89
2009	92.628	110.202	84	77.429	97.388	79	0,84
2010	99.002	124.694	79	108.238	119.929	90	1,09
2011	105.856	126.430	83	114.985	140.910	81	1,11
2012	121.334	127.002	96	123.592	137.586	96	1,13
2013	102.600	122.009	84	118.336	147.481	80	1,21

Fonte: ADDinter, Governo do Estado de Pernambuco (1997-2010); Valeexport (2011-2013).

A mangicultura é, pois, de grande importância para a região, uma vez que engloba alto volume de negócios e representa um relativo incremento nas oportunidades de ocupações laborais. Esta produção com fins de exportação exige um crescente investimento em mão de obra qualificada e atividades pós-colheita (embalagem, empacotamento e classificação). Neste sentido, essa dinâmica é marcada por inovações na organização da produção e do trabalho, originando diversas formas de relações contratuais que tem se apresentado, sobretudo através de prestação de serviços (Embrapa, 2004). A efervescência econômica em torno da fruticultura fez surgir, inclusive na área de produção da manga, trabalhadores com qualificação técnica, bem como um elevado número de firmas prestadoras de serviços vinculadas às grandes fazendas produtoras, sendo esses “novos atores sociais” que destacam o dinamismo da região (Cavalcanti, 1997) e as precárias relações de trabalho.

Há, pois a associação entre as configurações do trabalho rural nas grandes áreas de produção para exportação e as inflexões advindas das articulações relacionais econômicas entre espaços de produção —local— e espaços de consumo —global— (Carvalho, 2012; Mota, 2001a, 2001b; Lara, 1998). Não por acaso as retrações de mercado reverberam diretamente em modificações nos números de vagas de trabalho em operação no Vale. Em geral, das primeiras medidas adotadas pelos grandes produtores-exportadores quando em momentos de crises está a redução dos custos de produção através do enxugamento da folha salarial, o que significa dizer, em outros termos, demissões de trabalhadores temporários. É em meio a este contexto produtivo que se consolida as condições contratuais de trabalho dos chamados “safrististas”, exatamente pelo fato de permitirem aos empregadores uma condição muito mais flexível quanto ao “descarte” instantâneo desta mão de obra frente a qualquer oscilação de mercado que suscite a necessidade de redução dos custos produtivos.

A uva do Vale se distingue nas pautas das exportações brasileiras. Nos inícios dos anos 1990, a viticultura contribuiu para ampliar a participação das mulheres no mercado de trabalho. Contudo, nas atuais condições de trabalho, a sazonalidade dos contratos faz da uva uma cultura que apresenta grande irregularidade na utilização de mão de obra (Cavalcanti, Andrade e Rodrigues, 2012). A contratação temporária de trabalhadores e de trabalhadoras, especialmente, para as fases de poda, raleio e colheita tende a se ampliar em relação às contratações mais permanentes, presentes nos anos iniciais da exportação dessa mercadoria na década anterior. Sendo uma das culturas que mais ocupa mão de obra, por isso mesmo considerada adequada à agricultura familiar, o cultivo da uva tem surpreendido os analistas, pelo uso decrescente da mão de obra, como já registramos em outro lugar (Cavalcanti, Mota e Silva, 2006).

Tabela 2. Exportações de uva. Vale do São Francisco (VSF) e Brasil. 1997-2013.

Ano	Volume em toneladas			Valor em US\$1.000			VSF valor médio em US\$/Kg
	VSF	Brasil	%	VSF	Brasil	%	
1997	3.700	3.705	100	4.700	4.780	98	1,27
1998	4.300	4.405	98	5.550	5.823	95	1,29
1999	10.250	11.083	92	7.910	8.614	92	0,77
2000	13.300	14.000	95	10.264	10.800	95	0,77
2001	19.627	20.660	95	20.485	21.563	95	1,04
2002	25.087	26.357	95	32.460	33.789	96	1,29
2003	36.848	37.600	98	58.740	59.939	98	1,59
2004	25.927	26.456	96	48.559	49.550	98	1,87
2005	48.652	51.213	95	101.912	107.276	95	2,09
2006	59.138	62.251	95	112.510	118.432	95	1,90
2007	78.404	79.081	99	168.243	169.696	99	2,14
2008	79.775	82.242	97	166.312	174.944	97	2,08
2009	54.476	54.559	99	110.388	110.574	99	2,03
2010	60.774	60.805	99	136.565	136.648	99	2,25
2011	59.339	59.391	99	135.642	135.782	99	2,29
2012	51.965	51.995	100	121.768	121.863	100	2,34
2013	43.085	43.180	100	102.704	102.995	100	2,38

Fonte: ADDinter, Governo do Estado de Pernambuco (1997-2010); Valeexport (2011-2013).

Desde a segunda metade do ano de 2008, a região do Vale passou a conviver com os impactos da crise do crédito global. A chamada crise global de 2008 vem sendo debatida nos espaços de trabalho, pela possibilidade de redução do volume de compras desse bem exótico, a uva, mas também pelos temores de possíveis reduções de oportunidades de trabalho e piores condições de trabalho, mais precarização, potencializando os efeitos da flexibilização. É oportuno destacar, neste caso, que as condições de precarização do trabalho, asseveradas notavelmente após a crise de 2008, são notáveis nas formatações contratuais que envolvem não apenas a grande produção de manga e uva com vistas à exportação. Feitosa (2012) sinaliza para o fato de que a dinâmica do trabalho informal acaba por se apresentar à época, justamente pelo cenário de crise, como instrumento de manutenção produtiva de pequenos produtores de acerola.

Além dos efeitos perniciosos da flexibilização observa-se, na produção de uva, que as exigências impostas nas rotinas e nos usos do trabalho, reveladas nesses arranjos, indicam tendências de mudanças na organização do trabalho, comprometendo a rotina, os ritmos, concorrendo para a intensificação do trabalho e, ao final, para a redução dos números de ocupação para as mulheres. Há também evidências de que o trabalho das mulheres foi o mais afetado no que se refere à extensão da jornada do trabalho do campo, às quais se somam as tarefas realizadas nas *packing houses*, centrais de embalagem e acondicionamento (Bonanno e Cavalcanti, 2012). Os usos de inovações tecnológicas no cultivo e implicações das novas exigências das certificações modificaram as pautas de trabalho e a listagem de tarefas; estas passam por maior controle. No Vale do São Francisco, as maiores firmas produtoras e exportadoras estão interferindo nas práticas de trabalho. Na tentativa de compatibilizar exigências de certificação estabelecidas pelo Global Gap, por exemplo, as mulheres estão sendo levadas à realização de múltiplas tarefas, ainda que não recebam para isto remuneração compatível (Bonanno e Cavalcanti, 2012).

As tarefas a mais são compensadas por pacotes de bônus e incentivos para os trabalhadores, tanto no campo como nas *packing houses*, mas grupos de trabalhadores são levados a ter mais responsabilidades no monitoramento do processo de produção, assim como na aplicação de insumos químicos, fertilizantes e pesticidas. Na expectativa de atender aos requisitos para assegurar a rastreabilidade, várias tarefas de registro do trabalho e insumos utilizados são adicionadas à rotina diária dessas trabalhadoras e trabalhadores, concorrendo para mudanças no processo seletivo e no perfil dos trabalhadores.

Há mudança na aferição do desempenho, segundo o tempo levado nos processos de colheita, seleção e raleio de uvas de mesa, diariamente. Nas grandes empresas, isto representa, ao mesmo tempo, um processo de intensificação e profissionalização do trabalho, com mais *inputs* agrônômicos, aplicados no processo de monitoramento dos sistemas de regulação. Esse aspecto do tempo de trabalho é quase sempre trazido à pauta das convenções de trabalho, pela alegação da existência de um banco de horas, em geral negada pelos patrões.

Divisão sexual do trabalho

As atividades de homens e mulheres estão divididas por um viés de gênero, segundo a exigência de maior ou menor dispêndio de energia física; mas também às representações de masculinidades e feminilidades prevalecen-

tes (Scott e Cordeiro, 2006). Às mulheres requerem-se tarefas “leves” como raleio, e outras na colheita e pós-colheita. Aos homens, compete a implantação do parreiral, pulverização, poda, amarrão, pós-poda e serviços mecanizados em geral. Há no Vale do São Francisco a representação de que trabalho com uva é feminino e trabalho com manga é masculino (Cavalcanti, Mota e Silva, 2006). Para garantir a “rastreadibilidade”, os serviços são parte inextrincável do complexo frutícola, envolvendo um número significativo de atores, técnicos e firmas, como também outros profissionais especializados, vinculados a empresas ou atuando como autônomos, que cuidam da manutenção dos sistemas de irrigação, consultorias agrônomicas, administração de pessoal, *marketing*, comunicação, dentre outras atividades. O trabalho de campo está a exigir maior treinamento dos trabalhadores que devem registrar todas as atividades requeridas pelos mercados; é assim que o trabalhador analfabeto e aqueles sem conhecimentos básicos de informática estão ameaçados de perder o emprego, mesmo quando são exímios especialistas nas tarefas técnicas para as quais se qualificaram na prática.

As grandes novidades nos espaços da produção e circulação das mercadorias são as novas certificações exigidas. Essas certificações, entre as quais, o Global Gap e outras, baseadas nas demandas dos novos movimentos sociais verdes ainda que questionadas pelos movimentos feministas, entre outros, por descuidarem das dimensões de gênero (Barrientos, Dolan e Tallontire, 2001), mas passam a atuar dos campos aos espaços de comercialização, como tendo vida própria.

As informações sobre o número de trabalhadores no Vale do São Francisco são em geral pouco informativas. Fala-se de 30.000, até de 60.000. Rodrigues (2009) considerou como referência aquele registrado no Sindicato dos Trabalhadores Rurais de Petrolina em 2006, referente à eleição para a entidade que ocorre a cada quatro anos.

Segundo informações obtidas com os sindicalistas, há mais de 920 empresas no Vale (no último acordo coletivo figuravam 1.000); essa quantidade dificulta bastante a atuação sindical, pois, diariamente e apenas no horário do almoço, o STR tem o acesso livre ao interior das empresas (fazendas) para conversar com os trabalhadores. A empresa que será visitada é escolhida aleatoriamente ou quando surge alguma denúncia da parte dos trabalhadores. É uso comum na região considerar essas empresas agroindustriais como fazendas.

De acordo com Silva (2012), sessenta e cinco por cento dos trabalhadores são mulheres. Dos 31.000 trabalhadores associados ao sindicato, 20.025 são mulheres. A ampla maioria de mulheres filiadas está ligada à absorção da mão de obra feminina pela cultura da uva. Esses números estão, todavia,

aquém da quantidade de trabalhadores envolvidos na fruticultura. A falta de registro oficial daqueles que efetivamente trabalham na região, denotam o grau de precarização e informalidade dos contratos.

Pelo exposto, fica sublinhado o caráter da nova relação estabelecida entre a agricultura e um novo setor de serviços que se inclui entre as exigências de finalização das mercadorias agrícolas até a sua venda a um consumidor final, todavia não reconhecida no cômputo final da remuneração do trabalho. Enquanto a meta é a redução do número de trabalhadores nas tarefas de campo, incrementam-se os serviços relativos ao acondicionamento, embalagem, apresentação e transporte dos produtos. Com razão, um novo problema se apresenta à Sociologia do Trabalho, devido à transferência das tarefas do setor de serviços dos centros distribuidores para o trabalho no campo. Essas repercutem também no senso de cooperação e de trabalho que emerge, por exemplo, nas novas cooperativas (Pires e Cavalcanti, 2012). Exemplos significativos das formas de relacionamento entre os diferentes setores da economia são observados, apesar dos novos riscos e formas de dependência que, embora partes comuns à história da agricultura se acentuam nos novos locais de construção de produtos frescos e perecíveis. A arena global é um espaço para competidores de distintas origens e interconectam-se nela o trabalho e os trabalhadores submetidos aos ritmos perversos do mercado.

Conforme o acordo coletivo de 2014 há aproximadamente 150.000 trabalhadores em todo o Vale; a metade deles na fruticultura. As empresas cadastradas em Petrolina são 1.000; entre os trabalhadores da uva, predominam mulheres, cerca de 70%, que se dedicam predominantemente às seguintes tarefas: raleio colheita, embalagem e “pinicado”. Nas demais lavouras, há um leve predomínio de homens. Há mais contratos provisórios (safristas), estes já são pelo menos dois terços dos números totais. Os produtores racionalizam ao máximo o custo da mão de obra, que consideram o maior, pelo que a questão do aumento da produtividade continua a ser perseguida pelos empresários do setor. Os trabalhadores alcançaram: um acréscimo de R\$24,00 sobre o salário mínimo oficial de R\$724,00; contrato de safra por 5 meses e aumento de liberações com ônus para os produtores: recebimento de salário, licenças médicas, acompanhamento de filhos, embora essa lista venha a ser quase sempre trazida à discussão, a cada convenção anual.

Considerações finais

A chamada mundialização do capital está ligada, antes de tudo, com o vigoroso potencial do capital de deslocar-se através globo em busca das oportunidades mais volumosas de acumulação do capital (Chesnais, 1996). O processo de mobilidade de capital e sua capacidade de colonizar os espaços produtivos é igualmente discutida em Bonanno e Cavalcanti (2011). Obviamente, o que se denomina conceitualmente como “mundialização do capital” corresponde a algo mais contundente do que a mera faceta de mobilidade do capital, estando ligado indissociavelmente também a aspectos como integração econômica mundial, desenvolvimento da divisão econômica mundial, emergência de novas formas de acumulação do capital, dentre outros. Contudo, no nível de relação com a modernização conservadora do espaço agrário brasileiro, destaca-se a mobilidade do capital, uma vez que este aspecto particular é decisivo nas articulações dos diversos capitais que formam os complexos agroindustriais contemporâneos.

A década de 1990 representa um período importante na expansão do agronegócio brasileiro, pois é nesse momento histórico que os capitais estrangeiros encontram as melhores oportunidades de entrada e fixação em investimentos, inclusive nas esferas da agricultura e da pecuária. É oportuno salientar ainda que nesta mesma década muitas das políticas públicas são revigoradas no sentido de ampliar o domínio econômico do modelo do agronegócio, a exemplo das proposituras presentes na coleção de documentos do Banco do Nordeste do Brasil que definem a nova política nacional de irrigação. Estes, por sua vez, sugerem justamente a conformação dos perímetros públicos de irrigação em espaços econômicos mais dinâmicos sob a ótica da sobrevalorização dos empreendimentos agroindustriais, leia-se agronegócio (Carvalho, 1988).

Embora a nova política nacional de irrigação tenha sido criada com vistas à orientação dos novos programas públicos de irrigação, o efeito não se restringiu somente às novas áreas. Até mesmo os perímetros públicos de irrigação implantados antes dos anos 1990 sofreram influência direta da Nova política de Irrigação e suas indicações em favor da reestruturação produtiva com vistas à exportação. Deve-se destacar que os espaços produtivos acima mencionados, em especial o do Vale do São Francisco, são cada vez mais expressivos no cenário nacional da produção agrícola, sobretudo no que tange à fruticultura. Em referência a este último, em particular, quando se pensa o processo de difusão das transações comerciais em níveis internacionais, a referida região acaba por apresentar uma complexidade de relações, justamente “... pela particularidade dos processos de mudança

que ali têm lugar, como resultado da vinculação da fruticultura com os mercados globais” (Cavalcanti, 1999, p. 127). É possível destacar que a conexão econômica da região do São Francisco com as demais áreas do globo, através da comercialização de frutas frescas tem se tornado, cada vez mais, um aspecto importante da organização das relações produtivas locais; o que apresenta, inclusive, reflexos diretos no âmbito dos amoldamentos do trabalho rural, em suas mais variadas facetas (Cavalcanti, 2011, 2012).

Pode-se reconhecer que esse processo geral de modernização da agricultura brasileira, no qual os contornos econômicos de espaços produtivos como os novos perímetros públicos de irrigação são definidos, teve implicações diretas também na morfologia do trabalho rural; e fizeram com que o elemento social “trabalho” passasse a ocupar um lugar privilegiado no âmbito das discussões científicas no campo da Sociologia Rural.

A capacidade de indução produtiva tem sido fator presente e inegável nas relações econômicas realizadas entre a fruticultura da região do submédio São Francisco e os mercados internacionais. Cavalcanti e Silva (1999, p. 273) destacam, neste contexto, que uma série de modificações produtivas ocorridas nas produções de uva e manga desta região, marcadas pela introdução de um “suporte tecnológico adequado, através de máquinas e câmaras de resfriamento, principalmente, na fase pós-colheita” são decorrências diretas das exigências e barreiras impostas pelo mercado externo. Ainda segundo as autoras em questão, a produção de manga tem sido cada vez mais afetada por tais exigências produtivas do mercado internacional com vistas ao estabelecimento do controle de qualidade da produção.

Os estudos que possuem como espaço de análise a região do Vale do São Francisco, em especial os da abordagem sociológica contribuem para o entendimento das particularidades desse dinâmico território produtivo, embora ainda mereçam novas e instigantes abordagens; e que sejam capazes de abarcar um universo de relações sociais de suma relevância para o desenvolvimento econômico e social da região. O esforço realizado nos garantiu uma leitura particular das transformações recentes no campo da agricultura e dos alimentos.

A aproximação, a partir de um caso, em combinação com a abordagem desenvolvida no interior do GT CLACSO45 nos permitiu compreender situações de precarização permanente do trabalho, exacerbação e intensificação das rotinas de trabalho. Além da contínua ameaça de perda de postos de trabalho e que pairam, numa condição de persistente vulnerabilidade, sobre os trabalhadores e trabalhadoras que buscam o sustento e reprodução de suas famílias. Numa situação de campo e observação de condições de trabalho numa agroindústria de laranjas no Uruguai foi observado um aviso

que dizia aos trabalhadores: Não coma(da) Fruta! No Vale do São Francisco, havia também um cartaz que dizia: Coma 5 frutas ao dia. Entretanto, esse último cartaz estendido nos escritórios de uma empresa do Vale estava dirigido não aos trabalhadores, mas aos consumidores distantes e que podem pagar o seu preço. O cartaz do Uruguai estava na área de trabalho e dirigido aos trabalhadores; os que não podem pagar pela fruta que produzem. Está aí uma das ironias e contradições da globalização (Rainelli, 2007) e da globalização dos alimentos, em particular: Os trabalhadores estão aquém de se beneficiarem dos resultados do seu trabalho, estão impedidos de provarem ou consumir dos mesmos.

Referências bibliográficas

- Banco do Brasil (1999). *Frutas: tendências mercadológicas*. Relatório do assessoramento técnico em Juazeiro-BA, datilografado.
- Banco do Nordeste (2001a). *A importância do agronegócio da irrigação para o desenvolvimento do Nordeste*. Francisco Mavignier Cavalcante França, coord. Fortaleza: Banco do Nordeste.
- Banco do Nordeste (2001b). *Políticas e estratégias para um novo modelo de irrigação: documento síntese*. Francisco Mavignier Cavalcante França, coord. Fortaleza: Banco do Nordeste.
- Barrientos, Stephanie; Catherine Dolan e Anne Tallontire (2001). *Gender and ethical trade: a mapping of the issues in African horticulture [online]*. Natural Resources Institute Report, 2624. Natural Resources Institute, Chatham Maritime. Disponível em: <<http://projects.nri.org/nret/genderet.pdf>> [acesso 4/9/2013].
- Barros, Edonilce da Rocha e Jean-Philippe Tonneau (2007). Novas configurações da agricultura familiar em áreas irrigadas: um olhar sobre o perímetro Mandacaru no Agropolo Juazeiro-Petrolina. Em: Eric Sabourin e Jean-Philippe Tonneau, org. *Agricultura familiar: interação entre políticas e dinâmicas locais*. Porto Alegre: UFRGS, pp. 241-249.
- Bendini, Mónica (2007). Prólogo. Em: Martha Radonich e Norma Steimbregger, comp. *Reestructuraciones sociales en cadenas agroalimentarias*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 4-9.
- Bendini, Mónica; Josefa Salette Barbosa Cavalcanti e Sara María Lara Flores (2006). Una mirada sobre el campo de la Sociología Rural en América Latina. Em: Enrique de la Garza Toledo. *Tratado latinoamericano de Sociología*. México: Anthropos/UAM/Iztapalapa, pp. 247-263.

- Bezerra, Juscelino Eudâmidas (2012). Desenho territorial dos trabalhadores da fruticultura no município de Mossoró(RN). *Okara: Geografia em Debate*, 6(1), pp. 99-108.
- Bispo, Rogério de Souza (2009). Acesso, uso e gestão de recursos hídricos no Vale do São Francisco. Em: Aldenor Gomes da Silva, Josefa Salete Barbosa Cavalcanti e Maria Nazareth Baudel Wanderley, orgs. *Dinâmicas rurais no Nordeste: teses e dissertações*. João Pessoa: Zarinha, pp. 323-354.
- Bonanno, Alessandro e Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, eds. (2011). *Globalization and the time-space reorganization*. Research in rural sociology and development, 17. Bradford: Emerald.
- Bonanno, Alessandro e Josefa Salete Barbosa Cavalcanti (2012). Globalization, food quality and labor: the case of grape production in North-Eastern Brazil. *International Journal of Sociology of Agriculture and Food*, 19(1), pp. 37-55.
- Branco, Adélia (2000). *Women of the drought: struggle and visibility in face of a disaster situation*. João Pessoa: Editora Universitária.
- Carvalho, Felipe Santos Estrela de (2012). *Os precários frutos da modernização: relações de assalariamento na fruticultura irrigada do submédio São Francisco*. Documento apresentado no Congresso Internacional Interdisciplinar em Sociais e Humanidades. Niterói-RJ, Brasil, 3 a 6 de setembro de 2012.
- Carvalho, Otamar de (1988). *A economia política do Nordeste: secas, irrigação e desenvolvimento*. Rio de Janeiro/Brasília: Campus/ABID.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (1993). Teoria sociológica e agricultura: tendências e desafios. Em: *Natureza, história e cultura: repensando o social*. Número especial de Cadernos de Sociologia, 4. Porto Alegre: UFRGS, pp. 61-67.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (1995). Globalização e agricultura: processos sociais e perspectivas teóricas. *Estudos de Sociologia: revista do Programa de Pós-Graduação em Sociologia/UFPE*, 1(2), pp. 105-118.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (1996). Globalização, novas regiões de produção agrícola, e desigualdades sociais. *Caderno CRH*, 24/25, pp. 109-121.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (1997). Frutas para o mercado global. *Estudos Avançados*, 11(29), pp. 79-93.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (1999). Globalização e processos sociais na fruticultura de exportação do Vale do São Francisco. Em: Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, org. *Globalização, trabalho e meio ambiente: mudanças socioeconômicas em regiões frutícolas para exportação*. Recife: UFPE, pp. 123-170.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (2009). Dinâmicas sociais e os novos desafios da globalização, circulação de mercadorias, populações e capitais. Em: Aldenor Gomes da Silva, Josefa Salete Barbosa Cavalcanti e Maria Nazareth Baudel Wanderley, orgs. *Diversificação dos espaços rurais e dinâmicas territoriais no Nordeste do Brasil*. João Pessoa: Zarinha, pp. 57-68.

- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (2011). Trabalho e mobilidade no mundo globalizado. Em: Marilda Aparecida Menezes e Emilia Pietrafesa Godoi, org. *Mobilidades, redes sociais e trabalho*, vol. 1. São Paulo: Annablume, pp. 137-159.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa (2012). Migraciones y calidad del empleo agrícola: consecuencias para los trabajadores, las regiones y el desarrollo local. Em: Mónica Bendini, Norma Steimbregger, Martha Radonich e Pedro Tsakoumaggos, org. *Trabajo rural y travesías migratorias*, vol. 1. Neuquen: Universidad Nacional del Comahue, pp. 181-199.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa; Berlano Bênis França de Andrade e Victor Rodrigues (2012). Mulheres e trabalho na agricultura de exportação: questões atuais. *Revista Antropológicas*, 23(1), pp. 67-88.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa e Alessandro Bonanno (2014). Conclusions: labor between exploitation and resistance. Em: Alessandro Bonanno e Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, eds. *Labor relations in globalized food*. Research in rural sociology and development, 20. Bingley: Emerald Publishing, pp. 269-290.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa; Dalva Maria da Mota e Pedro Carlos Gama da Silva (2006). Novas dinâmicas global/local: trabalho e gênero nos novos espaços de fruticultura no Nordeste do Brasil. Em: Russel Parry Scott e Rosineide Cordeiro, orgs. *Agricultura familiar e gênero: práticas, movimentos e políticas públicas*. Recife: UFPE, pp. 79-99.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa e Ana Cristina Belo da Silva (1999). Globalização, estratégias produtivas e o trabalho de homens e mulheres na fruticultura de exportação: o caso do Vale do São Francisco. Em: Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, comp. *Globalização, trabalho, meio ambiente: mudanças socioeconômicas em regiões frutícolas para exportação*. Recife: UFPE, pp. 259-281.
- Cavalcanti, Josefa Salete Barbosa; Maria Nazareth Baudel Wanderley e Paulo André Niederle, orgs. (2014). *Participação, território e cidadania: um olhar sobre a política de desenvolvimento territorial no Brasil*. Recife: UFPE.
- Chesnais, François (1996). *A mundialização do capital*. São Paulo: Xamã Editora.
- Coelho Neto, Agripino Souza (2009). *Trajetórias e direcionamentos da política de irrigação no Brasil: as especificidades da região Nordeste e do Vale do São Francisco*. Documento apresentado no XIX Encontro Nacional de Geografia Agrária: Formação e contemporaneidade da diversidade sócio-espacial no campo. São Paulo, Brasil, 2 a 7 de fevereiro de 2009.
- De la Garza Toledo, Enrique (2008). Los estudios laborales en América Latina al inicio del siglo XXI [online]. *Revista da Rede de Estudos do Trabalho*, 1(2). Disponível em: <http://www.estudosdotrabalho.org/PDFs_rret2/ArtigoEspecialN2.pdf> [acesso 12/11/2013].

- Embrapa (2004). *Cultivo da Mangueira: boletim eletrônico* [online]. Disponível em: <<http://sistemasdeproducao.cnptia.embrapa.br/FontesHTML/Manga/Cultivo-daMangueira/propagacao.htm>> [acesso 18/11/2013].
- Feitosa, Rodolfo Rodrigo Santos (2012). *Processos sociais de subalternização do pequeno agricultor à empresa agrícola no Perímetro Irrigado Senador Nilo Coelho em Petrolina-PE*. Dissertação de Mestrado, Universidade Federal de Campina Grande, Campina Grande-PB, Brasil.
- Giddens, Anthony (2006). *O mundo na era da globalização*. 6.^a ed. Lisboa: Presença.
- Harvey, David (2005). *A brief history of neoliberalism*. Nova Iorque: Oxford University Press.
- Lara Flores, Sara María (1998). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura mexicana*. México: Juan Pablos.
- Marsden, Terry (1999). Rural futures: the consumption countryside and its regulation. *Sociologia Ruralis*, 39(4), pp. 501-520.
- Marsden, Terry (2009). Mobilities, vulnerabilities and sustainabilities: exploring pathways from denial to sustainable rural development. *Sociologia Ruralis*, 49(2), pp. 113-131.
- Martínez Valle, Luciano (2004). Trabalho flexível em las nuevas zonas bananeras de Ecuador. Em: *La gobernabilidad en América Latina: balance reciente y tendencias a futuro. Los 43 aportes más representativos de las unidades académicas de la FLACSO en el 2004* [CD-ROM]. Quito: FLACSO-Ecuador.
- Ministério da Integração (2013). *Programa Mais Irrigação* [online]. Brasil. Disponível em: <www.planalto.gov.br> [acesso 4/9/2013].
- Mota, Dalva Maria (2001a). Trabalho permanente e temporário na fruticultura irrigada nordestina: o Platô de Neópolis-SE. *Raízes*, 18(20), pp. 63-75.
- Mota, Dalva Maria (2001b). Trabalho temporário no projeto de fruticultura irrigada Platô de Neópolis-SE. *Cadernos de Ciência & Tecnologia*, 18(2), pp. 113-134.
- Pires, Maria Luiza e Josefa Saleté Barbosa Cavalcanti (2012). Imagens da fruticultura do Vale do São Francisco: cooperativa, reinvenção de estratégias e criação de oportunidades em tempos de enfrentamentos da crise global. Em: Clara Craviotti, coord. *Tramas productivas y agentes sociales en la fruticultura globalizada*. Buenos Aires: Miño y Dávila, pp. 223-246.
- Rainelli, Pierre (2007). *L'Agriculture de demain: gagnants et perdants de la mondialisation*. Paris: Éditions Du Félin.
- Rodrigues, Victor de Oliveira (2009). *Globalização da agricultura e mudanças no mundo do trabalho: os trabalhadores rurais no Vale do São Francisco*. Monografia de Bacharelado em Ciências Sociais. Universidade Federal de Pernambuco, Recife-PE, Brasil.

- Santos, Gilnei C.; Rosa M.O. Fontes; Patrícia M.A. Bastos e João E. de Lima (2010). Mercado de trabalho e rendimento no meio rural brasileiro. *Economia Aplicada*, 14(3), pp. 355-379.
- Scott, Russel Parry e Rosineide Cordeiro, orgs. (2006). *Agricultura familiar e gênero: práticas, movimentos e políticas públicas*. Recife: UFPE.
- Silva, Pedro Carlos Gama da (2009). Dinâmica e crise da fruticultura irrigada no vale do São Francisco. Em: Aldenor Gomes da Silva, Josefa Salette Barbosa Cavalcanti e Maria Nazareth Baudel Wanderley, orgs. *Diversificação dos espaços rurais e dinâmicas territoriais no Nordeste do Brasil*. João Pessoa: Zarinha, pp. 69-95.
- Silva, Pedro Carlos Gama da (2012). Caso de Brasil. Em: Fernando Soto Baquero e Emilio Klein. *Empleo y condiciones de trabajo de mujeres temporeras agrícolas*, tomo I. Genebra: CEPAL/OIT/FAO, pp. 83-141.
- Tubío, Mauricio (2001). *El impacto de las transformaciones agrarias sobre el empleo rural en el Uruguay [online]*. CLACSO. Disponível em: <<http://biblioteca.clacso.edu.ar/>> [acesso 15/11/2013].
- Vital, Tales Wanderley; Horst Dieter Moller; Luis Andrea Favero; Yony de Sá Barreto Sampaio e Elias Silva (2011). A fruticultura de exportação do Vale do São Francisco e a crise econômica: efeitos sobre a convenção coletiva de trabalho 2009-2010. *Revista em Agronegócios e Meio Ambiente*, 4(3), pp. 365-390.

En búsqueda del control: enganche e industria de la migración en una zona productora de uva de mesa en México¹

Sara María Lara Flores y Kim Sánchez Saldaña

El contexto

Sonora es un estado fronterizo con Estados Unidos, en el cual se concentran cerca de 19.000 hectáreas de viñas, que equivalen al 86% de la superficie nacional de este cultivo y al 96% del valor que aporta esa fruta al país (SAGARPA, 2010). De esa extensión, el 77,7% está ocupado por variedades de uva de mesa, el 15,8% de uva pasa y el restante 6,5% de uva para uso industrial². La relevancia de este enclave productivo tiene que ver con la producción de la uva de mesa, cuya cosecha se da entre la primera semana de mayo y la última de junio, antes de que la producción del Valle de Coachella y del Valle de San Joaquín, en California, o

1 La investigación corresponde a avances de investigación del Proyecto de Investigación Sostenibilidad Social de los Nuevos Enclaves Productivos Agrícolas: España y México –ENCLAVES– (Ref.: CSO2011-28511), siendo responsable general el Dr. Andrés Pedreño Cánovas. El equipo mexicano está integrado por las autoras del presente documento y la Dra. Adriana Saldaña Ramírez del Instituto Nacional de Antropología e Historia, Centro Regional Morelos.

2 En el año 2010, las principales regiones productoras de uva de mesa en ese estado fueron: Costa de Hermosillo-Pesqueira (10.276 ha) y Caborca (4.252 ha) (SAGARPA, 2010).

la uva chilena inundan el mercado norteamericano³. Esta situación abre a los productores de Sonora una ventana de oportunidad para colocarse durante un muy breve período en el mercado internacional, con la ventaja de llegar en un momento de escasez, a lo que se añade que el costo de la mano de obra en el caso de la producción mexicana es mucho más barato que en Estados Unidos y en Chile.

La Asociación Agrícola Local de Productores de Uva de Mesa (AALPUM) de Sonora reconoce que, a partir de la entrada en vigor del Tratado de Libre Comercio con América del Norte (TLCAN o NAFTA, por sus siglas en inglés), se inicia el despegue de la exportación de uva de mesa⁴. La apertura comercial promovió el desarrollo de este cultivo, ligado a estrategias empresariales que significaron el acaparamiento de tierras y la concentración productiva en empresas altamente tecnificadas e integradas a una compleja red de comercializadores, que permite su ingreso a los principales mercados a los que se destina. A la fecha, AALPUM señala que la mayor parte de sus miembros combinan la producción de vid con la de hortalizas, cítricos y nogales, y operan como comercializadores, colocando la producción de los más pequeños entre los compradores mayoristas y distribuidores de los mercados nacionales o internacionales. Son ellos quienes se encargan de empacar y etiquetar las frutas, lo que supone que cuentan con la marca y las certificaciones requeridas para vender sus productos en el mercado internacional.

Es preciso mencionar la importancia que adquiere, hoy en día, el proceso de certificación de las normas de calidad que deben cumplir los productos, porque ello ha tenido una fuerte incidencia en la transformación de los procesos productivos. Por ende, no sólo influye en aquellas empresas que pueden mantenerse como exportadoras, sino en la magnitud de la demanda de mano de obra y en las características de trabajador que se solicita para la realización de las diversas tareas⁵. Al tener que someterse a controles de calidad que confirmen la aplicación de buenas prácticas agrícolas, las empresas deben reducir al máximo los riesgos de contaminación

3 Actualmente, Chile abastece el 70% de las importaciones totales de uvas frescas al mercado del vecino país del norte, mientras que el 28% son compradas a México (Ver: <<http://tesis.uson.mx/digital/tesis/docs/18941/Capitulo2.pdf>>).

4 Ver: <<http://sonoraspringgrapes.com/estadisticas.htm>>.

5 Para el caso de las hortalizas producidas en el estado de Sinaloa, estas transformaciones son analizadas en Carton de Grammont y Lara Flores (2010).

microbiológica y toxicológica, y seguir las especificaciones que marcan los diferentes mercados internacionales⁶.

Los cambios e innovaciones que recientemente se han introducido en la producción de la uva de mesa han generado un aumento en la demanda laboral, que no está relacionado con el incremento de superficie cultivada, dado que esta más bien ha ido disminuyendo —sobre todo por problemas en el abasto de agua—, sino con el desarrollo de tareas que aseguran la calidad de la fruta y la obtención de mercancías adecuadas para mercados diferenciados⁷. Estos cambios son resultado de los procesos de reestructuración que se han generado en las empresas para lograr ser competitivas en el mercado internacional en términos de volúmenes producidos, precios bajos y diversidad en las variedades que ofrecen, lo que ha implicado sistemas más intensivos de trabajo en tareas convencionales y nuevas. Pero, a su vez, ahora se añade a ello una serie de cambios en el proceso de trabajo que tiene que ver con la observancia de las normas de calidad para que la uva de mesa cumpla los estándares internacionales. Algunas fuentes estimaban, a mediados de la década de los años 2000, que la demanda de mano de obra en la temporada de cosecha de uva, en los campos de Pesqueira, aumenta la población total a 35.000 personas (Haro, 2007). Por otra parte —según un periódico sonorenses— el Servicio Nacional de Empleo de Sonora calculó que en 2011 la población aumentó a 57.000 habitantes con la llegada de los jornaleros contratados sólo para la cosecha de uva⁸.

Sin duda, los sistemas de intermediación laboral han sido clave para el abastecimiento de mano de obra en este tipo de enclaves agrícolas. Desde mediados del siglo XX, estos sistemas alentaron la conformación de circuitos migratorios de campesinos-jornaleros originarios de regiones marginadas de los estados del sur del país⁹, en principio como respuesta a la escasez

6 Se trata del cumplimiento de los protocolos: US-GAP, EURO-GAP, TESCO Nature's Choice, SENASICA y México Calidad Suprema.

7 En términos absolutos, las mayores superficies cosechadas tuvieron lugar en los años ochenta, con un promedio de 58.000 hectáreas y un máximo (global) de 73.000 hectáreas (1986), mientras que las menores superficies de cosecha se alcanzaron a partir de 2002, con un promedio de 31.000 hectáreas y un mínimo (global) de 29.000 hectáreas (2007). Aun cuando actualmente la razón cosecha-siembra supera el 93%, la superficie cosechada en 2007 representó el 40% de la de 1986 (SAGARPA-AALPUM, s/f).

8 Ver: <<http://www.elimparcial.com/EdicionEnLinea>>.

9 Véase al respecto: Botey, Heredia y Zepeda (1975); Astorga (1985); Aguirre y Carton de Grammont (1982); Lara Flores (1997) y Sánchez (2006).

de mano de obra local en el noroeste del país y, cada vez más, porque garantizaban el suministro de mano de obra muy barata y manejable. Al mismo tiempo, consolidaron la figura del intermediario tradicional, un individuo que cumplía un papel activo en la estructuración de los mercados de trabajo agrícolas al manipular por medio de relaciones de patronazgo, étnicas y de género estos flujos migratorios, en gran medida debido a la alta proporción de población indígena y familiar que los componen. Todo ello propició su desempeño, también, como intermediarios culturales y *brokers*, identificados por un estilo personalizado e informal de dominio de la fuerza de trabajo (Sánchez, 2012).

Con el tiempo, este ir y venir de campesinos pobres-jornaleros dio lugar a su asentamiento en torno a dichos enclaves agrícolas, principalmente de aquellos trabajadores que carecían de tierra, expulsados de regiones con altos índices de marginación, y que aspiraban a encontrar mejores alternativas de trabajo y bienestar para sus familias. En esas circunstancias, desde mediados de los años ochenta comenzaron a establecerse familias de indígenas sureños (sobre todo de Oaxaca) en varias regiones agrícolas del noroeste del país. En el caso de Sonora, este proceso llevó a la conformación de verdaderos pueblos de migrantes, principalmente en el poblado Miguel Alemán y en la localidad de Estación Pesqueira, ambos lugares aledaños a los campos de cultivo¹⁰. Inicialmente, estas familias fueron alojadas en los campamentos ubicados en los terrenos de las propias empresas pero, a medida que crecía la importancia y la consistencia del cultivo de uvas, la región se llenó de nuevos migrantes que empezaron a adquirir terrenos para construir sus viviendas, dando pie a una acelerada urbanización. De modo secundario, pero relevante para comprender las trayectorias de los trabajadores asentados, se puede conjeturar que este proceso fue causa y efecto de que algunas empresas diversificaran su producción, combinando el cultivo de vid con el de hortalizas, cítricos y nogales, así como del desarrollo de un peculiar sector terciario sobre el que más adelante ahondaremos.

En el caso del enclave sonorenses, como trataremos de mostrar, con el paso de los años las estrategias de abasto de mano de obra se fueron ade-

10 El poblado originalmente denominado Estación Pesqueira se funda a finales del siglo XIX asociado a la construcción de una ruta ferroviaria ligada al desarrollo de una economía regional basada en la ganadería, el trigo y el algodón. Dada la baja densidad demográfica, estas actividades promovieron la inmigración de población de estados colindantes. Posteriormente, el auge de la horticultura dio un nuevo impulso a su crecimiento, el cual se acelera a medida que el cultivo de la vid se introduce en la región (Lara, Montes y Pedraza, 2015).

cuando. Por un lado, como resultado de las diferentes transformaciones e innovaciones que se incorporaron en el proceso productivo, que han reforzado esquemas más intensivos de trabajo, se ha acentuado la temporalidad del empleo e introducido nuevos criterios en la selección de los jornaleros. Por otro lado, debido a la presencia de trabajadores asentados en la región, quienes se convirtieron en una mano de obra disponible todo el año para ser ocupada en las diferentes tareas que requiere tanto la producción de uva como de hortalizas y otros productos agropecuarios¹¹. No obstante, el ajuste de esos sistemas de intermediación tiende, sobre todo, a lograr el control y el disciplinamiento de los trabajadores, para adecuarlos a los nuevos requerimientos de eficiencia y calidad que tienen las empresas. En ese sentido, las funciones que, hoy en día, cumplen estos agentes son conectar la oferta a la demanda y fungir como intermediarios culturales, pero, ante todo, asegurar el control político y social de los trabajadores, mediante lo que Burawoy llamó “el consentimiento en la producción”¹².

Lo que resulta sugerente en el planteamiento de Burawoy, para el caso que estudiamos, es el papel que otorga a algunos segmentos de la gerencia (*thinkworkers* de la producción) para crear ciertos arreglos informales con los trabajadores y generar reacciones competitivas entre ellos (Thompson, 1989). Desde su punto de vista, y mediante lo que él llama “juegos de realización”, el conflicto, en lugar de dirigirse hacia la empresa, se desplaza hacia los distintos grupos de trabajadores, impidiendo el desarrollo de una identificación de clase. Si bien su análisis se refiere a una fábrica y a un espacio laboral fuertemente institucionalizado en el cual existen negociaciones colectivas que regulan las relaciones laborales y crean un mercado interno, sus planteamientos nos parecen originales para entender las dialécticas entre control y consentimiento, y entre control y resistencia.

11 Cabe mencionar que la ganadería, así como el cultivo de cereales, son igualmente importantes en la región.

12 En 1974, Burawoy se hace contratar como maquinista en una fábrica de Estados Unidos (Allied Corporation) que produce maquinaria agrícola. Sus reflexiones sobre la experiencia están contenidas en su libro *Manufacturing consent changes in the labor process under monopoly capitalism*, publicado en 1979 por University Chicago Press.

Caracterización de la operación de los sistemas de contratación

Antes de detallar los principales rasgos que caracterizan el escenario laboral en la producción de uva de mesa en el estado de Sonora, es necesario conocer cómo se organiza el ciclo productivo en la región estudiada. En primer lugar, es importante saber que la demanda de trabajadores se concentra fundamentalmente en tres momentos: poda, raleo¹³ y cosecha. En estas actividades se ocupa una importante cantidad de mano de obra en diciembre, febrero y mayo-junio, respectivamente, y cada una de ellas se realiza en un lapso que dura de tres a cuatro semanas. De estas tareas, la cosecha es la que requiere mayor cantidad de trabajo e incluye el empaque directo en el surco. También existen otras labores menores que consisten en el cuidado de los frutos, como es el deshoje¹⁴ y el anillado¹⁵ (entre febrero y mayo), tareas que requieren pocos trabajadores o se realizan en períodos cortos¹⁶.

Veamos brevemente cuáles son las características de las estrategias de abastecimiento de trabajadores para cumplir estas tareas y de qué manera han logrado la imposición de regímenes más intensivos de explotación y subordinación.

-
- 13 La práctica de raleo, también llamada aclareo, consiste en eliminar racimos, parte de ellos o bayas con el objetivo de lograr mayor amarre, forma, peso y presentación de las uvas y reducir la compactación del racimo (Vázquez Villanueva, 2011, p. 34).
 - 14 El deshoje consiste en abrir una “ventana” que permita una mejor iluminación y aireación del racimo, sin que este se exponga completamente a los rayos del sol, favoreciendo también la buena cobertura de las aplicaciones foliares (Vázquez Villanueva, 2011, p. 35).
 - 15 Práctica empleada para el incremento del tamaño de la baya, que se realiza haciendo cortes pequeños en el tronco de la planta con una cuchilla de doble filo (Vázquez Villanueva, 2011, p. 36).
 - 16 Cabe mencionar que cada variedad de uva puede requerir distintas y particulares labores, siendo la Perlette y la Thompson Seedless las que generalmente implican más tareas manuales por racimo.

■ Sistema de contratistas y cuadrilleros

Es bajo este sistema de intermediación que se moviliza a la mayor parte de los trabajadores que intervienen en los períodos de mayor demanda de la producción de uva de mesa. La figura central es la de los contratistas, quienes se encargan de ofertar a las empresas un número variable de cuadrillas de trabajadores para realizar las labores de poda, raleo o cosecha. Las empresas suelen hacer trato con dos o más contratistas, a quienes se les asigna una extensión de campo para trabajar en un tiempo determinado, dependiendo de la cantidad de trabajadores de la que dispone cada contratista y de la magnitud de la empresa. A su vez, cada uno de estos contratistas controla a varios “enganchadores” en diferentes estados del país. De esta manera, se conforma una estructura de carácter piramidal en la cual el contratista está en el ápice. De él dependen dos o más equipos cuadrilleros y, a su vez, cada uno de estos controla una cuadrilla integrada por ochenta trabajadores. En este esquema, los cuadrilleros están encabezados por un cuadrillero principal, al que le sigue un cuadrillero segundo y otro tercero. Por último, se encuentra el cuarto cuadrillero, al cual denominan “apuntador” (dada la función que cumple de registrar el trabajo a destajo, sea mata o planta en poda y raleo o caja cosechada). Cada uno cumple actividades específicas, desde el reclutamiento hasta el momento en el que los trabajadores se encuentran en el sitio de trabajo y alojados en campamentos de las empresas, y cobra un porcentaje proporcional de la tarifa establecida por la empresa para cada tarea realizada (sea mata podada o caja cosechada), por lo que los intermediarios se benefician directamente del trabajo intensivo de los miembros de sus cuadrillas¹⁷.

17 En general, los cuadrilleros son renuentes a decir cuál es el monto de su pago, sin embargo, un cuadrillero segundo explica que en la temporada de cosecha de 2014, la tarifa por caja de uva cortada (precio acordado entre el contratista y la empresa) había sido en promedio de \$1,50 dólares, de los cuales el jornalero recibía en realidad el 60%, mientras que el 40% restante se dividía entre el equipo de intermediarios aproximadamente de la siguiente forma: el contratista se quedaba con el 29%, el primer cuadrillero ganaba el 5,5%, el segundo cuadrillero el 3% y el apuntador el 2,5%.

■ El reclutamiento¹⁸

Son las empresas las que determinan las fechas y la cantidad de trabajadores requeridos, comunicándose con los contratistas. Generalmente, estos transmiten la solicitud a los cuadrilleros dos o tres semanas antes de que se inicien las labores. Luego, los cuadrilleros, apoyados en los cuadrilleros menores o ayudantes, son los responsables de ir a los pueblos e “invitar” directamente a las personas, utilizando sus redes familiares y su capital social. En este esquema, el papel clave lo desempeñan los cuadrilleros, en el sentido de que ellos representan la figura del intermediario laboral tradicional (Sánchez, 2012). Comúnmente, es una persona que reside en la región en la cual recluta y, a su vez, depende de sus ayudantes para extender y afianzar su presencia en algunas de las comunidades rurales, así como para apoyarse en las redes sociales (parentesco, amistad y paisanaje) de sus ayudantes, y con ello aumentar la confiabilidad de los compromisos adquiridos por cada trabajador enganchado. Este mecanismo es clave para el establecimiento de vínculos de solidaridad y lealtad de los trabajadores hacia los cuadrilleros en los espacios de trabajo.

Hay que hacer notar que se trata de mecanismos informales de operar, ya que no existen oficinas, establecimientos fijos o agencias de contratación, ni se firma contrato alguno. Cada cuadrillero y sus ayudantes llevan una lista en la que “apuntan” a aquellos/as trabajadores/as que expresaron su intención de ir a trabajar a Sonora. Así, los ayudantes van casa por casa reclutando, o bien los interesados buscan a los ayudantes en sus domicilios para que los anoten en la lista¹⁹. Basado en la planificación del contratista

18 Nos basamos en veinticuatro entrevistas a intermediarios y trabajadores (realizadas por Adriana Saldaña y Kim Sánchez) en las regiones de Izúcar de Matamoros y de Oriente, de los estados de Puebla y Morelos, respectivamente. Ambas regiones constituyen un importante centro de contratación, donde operan cerca de 20 cuadrilleros (y sus equipos), oriundos de diferentes localidades que se han convertido en reservorios para las agroindustrias de Sonora. Por su parte, la Secretaría de Trabajo y Previsión Social (STPS), en la temporada de cosecha de 2013, registró cerca de 21.000 trabajadores migrantes procedentes de 14 estados de la República (a quienes dio cierto apoyo económico para su traslado, mediante el Sistema de Movilidad Laboral Interna (SUMLI). Aquellos originarios de Puebla, ocuparon el primer lugar (30%) del total de jornaleros desplazados a Sonora con apoyo de este programa.

19 De acuerdo con los testimonios, en otros lugares del país, como en Chiapas, se acostumbra usar el sistema de anuncio por radio, promocionando las tareas a realizar, las tarifas y condiciones de pago, así como la fecha y el lugar en el que se realizarían los embarques.

y en coordinación con sus cuadrilleros, se fija el día y lugar en el que serán embarcados los trabajadores en autobuses (por ejemplo, estación de gasolina o plaza). Para asegurar el suministro oportuno de trabajadores, el empresario presta dinero al contratista para que este pague el transporte²⁰, monto que el contratista recuperará al final de la temporada, cuando el trabajador reciba su salario. Esto no impide que algunos trabajadores se “fuguen” sin pagar el gasto de transporte y busquen empleo en otras compañías que ya no le cobrarán el dinero del viaje. En tales casos, será el cuadrillero —y no el contratista— quien deberá absorber esa pérdida, lo cual representa una presión adicional para procurar la lealtad de sus reclutados.

Cada contratista puede establecer acuerdos con una o más empresas, para suministrarles los trabajadores que estas requieren. El grado de eficiencia de cada contratista se mide por el volumen de trabajadores que puede movilizar cada temporada. Hay intermediarios menores que envían hasta cuatro camiones, lo que es equivalente a 160 personas (40 asientos cada autobús); o grandes intermediarios que envían 40 o más autobuses, es decir, más de 1.600 trabajadores de una sola región y para una sola temporada. La cifra da sólo una idea general de la diversidad de contratistas que operan en el mercado de trabajo relacionado con la uva de mesa²¹.

■ **Control y consentimiento en los campos**

En el caso aquí analizado, observamos que los trabajadores migrantes que llegan por la vía de los contratistas, permanecen alojados, por períodos cortos de uno a tres meses, en campamentos que se encuentran dentro de los campos agrícolas propiedad de las empresas. En estos espacios permanecen durante el tiempo que dure su contrato, luego de lo cual son trasladados hasta sus regiones de origen o donde hayan sido reclutados.

Desde su llegada a estos lugares, que por lo regular son muy precarios, se encuentran bajo la estricta supervisión de los encargados de dichos espacios (camperos o mayordomos de las empresas), y limitados en su movi-

20 Aproximadamente 15.000 pesos mexicanos, equivalente a cerca de 1.100 dólares por cada autobús completo (40 personas en promedio).

21 Hay que subrayar que no existen registros disponibles del número total de contratistas ni de los trabajadores temporales empleados; desinformación que no es ajena al carácter informal en el cual opera el sistema de intermediación y su casi nula supervisión por parte del Estado, en beneficio de los empresarios. Solamente contamos con registros parciales de aquellos trabajadores que fueron beneficiados por el programa gubernamental ya referido (SUMLI).

lidad, ya que se les retiene su salario hasta que finaliza la temporada. Dado que los cuadrilleros también se alojan en los mismos espacios, durante su estancia contribuyen a la supervisión de los trabajadores que ellos mismos han contratado. No sólo vigilan el mantenimiento de los cuartos y las instalaciones, mediante un mecanismo de asignación de bonos o regalías, sino que cuidan que los trabajadores que han trasladado hasta Sonora no se fuguen de los campamentos, situación que ocurre con frecuencia.

Una vez cubiertas las tareas de enganche, traslado y entrega de los trabajadores en los distintos campos agrícolas, las funciones de los cuadrilleros y sus equipos se centran en la capacitación, fiscalización y registro de las tareas que realiza cada trabajador. En la cosecha, este sistema de trabajo organiza a los trabajadores en cuadrillas de ochenta personas que se desempeñan en parejas²². De esta manera, se pone en competencia a las cuadrillas entre sí e incluso a los trabajadores que las conforman, cada quien tratando de mostrar la mayor capacidad para desempeñar las tareas exigidas en menos tiempo. No sólo porque el salario de cada trabajador depende de la cantidad de tareas ejecutadas, sino porque eso asegura su permanencia en el trabajo, si bien no es garantía de que obtendrán pleno empleo a lo largo de una temporada de poda o de cosecha.

El sistema de pago a destajo y la competencia que crea entre los trabajadores remite a las observaciones hechas por Burawoy en 1979, en su famoso libro sobre el consentimiento en la producción, mencionado anteriormente, editado en español en 1989. La pregunta principal que este autor busca responder es ¿por qué los trabajadores trabajan tanto en las organizaciones capitalistas?:

“¿Por qué razón se explotan los trabajadores a sí mismos en beneficio de una empresa? ¿Por qué cooperan, a veces incluso por encima de sus expectativas, con ‘los de arriba’ que ‘son capaces de cualquier cosa para sacar una pieza más de uno?’”. (Burawoy, 1989, p. 11)

22 La mayoría de las tareas se pagan por surco o por planta (mata), mientras que el corte se remunera por caja de uva cortada. De acuerdo a los trabajadores, el corte es la tarea que más les conviene realizar, por los recursos económicos que se pueden obtener, dado los volúmenes de uva que se corta en las tres semanas en las que los empresarios buscan obtener el máximo beneficio con la exportación. En opinión de los cuadrilleros entrevistados, una pareja de trabajadores experimentados puede cortar alrededor de 150 cajas diarias de uva, con un pago de 6 pesos cada una, mientras que un cortador novato puede alcanzar las 40 o 50 cajas diarias.

En nuestro estudio, contratistas y cuadrilleros promueven el incremento de la productividad de cada uno de los trabajadores que integran las cuadrillas que se encuentran a su cargo, empujándolos a la competencia, de tal manera que "... se crea una simulación de campos de conflictos subordinados, lo que permite el ocultamiento del conflicto estructural capital/trabajo" (Burawoy, 1989, p. 11) y rompe con todo tipo de solidaridad que pudiera generarse en el colectivo. Tan es así que los miembros de una cuadrilla sancionan a aquel o aquella que no logra las cuotas de producción que se espera de cada uno, sanción que puede significar que quede fuera de la cuadrilla. La permanencia de cada trabajador depende de su eficacia para rebasar las cuotas mínimas de producción y cumplir con las recomendaciones sobre la calidad de los productos (forma de los racimos, uniformidad de las bayas, cuidado en el empaque, entre otras recomendaciones)²³.

De acuerdo con Burawoy, el control se ejerce mediante la interiorización de un individualismo que empuja a cada trabajador a rebasar sus cuotas, lo que resulta más eficaz que la coerción directa.

"¿De qué forma puede persuadirse a los trabajadores de que colaboren en la obtención del beneficio? Evidentemente, uno de los posibles sistemas (aunque por lo general no el más eficaz) estriba en la utilización continua de la coacción, es decir, en despedir a quienes no alcancen un volumen de producción establecido. Sin duda la coacción subyace a toda relación de empleo, pero la organización de un juego crea las condiciones en cuyo marco la cooperación y el consentimiento asumen un papel primordial". (p. 109)

No obstante, el razonamiento de Burawoy no toma en cuenta la relación que se establece entre los trabajadores y los *mánagers*. En el caso que nosotros analizamos, resulta fundamental la lealtad entre trabajadores y cuadrilleros, recuérdese que ambos tienen un vínculo directo, muchas veces de parentesco, amistad o paisanaje. A la vez, la unidad mínima de trabajo no es el individuo solo sino la pareja²⁴, que por lo regular ha ido a Sonora con una meta común, que lleva a cada integrante a desplegar su máximo

23 Para adecuar las labores a las normas de calidad que imponen los importadores, los contratistas y cuadrilleros han recibido previamente una capacitación por parte de técnicos o ingenieros. A este tipo de capacitación se le conoce coloquialmente como la "escuela", y los intermediarios son los primeros en participar y transmitir esa capacitación a los integrantes de su cuadrilla.

24 Según las entrevistas, se trata en la mayoría de casos de marido y mujer, hijos o hijas con padres, hermanos o amigos.

esfuerzo y a incentivarse entre sí. La competencia, entonces, no individualiza totalmente a los trabajadores, sino a las duplas que forman parte de una misma cuadrilla. El cuadrillero los conoce a todos, busca limar asperezas y los alienta para que el conjunto que él dirige obtenga el mismo logro. Así, el cuadrillero espera el máximo desempeño de los trabajadores que lleva, respondiendo a dicha lealtad, pero también porque su ingreso depende de ello²⁵. Por otro lado, los trabajadores sienten una obligación con los cuadrilleros, porque son estos quienes los han “invitado” a trabajar. En realidad, el juego está velado por esta especie de relación de tipo padre-capataz que alienta a la vez que empuja y que, en el fondo, no implica solidaridad sino conveniencia²⁶.

De acuerdo con este autor, el estímulo monetario no basta para explicar la cooperación, sino la reproducción de las condiciones que garantizan la continuidad del juego, de tal manera que “... la violación a las reglas del juego entraña una sanción ritual que refuerza los efectos de encubrimiento de la situación de explotación” (p. 111). Bajo este razonamiento, los trabajadores están más preocupados porque dichas reglas sean similares para todos los que participan, que por el hecho de que la paga sea a destajo. En nuestro caso, encontramos que los trabajadores no se quejan de estar sometidos al sistema de pago a destajo y de ser empujados por los capitanes y cuadrilleros para que incrementen sus niveles de productividad. Incluso, muchos opinan que esta forma de remuneración les permite obtener más ingresos que si les pagaran por día. Pero expresan fuertemente su descontento cuando a una cuadrilla se le asignan los mejores campos para ser cosechados, en relación con lo que se les ofrece a otras, situación que se da con frecuencia (Sánchez, 2013).

La mayor parte de las críticas dirigidas a Burawoy versan sobre el hecho de que en su planteamiento se anula la posibilidad de observar las expresiones de resistencia. Desde su perspectiva, la autonomía de los trabajadores no es más que una fachada, en la medida en la cual las políticas de *management* tienden a ocultar la opresión y la explotación que se ejerce contra los trabajadores. Nuestra pregunta sería: ¿qué margen de autonomía logran

25 Algunos ayudantes en el reclutamiento, al llegar a los campos agrícolas, se incorporan a las cuadrillas como trabajadores, mientras que otros que saben leer, escribir y son líderes naturales o tienen “don de mando” son nombrados como supervisores.

26 El testimonio de un trabajador al cual una máquina le lastimó un pie mientras trabajaba, y cuya relación con el cuadrillero era de compadrazgo, relató que este le obligó a seguir trabajando para que la cuadrilla lograra cumplir la meta.

tener los trabajadores bajo un sistema de organización del trabajo como el que analizamos?, pregunta que nos remite a un segundo problema sobre la relación control-resistencia que abordamos a continuación.

■ Sistema de cuarterías y raiteros²⁷

Como ya se mencionó arriba, a lo largo de los años ochenta, el proceso de asentamiento de los trabajadores agrícolas migrantes en torno a los campos agrícolas inauguró una nueva modalidad de relación empresas-trabajadores. Los trabajadores, ubicados en espacios propios, sintieron “el embrujo de la libertad”, como lo menciona Pedreño (2010), citando a Weber (1991). Los testimonios de dichos trabajadores asentados referían muy claramente a este momento como el de haberse liberado de la obligación de trabajar para un solo patrón que imponía las condiciones de trabajo y las formas de vida en los campamentos. Estos trabajadores, al salir de los campamentos, y ya habiendo probado “las mieles de la libertad”, lograron tener un margen de decisión para optar por el tipo de empresas en las que les conviene más trabajar, sobre todo en las temporadas de mayor demanda (poda, raleo y cosecha), ya sea porque la paga es mejor o porque las condiciones de trabajo son más atractivas. En su defecto, algunos intentaron incursionar en otras actividades diferentes a la agricultura: los hombres principalmente como albañiles en la ciudad de Hermosillo²⁸, las mujeres en el trabajo doméstico, por mencionar lo más común. Otros lograron, incluso, dejar el empleo como jornaleros para poner una tienda de víveres, de comida preparada o de envíos de dinero, entre otros giros. Algunos compraron una camioneta y se iniciaron en el negocio de “raiteros” o de transportistas que ofrecen sus servicios a los trabajadores para llevarlos a los campos a trabajar y regresarlos a sus casas. Incluso, ellos mismos empezaron a alojar a aquellos trabajadores que llegan “por su cuenta” a la región para emplearse, sobre todo, en el corte de uva (Lara Flores, 2008). Así, se sentaron las bases de una especie de “industria de la migración” (Hernández, 2012), que se encarga de promover la llegada de trabajadores desde sus regiones de origen, su alojamiento, alimentación, lavado de ropa o guardería para los hijos. Cabe mencionar, también, la importancia que adquirió para la población asenta-

27 El término raitero viene del inglés, *raide*, modificado al español de México como “raite”, y ya es parte del léxico en la cultura laboral de los campos agrícolas norteamericanos que emplean jornaleros agrícolas mexicanos.

28 Pesqueira se encuentra aproximadamente a 50 kilómetros de Hermosillo, capital del estado de Sonora.

da la migración hacia Estados Unidos²⁹, lo que tendría un impacto regional importante en el establecimiento del monto de los salarios locales.

El asentamiento de estos trabajadores generó un abrupto salto demográfico en la región a principios de los años noventa. En el caso de Estación Pesqueira, en 1990 se registraron 634 habitantes, cinco años después su población había ascendido a 2.358 personas (SIUE, s/f), en tanto que para 2010 las cifras oficiales indicaban un total de 5.699 habitantes (INEGI, 2010). La fisonomía “rural-urbana” de Pesqueira refleja la extracción jornalera de la mayoría de su población: vecindarios humildes con pequeñas huertas y cría de animales de traspatio, calles sin pavimentar, problemas en el abasto de agua y electricidad, drenaje insuficiente, así como escasez de servicios educativos y de salud, entre otras carencias. La presencia de estos trabajadores asentados en la localidad dio lugar a nuevas formas de relación trabajador-empresa y generó la expectativa de que el sistema tradicional de enganche estaba cediendo paso a la presencia de un contingente importante de trabajadores establecidos en la región, disponible todo el año y todo el tiempo para atender las necesidades de las empresas (Lara Flores, 2008). Sin embargo, al igual que aquellos que llegaban “enganchados”, a través de contratistas, poco a poco los residentes volvieron a depender de diversos agentes intermediarios para conseguir empleo en los campos, pues la contratación directa a la que habían accedido algunos de los asentados fue desapareciendo y con ello la relativa autonomía que habían logrado.

El “raiteo” se convirtió, en ese momento, en un nuevo sistema de contratación, pues los contratistas empezaron a solicitar a los “raiteros” que hicieran la labor que realizan los cuadrilleros en el sistema que hemos mencionado anteriormente. Así, en las temporadas de alta demanda, estos transportistas-reclutadores recurren a las redes que tienen en sus lugares de origen para informar a los interesados sobre la fecha en que inicia el trabajo³⁰. A su llegada, los reciben y alojan en “cuarterías” que ellos mismos han construido en sus terrenos. Sin embargo, ellos no intervienen en la organización y control del trabajo, como lo hacen los cuadrilleros. Su labor

29 Principalmente se orientaron a Madera, en el valle central en California, para trabajar en actividades agrícolas. Su condición de indocumentados y el endurecimiento del control fronterizo ha menguado esta alternativa migratoria. No obstante, existen múltiples vínculos entre ambas localidades, sobre todo de población de origen oaxaqueño.

30 La telefonía celular ha jugado un papel fundamental en permitir la conexión entre los asentados y los trabajadores migrantes que llegan por su cuenta.

es servir de puente entre contratistas y trabajadores asentados, dado que son los contratistas quienes tienen los contactos con las empresas.

Cabe mencionar la importancia que ha adquirido para los jornaleros migrantes su asentamiento. La ausencia de sindicatos y de organizaciones laborales en el medio agrícola, para defender sus condiciones de trabajo³¹, les llevó a crear estructuras de carácter étnico que tuvieron como objetivo primordial la obtención de predios para asentarse y, más tarde, la urbanización de los poblados. Otras demandas planteadas a los gobiernos locales tuvieron que ver con la creación de escuelas bilingües y con apoyos para la construcción de sus viviendas (Lara Flores, Montes y Pedraza, 2015). No obstante, con el tiempo estas mismas agrupaciones fueron perdiendo fuerza y entraron en conflicto entre sí, por el acaparamiento de los recursos que obtenían y por el control del liderazgo.

En sus inicios, el asentamiento de jornaleros tuvo ventajas para las empresas, que de alguna manera apoyaron sus demandas frente a las instancias gubernamentales, porque ello les evitaba hacerse cargo del traslado y el alojamiento de los jornaleros. Sin embargo, a la larga, resultó contraproducente para las empresas y para los propios trabajadores asentados. Es cierto que los asentados habían logrado ya un buen nivel de manejo y conocimiento de las distintas labores agrícolas, pero su capacidad de decidir cuándo y dónde trabajar rompía el control que las empresas solían tener con los trabajadores enganchados. Además, la migración hacia Estados Unidos generaba una presión para el aumento de salarios. Es por ello que el sistema de contratistas y cuadrilleros toma un nuevo aliento y encuentra sustento en los apoyos que ofrece la Secretaría del Trabajo y Previsión Social (STPS), a través del Sistema de Movilidad Laboral Interna (SUMLI)³².

31 Si bien en el estado de Sonora existe el Sindicato Salvador Alvarado, afiliado a la Confederación Nacional Campesina, entre cuyos objetivos se encuentra la defensa de los trabajadores, en la práctica sólo logra acuerdos verbales con los empresarios, que por lo regular no se cumplen. Dicho sea de paso, los jornaleros migrantes desconocen su existencia y no participan en ninguna organización laboral. Esto no sólo sucede en Sonora sino en todo el país, pues no existen organizaciones de trabajadores agrícolas que los defiendan, ni las instituciones gubernamentales realizan una verdadera supervisión de las condiciones en las que trabajan.

32 El SUMLI apoya la movilidad de los trabajadores otorgándoles un monto de dinero cuando salen de su localidad, al cual sólo pueden acceder en el momento que llegan a los campos de trabajo. Posteriormente reciben otro monto para el regreso, siempre y cuando los cuadrilleros confirmen que cumplieron “el contrato”, es decir, que se quedaron a trabajar toda la temporada requerida.

En una entrevista reciente, uno de los líderes naturales de los trabajadores asentados afirmó:

“... Dicen que la gente de Pesqueira [asentados] no..., ¿por qué no sirven? Porque no les conviene a ellos, le lavan el coco al patrón, van a traer a la gente lejos para presionarnos, para amenazarnos, para tenerlo [el trabajo] a su manera; y que trabajen una semana para ellos, y si ya trabajaron: ¡vámonos!, una patada en las nalgas y ‘a donde quieran ir, fuera’. Ya le trabajaron a los contratistas de a barba [con salarios muy bajos]”. (P.V., Pesqueira, junio 2014)

■ **Descalificación y control**

De acuerdo con la información de los cuadrilleros entrevistados, sobre todo en las etapas de poda y raleo, se busca reclutar trabajadores experimentados que han participado en varias temporadas. En cambio, en el período de cosecha, cuando las empresas están presionadas por incrementar la productividad y aprovechar su ventana de oportunidad en el mercado de exportación, la consigna de los contratistas es proveer de trabajadores que, aunque no cuenten con la calificación necesaria para el desempeño de las tareas a realizar, ofrezcan altos niveles de rendimiento, sean altamente disciplinados y dispuestos a adaptarse a las exigencias cambiantes de las empresas, a pesar de que ello implique mayores desperdicios.

Es cierto que la especialización de los trabajadores veteranos, asentados, no es del todo subestimada, y cobra mayor relevancia para realizar las tareas críticas que aseguran la calidad y productividad de los viñedos; y de eso los propios trabajadores están conscientes. Un trabajador asentado, de origen oaxaqueño, afirmaba lo siguiente sobre los nuevos trabajadores:

“¿Si no conocen de uva por qué mandan traer gente de lejos? [...] Nosotros vamos a hacer todos los trabajos que [ellos] fueron a dejar de cochinerito, a barrer lo que ellos dejaron... [Nosotros] pues, cortamos pasa, cortamos las guías de uva, así, trabajitos, azadón, otros trabajitos. Ahora en diciembre tenemos que podar, que amarrar, deshojar, dejar listo... remojamos los racimos, hacemos algo, y ahí vienen [ellos] a ‘tijerear’ nomás. Si no conocen la uva, ¿cómo lo hacen, a ver? Nosotros somos más cabrones [más eficientes]”. (P.V., Pesqueira, junio 2014)

El nuevo perfil del trabajador que llega con los cuadrilleros está conformado por jóvenes de localidades pobres y marginadas del sureste de México, muchos de ellos indígenas. Pero, a diferencia de cuando se inició la mi-

gración de jornaleros en esta y otras regiones del noroeste —momento en el que prevalecían las familias pobres, con niños, todos trabajando en los surcos, la mayoría analfabeta que no hablaba español—, en este caso una buena parte de esos jóvenes tienen al menos estudios de primaria y algunos de secundaria. No tienen la experiencia de quienes, año a año, participan en todas las labores de la uva, que es el caso de los asentados y de los que llegan por su cuenta a alojarse con ellos pero, con tal de ser contratados, están dispuestos a aceptar las peores condiciones de trabajo y de vida en los campamentos. Son jóvenes de localidades rurales que carecen de tierra y de fuentes de empleo. En otro momento serían candidatos para migrar de manera indocumentada a Estados Unidos, pero el endurecimiento de la política migratoria y la crisis de ese país, junto con la amenaza que representan las bandas criminales que operan en la frontera, han desalentado sus expectativas de cruzarla. De esa manera, el empleo en los enclaves agrícolas del noroeste se ha vuelto su mejor opción, pese a la precariedad de las condiciones de trabajo y de vivienda que se les ofrece. En sus expectativas de ascenso está el llegar algún día a ser cuadrilleros³³.

Así, el malestar de los trabajadores no se enfoca hacia las empresas ni hacia los gerentes y ejecutivos, sino hacia los otros trabajadores, por la competencia que unos y otros entablan para ser contratados. Se trata de una puesta en competencia entre trabajadores, tanto entre las cuadrillas de enganchados como entre estas y los asentados, pero también entre contratistas para conseguir que las empresas les otorguen las distintas labores a realizar en los campos. Hoy en día, existe en Pesqueira una treintena de ellos que se disputa el mercado, que se quejan de que en los últimos años las tarifas por tarea se han reducido debido a la sobreoferta de trabajadores. Así lo expresa don Cenobio:

“Sí, le digo, ha sido mucha competencia, por decir, ahorita yo estoy arreglado que a 10 pesos la planta, llegas tú y dices ‘te la hago a ocho’ y ahí llega otro y dice que la hace a siete. Ahí está el balanceo, ya está bien canijo. Es que el ingeniero es el que gana más, es el que trata con el mero dueño, que gana más, digamos. No, sí, el ingeniero trata con el dueño, él como haga los tratos, lo va a sostener el dueño, en un poco que quiera ga-

33 Con frecuencia, en las entrevistas, la mayoría de los actuales cuadrilleros relata que su ascenso de peones a intermediarios consistió en que, después de haber demostrado su capacidad en el desempeño de su trabajo, un cuadrillero le propuso que “juntara un camión”. Esto equivale a pedirle que demuestre su capacidad de reclutamiento, reuniendo un total de cuarenta personas (el número de asientos disponibles en un autobús) dispuestas a migrar y a trabajar con ellos.

nar, se lo va a quedar él. Así son los trabajos [ahora]”. (C.T., Tehuiztzingo, Puebla, enero 2013)

Este y otros testimonios parecen sugerir que la estrategia es la de inundar el mercado de trabajo con trabajadores asentados, los que llegan por su cuenta y los que vienen bajo el sistema de cuadrilleros, fomentado la desvalorización de la fuerza de trabajo en un contexto de mayores exigencias en el desempeño de las distintas tareas que se realizan en torno a la producción de uva de mesa. Este escenario resulta de la complicidad de los empleados (ingenieros y técnicos) con las empresas, quienes para obtener su propio beneficio promueven esta competencia entre cuadrillas. Esta situación, lejos de haber conducido a una organización entre los trabajadores o entre contratistas, sólo ha servido para reforzar el control de los trabajadores.

Conclusiones

En 1845, Charles Dunoyer escribía:

“En una economía de crecimiento e innovación las superioridades son la fuente de todo lo que es grande y útil [...] reduzca todo a la igualdad y usted habrá reducido todo a la inactividad [...] El desarrollo de la industria sería total y unánimemente imposible si los hombres fueran todos iguales y felices”. (Citado por Pierre Rosanvallon, 2011, p. 130)

En el siglo XXI, este razonamiento sigue siendo la base de la organización del trabajo.

A diferencia del escenario analizado por Burawoy en los años setenta, en una fábrica de Chicago que producía maquinaria, nuestro escenario es un enclave agrícola, en un contexto de globalización y flexibilidad productiva que no existía en aquel momento. Tampoco encontramos, como en su caso, una organización sindical importante capaz de normar los mecanismos de regulación del mercado interno de la fábrica (escalas de puestos, ampliación de la autonomía, beneficios sindicales y prestaciones sociales, entre otras), sino una identificación de los trabajadores con la dirección empresarial y una competencia horizontal entre empleados. En nuestro caso, como lo hemos señalado arriba, no sólo hay una ausencia de organizaciones sindicales sino una fuerte debilidad institucional que no ofrece ningún tipo de garantía social a los trabajadores. ¿Por qué, entonces, asumir el desafío de utilizar la tesis de este autor? Ciertamente, la distancia social e histórica es muy grande, como también lo fue para Burawoy comparar sus hallazgos con lo observado por Roy (1952, citado en Burawoy, 2011) en la misma fábrica treinta años antes (1944-1945), y más tarde al estudiar una

cooperativa en Hungría en el contexto del socialismo de Estado, o en una fábrica en Rusia durante la perestroika. Al visitar estos estudios, Burawoy (2011) reflexiona acerca de las diferencias en sus conclusiones, que desde su punto de vista actual no sólo se explicarían por contextos distintos de las fábricas estudiadas, sino por las fuerzas externas, entre las cuales las transformaciones en el mercado tienen un papel importante.

No obstante, y a pesar de dichas distancias históricas y sociales, sin obviar las diferencias entre producir en una fábrica y en un espacio agrícola, en un contexto de capitalismo desarrollado o en el subdesarrollo, lo interesante es que hoy en día la fuerza del mercado es tal que, con sus contrastes, conduce a situaciones semejantes. No es por nada que entre los debates más importantes en el marco de los estudios del trabajo actualmente se discuta el asunto de la convergencia de las relaciones laborales. Es decir, "... los sistemas y las prácticas de empleo están convergiendo hacia una forma común en distintos países" (Katz y Wailes, 2013, p. 19).

Estas convergencias conllevan que el trabajador, tanto en la fábrica como en el campo, en países desarrollados o pobres, no sólo esté obligado a trabajar más rápido sino también a plegarse a las exigencias de las empresas en términos de cantidad y de calidad, a desarrollar una capacidad reactiva ante las innovaciones tecnológicas, a sobresalir, "... a convertir lo excepcional en cotidiano, al evaluar su capacidad de realizar lo irrealizable" (Thénaud-Mony, 2007, p. 120). Todo ello en un contexto general de debilitamiento de la organización laboral, de la competencia y de una exacerbación de un individualismo que impide la formación de colectivos con aspiraciones de lograr la igualdad.

Nuestro estudio pretende ser un aporte a la reflexión sobre el control de la fuerza de trabajo, en el marco de un capitalismo globalizado. Nos ha interesado dar cuenta de las condiciones que permiten el desarrollo de un enclave agrícola, cuyas oportunidades de posicionar sus productos en el mercado global descansan sobre el desempeño de la mano de obra que contratan. En ese sentido, focalizamos nuestra atención en el papel que tienen los intermediarios laborales para abastecer a las empresas de una fuerza de trabajo altamente disciplinada, sometida a fuertes requerimientos para incrementar su productividad, a la vez que atiende las especificaciones de calidad de los productos. Y si esto puede lograrse, entre otras cosas, es porque los niveles de desempleo y la carencia de alternativas son tales que lo que más teme el trabajador no es a verse sometido a una presión endiablada, sino a caer en el paro, según sus palabras: "a que nos descansen". Porque se trata de un descanso no solicitado, un descanso no pagado que hace evidente que no hay negociación posible y que elimina toda capacidad de

elección del trabajador, porque cualquier posible desacuerdo es interpretado como “indisciplina”, condición en la cual su libertad se encuentra restringida, tanto para establecer la relación laboral como para interrumpirla (Aparicio, Berenguer y Rau, 2004, p. 64).

Referencias bibliográficas

- Aguirre Beltrán, Mario y Hubert Carton de Grammont (1982). *Los jornaleros agrícolas en México*. México: Macehual.
- Aparicio, Susana; Paula Berenguer y Víctor Rau (2004). Modalidades de intermediación en los mercados de trabajo rurales en Argentina. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 53, pp. 59-79.
- Astorga, Enrique (1985). *El mercado de trabajo rural en México: la mercancía humana*. México: Era.
- Barbosa Pérez, Maribel (2007). De actores cooptados a actores suprimidos: desde Burawoy a la teoría crítica de la gerencia [online]. *Revista Venezolana de Gerencia*, 12(37). Disponible en: <http://www.scielo.org.ve/scielo.php?script=sci_arttext&pid=S1315-99842007000100004&lng=es&nrm=iso> [acceso 5/5/2013].
- Botey, Carlota; José Luis Heredia y Marco Zepeda (1975). *Los jornaleros agrícolas migratorios: una solución organizativa*. México: Secretaría de Reforma Agraria.
- Burawoy, Michael (1989). *El consentimiento en la producción: los cambios del proceso productivo en el capitalismo monopolista*. Madrid: Ministerio del Trabajo y Seguridad Social.
- Burawoy, Michael (2011). La domination est-elle si profonde?: au-delà de Bourdieu et de Gramsci. *Actuel Marx*, 2(50), pp. 166-190.
- Burawoy, Michael (2013). Ethnographic fallacies: reflections on labour studies in the era of market fundamentalism. *Work, Employment and Society*, 27(3), pp. 526-536.
- Carton de Grammont, Hubert y Sara María Lara Flores (2010). Restructuring and standarization in Mexican horticulture: consequences for labour conditions. *Journal of Agrarian Change*, 10(2), pp. 228-250.
- Dunoyer, Charles (1845). *De la liberté du travail*, vol. 3. París: Guillaumin.

- Haro Encinas, Jesús (2007). Globalización y salud de los trabajadores: jornaleros agrícolas y producción de la uva en Pesqueira, Sonora. *Región y Sociedad*, XIX(40), pp. 73-105.
- Hernández, Rubén (2012). La industria de la migración en el sistema migratorio México-Estados Unidos. *Trace*, 61, pp. 41-61.
- INEGI (2010). *Marco Geoestadístico Municipal: Sonora* [online]. Instituto Nacional de Estadística y Geografía. Disponible en: <<http://www.inegi.org.mx/geo/contenidos/geoestadistica/catalogoclaves.aspx>> [acceso 5/5/2013].
- Katz, Harry y Nick Wailes (2013). La polémica de la convergencia o divergencia en las relaciones laborales en el ámbito internacional. En: Marcela Hernández, coord. *Los nuevos estudios laborales en México: perspectivas actuales*. México: UAM-Iztapalapa/Porrúa/CONACYT, pp. 19-66.
- Lara Flores, Sara María (1997). *Nuevas experiencias productivas y nuevas formas de organización flexible del trabajo en la agricultura*. México: Juan Pablos.
- Lara Flores, Sara María (2008). Control del espacio y territorialidad en las migraciones rurales. En: Pablo Castro, coord. *Dilemas de la migración en la sociedad postindustrial*. México: Porrúa/UAEM-UAM-Iztapalapa, pp. 17-38.
- Lara Flores, Sara María y Hubert Carton de Grammont (2011). Reestructuraciones productivas y encadenamientos migratorios en las hortalizas sinaloenses. En: Sara María Lara Flores, coord. *Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva*. México: El Colegio Mexiquense/Porrúa, pp. 33-78.
- Lara Flores, Sara María; Natasha Montes y Nilia Pedraza (2015). *Cuando las uvas maduran: desarrollo de una economía de enclave en Sonora*. México: en prensa.
- Pedreño, Andrés (2011). Presentación. En: Sara María Lara Flores, coord. *Los "encadenamientos migratorios" en espacios de agricultura intensiva*. México: El Colegio Mexiquense/Porrúa, pp. 5-15.
- Rosanvallon, Pierre (2011). *La société des égaux*. París: Seuil.
- Roy, Donald (1952). *Restriction of output in a piecework machine shop*. Disertación de doctorado en Sociología. University of Chicago, Chicago-IL, Estados Unidos.
- SAGARPA (2010). *Anuario de la Producción Agrícola de México* [online]. Disponible en: <<http://www.siap.gob.mx/portales-estatales-oeidrus/>> [acceso 5/5/2013].
- SAGARPA-AALPUM (s/f). *Estudio de demanda de uva de mesa mexicana en tres países miembros de la Unión Europea y de Exploración del Mercado de Nueva Zelandia* [online]. Disponible en: <http://www.sagarpa.gob.mx/agronegocios/Documents/Estudios_promercado/ESTUDIO_UVA.pdf> [acceso 5/5/2013].
- Sánchez, Kim (2006). *Los capitanes de Tenextepango: un estudio sobre intermediación laboral*. México: UAEM/Porrúa.

- Sánchez, Kim (2012). Un enfoque multidimensional sobre los intermediarios laborales en el medio agrícola. *Política y Sociedad*, 49(1), pp. 73-88.
- Sánchez, Kim (2013). *Viñas de Sonora: Sistemas de Intermediación Laboral para un enclave agrícola del noroeste de México*. Ponencia presentada en el XI Congreso Español de Sociología. FES. Madrid, España, 10 al 12 de julio de 2013.
- Sariego, Juan Luis y Pedro Castañeda (2007). Los jornaleros agrícolas de Sonora: recuento de una experiencia de investigación. En: María Isabel Ortega, Juan Luis Sariego y Pedro Castañeda, coords. *Los jornaleros agrícolas, invisibles productores de riqueza: nuevos procesos migratorios en el noroeste de México*. México: Plaza y Valdés/CIAD/Fundación Ford, pp. 119-144.
- SIUE (s/f). *Programa de Desarrollo Urbano del Centro de Población de Estación Pesqueira* [online]. Secretaría de Infraestructura Urbana y Ecología. Disponible en: <<http://ordenamientoterritorial.gob.mx/SEIOT/DPT/PDUCP/est%20pesqueira/DOCUMENTO/56002700.pdf>> [acceso 6/7/2014].
- Thénaud-Mony, Annie (2007). *Travailler peut nuire gravement à votre santé*. París: La Découverte.
- Thompson, Paul (1989). *The nature of work: an introduction to debates on the labor process*. 2ª ed. Londres: Macmillan.
- Vázquez Villanueva, Nora (2011). *Asociación agrícola local de productores de uva de mesa: modelo de la agricultura moderna en México en el siglo XXI*. México: IICA.
- Weber, Max (1991). *Escritos políticos*. Madrid: Alianza Editorial.

Resistentes, comprometidas y conflictivas: obreras de la agroindustria frutícola en Argentina. Una mirada desde la demanda de mano de obra

Elena Mingo

Introducción

Las mujeres conforman una parte importante de la mano de obra transitoria que se desempeña en los cultivos intensivos en todas las regiones productivas de Latinoamérica. Su participación en la mano de obra fue uno de los principales rasgos de la reorientación productiva de estas regiones hacia la exportación. En Argentina, podemos encontrarlas participando en diversas tareas vinculadas a la producción primaria, pero también son representativas entre la mano de obra de los establecimientos industriales que intervienen en la transformación de estos productos.

Este artículo se centra en el análisis de las representaciones y prácticas sobre las que los sujetos vinculados a la demanda de mano obra organizan el proceso de contratación y asignación de tareas a las mujeres, como dos momentos observables. Además, en el discurso de los demandantes de mano de obra se desprenden otros dos “momentos” que, si bien son difíciles de analizar a partir de una práctica observable, son fundamentales para reconstruir los rasgos principales de la relación entre capital y trabajo a partir de la mano de obra femenina en estos sectores. Nos referimos al conjunto de referencias simbólicas que se expresan en el discurso de las/os demandantes de mano de obra entrevistados. A partir de ellas, se cons-

truyen parámetros desde los cuales se evalúa la calidad del trabajo de las mujeres, frente a las tareas que desarrollan, y su relación con el resto del proceso de trabajo. Además, dichas referencias incluyen la valoración del comportamiento de las mujeres en el espacio de trabajo. De este modo, son retomadas en este artículo bajo la categoría “desempeño laboral femenino”. Dicha categoría permite observar los vínculos entre la típica naturalización de saberes y competencias laborales con las exigentes demandas del proceso productivo y, a la vez, repensar desde la división sexual y genérica del trabajo la categoría “mano de obra” en este sector. Con el análisis empírico se identifica un proceso de diferenciación entre varones y mujeres, que hace a la forma en la cual los oficios de las/os trabajadoras/es son socialmente reconocidos pero, también, a los distintos mecanismos de control del trabajo que se establecen y al impacto que tienen en cada grupo. Siguiendo a Kergoat (2003), podemos observar dos principios que organizan la división genérico-sexual del trabajo: por un lado, un principio de separación entre tareas que son masculinas y tareas femeninas y, por otro, un principio jerárquico, a partir del cual un tipo de trabajo tiene más valor que el otro.

El análisis de las entrevistas se hace a partir de una dimensión abarcativa de la categoría de género, que tiene en cuenta los distintos procesos sociales vinculados a las instituciones, los símbolos y los sistemas económicos y políticos que producen (y explican) las diferencias entre los géneros (Gamba, 2007).

A partir de este marco, se reconstruye la gramática de género (Faur y Zamberlin, 2008) que explica la asignación diferencial de puestos de trabajo, mostrando cómo se elaboran las diferencias entre sexos en las prácticas cotidianas relativas a la organización del trabajo. A su vez, permite comprender la forma en la cual dicha diferenciación responde a las características del sistema social en el que esta división del trabajo se produce. En esta línea, este artículo pretende visibilizar las representaciones sobre las que se orientan los principios de división sexual del trabajo, quitándolas del terreno exclusivo de la representación, para mostrar la forma en que devienen en prácticas organizativas y disciplinadoras de los procesos de trabajo y del lugar que tiene el trabajo femenino en la economía y también en la sociedad (Scott, 1999).

Para el relevamiento de datos se trabajó con entrevistas semiestructuradas y en profundidad a propietarios/as de establecimientos de empaque de frutas y productores, encargados/as de la organización del proceso de trabajo (capataces, supervisores) y empleados jerárquicos de galpones de empaque encargados de las cuestiones administrativas ligadas al personal. El análisis de estos testimonios permitió reconstruir las representaciones a

partir de las cuales se construyen las prácticas de organización y división sexual del trabajo en los establecimientos agroindustriales del Valle de Uco.

La región de estudio, el Valle de Uco, se ubica al oeste de la provincia de Mendoza. Conformar uno de los cuatro valles irrigados dentro del territorio provincial, ubicado al pie de la cordillera de los Andes. Esta zona de Argentina es reconocida mundialmente por su histórica producción vitivinícola, hoy posicionada en los mercados internacionales. No obstante, sus valles han atravesado procesos de diversificación productiva al ritmo de las sucesivas crisis de la producción vitivinícola, desarrollando cultivos frutales y hortícolas que se articularon con la agroindustria. Las últimas décadas del siglo XX consolidaron en el Valle de Uco un modelo de producción agrícola fuertemente vinculado con el sector agroindustrial y con una clara orientación comercial que abastece el mercado interno, pero altamente relacionada con la exportación. La mano de obra femenina ha estado presente a lo largo de toda la historia productiva provincial, aunque su participación ha sido invisibilizada en los grupos familiares de trabajadoras/es asalariadas/os, cuyo jefe era el varón mayor del grupo en el caso de la agricultura.

Dos momentos clave: contratación y asignación de tareas

Para abordar las representaciones sobre la división sexual, se trabajó con tópicos relacionados con el proceso de contratación, los criterios de asignación de tareas y otras dimensiones vinculadas con la caracterización que los/as entrevistados/as hacían de las mujeres y los varones como trabajadoras/es. El análisis de estos tópicos permite identificar dos momentos clave de la relación laboral (Faur y Zamberlin, 2008) en los cuales se expresa la segregación por género en los puestos y espacios de trabajo.

Estos momentos se conforman por prácticas según las cuales se organizan la mano de obra y los procesos de trabajo y, a la vez, se estructuran a partir de un conjunto de representaciones que los orientan. Dichas representaciones son observables en las imágenes de género difundidas en el medio estudiado, entre las que encontramos, por un lado, la asignación de atributos a la mano de obra femenina (que se expresan en ciertas calificaciones y competencias que les corresponden) y, por el otro, en las expectativas sobre el desempeño de las mujeres (tanto en la tarea como en el espacio de trabajo en general) que están vinculados a los atributos asignados.

El momento de la contratación de mano de obra identifica un primer espacio y representaciones en las que se distingue una correspondencia entre género y puesto de trabajo. Esta asociación es elaborada previamente a la contratación y a la selección individual de las/os trabajadoras/es.

En la asignación de las tareas se cristalizan las representaciones de género que ordenan la división sexual del trabajo y aparecen como un fenómeno concreto que puede ser observado en cada una de las tareas desempeñadas por mujeres o varones. La asignación de tareas es la puesta en acción directa de los atributos de género impuestos a los sexos. Así podemos observar que las tareas feminizadas requieren de una disposición paciente y de movimientos lentos y precisos. Estos puestos de trabajo son poco proclives al acceso hacia otros puestos de trabajo de mayor jerarquía en los que se puedan desplegar las distintas etapas de aprendizaje de un oficio. En oposición, los puestos masculinos implican un despliegue dinámico de las habilidades físicas, la relación directa con la maquinaria y las herramientas, en razón de la preparación y la promoción en el marco de un proceso de aprendizaje.

En el terreno de las calificaciones y las competencias, observamos que las tareas eminentemente femeninas suponen habilidades tácitas, que desdibujan el origen de esos aprendizajes y los vínculos entre ellos y la experiencia laboral.

En este sentido, del testimonio de un empleado de la administración de galpones de empaque surge que no puede explicar, desde el punto de vista productivo, las causas de la exclusión de mujeres del puesto de operador de autoelevador: “Yo lo vería como una parte más machista. No veo que haya excusa para no poner mujeres ahí. Yo pondría. Pero el clarckista¹ sí, son cien por ciento hombres”.

Al mismo tiempo, aquellos puestos de trabajo exclusivamente masculinos corresponden a las tareas mejor pagadas y con posibilidades de acceso a un puesto permanente, como es el caso mencionado de los operadores de autoelevador. “En el caso del clarckista en sí, es un empleado fijo del galpón. Esos son mensualizados, vienen con años, es muy raro que se contrate un clarckista por la temporada” (administrador de personal de empaques 1).

Por otra parte, los testimonios de la demanda confirman la diferenciación salarial en la agroindustria entre aquellos puestos “feminizados” y los que son mixtos, como es el caso del embalador², o exclusivamente masculinos, como el manejo de maquinaria:

1 La palabra clarckista se utiliza para denominar el puesto de trabajo en el cual se maneja un pequeño vehículo a motor, llamado “clarck”, que se utiliza para elevar las cajas de mercadería ya embalada y trasladarlas hacia el depósito o hacia el camión transportador.

2 La tarea de embalador/a consiste en envolver cada una de las piezas de fruta y colocarlas en las cajas para su posterior distribución y venta. Es importante tener

“Las seleccionadoras ganan menos porque no es un trabajo en el que pueda crecer la persona. Un obrero general puede empezar estibando, pero se perfecciona para la parte mecánica, para el autoelevador, quizás puede ir creciendo. En la parte de selección no se puede crecer, es una labor monótona. Por eso no hay manera de crecer”. (Administrador de personal de empaques 2)

En el puesto de operador de autoelevador, exclusivamente masculino, se obtiene mayor remuneración y, sobre todo, estabilidad laboral. En la tarea de embalador/a, en la que participan mujeres y varones, existen posibilidades de mejorar la remuneración, siempre y cuando el/la trabajador/a aumente su rendimiento durante la jornada laboral.

En cambio, en la tarea de selección, exclusivamente femenina, no se considera ninguna posibilidad de mejorar el salario obtenido, ni siquiera aumentando el ritmo de trabajo. Aún siendo evidente que si aumenta el volumen de fruta procesada en el empaque, también aumentaría el volumen de fruta seleccionado por estas trabajadoras. Por otro lado, la tarea de selección es considerada “monótona” y “básica”, pero a la vez es una tarea muy importante para el desarrollo de todo el proceso de trabajo en el empaque.

Las tareas exclusivamente femeninas se organizan a partir de representaciones que evocan saberes tácitos y cualidades que justifican la presencia de mujeres en ellas. Estas tareas son calificadas por los mismos empleadores como monótonas, tediosas y con escasas posibilidades de desarrollar un oficio dentro de los sectores estudiados.

La responsabilidad por las tareas de cuidado en el hogar es otra de las características que según los contratantes caracteriza la mano de obra femenina. El cuidado, desde las representaciones de estos actores, es una responsabilidad de las mujeres que puede crear, eventualmente, interferencias en el desempeño laboral femenino, pero, aunque con límites, debe ser “tolerada”. En muchos casos, las tareas de cuidado son motivo de ausentismo femenino y cuando este no se resuelve rápidamente genera conflictos: “Por ahí tenés muchas mujeres que son muy conflictivas. En qué sentido, en que vienen y te dicen: hoy día no tuve con quién dejarlo y no vine, y bueno te la bancás”.

Mientras que las mujeres generan conflictos porque “traen el problema de la casa al trabajo”, con los varones “el único problema que podés llegar a tener” no está vinculado al espacio doméstico: “... pueden salir con los

en cuenta que existen diferentes formas de embalaje que varían según el tipo de fruta y el mercado para el que está destinado (exportación, mercado interno, industria).

amigos y se ponen en pedo y al otro día no vienen a trabajar” (Administrador de personal de empaques 1).

La demanda de mano de obra considera las tareas reproductivas como responsabilidad de las mujeres y, a la vez, como una parte constitutiva de su incorporación al trabajo asalariado. Las representaciones de las mujeres como obreras agroindustriales incluyen también las responsabilidades asignadas en el espacio doméstico y en las tareas de cuidado. Ello opera en la contratación y, como veremos, en la asignación de tareas. Estas no sólo se ajustan a los atributos y cualidades vinculadas con lo femenino, sino que también delimitan las opciones laborales que las mujeres pueden tener dentro del sector, restringiendo las posibilidades a los puestos de trabajo de menor extensión en el ciclo laboral.

La selección es de las mujeres

Como ya señalamos, las representaciones sobre las habilidades niegan los procesos de aprendizaje ocultos bajo el desempeño en tareas sencillas pero monótonas y reiterativas. Sin embargo, en sus propios discursos, los demandantes de mano de obra reconocen la importancia de las tareas que realizan las mujeres para obtener resultados satisfactorios en el proceso productivo. Por ejemplo, se observa el énfasis que ponen los entrevistados en la tarea de selección como aspecto crítico del proceso productivo: “Las seleccionadoras son todas mujeres, son mujeres porque se le ve, en todos los galpones de empaque, que va a seleccionar mucho mejor la fruta. Que está capacitada”. Lo mismo sucede en las bodegas, de cuyos propietarios uno señala: “Es bastante importante. Todas las bodegas utilizan mujeres para la selección”.

A pesar de que se sostiene que las mujeres “están capacitadas”, esto no refiere a una capacitación formal. Las trabajadoras reciben un entrenamiento, generalmente provisto por una compañera que trabaja a la par en la cinta de selección. Este consta de una serie de indicaciones respecto del aspecto de la fruta que, generalmente, la separan en tres categorías. Estos criterios de selección no son estáticos, ya que dependen de la clase de fruta trabajada en el galpón pero también del destino que tenga la mercadería. La descripción que hace el encargado de personal de galpones de empaque es elocuente:

“La seleccionadora es uno de los puestos más importantes en un galpón de empaque y es el que menos remuneración lleva. El que menos remuneración lleva. Aparte, es un trabajo medio tedioso, para lo cual es una persona que está trabajando ocho horas parada sobre un banco, general-

mente, al lado de la lavadora viene la seleccionadora y se moja el piso. Entonces, generalmente está separado unos centímetros del piso. Imagínate vos estar cuatro horas en la mañana y cuatro horas en la tarde, estar parado en un banco viendo pasar fruta permanente". (Administrador de personal de empaques 2)

Además de desempeñarse en la selección, las mujeres lo hacen con exclusividad en las tareas de limpieza; en general, es una tarea para las mujeres más jóvenes y recién llegadas al galpón. Junto con la selección, es la más baja en la escala salarial.

Los puestos de trabajo denominados puntera³ y romaneadora⁴ también son feminizados, aunque de mayor jerarquía y salario que las tareas de limpieza y selección. Sin embargo, no escapan a apelar a saberes tácitos carentes de entrenamiento, desdibujando el componente de aprendizaje o de oficio que toda trayectoria laboral contiene. Por otra parte, el acceso a estos puestos es restringido, debido a que no demandan un gran número de trabajadoras: "Después de las seleccionadoras hay dos personas paradas en la cinta que son las punteras. Ellas son las que controlan a las seleccionadoras, que son generalmente gente de confianza de la empresa" (Administrador de personal de empaques 1).

La representación sobre los saberes necesarios para trabajar como romaneadora apela a la atención y el compromiso con las tareas como un aspecto inherente a las mujeres: "Las romaneadoras, ahí sí tenés un trabajo que es pura y exclusivamente de mujer, porque es más minuciosa, sabe llevar ese tema. La romaneadora, ¿qué es lo que te dice? Que ha salido un *pallet* de cuarenta cajas de pera de tal tamaño" (Administrador de personal de empaques 1).

La tarea es crítica, al igual que la selección, pero en este caso se controla la producción que sale del empaque. Además, la romaneadora tiene a su cargo la tarea de controlar que estén disponibles los insumos para trabajar con los distintos tipos de fruta y los requerimientos de cada uno de los destinos de la mercadería.

3 La tarea de puntera consiste en controlar el trabajo de las seleccionadoras y se ubican en un extremo de la cinta de selección, de ahí la denominación del puesto.

4 La tarea de romaneadora consiste en contabilizar la cantidad de cajas embaladas, la variedad de fruta de la que se trata y el destino que tiene la producción.

El desempeño laboral femenino

Las trayectorias laborales de varones y mujeres se diferencian por ocupar puestos de trabajo con distintas características, que incluyen diferencias en la extensión del ciclo laboral y en las posibilidades de alcanzar puestos de trabajo permanentes. Así también, se observa que, salvo algunas excepciones, las mujeres no alcanzan puestos considerados de jerarquía.

Estas diferencias se construyen en la práctica cotidiana de participación en la esfera productiva, y en las relaciones sociales y de poder que conforman los escenarios donde se construye la normativa género. En este marco, se observa, a la vez, que los empleadores elaboran estas diferencias en lo que tiene que ver con el trato, la tolerancia y las expectativas distintas que tienen sobre los trabajadores y las trabajadoras (Faur y Zamberlin, 2008).

Respecto de la tolerancia al ausentismo y a algunas situaciones de incumplimiento, el testimonio que continúa plantea cuáles son toleradas y los imaginarios que las sostienen:

“Se tolera mucho más a una mujer, una mujer es más creíble. Es más creíble lo de una mujer que un hombre. Sí, lo primero que pensás: ‘faltó Pepe, y este se agarró un pedo anoche terrible...’ Y ‘faltó Laura, ¿y qué habrá pasado?, qué raro que no llamó, andá a pegarle un llamadito a ver qué ha pasado’”. (Administrador de personal de empaques 2)

El ausentismo de las mujeres, dentro de ciertos límites, se disculpa o se tolera, suponiendo que tiene que ver con la responsabilidad de cuidar a menores. De todas formas, cuando las mujeres faltan sin aviso se las suspende y no se les paga el día de trabajo; esta práctica es igual para el caso de los varones. Con los trabajadores varones, los supuestos se vinculan con un acto de irresponsabilidad, y esto justifica al empleador no solamente a suspender al trabajador, sino también a ejercer acciones que busquen disciplinar esa conducta:

“A ese que faltó porque se puso en pedo, al otro día se lo suspende y se lo pone a clavar cajas. Lo ponés ahí a clavar cajones al rayo del sol, a ver si te lo hace de vuelta. A las mujeres también se las suspende, pero no se les hace ningún tipo de otra cosa. No se les toma castigo como a un hombre. No, porque es mujer”. (Administrador de personal de empaques 2)

Las medidas disciplinatorias, vinculadas al ausentismo (sin aviso previo o justificación válida), tienen un límite en el caso de las mujeres. Se ajustan a la suspensión y el consecuente descuento del día no trabajado. En la respuesta de este entrevistado, queda claro que no se toman otro tipo de

medidas de castigo “porque es mujer” y, en este sentido, el entrevistado no considera que sea necesaria una mayor reflexión. Estas acciones tienen correlato en el Convenio Colectivo de Trabajo, que destina incisos específicos a la regulación del trabajo de mujeres y menores en el mismo artículo ⁵.

En los testimonios se pueden relevar otros aspectos que forman parte de las representaciones sobre la mano de obra femenina: entre ellos, una idea de “conflictividad” bastante amplia, que se refiere al vínculo con las mujeres en el trabajo, pero, como vimos antes, también al hecho de que ellas son más proclives a traer “los problemas de la casa al empaque”. Como veremos a continuación, esta idea de conflictividad tiene algunas otras implicancias vinculadas al ejercicio mínimo de los derechos laborales.

Compromiso y conflicto

En las entrevistas aparecen contradicciones en las representaciones con relación a las mujeres en su rol como trabajadoras. Por un lado, se valora la responsabilidad, el compromiso dedicado a las tareas y la constancia en los puestos de trabajo, a pesar de ser tediosos y cansadores. Mientas que, por otro, se las caracteriza como “conflictivas” en relación con los empleadores y se les adjudica una actitud competitiva en el trato entre pares. Finalmente, esta representación de la conflictividad alcanza a lo que se describe como una actitud mucho más enérgica que la de los trabajadores frente al reclamo por las liquidaciones salariales y las condiciones de trabajo previamente pactadas. “Poder... podés cambiarlas de puesto de trabajo. Yo te puedo poner a limpiar, pero generalmente vos no vas a querer. ‘Yo ya soy embaladora, seleccionadora, no me voy a poner a limpiar, a pasar la escoba’” (administrador de personal de empaques 3).

“Cada una tiene su puesto y se miran mal, se dicen ‘ay, ella también es así porque es embaladora’ y las embaladoras pasan al lado de las selecciona-

5 En el caso del Convenio Colectivo de Trabajo que regula la actividad en galpones de empaque, el Artículo 4, titulado Régimen de mujeres y menores, en su inciso A expresa lo siguiente: “El personal mencionado precedentemente no podrá trabajar en carga y descarga de camiones de transporte, remoción de cajones de frutas cuando los cajones o bultos superen los veinte (20) kilogramos de peso, pudiendo hacerlo eventualmente y cuando las circunstancias así lo requieran para el mantenimiento del trabajo, razones de fuerza mayor, accidentes climáticos, etcétera, pero no en forma continuada, ya que el empleador deberá contar con personal masculino, mayor de dieciséis (16) años de edad para dichas tareas” (Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social, 2011).

doras y las miran mal. Las mujeres son conflictivas, más en un galpón de empaque, es como decimos nosotros, es una peluquería. Las punteras por ejemplo. Las que tengo yo son malas, ellas tienen su lugar y las llegás a cambiar de ahí y es un escándalo. No. ¡Son malas! Es como un título que tienen.” (Administrador de personal de empaques 1)

A partir del testimonio anterior, se puede repensar el problema del desconocimiento de las calificaciones en los puestos de trabajo femeninos. Los puestos mencionados (embalaje o selección) implican un entrenamiento previo, más allá de que este no se reconozca y se oculte bajo la admiración de una habilidad que no se considera como fruto de un aprendizaje.

Como señalamos, la conflictividad también abarca situaciones en las cuales se ejercen los más elementales derechos laborales, como una incorrecta liquidación salarial:

“La mujer, la mujer no te perdona quince minutos, el hombre no. El hombre va y te dice. A mí me ha pasado, y te dicen: ‘che, fijate me parece que te has equivocado en las horas, fijate’, te da una semana y como se paga por quincena capaz que te da toda la quincena para que vos lo revises. En cambio, la mujer no. La mujer te va con el papelito de ella y se te sienta: ‘acá me debés quince minutos’. ‘Bueno, madre, déjeme usted el papelito’. ‘No. Lo quiero revisar ya’. Por más que se tenga que esperar una quincena para cobrarlos, pero se te plantan y se te plantan, y por ahí de diez personas, nueve se equivocaron ellos. Y las mujeres son terribles, no los hombres, van y te dicen: ‘me debés dos horas’, y por ahí pasar por el galpón y te dicen: ‘¡eh!, acordate de mis horas’. Pero no es conflictivo, la mujer sí. No sé por qué esa diferencia, capaz que se creen que por ser mujeres uno las va a cagar. Pero no sé por qué tienen ese problema”. (Administrador de personal de empaques 2)

En el testimonio que sigue queda marcada la contradicción entre eficiencia en el puesto de trabajo y conflictividad en la relación laboral:

“Las mujeres son mucho más delicadas con la fruta, por eso se las contrata para la cereza, pero no son menos conflictivas que los hombres, son muy conflictivas. Con que dos manejen a las otras alcanza. Y si te paran...; el poder lo tienen ellos, porque no te pueden parar la planta”. (Propietario de una finca y empaque de cerezas de exportación)

El siguiente fragmento vincula la mayor conflictividad a la temporalidad del empleo de las mujeres. Este testimonio es interesante porque, mientras adjudica la temporalidad únicamente a las mujeres, no da cuenta de que los puestos de trabajo también son temporarios para muchos varones en el

empaque. Además de que estas mismas mujeres regresarán al mismo puesto de trabajo en la próxima temporada.

“Por ahí tienen más decisión de reclamo, es como que se las ve con menos compromiso que el hombre. El hombre, por ahí, está más comprometido con la familia, parece, a veces, ante una queja. La mujer como es sólo la temporada; el hombre tiene más compromiso durante todo el año. Por lo tanto, es que se sujeta un poco más al estar peleando por algo. La mujer, como es temporaria, tiene un poco más de carácter al salir a pelear por algo. La mujer generalmente es de decir más de frente las cosas que los varones.” (Encargado de empaque de frutas de exportación)

Una de las categorías más citadas en las representaciones de los demandantes de mano de obra refiere al compromiso de las trabajadoras con los objetivos de la tarea, con el fin de lograr éxito en la totalidad del proceso productivo. A partir de los cambios vinculados a la producción y el acondicionamiento de los alimentos, el concepto de calidad pasa a ser uno de los objetivos sobre los que más se insiste a lo largo de toda la cadena productiva. En ella, la participación de las mujeres cumple un rol destacado que se observa en los discursos de la demanda.

En este sentido, las representaciones que identifican a las mujeres con la delicadeza se complementan con las relacionadas con la responsabilidad. En esta línea, los testimonios destacan el mayor compromiso de las mujeres. No solamente aparece destacada la responsabilidad de ellas con la tarea específica, sino también el compromiso con la totalidad del proceso de trabajo. En este aspecto, se entrecruzan imaginarios asociados a lo femenino vinculados no sólo con las habilidades que se pueden observar en la tarea concreta, sino también con otras cualidades no observables directamente, como la capacidad de comprometerse con el logro final del producto, independientemente de la tarea puntual que realizan.

Estas habilidades terminan siendo utilizadas en el momento de la demanda de trabajo, impactando así en la división del trabajo, a la vez que se transforman en una fuente de exigencia mayor hacia el desempeño de las mujeres. Un ejemplo de esto se observa en el testimonio siguiente:

“Las mujeres son rápidas, rápidas y constantes en el trabajo. Vos tenés que ver los varones, ¡hacen un lío, los varones! Son más cancheros. A lo mejor ves que embalan y durante media hora no se les ven las manos embalando, pero vos después ves que están en el baño y que están dando vueltas. Hay mujeres que son totalmente constantes, que están embalando permanente, permanente, entonces ese es un ritmo que te rinde mucho más. Si vos al final de las ocho horas comparás, y te ha rendido más el que ha estado más

tiempo, pero constante durante las ocho horas. Hay embaladores rapidísimos, si fueran en esa rapidez las ocho horas, ¡lo que sería! Pero no es esa rapidez las ocho horas. En ese sentido la mujer es mejor". (Encargado de empaque de frutas de exportación)

Los últimos testimonios hacen necesario pensar la forma en que se encuentra naturalizado el autodisciplinamiento de las mujeres respecto del trabajo productivo y, a modo de hipótesis, plantear si el hecho de "que sean más constantes" no se debe a un mayor control sobre la mano de obra femenina en general y sobre algunas tareas en particular, en las cuales están sobre-representadas.

"Mi experiencia es que en general en las cosechas que son muchas horas de trabajo un poco estresante, la mujer responde mejor que el hombre por más que esté trece o catorce horas parada. He tenido problemas que al otro día el hombre no viene a trabajar, la mujer sí. Siempre he tenido esa percepción, el hombre faltaba pero la mujer siempre estaba ahí. Pero muy buenos resultados trabajar con mujeres, más en estos casos que la uva no puede quedar dos, tres días afuera. No podemos decir de contratar mujeres para que bajen cajas porque no, es un trabajo muy pesado ese. Pero bué. Si se pudiera que trabajen con la misma metodología que trabajan las mujeres, con la misma idea, estaría bueno". (Propietario de finca de uva y bodega *boutique* para exportación)

Conclusiones

La tarea de selección reúne casi todos los aspectos vinculados en la zona de estudio tanto al trabajo femenino como a las mujeres trabajadoras. En primer lugar, el puesto de selección demanda características fuertemente vinculadas a las mujeres, como atención, agudeza visual y concentración. Estas características se atribuyen a la "condición femenina" y se asumen, tal como se observa en el testimonio, como una "capacitación natural". En relación con el imaginario construido acerca de las características de la mano de obra femenina, la tarea de selección es definida como "tediosa" y "monótona", lo cual es ideal para la mano de obra considerada "paciente" y "resistente" como lo son las mujeres.

Por otra parte, es una tarea temporaria que se considera de baja calificación y remuneración pero a la vez se reconoce como una tarea de importancia para el proceso productivo. En este sentido, se constituye en un puesto de trabajo arquetípico con relación al imaginario que circula sobre la mano de obra femenina, porque naturaliza saberes adquiridos debido a

la experiencia de las mujeres en esta tarea y, además, ubica a las trabajadoras en un puesto de marcada temporalidad, coincidiendo con una imagen que identifica a las mujeres con su doble rol como obreras y como encargadas del trabajo doméstico y reproductivo. A esto se suman los bajos salarios percibidos en esta tarea en razón de la naturalización de habilidades.

La división genérica del trabajo, como una de las formas de organización y estructuración del proceso de trabajo, se expresa en la participación de hombres y mujeres en distintos momentos y tareas. A partir de la construcción simbólica de las calificaciones, se asume que la utilización de determinadas tecnologías requiere de saberes o conocimientos que son previamente designados como masculinos y femeninos.

Más allá de que en el caso analizado varones y mujeres compartan determinadas tareas, nos interesa en particular destacar que la construcción social de la disponibilidad de cierto tipo de trabajadoras/es no solamente asigna determinados puestos de trabajo, restringidos en el caso de las mujeres, sino que además impone un valor diferente a la fuerza de trabajo.

Una característica que se observa en los discursos de la demanda de mano de obra, es la asignación a las mujeres de las responsabilidades por la crianza de las/os hijas/os y las tareas relativas a la reproducción del hogar. En oposición, la tarea de los varones es básicamente el trabajo y la obtención de un salario. A partir de ello, el espacio de trabajo es interpretado para los varones como el espacio de aprendizaje y desarrollo de un oficio, mientras que para las mujeres se construye como un espacio relativamente ajeno en el que están presentes por “necesidad” y temporariamente. Si bien la temporalidad del empleo caracteriza el trabajo en ambos sectores, conforma uno de los rasgos más sobresalientes de las ocupaciones femeninas.

Por otra parte, la alusión a que las mujeres “trabajan por la temporada” opera también a partir de la consideración de sus salarios como complemento del salario del varón, impactando en los de las mujeres, a la vez que constituye un argumento de segregación de la mano de obra. La mayoría de los puestos de trabajo que ocupan son los de menor jerarquía y menor salario por hora en la agroindustria, como por ejemplo el caso de la selección, en el cual están sobrerrepresentadas.

La demanda de mano de obra reconoce a la figura de trabajadora independiente, contraponiéndose a la imagen de las mujeres que realizan trabajos en la agricultura, cuya figura de obrera se diluía en el grupo familiar, con jefatura masculina. Actualmente, se observa que se identifica al colectivo de las trabajadoras con características particulares y propias.

No obstante, la imagen sobre estas obreras las vincula al mercado de trabajo como trabajadoras pero, a la vez, las señala como responsables de

las tareas domésticas y de cuidado de miembros dependientes de sus familias (hijos, enfermos, gente mayor). Esta forma de construir la imagen de las trabajadoras tiene parte activa en la asignación de puestos de trabajo y en sus características. Por una parte, porque influye en el horario, en la tarea, en el salario y en la mirada de la organización del trabajo (capital) sobre esa identidad: “las mujeres son más conflictivas porque son temporarias, y los varones tienen más compromiso porque trabajan todo el año”. Pero, al mismo tiempo, se valora positivamente la actitud más constante de las mujeres en el puesto de trabajo.

Estas dimensiones se encuentran superpuestas, y cada una de las “justificaciones” que aparecen en los relatos sirve para mostrar distintas aristas de lo que significa esa mirada a partir de la demanda sobre la constitución de las mujeres como trabajadoras. Esto impacta en la asignación de tareas vinculadas a una mayor estacionalidad, a la vez que se vincula al despliegue de las cualidades tácitas asociadas a lo femenino.

Por una parte, se relaciona a las mujeres con un mayor “compromiso” con las tareas y los resultados finales del producto. Pero, por otra, se las asocia con una mayor conflictividad en relación con el reclamo por condiciones de trabajo. Esto, a su vez, al ser vinculado con la condición temporaria de las mujeres, intenta desdibujar esa identidad de obreras que las trabajadoras han adquirido y justifica la temporalidad del empleo femenino en el sector, al considerar aún el aporte de las mujeres como complemento o ayuda, en razón de ser una función secundaria en relación con un supuesto verdadero rol femenino.

Esta persistencia de la división de roles puede estar revelando que la exclusión de las mujeres en los puestos de mayor salario, y con ciclos más extensos, se debe a una asociación del trabajo y el salario femenino como complementario y no como ingreso principal en los hogares. Este supuesto se sostiene en una división social que designa el ámbito doméstico como aquel que le corresponde por naturaleza a las mujeres. Esta división refuerza la normativa de género que impone las responsabilidades domésticas y las tareas de cuidado a las mujeres, eximiendo de esa responsabilidad a los varones, negando así una atribución diferencial de saberes y competencias laborales a ambos sexos.

Referencias bibliográficas

- Faur, Eleonor y Nina Zamberlin (2008). Gramáticas de género en el mundo laboral: perspectivas de trabajadoras y trabajadores en cuatro ramas del sector productivo del área metropolitana de Buenos Aires [online]. En: Marta Novick, Sofía Rojo y Victoria Castillo, comps. *El trabajo femenino en la post-convertibilidad: Argentina 2003-2007*. CEPAL/GTZ/Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la República Argentina, pp. 85-119. Disponible en: <<http://www.eclac.cl/publicaciones/xml/2/33662/LCW182.pdf>> [acceso 16/9/2013].
- Gamba, Susana (2007). Estudios de género/perspectiva de género. En: Susana Gamba, coord. *Diccionario de estudios de género y feminismos*. Buenos Aires: Biblos, pp. 119-123.
- Kergoat, Danièle (2003). De la relación social de sexo al sujeto sexuado. *Revista Mexicana de Sociología*, 65(4), pp. 841-861.
- Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social (2011). Convenio Colectivo de Trabajo N.º 320/1999 “Empaque de frutas frescas y hortalizas región Cuyo”. Homologado por la Resolución N.º 183 de la Secretaría de Trabajo de la Nación, 22 de julio de 2011.
- Scott, Joan (1999). El género: una categoría útil para el análisis histórico. En: Marysa Navarro y Catharine Stimpson, comps. *Sexualidad, género y roles sexuales*, Buenos Aires: FCE.

Reclutamiento y contratación de trabajadores estacionales migrantes en el Valle de Uco, provincia de Mendoza, Argentina.

Guillermo Neiman

Introducción

Este capítulo aborda las modalidades que asume la contratación de trabajadores migrantes, que se desempeñan de forma temporaria, principalmente en tareas de cosecha. Se analiza el caso particular de trabajadores que se movilizan desde la provincia de Tucumán, en el norte de Argentina, hacia un área agrícola de reciente expansión agrícola de la provincia de Mendoza, en el centro-oeste del país. Esta zona se ha especializado de forma creciente en la producción de uvas para la elaboración de vinos de alta calidad enológica, cuyo principal destino es la exportación a distintos países, principalmente de Europa.

Se estima que anualmente cerca de cinco mil trabajadores —cantidad que puede variar según el estado de los cultivos—, provenientes de Tucumán, se desplazan en dirección sudoeste unos mil kilómetros en busca de trabajo temporario en la provincia de Mendoza. Estos trabajadores se ocupan durante períodos variables de tiempo, que pueden oscilar entre dos y seis meses al año, ya sea en un único cultivo o en varios, como así también con uno o varios empleadores.

En un contexto de escasez estructural de trabajadores, que no puede ser satisfecho con la oferta local de mano de obra, la contratación de migrantes

congrega a distintos tipos de agentes, recursos y dispositivos para producir la convocatoria, el reclutamiento, la movilización y la incorporación de estos trabajadores a los puestos vacantes.

Así, en el caso que se analiza, la contratación involucra distintas figuras de “intermediarios laborales” presentes en este mercado de trabajo transprovincial, tales como cuadrilleros, empresas de contratación de personal eventual y cooperativas de trabajo. A este grupo, se agregan las propias empresas que van a desplegar estrategias y asignar a esos trabajadores a los puestos de trabajo a cubrir. Adicionalmente, se debe considerar un conjunto de diversos agentes y sus respectivos dispositivos, que actúan como facilitadores del proceso de contratación, tales como la red más cercana de familiares, amigos y colegas; instancias de gobierno municipal, provincial o nacional, a través de políticas o programas específicos; y, a veces, las organizaciones sindicales de los propios trabajadores.

Desde el punto de vista del trabajador, la contratación constituye un proceso crítico que el migrante debe resolver, considerando en principio dos aspectos clave: la extensión de tiempo en el que podrá estar contratado, y los ingresos que obtendrá en un tiempo determinado por las tareas realizadas (que en este caso serán la diferencia entre las remuneraciones por su trabajo y los gastos derivados de la migración).

Las prácticas de contratación en el caso de trabajadores agrarios migrantes

Desde la perspectiva de la administración de recursos humanos de la empresa, el propósito del reclutamiento es convocar a un número suficiente de postulantes para cubrir un puesto de trabajo específico. Para esto se debe contar con un sistema de información acorde con esa actividad y con los respectivos requerimientos, para la posterior selección y contratación de los trabajadores. En esta línea, se distingue como reclutamiento externo aquel en el cual los trabajadores a ser incorporados para cubrir las necesidades de mano de obra no tienen vinculación previa con la empresa.

Tanto el concepto como el proceso mismo de la contratación se vuelven más complejos en mercados de trabajo con elevados niveles de informalidad, cuando se trata de incorporar grandes volúmenes de trabajadores temporarios. La contratación se vuelve particularmente compleja si los trabajadores deben ser de origen migratorio, ante la imposibilidad de satisfacer los requerimientos laborales con fuerza de trabajo local (Lara Flores, 2000; Benencia y Quaranta, 2006; Bendini, Radonich y Steimbregger, 2014).

Además, en las situaciones específicas del trabajo agrario, se agregan las reconocidas condiciones de precariedad que terminan influyendo sobre el funcionamiento general de dichos mercados.

En relación con la contratación de trabajadores en este contexto, se ha destacado la importancia de las redes informales conformadas a partir de un círculo cercano de vínculos de parentesco y amistad, las que a su vez son asociadas a inserciones laborales más precarias (Behtoui, 2008). También, se debe tener en cuenta la creciente difusión que ha adquirido la llamada intermediación laboral. Esta puede estar a cargo de distintas figuras, bajo diferentes modalidades, que a su vez se desenvuelven con variados grados de formalidad e, incluso, en algunos casos, ampliando su función más allá de las tareas de contratación propiamente dichas. A su vez, las mismas empresas pueden involucrarse directamente en las diferentes actividades requeridas para satisfacer su demanda de trabajadores, aunque en algunos casos pueden combinarse con otras modalidades para su reclutamiento y contratación. Por último, se viene registrando una creciente intervención de agentes públicos, de diferentes ámbitos, a través de políticas específicas orientadas a regular las migraciones agrarias. Estas políticas se implementan generalmente en las zonas de origen, con el propósito de atenuar el déficit de empleo local, facilitando el acceso de los trabajadores afectados por esa situación a regiones y mercados de trabajo demandantes de empleo.

Las prácticas de contratación que se ponen en juego, resultantes de esa heterogeneidad de agentes, de dispositivos y de recursos, se manifiestan a su vez en distintas formas de inserción ocupacional.

En este sentido, particularmente para el caso específico de las migraciones laborales, el reclutamiento no puede ser circunscripto a comportamientos empresarios que tratan de resolver únicamente la escasez de trabajadores y los problemas derivados de ella, sino que dependerá también del tipo de puesto de trabajo a cubrir, de los otros agentes públicos y privados que intervienen y de las prácticas y evaluación que hagan los propios trabajadores de sus situaciones particulares.

También se agregan algunas complejidades adicionales. En principio, si se considera a las migraciones laborales como un proceso social en el que intervienen elementos económicos, culturales y políticos, también en estos términos debe ser definida la “escasez de trabajadores”, dado que esta no se limita a cuestiones exclusivamente estructurales. Así, las prácticas de reclutamiento y contratación deberán no sólo resolver el acceso a un determinado volumen de trabajadores, sino también tener en cuenta el tipo de trabajador-migrante a contratar, la extensión de la migración, la empresa

receptora y la inserción laboral propiamente dicha (duración, protección social, gestión de la mano de obra).

Es el caso, por ejemplo, de prácticas de reclutamiento que funcionan, "... filtrando trabajadores que llevan a definir lo que es un buen trabajador" (Scott, 2008), en base a su desempeño pasado o esperado, o a alguna condición específica como, por ejemplo, género, edad, experiencia, etcétera.

La noción acerca de que los migrantes se movilizan en forma "ciega" —esto es sin contar previamente con algún indicio, contacto o probabilidad de conseguir un trabajo más o menos inmediatamente a su llegada a destino— ya ha sido desestimada, incluso para desplazamientos de grandes contingentes de población que podrían poner en riesgo o hacer más incierto el acceso al trabajo (Roberts, 2001). De cualquier manera, es factible que el trabajador cuente con datos parciales o desactualizados sobre los requerimientos laborales en una zona y en una época determinada, pero los agentes que participan de su reclutamiento y eventual contratación posterior serán los encargados de reducir ese margen de incertidumbre generado por la limitada información.

Contar con algún tipo de indicio concreto para conseguir un trabajo (por ejemplo, algún tipo de información o un contacto) se convierte al mismo tiempo en una condición importante que selecciona a los migrantes. Esto explica los motivos por los cuales no toda la población disponible o desocupada va a migrar efectivamente. A su vez, se convierte en una condición básica para desencadenar la migración.

En esta línea, algunos estudios orientados a analizar cómo opera esa selectividad primaria en las áreas de origen de migraciones temporales, muestran la relevancia que tienen las redes conformadas a partir de las migraciones pasadas. Estas redes actúan incluso como un poderoso incentivo para darle continuidad a la migración (Kanbur y Rapoport, 2005).

Por otra parte, las empresas contratan directamente a los trabajadores o lo hacen a través de un intermediario, y aprovechan las políticas públicas, a partir de varias condiciones entre las cuales el costo final (la remuneración por el trabajo y los adicionales que deba agregar relacionados con el pago del transporte, posibles adelantos de dinero, pago de comisiones, vivienda, etcétera) es un factor crítico, aunque no opera aisladamente de otros. La experiencia laboral previa, incluyendo alguna posible calificación de acuerdo con el tipo de cultivo, es una de las condiciones requeridas a los trabajadores. Se les exige también ciertos atributos generales, que suele ser sintetizados en la noción de "buen trabajador", es decir: estar dispuestos a extender la jornada de trabajo, cumplir con las indicaciones técnicas en el sitio de producción y mostrar compromiso con la tarea. Las empresas pro-

curan estabilizar un plantel de trabajadores que cumpla con todas o la mayor parte de esas condiciones, trasladando el requisito de captar y retener a los mejores trabajadores al mismo proceso de reclutamiento y contratación.

Si bien la intermediación laboral en la contratación de los trabajadores, además de la que llevan a cabo las propias empresas, aparece documentada prácticamente desde los inicios de la agricultura moderna, el fenómeno ha ido creciendo en cuanto a la diversidad de las figuras que la practican, la proporción de trabajadores contratados de esa forma, así como a la variedad y complejidad de tareas que van a desarrollar aparte de las referidas a la convocatoria y el reclutamiento. La selección, el transporte, la organización y gestión del trabajo, la supervisión, la intervención en caso de conflictos entre trabajadores o entre estos y los empleadores, la administración del personal contratado, forman parte actualmente del conjunto posible de acciones que desarrollan los intermediarios. No obstante, esto dependerá del tipo de intermediario y de la relación que establezca con la empresa.

En resumen, la contratación de trabajadores debe ser vista como un proceso en el que están involucrados diferentes agentes que, si bien comparten un mismo objetivo, van a diferenciarse de acuerdo con sus prácticas y con la variedad de funciones que finalmente van a cumplir, dependiendo del tipo de agente y de los requerimientos que plantean las propias empresas.

Agentes y modalidades de contratación

El área geográfica a la que arriban los migrantes a los que se hace referencia en este capítulo está ubicada en la provincia de Mendoza y es conocida como Valle de Uco; está constituida por los departamentos de Tunuyán, Tupungato y San Carlos, con una superficie total algo menor a los 20.000 kilómetros cuadrados, y las zonas productivas pueden estar ubicadas hasta una altitud aproximada de 900 a 1.200 metros sobre el nivel del mar.

Históricamente, se ha conformado como una zona de producción frutícola, pero que en las últimas décadas se ha especializado en la producción de vides para la elaboración de vinos de alta gama, a partir de fuertes inversiones de capital de origen extranjero, que ocupa una alta proporción del territorio, cercana a las 15.000 hectáreas.

Al igual que otras zonas productoras de la misma provincia, el Valle de Uco recibe anualmente contingentes importantes de trabajadores migrantes, provenientes mayoritariamente de otras provincias del país, para ocuparse en las cosechas de diferentes cultivos.

La llegada de los migrantes al Valle de Uco tiene lugar en tres momentos, concentrados entre el final y el comienzo del año, asociados a su vez a los respectivos ciclos de trabajo en producciones específicas: aproximadamente desde noviembre para la cosecha de cerezas; a principios de enero para la de peras, manzanas y duraznos; y, en febrero, para la de uvas, pudiendo permanecer un número importante de ellos hasta fines de marzo o principios de abril. Algunos trabajadores llegan a permanecer la totalidad del período —aunque con viajes esporádicos a sus lugares de origen—; otros, en cambio, lo hacen por lapsos más breves al concentrar su trabajo en un determinado cultivo (por ejemplo, la cosecha de uvas que cierra el ciclo de trabajo migratorio en el área). Entre estos últimos, algunos pueden alternar con otras zonas del país a las que también migran para trabajar o directamente desplazarse exclusivamente dentro de su área, pudiendo permanecer inactivos u ocupados también en forma estacional en otros cultivos en su provincia de origen.

Precisamente, la provincia de Tucumán es la principal fuente de provisión de estos trabajadores a la zona en cuestión. Históricamente especializada en el cultivo de caña de azúcar en pequeñas extensiones, en las últimas décadas atraviesa una importante intensificación de la producción citrícola (limón) por parte de grandes empresas. Más recientemente ha experimentado también el fenómeno de corrimiento de la frontera agrícola por la introducción en la provincia del cultivo de soja, destinado a la producción final de granos, aceites y biocombustibles.

En general, la inactividad laboral de un trabajador temporario en la provincia de Tucumán puede extenderse de dos meses (generalmente concentrados en enero y febrero) hasta un máximo de seis meses (desde octubre hasta abril), dependiendo de la posible combinación de inserciones en diferentes cultivos y de las que pueda lograr con ocupaciones no agrícolas de distinto tipo, siempre en la misma provincia (Bardomás, 2009).

Varias décadas atrás, los trabajadores provenían mayoritariamente del medio rural y pertenecían a unidades de tipo “campesino”. Actualmente, predominan los trabajadores de origen urbano, que viven en localidades pequeñas y medianas, con períodos de desocupación coincidentes con una muy baja o nula actividad en los principales cultivos locales. Entre los que combinan la inserción laboral local con migraciones transitorias, se encuentran aquellos que se ocupan en la importante producción local de limón, ya sea realizando tareas a campo o en establecimientos industriales. Estos últimos deben estar disponibles para cuando los convocan para trabajar, por lo que sus ciclos migratorios terminan siendo más cortos ya que generalmente tratan de mantener esa ocupación; este comportamiento se debe, entre otras

razones, a que se les reconoce un conjunto de beneficios sociales derivados de una relación de trabajo que cumple con las disposiciones legales, a diferencia de lo que ocurre en las tareas que desempeñan como migrantes, que son mayoritariamente informales (Berger, Jiménez y Neiman, 2013).

En el origen de la experiencia migratoria —ya sea en términos históricos, referido al comienzo de su trayectoria como migrante, como también en tanto proceso que debe recomenzar todos los años—, tienen un lugar determinante los vínculos personales que haya podido establecer el trabajador durante su experiencia laboral. Los contactos más cercanos generados a partir de las relaciones de parentesco, que a los fines del trabajo migrante convierte a su núcleo familiar original en una suerte de familia ampliada, se convierten en los primeros puntos de referencia para concretar la decisión de migrar. Este vínculo de base afectiva y solidaria le provee cierta seguridad y le permite acceder a información sobre cómo y cuándo migrar, para al menos iniciar la búsqueda de trabajo en destino o, en el mejor de los casos, garantizarse la contratación, ya sea directamente en una empresa o a través de un intermediario.

A medida que transcurre el tiempo, ese círculo familiar más reducido puede ir ampliándose a otros no-parientes, incorporándose vecinos, amigos y conocidos. Con esos nuevos componentes, esa red seguirá cumpliendo las mismas funciones; el objetivo se mantiene, renovándose año a año, diversificando y ampliando el acceso a la información y a los agentes que intervienen en el mercado de trabajo y, por lo tanto, las posibilidades de inserción laboral.

Los testimonios que se presentan a continuación, pertenecientes a dos trabajadores migrantes de la misma localidad (en el segundo caso, la que testimonia es la esposa del trabajador), referidos a la primera migración, pero también a cómo sucede las veces subsiguientes, reflejan lo dicho.

“—¿Cómo empezó a ir a Tupungato?

—La primera vez que decidí ir fue porque me lo comentó un pariente, mi primo Luis. Él ya sabía ir desde hace un tiempo, ya conocía más o menos el tema allá; me invitó y me fui [...] siempre voy con él, la mayoría de las veces que me fui yo con él, nos fuimos solos; allá recién salimos a buscar; cuando vamos buscamos a un contratista de allá que ya conocíamos de las veces anteriores”. (Trabajador 1)

“—Y cuando decide irse todos los años, ¿su esposo espera a que le avisen de allá que hay trabajo o se va nomás sin saber bien todavía si va a conseguir?

—No; él tiene muchos amigos y de ahí, de las amistades que él tiene, ya le dicen ‘Hay trabajo en tal lado; vamos y si vos te querés anotar, te llevamos’ y ahí se juntan [...] todos los que van con el grupo de acá, todos son de acá [...] primero averiguan dónde hay trabajo porque muchos tienen los teléfonos de los patrones de allá y ya les dicen: ‘Vengan tal fecha, tenemos trabajo’ o ‘Vengan para el raleo’; ‘Vengan para cosecha’; ya los llaman y se van”. (Esposa del trabajador 2)

Puede suceder que el migrante no tenga garantizada la contratación en el lugar de destino, aunque siempre dispondrá de algún tipo de vínculo familiar (pudiendo ser incluso un familiar ex migrante que ha decidido radicarse definitivamente en la zona) o de red, como la descrita anteriormente. Estos vínculos no sólo le facilitan la búsqueda de un trabajo, sino también le proveen un mínimo soporte local durante los primeros días posteriores a su llegada, como por ejemplo la vivienda e incluso alimentación, en el caso de que no disponga de ningún ahorro que le permita solventar esos gastos.

La participación del “cuadrillero” o de la propia empresa, en el reclutamiento y la contratación, de alguna manera vuelven innecesarias las redes anteriores o las reducen a cumplir una función meramente social, o permanecer como un recurso en algunas situaciones de emergencia, y a veces también para enviar periódicamente remesas de dinero a la familia que permanece en el lugar de origen.

En cuanto al cuadrillero, normalmente se lo identifica con una persona que maneja una red de contactos de trabajadores —como mínimo alrededor de 20 personas, aunque algunos llegan a quintuplicar esa cantidad— y de empresas. Entre sus funciones se incluye regularmente la convocatoria y el transporte — aunque no necesariamente mediante un vehículo de su propiedad— y, en algunos casos, la gestión de esos trabajadores (organización, supervisión y administración) en el lugar de trabajo propiamente dicho. En la mayoría de los casos, se trata de personas con alguna experiencia, no solamente como trabajador agrario sino también como migrante. En otros casos son personas que antes colaboraban con otros cuadrilleros o que, al disponer de un vehículo de su propiedad, se inician como tales. Se han encontrado cuadrilleros de estas características tanto en las zonas de origen como de destino de la migración; los trabajadores pueden contactarse indistintamente con unos u otros, según sus experiencias particulares, y generalmente, de no mediar conflictos, estos vínculos se mantienen por lapsos de tiempo bastante prolongados.

Sin embargo, esta función del cuadrillero puede encontrarse también en las empresas de colocación de personal temporario y en las llamadas

cooperativas de trabajo, que disponen generalmente de una o varias personas que cumplen actividades similares a las arriba descritas, particularmente en lo que tiene que ver con la convocatoria y el reclutamiento de trabajadores (y también con frecuencia del transporte hacia las zonas de destino). Las diferencias se darán luego en la contratación propiamente dicha, ya que tanto a través de las agencias como de las cooperativas se produce sobre la base de distintos vínculos legales entre sí, y con respecto a un cuadrillero “clásico”.

El acceso al cuadrillero —de nuevo, tanto la figura clásica como las personas que se desempeñan para algún otro tipo de intermediario— puede darse de diversas maneras. En primer lugar, porque estos pueden residir indistintamente tanto en las zonas de origen como en las de destino; asimismo, puede concretarse a través de un familiar o por iniciativa del propio trabajador, como del propio cuadrillero que va en búsqueda del potencial migrante o de aquel trabajador con el que mantiene un vínculo desde un número variable de temporadas. Este acercamiento por parte del cuadrillero se va a producir especialmente con aquellos trabajadores que tienen una buena reputación, ya sea por su calificación o competencia para una determinada tarea, su compromiso con el trabajo o, incluso, a partir de la solicitud de las propias empresas empleadoras. También puede suceder que sea la misma empresa la que toma contacto con el trabajador (o a veces a la inversa) y, una vez asegurada su inserción, transfiere la información al cuadrillero que intermediará en la contratación.

Los siguientes testimonios de un trabajador —que integra un mismo grupo familiar con otros dos hermanos de menor edad— verifican estas variantes que puede asumir la contratación de migrantes. Se ilustra así hasta qué punto la participación de los cuadrilleros es clave, aunque varíe de acuerdo al momento en el que ocurre y también a la función y las responsabilidades que tiene no solamente en el reclutamiento y la contratación, sino también durante el desarrollo de las tareas para las que fueron contratados.

“—¿Cómo empezó a ir a Mendoza?

—La primera vez que fui a Mendoza tenía 14 años; ya tengo 38. Y solamente un año, que fue el año antepasado, que no fui, empecé porque tenía un hermano allá... Ahora voy con un cuadrillero, hay muchos acá cerquita [...], a veces vienen para aquí, para las casas [...] pero también ponele que yo voy a comprar algunas cosas en el centro y los cuadrilleros nos reúnen ‘¿Querés laburar?’ ‘¿Hay para laburar?’ Así ¿ves? Y por ahí, vos los buscás también o vas y les preguntás, pero ellos te buscan más; ellos son los que

van e insisten para que vos vayas a laburar porque trabajan; completan el colectivo que llevan con 20 personas, tienen que confirmar [...]

—Y sus hermanos más chicos, ¿cómo empezaron a viajar?

—Ellos algo conocían, no sé bien; habían salido así, de aquí, a la deriva y han conocido alguno y después han hecho conocidos ahí y así. Igual, mucha gente va de acá con cuadrilleros, en realidad son cuadrilleros de allá. De allá, ya los conocen y allá se van con trabajo de aquí, a trabajar directamente ya, todos los años con la misma firma.

—Y usted este año, ¿cómo va a hacer?

Este año voy a ir con un cuadrillero que el patrón le manda el colectivo; ya le manda el patrón de allá [...], él nomás te anota, te lleva a la terminal y de ahí, ya vamos nosotros y nos separamos, ya se separa la gente [...] con el patrón te manda allá para que vos subás con él, te lleva hasta el trabajo y te deja en el laburo ya [...] El da todo, te da cama, la comida también; con cocinero y todo". (Trabajador 3)

La contratación directa por parte de la empresa se justifica en poder contar con personal propio capacitado para esa tarea, pero además requiere de la organización de un esquema de reclutamiento de los trabajadores migrantes y su posterior contratación. Así, es frecuente que personal jerárquico de la propia empresa sea el encargado de cumplir con la función de establecer el contacto y arreglar el traslado de los trabajadores. Se trata de una especie de "cuadrillero interno", replicando la función de cualquier agente externo a la empresa que cumple esa tarea. En algún caso, incluso, se ha identificado en grandes empresas que estas personas anteriormente se habían desempeñado en la misma función de manera autónoma. Como se verá en un testimonio posterior, los mismos trabajadores pueden llegar a confundir al empleado permanente de la empresa en que van a ser contratados con un cuadrillero, dada la similitud de las funciones que cumplen.

También, la contratación directa aparece como parte de una estrategia que es desarrollada por la propia empresa, para la retención de aquellos trabajadores a los que califica como "buenos empleados". Para lograr este objetivo, trata de asegurarles un período de trabajo algo más prolongado durante una misma temporada y también la posibilidad de "estabilizarlos" en sucesivas temporadas. Ambas condiciones van a operar como un fuerte elemento disciplinador de esta modalidad de contratación, a lo que se agrega muchas veces que los trabajadores pueden asegurarse otros beneficios, tales como la vivienda.

Además, especialmente para aquellas empresas que deben movilizar un número elevado de trabajadores, esa práctica actúa disminuyendo la incertidumbre y los riesgos que implica cada comienzo de temporada. De este modo, se garantiza la disponibilidad de trabajadores; el acceso a personal que ya ha sido probado en anteriores temporadas (lo cual no exime de que pueda haber problemas que deriven en la finalización de la relación de trabajo); y mejores condiciones para negociar las remuneraciones ante la mencionada posibilidad de recontractación en temporadas sucesivas, como así también de hacerse cargo de los costos de transporte y vivienda e, incluso, de asegurar algún adelanto de dinero para cubrir los gastos de alimentación de los primeros días, que de otra manera el trabajador debe afrontar por su cuenta. Ejemplo de esto son: el transporte de regreso, ya que se ha difundido el pago del pasaje o del costo de la vuelta a destino; el alquiler de una vivienda; y, muchas veces, el endeudamiento hasta el primer pago.

“—Y ahora, ¿cómo viajan?

—Ahora tenemos un capataz de la empresa que nos lleva con el micro; él ya tiene a la gente y ya le da la fecha nomás el patrón de él; trabajamos con él y vamos; él tiene su gente ya. Y es seguro el trabajo por tres o cuatro meses [...] él siempre sabe antes de irse cuánto trabajo va a haber allá, él se comunica; llama más o menos en la fecha en que puede ir y lleva a la gente, y después no tiene más nada que ver con nosotros en la finca, siempre vamos al mismo lugar porque él ya trabaja ahí de años, después allá arreglamos con el patrón cuando va a pagar, lo que pasa es que el patrón para que nosotros trabajemos tiene varias fincas [...] El nos fue a buscar allá y como vio que nosotros íbamos a trabajar todos los días, que no le fallábamos, que esto, que aquello, y bueno, y nos dijo a los tucumanos que vayamos con él”. (Trabajador 4)

“—Y en su caso, ¿cómo fue que viajaron y comenzaron a trabajar en la finca de Tunuyán?

—[...] el que organiza el viaje es como un cuadrillero, que le llaman, que lleva gente y bueno, él está como encargado de la gente; está él también trabajando ahí en la finca, también trabaja. Bueno, él, digamos, como que nos acomoda, bueno, nos decía más o menos cómo era el trabajo y todo [...] él nos ha llevado a la finca esa, donde él trabajaba allá [...] pero igual el que nos pagaba era el dueño de la finca”. (Trabajador 5)

Por otra parte, como ya se adelantara, se ha detectado la intervención de otros actores tales como el sindicato y los gobiernos locales, de nivel municipal y provincial (aunque muchas veces en este último caso se trata

de la implementación de políticas nacionales), que puede ser calificada como facilitadora de los desplazamientos de los trabajadores migrantes y que habría estado creciendo en los últimos años. Estas instancias participan principalmente en la convocatoria y el transporte de trabajadores hacia los lugares de destino, teniendo estos últimos que mostrar algún tipo de constancia con la identificación de un empleador y de un trabajo en el cual se ocuparán a su llegada.

Precisamente, desde el Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social de la Nación, en el año 2003, comenzó a ejecutarse en la provincia de Tucumán el denominado Programa Interzafra, destinado a compensar ingresos de los trabajadores de temporada de la actividad azucarera, por medio de la transferencia de ayudas económicas durante los meses de inactividad (diciembre a marzo). Asimismo, considerando que durante ese período se producía tradicionalmente la migración de trabajadores hacia áreas productivas fuera de la mencionada provincia, se avanzó en la implementación de acciones para el financiamiento del transporte de estos trabajadores hacia las zonas de Cuyo (principalmente la provincia de Mendoza) y del Alto Valle del Río Negro (en la provincia de Río Negro). Este programa de movilidad geográfica es gestionado actualmente por completo por la provincia de Tucumán, con fondos propios. Se trata de intervenciones dirigidas a atender contextos de emergencia de los mercados de trabajo donde se aplican, que se destinan a mejorar la situación de segmentos específicos como lo son los trabajadores de temporada.

De esta manera, comentaba un trabajador el funcionamiento de este dispositivo y su utilización en su comunidad de origen:

—¿Dónde se anotan para viajar en el colectivo?

—Y, acá, hay un tipo sindicato, que le dicen acá, digamos, de los obreros del ingenio, entonces, la gente se anota ahí; ya han anotado ahí. Siempre salen 3 o 4 colectivos; empiezan a anotar ya desde ahora en diciembre pero creo que en noviembre o antes han anotado ya a algunos". (Trabajador 6)

Para el sindicato local, se trata de una actividad relativamente nueva que desarrolla de manera conjunta o combinada con el gobierno provincial o municipal, incluso en algunas comunidades a partir de las limitaciones que tienen las instancias gubernamentales para su implementación concreta. Frente a las demandas de trabajo que regularmente reciben, principalmente por parte de sus afiliados, en los meses de bajas o nulas posibilidades laborales, los sindicatos pasan a intervenir organizando el desplazamiento hacia

las provincias en las cuales se conoce que hay requerimientos insatisfechos, entre las cuales se encuentra la provincia de Mendoza.

De esta manera, un dirigente sindical daba cuenta de su actividad al respecto:

“—¿Cómo es todo el trámite?

—Los sindicatos estamos autorizados a gestionar los ómnibus y coordinar un poco a su vez, y ellos, el gobierno nos proporciona los ómnibus, por supuesto. Bueno, empezamos nosotros con 300 personas más o menos, pero como nadie más lo hace entonces todos se trasladan acá; empezamos con 300 y son 3.000 más o menos que estamos manejando.

—Y ustedes, ¿tienen contactos con las empresas para saber cuánta gente precisan?

—Y, nos mandan o telegramas o cartas, solicitándonos obreros. Y hay otra gente que va porque ya sabe; vienen de años atrás trabajando en esa misma finca; ya más o menos saben cuándo va a empezar, están fichados allá; entonces, llega el momento y se van, se van por el micro [...] no hay ningún requisito especial porque más o menos el gobierno entiende que la necesidad de la gente no está como para exigirles que llenen algún requisito especial [...] tienen que tener trabajo allá, para eso nos presentan recibos antes de viajar, pero como son gente que ya está viajando todos los años, ya están fichados, los conocemos, si yo los tengo en la computadora, ya más o menos, veo si han viajado años anteriores, claro, los mandamos, ¿no?”. (Dirigente sindical)

En el Cuadro 1 se presenta de manera sintética a los agentes que participan del reclutamiento y la contratación de migrantes laborales que se desplazan de Tucumán a Mendoza, considerando las principales características de su perfil y desempeño.

Cuadro 1. Agentes que intervienen en la convocatoria, el reclutamiento y la contratación de trabajadores migrantes.

Agentes	Descripción
1. Redes de parentesco, afectivas y de vecindad	Generalmente son trabajadores que vienen migrando en forma conjunta desde hace algunos años. Los vínculos de amistad y parentesco funcionan estabilizando el grupo y comienzan a movilizarse ante la proximidad de una campaña. Un referente del grupo puede realizar el contacto con la empresa y convoca al resto, también puede ser que se desplacen solos y luego tomen contacto con algún cuadrillero (la mayoría) y/o con una empresa.
2. Cuadrilleros	Personas con un gran conocimiento tanto de los trabajadores como de las empresas demandantes, muchas veces son ex asalariados temporarios o incluso permanentes. Generalmente gozan de una importante reputación tanto por parte de trabajadores como de las empresas, a veces disponen de medios de transporte. Manejan un número variable de trabajadores, pudiendo incluso participar activamente en la gestión (pago, control, etcétera) de los trabajadores. Suelen realizar gestiones para proveer de viviendas a los migrantes.
3. Cooperativas de trabajo	Organizaciones pseudo formalizadas en base a la conformación de una entidad de tipo solidaria, con trabajadores asociados que suelen mantener un vínculo bastante estable. Actualmente están prohibidas por la legislación, por lo que no se admite la apertura de nuevas entidades de este tipo; normalmente se ocupan del transporte, pero también los trabajadores suelen viajar por su cuenta.
4. Empresas de colocación de personal temporario	Grandes empresas de colocación de personal temporal y eventual en distintas actividades económicas, se han adaptado con el fin de atender las demandas de trabajadores temporarios por parte de medianas y grandes empresas de la agricultura. En algunos casos completan todo el ciclo de gestión de la mano obra —reclutamiento, transporte, supervisión y pago—, y realizan algún tipo de registro de los trabajadores.
5. Empresas agrícolas y agroindustriales	Mayoritariamente se trata de grandes empresas, que disponen de un circuito fluido y relativamente extenso de contactos. Privilegian “estabilizar” la contratación de trabajadores en base a un intenso proceso de selección, en algún caso incorporan ex cuadrilleros como asalariados permanentes que pasarán a cumplir esa función en la empresa. Puede intervenir eventualmente algún intermediario.
6. Sindicato de nivel local	Representantes sindicales locales que mantienen fundamentalmente una importante red de contactos con trabajadores registrados de la zona, fundamentalmente gestionan el acceso al transporte.
7. Gobierno de nivel provincial	Desarrolla acciones destinadas fundamentalmente a apoyar el desplazamiento de los trabajadores a partir del financiamiento del transporte; a veces son ejecutadas a escala local o municipal.

Conclusiones

Una primera evidencia que emerge del análisis realizado es la existencia de múltiples canales de reclutamiento de los trabajadores migrantes que se ocupan en la agricultura del Valle de Uco, en la provincia de Mendoza, considerando el tipo de agente que participa y la modalidad de la contratación, lo que a su vez incide en la inserción laboral propiamente dicha.

Las redes de diferente composición en la que se van a insertar los trabajadores resultan imprescindibles al inicio de la trayectoria migratoria, pero en muchos casos también cuando anualmente se debe reiniciar el ciclo. De cualquier manera, esas redes son utilizadas también como base para constituir vínculos o contactos que sean más eficientes en el sentido de darle al trabajador mayor seguridad en la búsqueda de trabajo, y también para conseguir estar ocupados por períodos de tiempo más prolongados.

La condición de informalidad con la que generalmente son identificadas las redes sociales o personales de los trabajadores (parientes, vecinos, etcétera) no parece reducirse exclusivamente a este tipo de canal de reclutamiento y contratación, ya que otros agentes también hacen uso de los mismos dispositivos para lograr su objetivo.

Se observan situaciones en las que se combinan o complementan esos canales de reclutamiento, ya sea por efecto del comportamiento de los propios trabajadores, que buscan reducir la inseguridad laboral derivada de la inestabilidad; de las empresas, con el propósito de reducir costos y garantizarse un plantel de “buenos trabajadores”; y de las características propias de ciertos agentes o dispositivos que intervienen en el reclutamiento.

Desde el punto de vista de los trabajadores, también surgen ciertos “circuitos de reclutamiento” que pueden ir modificándose a lo largo de su trayectoria migratoria, pero que también puede ser el resultado de la propia valoración que hagan de los beneficios que obtienen con esos cambios, aunque su margen de acción en ese sentido resulta siempre limitado en lo relativo a reducir la precariedad que es propia de su inserción ocupacional. Por ejemplo, ante la pregunta “¿Por qué cree que los buscan a los tucumanos, allá, para trabajar?”, la respuesta fue: “Y, porque nos conformamos con lo que nos dan, digamos”.

Por otra parte, las empresas privilegiarán las estrategias de reclutamiento que les permitan reducir costos, acceder a aquellos trabajadores que consideren los más aptos para la realización de las tareas y disponer del número necesario de trabajadores en el momento oportuno.

Por último, los canales de reclutamiento pueden variar entre campañas, ya sea por la influencia de situaciones coyunturales, estrategias empresarias o comportamientos de los trabajadores derivados de su experiencia laboral o de necesidades específicas.

Referencias bibliográficas

- Bardomás, Silvia (2009). Trabajadores de aquí y de allá: la migración a dos mercados de trabajo agrícola de la Argentina. *Estudios del Trabajo*, 37-38, pp. 55-84.
- Behtoui, Alireza (2008). Informal recruitment methods and disadvantages of immigrants in the Swedish labour market. *Journal of Ethnic and Migration Studies*, 34(3), pp. 411-430.
- Bendini, Mónica; Martha Radonich y Norma Steimbregger (2014). Continuidades y cambios en la migración estacional. En: Roberto Benencia, Andrés Pedreño Cánovas y Germán Quaranta, comps. *Mercados de trabajo: instituciones y trayectorias en distintos escenarios migratorios*. Buenos Aires: CICCUS, pp. 109-138.
- Benencia, Roberto y Germán Quaranta (2006). Mercado de trabajo y relaciones sociales: la conformación de trabajadores agrícolas vulnerables. *Sociología del Trabajo*, 58, pp. 83-114.
- Berger, Matías; Dora Jiménez y Guillermo Neiman (2013). Migrantes laborales y construcción de la relación de trabajo en la agricultura intensiva de la provincia de Mendoza, Argentina. Documento presentado en el VII Congreso Latinoamericano de Estudios del Trabajo. ALAST. San Pablo, Brasil, 2 al 5 de julio de 2013.
- Kanbur, Ravi y Hillel Rapoport (2005). Migration selectivity and the evolution of spatial inequality. *Journal of Economic Geography*, 5(1), pp. 43-57.
- Lara Flores, Sara María (2000). Características de las migraciones rurales hortícolas en el noroeste de México. *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 6(12), pp. 71-88.
- Roberts, Kenneth (2001). The determinants of job choice by rural labor migrants in Shanghai. *China Economic Review*, 12, pp. 15-39.
- Scott, Sam (2008). *Staff shortages and immigration in agriculture*. Reino Unido: mimeo.

Hogares rurales y oferta laboral en mercados transitorios de trabajo agrícola migrante, provincia de Santiago del Estero, Argentina

Germán Quaranta

Introducción

El origen sociodemográfico de los asalariados agrícolas experimentó en las últimas décadas profundas transformaciones. La imagen de trabajadores agrícolas pertenecientes a familias campesinas, que articulan su trabajo en el predio familiar con ocupaciones asalariadas temporarias, pierde centralidad, dando paso a una mayor diversidad en la procedencia y el origen social de estos trabajadores. En una primera instancia, se llamó la atención sobre los procesos de urbanización de la residencia de estos trabajadores. Esta condición modifica los comportamientos laborales de la población, dado que la búsqueda de trabajo necesariamente se anualiza y estos trabajadores se ven obligados a realizar migraciones laborales transitorias cuando no existe demanda local de empleo. Más recientemente, se destaca la existencia de asalariados agrarios procedentes de territorios rurales, que integran hogares sin actividades campesinas de relevancia. En estos hogares es importante resaltar la inactividad económica de sus integrantes en los espacios de residencia y la necesidad de migrar temporariamente para acceder a alguna ocupación.

La provincia de Santiago del Estero, perteneciente a la región noroeste de Argentina, ha contribuido históricamente con importantes cantidades de

trabajadores a la conformación de corrientes migratorias temporarias, orientadas a los mercados de trabajo de cosecha en diversas regiones del país. Esta provincia de tradición campesina es la que presenta mayor proporción de población rural actualmente en el país: alrededor de un tercio de sus habitantes mantienen ese perfil. A su vez, la población rural ocupada en el agro —a principios de este siglo— se distribuye aproximadamente por mitades entre los trabajadores asalariados y los pequeños productores, sumados a los trabajadores familiares.

Esta población, que padece condiciones de vida y de trabajo altamente precarias, se ve obligada a migrar para acceder a una ocupación asalariada. Se estima que cerca de cuarenta mil santiagueños migran temporariamente para desempeñar trabajos transitorios en distintos mercados de trabajo agrícola, a lo largo y ancho de Argentina.

Este capítulo aborda las migraciones laborales transitorias de quienes residen en hogares rurales del noroeste de la provincia, ubicados en el departamento de Pellegrini y en zonas vecinas del departamento de Copo. Se trata de una zona agropecuaria extensiva, que históricamente se destacó por la presencia de hogares campesinos dedicados a la cría de ganado, cuyos miembros realizaban migraciones estacionales, fundamentalmente a las cosechas de azúcar, en la provincia de Tucumán, y de algodón, en la provincia de Chaco. A partir de una investigación que partió de treinta entrevistas en profundidad¹, nos preguntamos cómo se conforma, en este caso, la oferta de trabajo que alimenta las corrientes migratorias de trabajadores transitorios y qué tipo de sujeto social se encuentra involucrado en estas migraciones, y en la conformación de esta oferta de trabajo. A su vez, para responder estos interrogantes, analizamos las condiciones de carácter estructural, asociadas a las transformaciones económico-sociales acontecidas en la provincia, y algunas características de los hogares que se reflejan en la conformación de los movimientos migratorios y de la oferta laboral.

Luego de esta introducción, se aborda la literatura existente sobre el fenómeno de las migraciones laborales temporarias y la conformación de la oferta laboral transitoria para mercados de trabajo agrícola. Seguidamente, se detallan las características, históricas y actuales, de este fenómeno en la provincia de Santiago del Estero. Posteriormente, y antes de concluir, se analiza la conformación de una oferta laboral migrante transitoria a partir del estudio en profundidad de un conjunto de hogares de la zona investigada.

1 Para la confección de estas entrevistas, se realizaron dos visitas por hogar, de dos horas cada una.

Las migraciones temporarias y la conformación de la oferta laboral para mercados transitorios de trabajo agrícola

Las migraciones temporarias de trabajadores agrícolas transitorios se interpretan, inicialmente, a partir de la articulación entre regiones con predominio de unidades campesinas, cuyos integrantes enfrentan problemas de subempleo, y regiones cuyas estructuras agrarias se caracterizan por la existencia de empresas agrícolas de escala mediana y grande, dedicadas a cultivos que se cosechan manualmente y demandan mucha mano de obra (Reborati y Sabalain, 1980). Estas migraciones temporarias, producidas al ritmo de las estaciones de cosecha, son identificadas como movimientos pendulares que implican desplazamientos relativamente uniformes entre lugares de origen y destino. Estos movimientos migratorios son característicos de las economías campesinas en las cuales el trabajo asalariado complementa los ingresos de la pequeña producción agrícola familiar. En ese marco, la persistencia de la economía campesina se explica a partir de la funcionalidad que el sector campesino mantiene con la agricultura empresarial, aportando principalmente mano de obra a bajo costo en los momentos específicos de demanda (Gomes y Pérez, 1983).

En la actualidad, las movilidades por distintos períodos de tiempo incluidas en las migraciones temporarias o estacionales, como condición para acceder a un empleo, son un comportamiento ampliamente difundido en hogares de campesinos y de asalariados agrícolas, tanto de residencia rural como urbana.

En algunas circunstancias, la ausencia total de oportunidades de empleo en el lugar de residencia obliga a los trabajadores a desarrollar migraciones temporarias de carácter “permanente”, para poder garantizar a lo largo del año las ocupaciones necesarias que permitan la continuidad y reproducción del hogar (Silva, 1998; Menezes, 2014; Bardomás y Díaz, 2014). Estas formas de circulación fueron caracterizadas como nomadismo laboral, dado el tipo de organización temporal y espacial que las caracteriza, en el cual los desplazamientos desplegados entretejen y articulan a lo largo del año distintos lugares de trabajo y, en algunas ocasiones, pierden la referencia de un espacio residencial de origen (Pedreño, 1999; Lara Flores y Carton de Grammont, 2003).

En otros casos, la existencia de oportunidades de empleo local, como tareas de cosechas o de mantenimiento de cultivos, permite construir ciclos anuales de trabajo, combinando un período de ocupación en los lugares de origen y otro en distintos destinos migratorios. En los casos de hogares de residencia urbana, inclusive, los trabajadores pueden construir estos ciclos de

trabajo incluyendo alguna ocupación de baja calificación más típicamente urbana como, por ejemplo, la construcción o el empleo doméstico, según se trate de hombres o mujeres (Giarracca, *et al.*, 2000; Carámbula, 2009; Berger, Jiménez y Mingo, 2012).

En los últimos años y en el marco de las crecientes limitaciones que enfrentan las economías campesinas, los hogares rurales organizan la vida laboral de sus miembros a partir de su inserción laboral como trabajadores asalariados transitorios migrantes, adquiriendo sus formas de movilidad, en muchos casos, características propias de un nomadismo laboral. La ruralidad deja de ser sinónimo de familias campesinas y de ingresos provenientes de la pequeña producción agrícola. Los hogares campesinos combinan crecientemente la producción agrícola propia con otras actividades económicas, adquiriendo la condición de “unidad económica campesina pluriactiva” y, al mismo tiempo, aumenta el peso de las familias rurales en las cuales la agricultura se orienta exclusivamente al autoconsumo, aunque ya no sea central en las estrategias de ingresos de los hogares (Carton de Grammont, 2009a).

Las migraciones pierden la forma y las características que presentaban en el marco del modelo de industria sustitutiva de importaciones, asociadas fuertemente a las interpretaciones del cambio social propias de la teoría de la modernización (Lara Flores, 2012). La migración campo-ciudad de carácter definitivo, acompañada por el cambio de residencia y el pasaje de la inserción de ocupaciones rurales y agrícolas a otras urbanas e industriales, se fundamenta en la existencia de mercados de trabajo capaces de absorber estas corrientes migratorias:

“Las nuevas características del mercado laboral limitan las posibilidades de la migración definitiva del campo y propician procesos migratorios más complejos, multidireccionales del largo o corto plazo, nacionales e internacionales, sin provocar el abandono de los pueblos rurales por parte de la población ‘sobrante’ que deja de ser campesina y que se conoce como ‘avecinados’ en los ejidos”. (Carton de Grammont, 2009b, p. 16)

Las nuevas condiciones de los escenarios de destino y del medio urbano limitan la posibilidad de establecerse definitivamente. La escasa demanda de empleo y los bajos niveles de ingresos, en comparación con los costos de vida en los lugares de destino, desalientan el establecimiento “definitivo” de los trabajadores migrantes transitorios (Albertí, 2013; Carton de Grammont, 2009b). Estas formas de movilidad se asocian de forma creciente a situaciones de ocupación en los momentos de la migración y de inactividad durante el período de permanencia en el hogar.

La movilidad como condición de acceso a la ocupación se constituye en un componente central de las prácticas de reproducción de los hogares (Bendini, Steimbregger y Radonich, 2012).

Las corrientes migratorias establecidas en torno a diferentes mercados de trabajo —mayormente agrícolas— se alimentan de la circulación y la movilidad de los trabajadores que emergen y se diferencian según distintos patrones migratorios. Así, la composición de estas corrientes y de la oferta laboral se puede diferenciar, por ejemplo, según género, edad y posición en el hogar de los trabajadores migrantes, tipo de hogar de origen (campesino o asalariado), modalidad de acceso al trabajo (directa o a través de intermediarios), y formas de viajar (individual, familiar o grupal). En este escenario interpretativo, la noción de patrón migratorio permite dar cuenta de la conformación de un segmento de la oferta laboral que resulta vital en diferentes mercados de trabajo agrícola. Esta noción adquiere su potencialidad analítica en un marco conceptual que entiende las migraciones como procesos sociales que incluyen en sus análisis tanto a la agencia como a las estructuras e instituciones de la vida social (De Haan y Rogaly, 2002).

Santiago del Estero: una provincia de tradición campesina “productora” de trabajadores asalariados migrantes

La provincia de Santiago del Estero, perteneciente a la región noroeste de Argentina, se distingue por el alto porcentaje de población con residencia rural (aproximadamente un tercio de los habitantes provinciales), las condiciones de pobreza imperantes y las escasas oportunidades de empleo disponibles para este segmento de la población. Las altas tasas de fecundidad rural y los problemas de empleo se conjugaron para generar, a través de los años, persistentes flujos migratorios, tanto de carácter permanente hacia las ciudades como de carácter temporario, fundamentalmente a mercados de trabajo rural (Forni, 1991; Zurita, 1999).

Esta provincia históricamente se caracterizó por la existencia de una importante “vida” campesina y por ser origen de significativos contingentes migratorios de carácter estacional, que respondían a las necesidades de diferentes mercados de trabajo de cosecha en diversas regiones del país. En el contexto de la integración de Argentina a la economía mundial como exportadora de alimentos a fines de siglo XIX y principios del XX, la provincia de Santiago del Estero participó como proveedora de madera para la producción de los durmientes requeridos por la expansión del ferrocarril, y de trabajadores migrantes estacionales para la recolección de las cosechas de trigo y, fundamentalmente, de maíz en la región pampeana (Tasso, 2007).

La actividad forestal desarrollada de forma extractiva se organizaba a partir de la conformación de pueblos que se instalaban y abandonaban al ritmo del desmonte. Los “obrajes” —modalidad de organización productiva de la actividad— constituyeron campamentos de trabajadores bajo las órdenes de un contratista, expuestos a pésimas condiciones de vida y trabajo (Dargoltz, 1998). Los hacheros —la mano de obra de esta actividad— eran peones rurales que migraban periódicamente al obraje (Tasso, 2007).

La retracción de la actividad forestal de carácter extractivo, en un primer momento, estuvo asociada al fin de la expansión del ferrocarril y la consecuente demanda de quebracho para durmientes, y —posteriormente— vinculada a la caída de los requerimientos de tanino. Esta retracción fue seguida de procesos de “campesinización”, originados en el establecimiento de los antiguos trabajadores del obraje en los espacios “abandonados” una vez extraídas las especies arbóreas de valor económico (Dargoltz, 1998; Tasso, 2007).

“Entre 1914 y 1937 aumenta significativamente el número de explotaciones agropecuarias que pasan de 6.351 a 23.141, este incremento de explotaciones se produce en los estratos de menores superficie, lo que abonaría nuevamente la hipótesis de un asentamiento de ex asalariados que se ‘campesinizan’ ante la caída de la actividad obrajera y ganadera”. (Aparicio, 1987, p. 35)

Otro proceso que favoreció en la provincia la expansión de las unidades familiares de producción de tipo campesino fue la crisis que experimentaron las fincas tradicionales de las zonas de riego. Las áreas de riego del Río Dulce —que contaban con establecimientos dedicados a la actividad hortícola, la agricultura, la producción de pasturas y la cría de ganado— experimentaron un proceso de reducción del tamaño de los establecimientos que, asociado a la mala calidad y a la falta de mantenimiento de la infraestructura de riego, se tradujo en el avance de unidades de producción más pequeñas, mayormente menores a veinticinco hectáreas:

“Esto significa que varios productores tenían propiedades tan pequeñas que para vivir debían obtener ingresos adicionales, generalmente trabajando para quienes tenían suficiente tierra y capital. Aquellos con acceso parcial e insuficiente a la tierra realmente pertenecían a una misma clase junto con los trabajadores agrícolas sin tierra, en tanto que ambos dependían para su sobrevivencia del empleo que les daban los dueños del capital, incluyendo la tierra. Los medieros y propietarios muy pequeños juntos comprendían setenta y uno por ciento de toda la población local con algún acceso a la tierra”. (Vessuri, 2011, p. 66)

Esta población campesina, tanto de zonas agrícolas como de regiones ganaderas, desplegó estrategias ocupacionales que combinaron el trabajo por cuenta propia en la unidad campesina, ya sea para su comercialización o para el autoconsumo, con la inserción como asalariado en trabajos agrícolas estacionales, tanto en Santiago del Estero como en otras provincias del país.

El crecimiento del mercado interno, luego de la crisis de los años treinta, incentivó a escala nacional distintas producciones regionales de alimentos, destinadas a la creciente población urbana, y de materias primas, requeridas por las industrias en expansión. Estas producciones generaron importantes mercados de trabajo de cosechas manuales, en los cuales la población santiagueña cumplió un papel destacado. Las cosechas de caña de azúcar en Tucumán, de algodón en Chaco, de papa y de semillas de maíz en la provincia de Buenos Aires, de manzanas y peras en Río Negro, de vid en Mendoza, entre las principales actividades, fueron los destinos primordiales de estos cosecheros provenientes de hogares rurales y campesinos (Benencia y Forni, 1988; Bilbao, 1970; Reborati y Sabalain, 1980; Ruben, 1987).

Así, los campesinos y pobladores rurales de diversas zonas de la provincia participaron con diferente intensidad en mercados de trabajo agrícolas estacionales para completar los ingresos familiares. La presencia de trabajadores migrantes temporarios fue un dato común a toda la provincia, aunque en las zonas agropecuarias de carácter extensivo —históricamente asociadas a la ganadería— ocupaban a la mayoría de los trabajadores del sector (Neiman, 1986).

A partir de los años setenta, esta población experimentó distintos procesos que implicaron restricciones y límites, tanto para su economía campesina como para su inserción en los mercados de trabajo agrícola transitorios de la provincia y de otras provincias del país.

La crisis de las actividades agrícolas provinciales, como las hortícolas y la del algodón (Vessuri, 2011), por un lado, y el avance de la frontera agrícola, asociada a los cultivos de granos característicos de la región pampeana (Aparicio, Giarracca y Teubal, 1992), por otro, se conjugaron para debilitar la economía campesina y reducir la demanda de empleo del agro provincial (Paz y Zurita, 2000). Paralelamente, los mercados de trabajo agrario temporal fuera de la provincia disminuyeron sus requerimientos de mano de obra, como resultado de procesos de mecanización y del incremento de la oferta de mano de obra local. Principalmente las cosechas de caña de azúcar y de algodón, que constituían destinos privilegiados para los miembros de los hogares rurales de la provincia, dejaron de demandar los grandes volúmenes de mano de obra asociados a las cosechas manuales

y comenzaron a satisfacer sus necesidades laborales crecientemente con la oferta de mano de obra local (Aparicio y Benencia, 1999).

Simultáneamente a la crisis de la agricultura practicada en las zonas de riego, se presenta un segundo proceso vinculado a la expansión de empresas agrícola-ganaderas, principalmente de gran escala, y pertenecientes, en muchas ocasiones, a empresarios extrarregionales provenientes de la región pampeana o la provincia de Tucumán (Aparicio, 1987). Este proceso se profundizó en las últimas décadas y, como veremos, transformó la fisonomía de la agricultura provincial.

En la década de los noventa, los sistemas productivos campesinos sufrieron una crisis generalizada de los precios de sus cultivos y productos. En particular, los productores de algodón, de la mano de las políticas de ajuste de corte liberal, perdieron además el beneficio que percibían de la seguridad social, que comúnmente significaba una cantidad de dinero mayor que la obtenida por la venta del producto². En estos escenarios, la pobreza estructural, rasgo persistente de la provincia, se acentúa en áreas rurales, superando la mitad de los hogares y la población (Tasso, 1997). Las migraciones temporarias constituyen un componente central de las estrategias de vida y de los ingresos de los hogares campesinos (Benencia y Forni, 1985, 1988). Sin embargo, la caída de los requerimientos laborales, asociada a la demanda de trabajo migrante transitorio, implicó una mayor vulnerabilidad de estos hogares que, en esos años, buscaron en el autoconsumo una práctica para contrarrestar su fragilidad (De Dios y Williams, 1998).

La expansión de las actividades agrícolas, y el consecuente incremento del precio de la tierra y la renta del suelo, provocó la llegada de empresarios dispuestos a despojar a los pobladores campesinos de sus predios, recurriendo a distintos engaños jurídicos y al uso de la violencia³. Esto provocó una movilización social por la defensa de la tierra que desembocó en la conformación del Movimiento Campesino de Santiago del Estero (MOCASE) (Alfaro y Guaglianone, 1994) y generó a escala provincial una movilización

2 “Otro ejemplo, esta vez de medidas concretas que perjudican al sector, ha sido la derogación en abril de 1995 de la Ley 23.107, que desde 1984 establecía para los pequeños productores algodoneros la posibilidad de empadronarse como tales en el CASFEC (actualmente ANSES) para percibir las asignaciones familiares, a la vez que se le hacían los aportes para la jubilación y la obra social” (De Dios, 1998, p. 129).

3 El asesinato de campesinos y la presencia de seguridad privada que alcanza el estatus de fuerza parapolicial es un dato de la realidad.

política en torno a los problemas de la tierra que persiste en la actualidad (Durand, 2009).

La magnitud del avance de la frontera agraria y de la expansión del cultivo de cereales y oleaginosas resulta exponencial si consideramos que, prácticamente, no existía a fines de los años sesenta y principios de los setenta. “Las oleaginosas, para el período 1990/1991 y 2007/2008, pasaron de 80.300 hectáreas sembradas a 884.250 hectáreas con lo cual aumentaron un 1.100 por ciento” (De Dios, 2012, p. 119)⁴. La expansión empresarial de estos cultivos se produjo sobre tierras campesinas, despojando a un sinnúmero de familias de uno de sus principales medios de vida. “En tres décadas los desalojos afectaron a aproximadamente 60.000 personas que fueron desplazados de su lugar de residencia durante —en la mayoría de los casos— dos generaciones” (Tasso y Zurita, 2013 p. 43).

La condición de campesinos de estas familias y su derecho a la tierra, reconocidos formalmente por el Código Civil, resulta muy difícil de hacerla efectiva, por las exigencias normativas y económicas que implica (Durand, 2009). La disputa jurídica es un camino recorrido por el movimiento campesino y sus organizaciones (Alfaro, 2002) que, aunque muestra ciertos logros, presenta serias limitaciones frente al poder económico y político de las personas físicas y jurídicas que avanzan sobre las tierras de los antiguos pobladores de la provincia (Barbetta, 2014).

“Una característica de esta región son las grandes extensiones de territorios (más de 7 millones de hectáreas), que no tienen títulos de propiedad y que en consecuencia no está regularizadas, pero que sin embargo están ocupadas por más de 10.000 explotaciones agropecuarias, principalmente campesinas con una fuerte presencia de producción pecuaria”. (Paz, 2013, p. 114)

La expansión del agronegocio limitó el acceso campesino a la tierra y a los recursos que tradicionalmente se obtenían del bosque, restringiendo las posibilidades de estas familias de llevar a la práctica un estilo de vida campesino. Paradójicamente, los procesos de deforestación asociados al avance de la frontera agrícola —que plantean renovados dilemas ambientales a la tradicional cuestión agraria (Jara, 2014)— generan un efímero mercado de trabajo, de pésimas condiciones de ocupación, que constituye una “válvula de escape” frente a la ausencia de oportunidades de empleo de mayor calidad y estabilidad (Quaranta y Blanco, 2012).

4 En el año 2010, la superficie con soja en la provincia alcanzaba a 1.100.000 hectáreas.

Los procesos de reestructuración de los territorios y las producciones agrícolas redefinieron antiguos y generaron nuevos mercados de trabajo agrícola transitorio para trabajadores migrantes temporarios. La expansión de la olivicultura, fundamentalmente en las provincias de Catamarca, La Rioja y San Juan, genera una importante demanda de trabajo que reemplaza a las mencionadas cosechas mecanizadas (Quaranta, 2014; Quaranta y Novello, 2014). A esta demanda laboral se suman los requerimientos de trabajo de las nuevas producciones de arándano en Tucumán y Entre Ríos (Ledesma y Tasso, 2011). También, la reestructuración de la producción de peras y manzanas del Valle Medio del Río Negro incorporó crecientemente a la actividad cosecheros provenientes de Santiago del Estero (Bendini, Steimbregger y Radonich, 2013). Al mismo tiempo, la producción de semillas híbridas en la región pampeana (Desalvo, 2014) y la cosecha de papa en la provincia de Buenos Aires (Martínez, 2014) continúan atrayendo a una importante cantidad de cosecheros de Santiago del Estero. Así, según las estimaciones disponibles, algo menos de 40.000 santiagueños se movilizan a través de distintas provincias y regiones del país, conformando el principal origen de trabajadores migrantes transitorios (Neiman, Bachur y Resa, 2009).

En la actualidad, estos migrantes temporarios provienen tanto de áreas rurales como de pequeñas localidades urbanas, y pueden pertenecer a hogares de origen campesino o a familias de asalariados agrícolas sin actividad por cuenta propia. En ambos tipos de hogares, tanto los de origen campesino como los exclusivamente asalariados, los ingresos provenientes del trabajo transitorio migrante, así como aquellos originados en transferencias monetarias de la seguridad social —fundamentalmente pensiones no contributivas y la Asignación Universal por Hijo⁵—, representan una parte muy significativa del ingreso global (Paz, De Dios y Gutiérrez, 2014; Quaranta y Blanco, 2012).

5 La Asignación Universal por Hijo consiste en el derecho de los hijos de los asalariados informales al cobro de las asignaciones familiares.

Hogares rurales y migraciones temporarias en el noroeste de Santiago del Estero: la conformación de una oferta laboral transitoria migrante

Las entrevistas que constituyen la fuente de información de esta sección corresponden a hogares rurales de diferentes zonas y localidades rurales del departamento de Pellegrini y de zonas rurales vecinas pertenecientes al departamento de Copo, ubicadas en la zona de influencia de San José del Boquerón. Los departamentos de Pellegrini y Copo, ubicados al norte de la provincia, corresponden tradicionalmente a zonas de producción extensiva, con importante presencia de unidades campesinas dedicadas a la cría de ganado.

Estos territorios experimentan la expansión de los cultivos de granos y oleaginosas, y son escenario de desalojos de hogares campesinos y de luchas por la tenencia y el uso de la tierra. Estos procesos comunes al conjunto de la provincia, como se mencionó anteriormente, limitaron la vida económica campesina, ya sea por circunscribir la disponibilidad de tierra, impedir el acceso a los recursos que brinda el monte o restringir las posibilidades de riego. Además, los integrantes de estos hogares, que tradicionalmente migraban para trabajar en las cosechas de la caña de azúcar en Tucumán o del algodón en Chaco, o a la producción de porotos en Salta, a partir de la década de los ochenta sufrieron la caída de la demanda de empleo de esos cultivos. Recién a partir de comienzos de este siglo, encontraron alternativas laborales a partir de la migración a las producciones de olivos y de las tareas de desmonte, consecuencia del insostenible avance de la frontera agrícola.

La ausencia de oportunidades de empleo local obliga a los miembros de estos hogares a la movilidad, si pretenden desempeñar alguna ocupación asalariada, siendo esta un componente indispensable de los ingresos requeridos por el hogar para su reproducción. En este sentido, la migración de alguno de sus miembros es una característica común a la mayoría de los hogares de la zona de estudio (Quaranta y Blanco, 2012).

Sin embargo, la forma de migrar, la duración de la migración o la posición en el hogar del migrante presentan diferencias según el tipo de hogar y las actividades económicas desarrolladas por sus miembros. Prácticamente la totalidad de los hogares entrevistados—independiente del tipo, tamaño, composición y actividades económicas realizadas— dispone de ingresos

monetarios brindados por la Asignación Universal por Hijo o por pensiones no contributivas⁶.

La forma de migrar depende en gran medida de la ubicación de las viviendas. Los migrantes que residen en zonas rurales, con mayores dificultades de comunicación, tienden a migrar a través de contratistas; en cambio, cuando existen vías de comunicación que facilitan la movilidad, por ejemplo, rutas asfaltadas, se facilita la movilidad por los propios medios y la vinculación directa con el patrón. Independientemente de la forma de contratación, la movilización de los trabajadores se realiza en grupos de parientes y amigos, lo que constituye una base de apoyo para la migración (Carrizo y Blanco, 2011).

La migración es casi exclusivamente masculina y las edades de los migrantes se ubican mayormente entre los veinte y los cuarenta años. La edad de la primera migración de estos trabajadores se sitúa en torno a los quince años, y esta se produce en el marco de la migración familiar o de un grupo de migrantes vecinos. Los destinos actuales se concentran en la cosecha de aceituna, en las provincias de Catamarca y La Rioja, y en las actividades de desmonte en la propia provincia o en la vecina provincia de Salta. La migración a la cosecha de aceitunas, aunque se encuentra encuadrada en la estacionalidad de la tarea, no se ajusta necesariamente a su período de duración, pudiendo el trabajador regresar antes de la finalización de la temporada. En cambio, las tareas de desmonte se repiten a lo largo del año en función de la demanda de trabajo; el trabajador puede realizar varios viajes en el año intercalados con momentos de descanso. Estos viajes pueden durar entre dos y tres semanas y realizarse a zonas próximas a la residencia o a cientos de kilómetros. Generalmente, los trabajadores son contactados por los contratistas en sus hogares y trasladados a los lugares de desmonte, donde permanecen en campamentos en condiciones de vida muy precarias hasta la finalización de la labor (Carrizo y Blanco, 2011; Quaranta y Blanco, 2012).

El análisis de los tiempos de la migración y la posición en el hogar del migrante muestra cierta asociación entre el tipo de hogar y las actividades económicas realizadas por sus miembros. Se distinguen dos escenarios pre-valetientes: por un lado, hogares con actividades económicas por cuenta

6 Las transferencias monetarias provenientes de la seguridad social no contributiva en los hogares de asalariados representa un tercio de los ingresos mensuales del hogar (Quaranta y Blanco, 2012). Por otra parte, en los hogares campesinos de la provincia, estas prestaciones sociales presentan una participación similar en el ingreso total de la unidad doméstica (Paz, De Dios y Gutiérrez, 2014).

propia para la comercialización (ganadería, producción de ladrillo o carbón, etcétera) con o sin autoconsumo y, por otro, hogares cuyos miembros solamente se ocupan como trabajadores asalariados y en los cuales, salvo alguna excepción, el autoconsumo no representa una actividad de relevancia para la reproducción.

Los hogares con actividades económicas por cuenta propia (ganadería, elaboración de ladrillos y carbón) corresponden mayormente a los extensos o compuestos, y su tamaño oscila entre seis y nueve integrantes. Los migrantes, en la mayoría de estos hogares (correspondientes a un tercio de las entrevistas realizadas), son hijos varones, pudiendo migrar uno o más hijos por hogar dependiendo de su composición. A su vez, se distinguen dos situaciones: una en la que el o los hijos migran por menos de seis meses y otra en la que la migración supera ese período de tiempo abarcando la mayor parte del año. En el primer caso, que corresponde a situaciones más típicamente campesinas, las actividades asalariadas de los miembros migrantes del hogar se complementan con las actividades por cuenta propia de la familia. En el segundo de los casos, la inserción de los hijos en ocupaciones asalariadas se independiza de los requerimientos de la actividad económica familiar y los ingresos obtenidos por la migración incrementan su participación en el ingreso total del hogar⁷.

Las unidades domésticas cuyos jefes de hogar son asalariados migrantes temporarios corresponden principalmente a hogares nucleares, cuyo tamaño se ubica entre los tres y seis miembros (dos tercios de las entrevistas realizadas); solamente dos de estas unidades escapan a ese comportamiento⁸. Los miembros migrantes corresponden principalmente a los jefes de hogar, y si en el hogar habitan hijos en edad de trabajar, estos se suman a la fuerza de trabajo migrante.

Considerando los sucesivos viajes, los tiempos de la migración superan los nueve meses fuera del hogar, y asocian la actividad económica a la movilidad. Los tiempos en el hogar son períodos de inactividad y la ruralidad de ese espacio se relaciona con la residencia, sin vincularse a actividades

7 Solamente en un hogar extenso migra el jefe de hogar junto a los hijos por un período de tiempo superior a los seis meses; se trata de un caso con una producción ganadera limitada que, para su reproducción, descansa mayormente en los ingresos provenientes del trabajo asalariado.

8 Por un lado, este comportamiento confirma la tendencia a la nuclearización de los hogares de trabajadores asalariados (Arizpe, 1981) y, por otro, muestra la reducción del tamaño promedio de estos hogares en el medio rural de Santiago del Estero (Benencia y Forni, 1988; Quaranta y Blanco, 2012).

productivas por cuenta propia. Las actividades para autoconsumo (cerdos, aves de corral, maíz, etcétera) por lo general no ocupan un lugar central en las estrategias de ingresos de los hogares, solamente en un par de ellos existía un consumo de alimentos de producción propia que cumplía un papel de cierta relevancia en la alimentación de los miembros del hogar.

Las formas de movilidad de los miembros de los hogares se distinguen por las sucesivas idas y vueltas, o partidas y retornos, de los trabajadores a lo largo del año. Esta circulación por diferentes territorios resulta necesaria para acceder a una ocupación asalariada, transformando la itinerancia en una condición para la reproducción del hogar.

Las entrevistas que constituyen el material empírico de este capítulo, analizadas en conjunto, evidencian un mosaico de situaciones de diferente peso y prevalencia. En ese mosaico, las situaciones más clásicamente campesinas, en las cuales las inserciones de los miembros del hogar en ocupaciones asalariadas son complementarias de las actividades prediales, constituyen un escenario minoritario. Inclusive, en muchas ocasiones, los asalariados migrantes pertenecientes a estos hogares resuelven su vida laboral de forma autónoma de las actividades del predio, y sus tiempos fuera del hogar exceden largamente los seis meses. Por otra parte, el autoconsumo presenta escasa relevancia en los presupuestos de los hogares cuyos jefes se insertan laboralmente como asalariados agrarios. En este marco, la situación predominante corresponde a asalariados agrícolas cuya movilidad e itinerancia abarca la mayor parte del año. El significado de la ruralidad para estos hogares se centra en la residencia y, en la mayoría de los casos, no se asocia ni tiene implicancias referidas a producciones campesinas o al autoconsumo. La condición de inactividad económica es la predominante entre los miembros del hogar durante los tiempos de permanencia en él.

De familias campesinas a familias rurales, nuevos perfiles en la conformación de movimientos migratorios transitorios de asalariados agrícolas

La crisis de las economías campesinas y la ausencia de oportunidades de empleo local obligan a migrar a un segmento de la población de residencia rural para acceder a un empleo asalariado. La movilidad para estos hogares constituye una práctica ineludible para su reproducción. La residencia rural se asocia, cada vez menos, al desarrollo de actividades campesinas y, crecientemente, se transforma en un espacio de inactividad económica a partir del cual se organiza la migración.

La generalización de la seguridad social no contributiva y sus transferencias monetarias se convierten en un piso de ingresos para la reproducción de estos hogares, independientemente de su condición campesina o asalariada, que reemplaza la imagen o centralidad que tradicionalmente se otorgaba al autoconsumo.

Las migraciones laborales transitorias, en este caso, acentúan su composición de hombres jóvenes y adultos, cuya movilidad a través del año implica idas y vueltas, y en conjunto abarcan un tiempo de aproximadamente nueve meses.

Los procesos de cambio social se producen de forma fragmentaria y esto se refleja en las características de los hogares y en las formas y modalidades de la movilidad. Esta fragmentación se traduce en un mosaico de situaciones en las cuales los escenarios más clásicos de migraciones estacionales de hogares campesinos son reemplazados por la itinerancia de asalariados agrícolas de residencia rural, sin ocupación en los espacios de residencia.

Referencias bibliográficas

- Albertí, Alfonsina (2013). Lógicas domésticas de la migración laboral en trabajadores misioneros que se desplazan hacia la actividad forestal en Entre Ríos (Argentina) [online]. *Temas de Antropología y Migración*, 6, pp. 66-88. Disponible en: <<http://www.migrantropologia.com.ar/images/stories/PDF/Revista6/t06a04.pdf>> [acceso 15/12/2013].
- Alfaro, María Inés (2002). Experiencias de organización campesina en Santiago del Estero: reflexiones en torno a las acciones colectivas. En: Roberto Benencia y Carlos Flood, comps. *ONGs y Estado: experiencias de organización rural en Argentina*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 159-175.
- Alfaro, María Inés y Ariadna Guaglianone (1994). Los Juríes, un caso de conflicto y organización. En: Norma Giarracca, comp. *Acciones colectivas y organización cooperativa: reflexiones y estudios de caso*. Buenos Aires: CEAL, pp. 141-154.
- Aparicio, Susana (1987). *El proceso de modernización agropecuaria en Santiago del Estero*. Tesis de maestría. Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), Buenos Aires, Argentina.
- Aparicio, Susana y Roberto Benencia (1999). Empleo rural en Argentina: viejos y nuevos actores sociales en el mercado de trabajo. En: Roberto Benencia y Carlos Flood, comps. *ONGs y Estado: experiencias de organización rural en Argentina*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 29-81.

- Aparicio, Susana; Norma Giarracca y Miguel Teubal (1992). Las transformaciones en la agricultura: el impacto sobre los sectores sociales. En: Jorge Jorrat y Ruth Sautu, comp. *Después de Germani: exploraciones sobre la estructura social de la Argentina*. Buenos Aires: Paidós, pp. 124-141.
- Arizpe, Lourdes (1981). La migración por relevos, familia campesina y la reproducción social del campesinado. En: PREALC-OIT. *Economía campesina y empleo*. Santiago de Chile: OIT, pp. 119-143.
- Barbetta, Pablo (2014). Aportes a la cuestión jurídica campesina en la Argentina del agronegocio. *Trabajo y Sociedad*, XVII(22), pp. 5-14.
- Bardomás, Silvia y Diana Díaz (2014). Trabajadores migrantes "temporarios" en la actividad forestal de la provincia de Entre Ríos. En: Roberto Benencia, Andrés Pedreño Cánovas y Germán Quaranta, comps. *Mercados de trabajo: instituciones y trayectorias en distintos escenarios migratorios*. Buenos Aires: CICCUS, pp. 139-162.
- Bendini, Mónica; Martha Radonich y Norma Steimbregger (2012). Emergencia de viejos temas en un contexto modernizado: marco teórico metodológico en un estudio de migrantes estacionales al sur de Argentina. *Política y Sociedad*, 40(1), pp. 141-161.
- Bendini, Mónica; Martha Radonich y Norma Steimbregger (2013). Continuidad y relevancia de la migración estacional de trabajadores en la fruticultura de Río Negro y Neuquén. *Estudios del Trabajo*, 45, pp. 35-64.
- Benencia, Roberto y Floreal Forni (1985). Condiciones de trabajo y condiciones de vida de familias campesinas y asalariados en un área rural en Argentina. *Estudios Rurales Latinoamericanos*, 8(3), pp. 281-303.
- Benencia, Roberto y Floreal Forni (1988). Asalariados y campesinos pobres: el recurso familiar y la reproducción de la mano de obra. Estudios de casos en la provincia de Santiago del Estero. *Desarrollo Económico*, 28(110), pp. 245-279.
- Berger, Matías; Dora Jiménez y Elena Mingo (2012). Los que se van y los que se quedan: trabajo y condiciones de vida en hogares migrantes tucumanos. *Trabajo y Sociedad*, XVI(19), pp. 243-261.
- Bilbao, Santiago (1970). Migraciones estacionales, en especial referencia para la cosecha del algodón, en el norte de la provincia de Santiago del Estero. *Cuadernos del Instituto Nacional de Antropología*, 7, pp. 327-365.
- Carámbula, Matías (2009). *Tiempos de ausencia: movilidad espacial y precariedad laboral en los trabajadores rurales temporales. El caso de los esquiladores de Villa Sara*. Montevideo: Facultad de Agronomía-CSIC/Letraeña Ediciones.
- Carrizo, Lila y Mariela Blanco (2011). Mutaciones laborales: ida y vuelta. Condiciones de Trabajo y vida de los trabajadores migrantes en Catamarca-Argentina [online]. *Revista Geográfica de América Central*, 2(47E). Disponible en: <<http://www.revistas.una.ac.cr/index.php/geografica/article/view/2716/2597>> [acceso 21/10/2013].

- Carton de Grammont, Hubert (2009a). La nueva estructura ocupacional en los hogares rurales mexicanos. En: Hubert Carton de Grammont y Luciano Martínez Valle, coords. *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO-Ecuador, pp. 273-307.
- Carton de Grammont, Hubert (2009b). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia: Revista de Ciencias Sociales*, 16(50), pp. 13-55.
- Dargoltz, Raúl (1998). *Hacha y quebracho: historia ecológica y social de Santiago del Estero*. 4ª ed. Santiago del Estero: Ediciones Conciencia Nacional.
- De Dios, Rubén (1998). Políticas para la pequeña producción agropecuaria o el derecho a permanecer. *Realidad Económica*, 158, pp. 120-134.
- De Dios, Rubén (2012). Ordenamiento territorial e inclusión social en Santiago del Estero. *Realidad Económica*, 268, pp. 115-127.
- De Dios, Rubén y Jorge Williams (1998). Sistemas productivos y organización campesina: el caso de Los Juríes. En: Ramón Álvarez, Cecilia Canevari, Rubén de Dios, Raúl Paz, Alberto Tasso y Jorge Williams. *Sistemas productivos campesinos en Santiago del Estero: organizaciones y unidades de producción*. Santiago del Estero: Barco Editor, pp. 59-104.
- De Haan, Arjan y Ben Rogaly (2002). Introduction: migrant workers and their role in rural change [online]. *Journal of Development Studies*, 38(5), pp. 1-14. Disponible en: <<http://www.tandfonline.com/doi/pdf/10.1080/00220380412331322481#.VcqGObVAfmg>> [acceso 15/10/2013].
- Desalvo, Agustina (2014). Migraciones estacionales: el caso de los trabajadores santiagueños en el despanojado de maíz (2009-2012). *Trabajo y Sociedad*, XVII(22), pp. 37-66.
- Durand, Patricia (2009). *Desarrollo rural y organización campesina en la Argentina: la experiencia del Movimiento Campesino de Santiago del Estero MOCASE*. Buenos Aires: Libros en Red.
- Forni, Floreal (1991). La historia de una investigación: descubriendo las estrategias de vida y reproductivas de los hogares rurales. En: Floreal Forni; Roberto Benencia y Guillermo Neiman. *Empleo, estrategias de vida y reproducción: hogares rurales en Santiago del Estero*. Buenos Aires: CEAL, pp. 9-20.
- Giarracca, Norma; Carla Gras; Karina Bidaseca y Daniela Mariotti (2000). *Tucumanos y tucumanas: zafra, trabajo, migraciones e identidad*. Buenos Aires: La Colmena.
- Gomes, Gerson y Antonio Pérez (1983). El proceso de modernización de la agricultura latinoamericana: características y breve interpretación. En: Martín Piñeiro y Eduardo Trigo, eds. *Cambio técnico en el agro latinoamericano: situación y perspectiva en la década de 1980*. Costa Rica: IICA, pp. 113-150.

- Jara, Cristian (2014). La dimensión ecológica de las luchas campesinas: disputas en torno al ordenamiento territorial de los bosques nativos en Santiago del Estero. *Trabajo y Sociedad*, XVII(23), pp. 389-405.
- Lara Flores, Sara María (2012). El lugar de los trabajadores agrícolas en la geografía de las migraciones en América latina. En: Mónica Bendini, Martha Radonich, Norma Steimbregger y Pedro Tsakoumagkos, coords. *Trabajo rural y travesías migratorias*. Neuquén: Educo, pp. 27-59.
- Lara Flores, Sara María y Hubert Carton de Grammont (2003). Los efectos de las migraciones rurales internas en la conformación de los grupos domésticos. En: Mónica Bendini, Josefa Salette Barbosa Cavalcanti, Miguel Murmis y Pedro Tsakoumagkos, comps. *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 213-236.
- Ledesma, Reinaldo y Alberto Tasso (2011). Empleo rural migrante y estacional en Santiago del Estero. En: Reinaldo Ledesma, Jorge Paz y Alberto Tasso. *Trabajo rural estacional en Santiago del Estero*. Buenos Aires: OIT, pp. 39-110.
- Martínez, María José (2014). *La construcción del proceso migrante laboral transitorio desde Santiago del Estero: el caso de los trabajadores paperos de la localidad de Nueva Francia*. Tesis de doctorado. Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de Buenos Aires, Buenos Aires.
- Menezes, Marilda Aparecida (2014). Trabalhadores migrantes: processos de expropriação e reprodução da família. En: Rodrigo Martins, org. *Ruralidades, trabalho e meio ambiente: diálogo sobre sociabilidades rurais contemporâneas*. São Carlos: UFSCAR, pp. 155-175.
- Neiman, Guillermo (1986). *Capitalism and proletarianization in agriculture: a study of the use of wage labor in Argentina*. Tesis de maestría en Ciencias. University of Wisconsin, Madison, Estados Unidos.
- Neiman, Guillermo; Marcelo Bachur y Andrés Resa (2009). *Estudio exploratorio y propuesta metodológica sobre trabajadores agrarios temporarios*. Buenos Aires: Proinder-Ministerio de Agricultura, Ganadería y Pesca de la Nación.
- Paz, Raúl (2013). Explotaciones sin límites definidos y desarrollo rural en Santiago del Estero: hacia un ordenamiento territorial. *Realidad Económica*, 277, pp. 109-128.
- Paz, Raúl; Rubén de Dios y Marta Gutiérrez (2014). *La agricultura familiar en Santiago del Estero: cuantificación y análisis a partir de los datos del Registro Nacional de la Agricultura Familiar*. San Miguel de Tucumán: MAGNA/INDES/CEPAF.
- Paz, Raúl y Carlos Zurita (2000). Disponibilidad laboral, diversidad productiva y ciclos de demanda de mano de obra: un análisis del empleo rural en Santiago del Estero, Argentina. En: Marta Panaia, Susana Aparicio y Carlos Zurita, coords. *Trabajo y población en el noroeste argentino*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 167-196.

- Pedreño Cánovas, Andrés (1999). *Del jornalero agrícola al obrero de las factorías vegetales*. Madrid: MAPA.
- Quaranta, Germán (2014). La conformación de un mercado de trabajo transitorio migrante en un nuevo territorio productivo: el caso de la olivicultura, Pomán, Catamarca, Argentina. En: Andrés Pedreño Cánovas, coord. *De cadenas, migrantes y jornaleros: los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Madrid: TALASA, pp. 78-93.
- Quaranta, Germán y Mariela Blanco (2012). Formas actuales de circulación y conformación de patrones migratorios de hogares rurales en la provincia de Santiago del Estero, Argentina. *RURIS*, 6(1), pp. 127-158.
- Quaranta, Germán y Raúl Novello (2014). Los mercados de trabajo migrante en la olivicultura de la provincia de San Juan. En: Roberto Benencia, Andrés Pedreño Cánovas y Germán Quaranta, coords. *Mercado de trabajo, instituciones y trayectorias en distintos escenarios migratorios*. Buenos Aires: CICCUS, pp. 161-178.
- Reborati, Carlos y Cristina Sabalain (1980). *Vendimia, zafra y alzada: migraciones estacionales en la Argentina*. Buenos Aires: CENEP.
- Ruben, Ana (1987). Modalidades de reclutamiento y contratación del trabajador rural no permanente: resultados de un trabajo empírico. *Boletín CEIL*, x(15), pp. 35-46.
- Silva, María Aparecida de Moraes (1988). *Errantes do fim do século*. San Pablo: UNESP.
- Tasso, Alberto (1997). Reproducción secular de la pobreza rural: dimensiones sociohistóricas de un caso de exclusión estructural. *Realidad Económica*, 147, pp. 42-62.
- Tasso, Alberto (2007). *Ferrocarril, quebracho y alfalfa: un ciclo de agricultura capitalista en Santiago del Estero, 1870-1940*. Córdoba: Alción.
- Tasso, Alberto y Carlos Zurita (2013). Aves de paso: los trabajadores estacionales de Santiago del Estero. *Trabajo y Sociedad*, xvii(21), pp. 33-47.
- Vessuri, Hebe (2011). *Igualdad y jerarquía en Antajé*. Buenos Aires: Ediciones al Margen.
- Zurita, Carlos (1999). *El trabajo en una sociedad tradicional: estudios sobre Santiago del Estero*. Santiago del Estero: Ediciones CICYT-UNSE.

Trabajo predial y extrapredial en áreas de vulnerabilidad social y ambiental de Argentina

Mónica Bendini y Norma Steimbregger

Introducción¹

En Argentina, a partir de los años noventa, el proceso de reestructuración económica aceleró la penetración de capital concentrado en el agro y dinamizó el avance de la frontera agraria en áreas extrapampeanas, con presencia predominante de campesinos y comunidades indígenas. En este contexto, se percibe un aumento de la presión territorial y del control de los recursos naturales (agua y tierra), revalorizados para la reproducción ampliada del capital. Se producen sustituciones en el uso del suelo por apropiación concentrada, disputas territoriales, desplazamientos, y redefinición de los espacios de producción y reproducción social.

1 Este artículo presenta resultados de proyectos de colaboración entre la Iowa State University y el Grupo de Estudios Sociales Agrarios de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue, del estudio Impacto Social del Cambio Climático: Percepciones y Respuestas Adaptativas y del proyecto de la Secretaría de Políticas Universitarias (SPU) Consenso del Sur: Sectores Subalternos y Movilidad en Espacios Rurales: la Acción del Estado en actividades Productivas de Valles, Estepa y Cordillera, Universidad Nacional del Comahue-Ministerio de Educación. Parte de estos materiales fueron presentados en el Seminario Internacional Asalariados Rurales, Transformaciones Agrarias y Ciudadanía en América Latina, organizado por GT CLACSO 45 y la Universidad de la República en Montevideo.

Estos procesos traen consecuencias en la división y organización social del trabajo, en las ocupaciones y en las fuentes de ingreso. Las prácticas adaptativas de los trabajadores familiares y las políticas de Estado intervienen y condicionan esos cambios. En este sentido, las transformaciones no sólo afectan a las ocupaciones y a las modalidades de trabajo y empleo, sino también generan dinámicas en otros niveles de la ruralidad que redefinen los horizontes de vida de las familias y las prácticas sociales (Murmis y Bendini, 2003).

La persistencia de trabajadores familiares en áreas extrapampeanas se explica no sólo por la lógica interna de estos sujetos sociales agrarios —intensificación del trabajo familiar y maximización de sus ingresos—, sino también por la viabilidad estratégica de combinar trabajo familiar predial y asalariado no predial. Este proceso de asalarización parcial, como opción para la reproducción social frente a la exclusión, se refuerza con el desarrollo de prácticas productivas y organizativas, como formas de resistencia a la expulsión.

Este estudio se focaliza en los cambios en los mundos de trabajo de familias rurales campesinas o con rasgos predominantemente campesinos (criollos y comunidades indígenas). Se trata de mostrar las prácticas laborales de estos grupos subalternos y las formas adaptativas de persistencia que desarrollan en el trabajo y en el empleo. Asociada a estas transformaciones, se muestra la redefinición de la relación entre rural disperso (campo abierto), rural agrupado (pueblos) y ciudades intermedias, dado el incremento de la movilidad espacial laboral.

Para el desarrollo empírico se seleccionaron dos áreas rurales extrapampeanas, caracterizadas por su vulnerabilidad histórica, que a fines del siglo pasado se tornó amenazante o crítica. Predomina, en ambas, una situación de tenencia precaria y de revalorización del espacio por grupos concentrados, que conlleva el corrimiento de la frontera agropecuaria.

Por un lado, se considera el departamento de 25 de Mayo, en la denominada Línea Sur de la provincia de Río Negro, en la Patagonia. Su principal actividad es la ganadería menor extensiva vinculada al mercado de exportación de lana, con formas de ocupación incierta y afectada por sequías recurrentes. Por otro lado, el departamento de General San Martín de la provincia de Salta, en el noroeste argentino (NOA). Se trata de un área de reciente expansión agrícola por monocultivo de soja, con altos índices de deforestación y reiteradas inundaciones y aluviones.

La estrategia metodológica combina distintos procedimientos de recolección y análisis de datos secundarios (censales, estadísticos y documen-

tales) y de datos primarios (observación densa, entrevistas con diferentes grados de estructuración, grupos focales)².

Trabajo rural y procesos de reproducción social y ampliada

En áreas de frontera agraria o de alta vulnerabilidad, la expansión del capital impacta en la división y en la organización social del trabajo. Va asociada a la idea de que existen territorios caracterizados por el aislamiento, la pobreza y la escasa densidad poblacional. Es claro que la apropiación concentrada y la desposesión de los recursos naturales no ocurren en espacios vacíos (Camardelli y Salazar, 2013), de manera que los “territorios de trabajo” se transforman, no sin resistencias, en “territorios de negocio”³. La reproducción del capital y la reproducción social de sectores subalternos se realizan en un mismo espacio, disputando territorios y dando lugar a un proceso que se alimenta de las contradicciones y desigualdades del capitalismo, que produce simultáneamente concentración de riqueza y expansión de la pobreza (Steimbregger, *et al.*, 2013).

Sin embargo, aquellos que son desplazados o excluidos generan resistencias y nuevas estrategias activas para mantener o recuperar el acceso a los recursos y la forma de trabajo familiar. Estos escenarios se sitúan preferentemente en zonas no pampeanas de Argentina (Cáceres, 2014).

2 En el estudio de Salta, durante el período 2009-2010, se realizaron 20 entrevistas a actores institucionales y a actores colectivos. Se llevaron a cabo 4 grupos focales con sectores detectados como socialmente marginados, en la primera etapa, y en las entrevistas dirigidas (mujeres pobres urbanas, indígenas, pequeños productores, organizaciones ambientalistas). En 2014, se actualizó la información a partir de entrevistas en profundidad a informantes calificados (técnicos y profesionales) de Salta Capital y la localidad de Tartagal. En la investigación llevada a cabo en el sur de Río Negro, entre 2008 y 2012 se realizaron entrevistas con bajo grado de estructuración a informantes clave del ámbito público y privado, y 3 grupos focales. Posteriormente, se realizaron 181 encuestas a hogares en dos pueblos rurales y 50 encuestas a productores familiares (criollos y de comunidades).

3 En la propiedad capitalista, basada en el principio de explotación de la fuerza de trabajo ajena (asalariada), la apropiación de la tierra se realiza con el propósito de generar beneficios y mayores lucros. Por lo tanto, la tierra asume características de “tierra de negocio”. En cambio, la propiedad familiar/comunal implica la propiedad directa de los instrumentos de trabajo por parte de quien/es la trabajan. Es la “tierra de trabajo”: lo que se extrae de la tierra depende de la necesidad de reproducción familiar y de reproducción de la propia actividad productiva (Steimbregger, *et al.*, 2013).

Una forma típica de realizar las expansiones territoriales es la ampliación y ocupación de las fronteras agrarias, tal como se dio a fines del siglo XIX hacia el norte y sur del país. En el caso de la Patagonia, se constituyó con ese mismo carácter a principios del siglo XX. En la actualidad, la expansión del capital se expresa en el control territorial o por expansión concentrada, aunque con persistencias de formas menos capitalizadas, en los cambios en las ocupaciones o en la residencia de familias rurales pobres. En este sentido, se recupera la idea de territorio como campo de fuerzas sociales donde, por un lado, el capital avanza construyendo o revalorizando territorios y jerarquizando espacios económicos y, por otro, se encuentra con resistencias de los sectores subalternos y condicionamientos del Estado. En esta región, la expansión del capital parecería no hacerse con el objetivo de controlar ni de sustituir la producción regional, estaría más asociada a la apropiación y disponibilidad de recursos naturales o a la ampliación de la producción propia, con persistencia de la aparcería precaria (puestos como forma de control de la propiedad y del trabajo en estancias).

En el caso del noroeste argentino, la expansión actual del capital se manifiesta en el control territorial, con cambios notables en el uso del suelo, que expulsa formas menos capitalizadas; se producen movilidades espaciales, aumenta la desocupación y los procesos de asalarización precaria. La frontera agraria avanza sobre áreas de bosques, que representan espacios de vida y de trabajo de pueblos originarios y criollos. En este caso, la expansión del capital se realiza sustituyendo las actividades recolectora-extractivas, pastoriles y hortícolas, por monocultivos extensivos de alta tecnología y a escala (poroto, cebolla, entre otros).

Una consecuencia directa de esta expansión territorial (hacia el noroeste y hacia la Patagonia) es la redefinición de la organización del trabajo de la familia, no sólo dentro de la unidad doméstica sino también en los mundos externos de trabajo. Surge una nueva dinámica social y junto a ello se reconfiguran las características de los sujetos agrarios tradicionales. Al mismo tiempo, persiste el trabajo familiar, pero se incrementan las inserciones asalariadas no plenas, sin perderse la afiliación social de los crianceros y el apego a la tierra.

Resumiendo, en regiones de alta vulnerabilidad y de frontera agraria, persisten formas campesinas y rasgos menos modernos que se conjugan en el trabajo y en el empleo, con el incremento de procesos de asalarización de la fuerza de trabajo familiar, en distinta velocidad y forma.

Trabajo familiar y asalariado en áreas de pasturas extensivas y sequías recurrentes

El departamento de 25 de Mayo pertenece a la denominada Línea Sur de la provincia patagónica de Río Negro, área que abarca una superficie de 114.000 km² y ocupa el 60% del territorio provincial. El estudio incluye las localidades de Los Menucos y Maquinchao y las zonas rurales de población dispersa del departamento de 25 de Mayo. La región puede definirse como un entorno riguroso, seco y frío; caracterizado por escasas precipitaciones (400mm en el oeste a 200mm anuales en el este), con temperaturas medias de 15°C. Las adversas condiciones climáticas determinan el dominio de la estepa arbustiva xerófila, acompañada por pequeñas vegas o mallines. La escasa población local (15.060 habitantes)⁴ se encuentra distribuida en pequeñas localidades y parajes⁵. Tal como refieren Steimbregger y Kreiter (2010), a pesar de que existen aglomeraciones que superan los 2.000 habitantes, las características y dinámica de la población no permiten identificarlas como urbanas. Por el contrario, sus rasgos rurales están definidos por la dispersión y el aislamiento, el difícil acceso a los servicios, las sociabilidades y las relaciones de poder, la estrecha vinculación de los habitantes de estos pueblos con actividades productivas marcadas por el ritmo de la naturaleza y el uso de la tierra como medio de producción y de vida.

La base de la economía es la ganadería, principalmente ovina, de características extensivas con escaso requerimiento de mano de obra; el área está orientada principalmente a la exportación de lana y, en menor medida, de pelo mohair.

De acuerdo a los datos del Censo Nacional Agropecuario (INDEC, 2008), las explotaciones de hasta mil hectáreas suman 99, lo que representa el 21,4% de las explotaciones agropecuarias (EAP) y ocupan apenas el 2,7% de la superficie del área; las explotaciones de entre mil y cinco mil hectáreas son 358, representando el 77,3%, y disponen del 42,6% del total de la superficie del área. En el otro extremo, el 22,9% corresponde a las EAP de más de cinco mil hectáreas, y reúne más de la mitad de la superficie. Por otra parte, es importante señalar que el 13% del área corresponde a tierras fiscales y sus ocupantes pertenecen al estrato inferior, llamados crianceros o fiscaleros. Los productores del estrato medio suelen denominarse ganade-

4 Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda (CNPHyV) año 2001.

5 Caseríos dispersos que, en algunos casos, se limitan a un conjunto de familias y, en otros, poseen apenas una escuela, un puesto sanitario o una comisión de fomento.

ros, son de origen local, residen en el campo o en los pueblos próximos y hacen supervisión a campo. Los del estrato superior son propietarios estancieros, predominantemente ausentistas, que realizan el control del campo y el manejo ganadero mediante aparcerías (crianceros puesteros).

Es significativo que del total de la superficie del área, una gran parte (97%) corresponde a pastizales naturales, de uso ganadero extensivo, dada la baja capacidad de carga de los campos (monte y estepa). Estos registros ponen de manifiesto una estructura agraria caracterizada por la presencia de crianceros (fiscaleros y ocupantes puesteros que crían ganado), cuya dotación oscila entre 200 y 600 unidades de ganado menor (UG), predominando en este departamento los ovinos (427.483 UG) y, en menor medida, los caprinos (37.268 UG). Estos productores han demostrado el desarrollo creativo de estrategias activas en torno al trabajo y al empleo, entre otras, para hacer frente a las reiteradas crisis por factores climáticos (sequías y nevada) y a las oscilaciones de los precios internacionales (lana y pelo) que afectan su monoproducción.

Por otra parte, los valores censales expresan el grado de concentración de la tierra y de los recursos naturales en general (agua, suelo, pastizales), por parte de grandes productores. El proceso desigual de apropiación del espacio se remonta a fines del siglo XIX, con la expansión de la frontera agropecuaria argentina, la conformación de grandes estancias y el desplazamiento de la población originaria y pequeños ganaderos hacia zonas áridas y ambientalmente frágiles.

Hacia fines del siglo pasado, este ciclo comenzó a cerrarse, con signos amenazantes de una mayor presión territorial y control concentrado de los recursos naturales. Se incorporaron vastas superficies al mercado de tierras, no sin resistencias por parte de organizaciones indígenas y de movimientos locales de protesta. Se desencadenaron litigios por acciones directas, por tierras que fueron cedidas por endeudamiento o abandonadas en épocas de crisis. Son resignificadas como "territorios en recuperación" por el accionar de las organizaciones, que demandaban un mayor reconocimiento protectorio del Estado.

En la actualidad, la región continúa en situación de mayor vulnerabilidad ambiental. La carencia de agua se agudizó en los últimos ocho años, como consecuencia de largas sequías, potenciando el proceso de desertificación por sobrepastoreo. A esta situación se sumó la acumulación de cenizas volcánicas por la erupción del volcán Puyehue, ocurrida en junio de 2011, que no sólo afectó la actividad productiva (ganadería) por la importante pérdida de ganado, sino también a la población rural que, de por sí, detenta

problemas básicos de acceso a servicios básicos (agua, luz, calefacción y viviendas adecuadas).

En este marco, el Estado focalizó políticas de desarrollo rural para la Patagonia que se sumaron a la Ley Ovina y Caprina: el Programa Mohair, PROLANA, el Programa de Desarrollo Rural para la Patagonia, el Plan Calor, y los tiques ganaderos para la adquisición de alimentos frescos.

Con relación a lo anterior, podemos reflexionar sobre el papel del Estado, que aparece controversial; por un lado, genera empleo público y la construcción de infraestructura básica en el medio rural agrupado (pueblos y parajes). Por otro lado, contribuye indirectamente al desarraigo del campo, facilitando nuevos procesos de asalarización. Pero, sin lugar a dudas, su presencia es clave en la Patagonia desde la provincialización de los territorios nacionales a mediados del siglo XX.

En forma creciente, las familias rurales de tipo criancero campesino desarrollan una diversidad de actividades y combinación de ingresos prediales y extraprediales en zonas de rural disperso y rural agrupado, situación que redefine criterios de demarcación entre lo urbano y lo rural. La pluralidad de posiciones en el proceso de reproducción social, con el propósito de obtener el máximo ingreso, es posible recurriendo a la aplicación de la disponibilidad total de trabajo familiar para tres fines: producción para el mercado, producción para el autoconsumo y trabajo extrapredial.

Se observan dos fuentes de heterogeneidad laboral: la asalarización plena de miembros de la familia en el lugar, o migrando y enviando remesas a la unidad doméstica; o la asalarización temporal/estacional sin cambiar de residencia. Fundamentalmente, el trabajo predial y extrapredial gira en torno de los ciclos productivos de la ganadería extensiva. Se trata de una tendencia lenta pero continua hacia la combinación de actividades, persistiendo el trabajo familiar predial con empleos agrarios y no agrarios, y, en no pocos casos, con inserción múltiple por fuentes de ingresos (algo más del 20% de las familias rurales recibe ingresos por pensiones graciables, prestaciones sociales, contribuciones no remunerativas e ingresos indirectos varios). A ello se suman las familias con ingresos por contribuciones remunerativas y otros.

En síntesis, los entramados ocupacionales y la acción del Estado dan cuenta de la ruptura de la ocupación única y de la transformación de los espacios de vida y de trabajo. Hay revitalización de los pueblos por redistribución de la población a escala regional, por cambios en la organización familiar del trabajo y por el aumento del empleo extrapredial, así como también por ingresos indirectos debidos a la acción del Estado. En ese contexto, algunas localidades de la región (Los Menucos, Ingeniero Jacobacci y

Maquinchao)⁶ han tenido un importante crecimiento demográfico durante las últimas décadas. Ese dinamismo estaría expresando tanto la retención como el arribo de la población procedente del campo abierto —rural disperso— y de otras zonas del país.

La razón más frecuente de este tipo de traslado es el acceso a los servicios (salud, educación y vivienda) y a las oportunidades de empleo extrapredial. Es común que la esposa y los hijos se instalen de manera definitiva en alguno de los pueblos o parajes de la región y, desde esta residencia base, el jefe de familia (productor o asalariado rural) se traslade diaria o semanalmente para trabajar en el campo y en ocasiones también arreando ganado como “ajeno en propio”⁷.

Asimismo, los datos y hallazgos dan cuenta de la persistencia del centramiento agrario por el carácter de la ocupación principal o de ocupaciones secundarias conexas con lo agrario, como también de una mayor complejidad en las formas de actividad (ruptura de la monoactividad) y de empleo (con movilidades múltiples, campo-pueblo, pueblo-campo). Esta complejidad, como mencionamos, se completa con acciones de un Estado que interviene (políticas sectoriales y sociales, infraestructura, servicios) moldeando los comportamientos laborales.

Este caso del norte de la Patagonia corresponde a una región donde persiste la organización campesina del trabajo en tensión con formas asalariadas en aumento y con la expansión del capital concentrado. Hay una redefinición del trabajo familiar y formas de resistencia a un proceso pleno de asalarización.

Las condiciones ambientales, y de trabajo y empleo, definen la región como el área más deprimida y marginal de la Provincia, lo que ha sido un factor histórico de abandono de los campos y de emigración. Sin embargo en las últimas décadas, se observan retornos y un proceso de recuperación de los campos, no sin conflictos ante el avance de la concentración de la tierra. También se registran desplazamientos de la población rural dispersa (campo abierto) hacia pueblos y parajes cercanos, pero sin abandonar el trabajo familiar y el terruño: “... al campo no se lo abandona” (criancero fiscalero de Maquinchao, 2012).

6 Por ejemplo, en el período intercensal 2001-2010, el incremento poblacional de Los Menucos ha sido del 92,9%, pasando en ese período de 2.689 a 5.187 habitantes (INDEC, 2010).

7 Es una expresión local que significa que además de ser productor es también semiasalariado o aparcerero en las crías de ganado.

Organización social del trabajo en un área extractiva agrícola

La zona de estudio corresponde al departamento de San Martín en el norte de la provincia de Salta, e incluye las localidades de Tartagal y Aguaray, sus barrios satelizados y las zonas rurales de influencia. Pertenecen a la región del Chaco Salteño que, al igual que la región Patagónica y otras del noreste argentino, ha sido de las últimas zonas incorporadas al territorio nacional (a fines del siglo XIX).

Las características físicas y climáticas particulares de esta región determinan la presencia de una gran diversidad biológica. Se puede distinguir un área de llanuras y otra donde se observan las primeras estribaciones de las sierras subandinas. El clima es cálido y húmedo, y las precipitaciones varían entre mil y tres mil milímetros. Es importante resaltar que los valores de las precipitaciones medias anuales han sufrido un incremento, durante los últimos ochenta años, del orden del 30%, lo que provocó cambios de uso del suelo. El área de estudio se encuentra en una región con recientes inundaciones y aludes (años 2006 y 2009).

El 34% de la superficie implantada se destina para el cultivo de oleaginosas, el 4% para cereales y el resto para otros cultivos. En cuanto a la actividad ganadera, el bovino representa el 73% del total de especies ganaderas. La región constituye una de las áreas más ricas en recursos naturales renovables y no renovables, sin embargo, es una de las zonas con más altos índices de pobreza del país. Junto a otras áreas de la provincia de Salta, es un claro ejemplo de expansión de la frontera extractivista y agroexportadora, con un avance continuo sobre territorios boscosos de yunga, con fuertes consecuencias sociales y ambientales.

A partir de la década de los ochenta, se produce una expansión de la frontera agrícola hacia los departamentos salteños del este, vinculada con el mencionado aumento de humedad registrado en la región. Hasta ese momento, las principales actividades productivas eran caña de azúcar, tabaco y cultivos agrícolas. En 1985, el cambio más importante fue la aparición de la producción de soja combinada con poroto, que representaba en ese momento cerca del 30% de la producción agrícola; veinte años más tarde, concentra, aproximadamente, la mitad de la producción regional, con un incremento notable de la superficie departamental (ProYungas, 2009).

Desde mediados de la década de los noventa, se aceleró la deforestación, debido a la reducción de los costos productivos con la difusión de la soja transgénica por siembra directa. Cerca del 60% de las selvas pedemontanas, ubicadas en áreas planas, se ha transformado en tierras de cultivo,

con costos ambientales y sociales crecientes, y sin que existan controles estatales suficientes o eficientes.

En este territorio, donde se ha consolidado el avance de la frontera agropecuaria, se pueden encontrar diferentes sujetos sociales —comunidades y puesteros criollos— que habitan en tierras privadas con titulares ausentistas; comunidades indígenas y puesteros criollos ocupando tierras fiscales y de propiedad comunitaria; algunos pocos de estos puesteros cuentan con título de propiedad. Específicamente, en el departamento de San Martín, el 23,8% corresponde a tierras sin delimitación, cuyo régimen de tenencia predominante es la ocupación con permiso. En ese contexto, la ocupación de tierras fiscales y privadas (51,7%)⁸ adquiere gran relevancia en el área, aunque persiste en ambas una forma de tenencia precaria e inestable, susceptible de desalojo.

El avance de la agriculturización (especializada en poroto primero y soja después) desplazó también a la ganadería empresarial hacia zonas marginales. En realidad, la soja avanzó sobre territorios reivindicados por pueblos originarios, superficies con monte donde los grupos indígenas desarrollan actividades extractivas-recolectoras, cría de animales y huerta (cucurbitáceas). Este proceso produjo una importante transformación en el uso del suelo y en el sujeto “transformador” del espacio, al irrumpir nuevos inversores/empresarios no agrarios (Bendini, *et al.*, 2010).

La expansión agrícola, centrada en el agronegocio, trajo grandes consecuencias sociales por el choque entre dos formas sociales de trabajo antagónicas en cuanto a la competencia por el territorio, en las lógicas y la organización de la producción —de tipo empresarial o familiar—. Para los campesinos y los indígenas son casi nulas las oportunidades de incorporarse a este proceso sustitutivo, como productores o asalariados plenos.

En ese sentido, las prácticas productivas asociadas al nuevo modelo agrario han avanzado sobre el territorio de diversas poblaciones indígenas (wichís, guaraníes, chorotes, chané), así como sobre comunidades criollas del este departamental. Esta expansión implica la destrucción del monte, la interrupción de los corredores de caza y de recolección —que garantizan la

8 De acuerdo con Van Dam (2008), en el departamento de San Martín existen, según el Censo Nacional Agropecuario de 2002 (INDEC, 2002), 815 EAP, de las cuales 194 corresponden a EAP sin límites definidos (23,8%). Por otra parte, de las 621 EAP con límites definidos, 321 están vinculadas con la forma de tenencia “ocupación” (51,7%). Incluso, el autor plantea que el 35% del total de EAP de la provincia de Salta, con límites definidos bajo ocupación, corresponde al departamento de San Martín.

reproducción social de familias indígenas—, y la precarización de sus condiciones de vida. Ese ámbito, que ha sido tradicionalmente su principal fuente de recursos, “... les queda cada vez más lejos e inaccesible” (técnico local).

La expansión del capital avasalla formas de actividad y de trabajo, desconociendo derechos de posesión y costumbres en el trabajo familiar. Hacia el este, avanza, no sin resistencias —mediante procesos de desalojo y, a la vez, dictámenes judiciales que los dejan sin efecto—, acompañado de liberalización de una fuerza de trabajo que se transforma en flotante. Aunque algunas organizaciones sociales y agentes de instituciones públicas lograron condicionar y “parar los desalojos”, persiste una situación incierta y amenazante.

Como dicen Bourdieu y Wacquant (1995), las relaciones asimétricas predominantes derivan no sólo de un acceso diferencial a los recursos económicos, sino también de relaciones de trabajo subordinadas y precarias en el mercado de productos, de tierras y de trabajo. En el departamento de San Martín, los pequeños productores tienen escaso acceso a la tierra; las explotaciones agropecuarias de menos de cincuenta hectáreas representan el 76,7% del total de las EAP (476), disponiendo apenas del 0,6% de la superficie (2.828 hectáreas). Por el contrario, las explotaciones de más de 2.500 hectáreas, pertenecientes a grandes productores, representan el 5% (31), pero concentran el 80,7% de la superficie (390.644 de un total de 484.151 hectáreas), según datos censales (INDEC, 2008). Se trata de una distribución inequitativa que plantea fuertes desigualdades socioproductivas.

Por otra parte, como se señaló, en ese contexto de dinamismo económico concentrado, aparecen nuevos actores que incursionan en la actividad inmobiliaria y productiva (forestal maderera, sojera, ganadera): propietarios salteños de grandes explotaciones, inversores nacionales agrarios y extraagrarios y capitales extranjeros, intensificándose el proceso de concentración de tierra. A su vez, se producen desplazamientos de trabajadores familiares hacia centros urbanos o pueblos próximos, como Tartagal y Aguaray, atraídos por la posibilidad temporal de trabajo, aunque en condiciones laborales muy precarias.

La localidad de Tartagal, principal centro urbano que atrae la población expulsada de las áreas rurales dispersas, tuvo un crecimiento del orden del 42% en el último período intercensal (de 56.308 habitantes en 2001, pasó a 79.900 en 2010). En el caso de Aguaray, el incremento poblacional, entre 1991 y 2001, fue del orden del 24% (de 6.502 habitantes a 8.059). Al igual que en Río Negro, los censos de población muestran una reducción de la población rural (en 1991 el 21% de la población total de Salta era rural y en 2001 descendió al 16,6%). Sin embargo, en gran medida, esa población rural pasa en forma creciente a vivir en pueblos y no en campo

abierto (dispersa): de la población rural total, en 1991 el 25,6% vivía en poblados de más de 2.000 habitantes (pueblos rurales), y en 2001, ascendió al 34,3% (Van Dam, 2008).

El asentamiento de la población rural dispersa se concentra en pueblos o en áreas periféricas de centros urbanos, con carencias de infraestructura social; resulta una clara expresión de la redistribución regional por migración interna y desplazamientos forzosos. Desde hace dos décadas, se observa un arribo creciente de integrantes de comunidades de pueblos originarios, principalmente wichís, debido a la deforestación y la desaparición de sus ambientes de vida y de trabajo, como también a la necesidad de acceso a servicios como vivienda, educación y salud.

Según un estudio de la Universidad Nacional de Salta, la desocupación en Tartagal es muy elevada, alcanzando el 67%, y un 72% de la población no posee obra social (Observador de Salta, 2010). Los valores de desempleo dan cuenta de las escasas posibilidades laborales o espacios de inserción para la población, proveniente de las comunidades, con baja calificación para ocupaciones de tipo urbano. El Estado, a través de diferentes formas de ingresos indirectos y subsidios (comedores, jubilaciones, asistencia social, asignación universal por hijo, pensiones), intenta “compensar esa desposesión”, según palabras de un técnico, aunque no llega a revertir la situación de despojo (Bendini, *et al.*, 2010).

En líneas generales, en el departamento de San Martín, la desocupación, el trabajo informal, la mortalidad infantil, la deserción escolar y hasta el analfabetismo alcanzan indicadores siempre muy por arriba de la media nacional (COPENOA, 2008). La expansión indiscriminada del monocultivo de soja y la lógica del agronegocio continúan desplazando a campesinos y comunidades de pueblos indígenas, quienes también se encuentran en situación de vulnerabilidad jurídica, con riesgo de ser desalojados, pero no cejan de resistir.

En este contexto de lucha, y a pesar de los procesos migratorios más o menos definitivos hacia los centros urbanos, los puesteros ganaderos de la región, al igual que los crianceros de la Línea Sur rionegrina, desarrollan otras prácticas de resistencia a la expulsión mediante formas de multiocupación y multiinserción, y cambios de residencia de una parte de la familia en localidades próximas. Generalmente, uno o dos hijos se quedan en la explotación con el padre, y el resto se desplaza al centro urbano o pueblo. De esta manera, la mayoría no abandona la unidad de producción y el trabajo familiar, aún en los casos en que algunos de los miembros de la familia se empleen como asalariados.

Trabajo predial y no predial: una aproximación comparativa

Ambas zonas presentan situaciones comunes de vulnerabilidad ambiental y social, derivadas de la histórica organización social del trabajo y de la precariedad laboral y jurídica de las economías de base campesina, pero, también, de procesos recientes de corrimiento de fronteras agrarias, de concentración fundiaria y de despoblamiento del medio rural disperso.

Si bien los procesos de presión territorial tienen lugar en ambas zonas (disputas por la tierra, reorganización del trabajo predial y aumento del extrapredial), el proceso de despojo y exclusión, no sin resistencias, se acentúa en el caso del norte del país, principalmente en las comunidades recolectoras-extractivas, vinculado a la pérdida de la organización familiar del trabajo y a la revalorización del territorio —con otros usos del suelo, surgimiento de actividades de capital intensivo con escasa demanda de mano de obra y desplazamientos espaciales—. Sin embargo, las familias desplazadas o limitadas por el cerco neoliberal (Akram-Lodhi, Borrás y Kay, 2010), principalmente comunidades indígenas del monte, no se movilizan más allá de pueblos y centros urbanos próximos, como es el caso de Tartagal. En barrios periféricos en los cuales se asientan, reproducen las sociabilidades rurales, manteniendo su apego a la tierra y asalariándose en forma no plena por su baja calificación y reducidas oportunidades de empleo, en su mayoría, en ocupaciones precarias y ocasionales.

La movilidad espacial de la población asociada a la multiocupación resulta una de las respuestas adaptativas a los condicionamientos estructurales y coyunturales recurrentes. Se ocupan mayoritariamente en puestos tradicionales de trabajo de servicio y comercio.

Sin embargo, en ambas zonas de estudio, el apego a la tierra, la reorganización de las actividades, la diversificación de ocupaciones, la combinación de fuentes de ingresos, la movilidad espacial en la ruralidad, forman parte del conjunto de estrategias activas para mantener la condición de trabajador familiar, predial; más allá de la combinación con formas asalariadas de trabajo no predial. En este contexto, los desplazamientos/movilidades de las familias pueden funcionar como articuladores de espacios de trabajo y de vida, de persistencia frente a la vulnerabilidad a la cual están expuestos, es decir, de espacios de reproducción social en contraste con los espacios de reproducción ampliada del capital con los que coexisten contradictoriamente. Tales son los casos analizados de bosque y monte en Salta y de estepa y sierra en Río Negro.

En este sentido, los cambios en la estructura ocupacional y en la forma social del trabajo de ambas áreas, junto a la movilidad espacial laboral, están vinculados a condiciones naturales adversas (sequías, inundaciones) y estructuralmente asociados a condiciones socioterritoriales derivadas de la movilidad del capital concentrado y de la revalorización económica y especulativa de la tierra. El resultado es la conformación de situaciones complejas, de transformación inacabada.

Los mundos de trabajo en estos contextos se presentan fragmentados y no incluyentes, coexistiendo rasgos modernos con prácticas y relaciones laborales más tradicionales. Los casos muestran, a su vez, el desvanecimiento de la diferencia entre el mundo rural y el urbano. Con el aumento de barrios satelizados en los pueblos y ciudades intermedias, se profundiza su interrelación con áreas agrícolas circundantes, viabilizando la combinación de actividades y de espacios de trabajo.

Un dato no menor es que un porcentaje considerable de trabajadores familiares se asalariza, pero también se moviliza, en especial los que viven en las afueras o áreas periféricas, en barrios pobres. Una mayoría continúa en la monoactividad agraria del trabajo predial, pero crecen las ocupaciones no prediales y la pluriactividad en ocupaciones tradicionales agrarias y no agrarias en el campo y en los pueblos cercanos. También se incrementan el empleo extrapredial y la multiocupación estacional en épocas de cosecha o de esquila. Por otro lado, el ambiente de trabajo en esas ocupaciones no prediales es mayoritariamente precario, informal, no moderno. Estos rasgos se presentan en mayor expresión en el caso del noreste de Salta, donde la exclusión y la pobreza se manifiestan más crudamente.

Se observan dos fuentes de subsunción formal del trabajo: una de ellas es la asalarización plena de algún miembro de la familia en el lugar o migrando y, en algunos casos, enviando remesas a la unidad. Otra es cuando miembros de la familia se asalarizan temporariamente, de modo oscilante, sin cambiar de residencia. Una de las formas típicas de asalarización parcial en estas regiones es la aparcería precaria.

A partir de la presión creciente del capital, de la acción del Estado y de las microdinámicas familiares, se modifican la organización y la división social del trabajo, y se intensifica la movilidad laboral y productiva con la ruptura de la monoactividad. Se vuelven más complejas la combinación de formas de trabajo predial y no predial y la pluriinserción de las familias rurales. En un sentido general, se condice con caracterizaciones recientes de la población residente en el medio rural, que señalan una creciente diversificación del perfil ocupacional y una transformación de la estructura de ingresos rurales (Carton de Grammont y Martínez Valle,

2009). Sin embargo, los cambios en las prácticas laborales no son sólo consecuencias de ese condicionamiento, sino que pueden interpretarse también como estrategias, como formas adaptativas para la persistencia campesina, como manera de garantizar la reproducción de esa forma social. El empleo extrapredial responde a necesidades materiales y simbólicas de reproducción, "... al pueblo, nuestros hijos van a sufrir... pero tienen que ir". Estos ámbitos que se definen de territorialidad campesina no excluyen las transformaciones socioterritoriales que dan lugar a procesos de descomposición social.

Tal como describen Akram-Lodhi, Borras y Kay (2008), aumentan los procesos de asalarización, se intensifica en conjunto la inserción en los mercados de productos, insumos y trabajo, con aumento del consumo de bienes y servicios. Por otro lado, los cambios en el modelo de acumulación provocan una mayor movilidad de trabajadores entre el campo y los núcleos de vida rural (De Ferranti, *et al.*, 2003) en un contexto de complejización de la actividad agraria y del empleo extrapredial (Bendini, 2014).

A modo de reflexión final

La investigación empírica de este trabajo se ubica en zonas extrapampeanas, pobres y deprimidas de Argentina, y su población rural representa una de las más vulnerables del país. Los procesos de trabajo analizados ocurren en un ciclo de expansión territorial del capital a escala global y local. Los casos presentados se ubican en áreas de territorialidad campesina que en etapas anteriores resultaban marginales. Van acompañados de imágenes de territorios vacíos o vaciables, desérticos (Camardelli y Salazar, 2013), invisibilizando a la población asentada, en tanto sujeto social y político.

La evidencia da cuenta de una subsunción formal, sin llegar a una subsunción real del trabajo, a pesar de los niveles crecientes de presión y desposesión, con el incremento de una fuerza de trabajo no calificada disponible para ocupaciones de tipo más urbanas, tal como se presenta con mayor intensidad en el caso de Salta.

En conjunto, podría pensarse que en sociedades rurales tradicionales se modifica el trabajo familiar predial y se incrementa el trabajo no predial; pero lejos de desaparecer la organización familiar del trabajo, esta se adapta y se conjuga, en tensión, con formas de asalarización no plenas.

Aparecen interrogantes teóricos y políticos acerca de las consecuencias, en la estructura y en la ruralidad, de la asalarización total o parcial de miembros de las familias rurales en ambientes de alta vulnerabilidad social y ambiental.

Referencias bibliográficas

- Akram-Lodhi, Haroon; Saturnino Borrás y Cristóbal Kay (2010). *Land, poverty and livelihoods in an era of globalization: perspectives from developing and transition economies*. Londres: Routledge.
- Bendini, Mónica (2014). Ampliación de fronteras agrícolas en Argentina: interrelaciones entre el capital concentrado y la producción familiar. *Revista ALASRU*, Nueva época, 10, pp. 207-230.
- Bendini, Mónica; María Inés García; Marta Palomares y Norma Steimbregger (2010). *Impacto social del cambio climático: percepciones y respuestas adaptativas*. Buenos Aires/Neuquén: Universidad Nacional del Comahue/Iowa State University/Secretaría de Ambiente y Desarrollo Sustentable. Documento interno.
- Bourdieu, Pierre y Loïc Wacquant (1995). *Respuestas: por una antropología reflexiva*. México: Grijalbo.
- Cáceres, Daniel (2014). Accumulation by dispossession and socio-environmental conflicts caused by the expansion of agribusiness in Argentina. *Journal of Agrarian Change* 15(1), pp. 116-147.
- Camardelli, María Cristina y Nicolás Salazar (2013). Territorio, ambiente y poder en la región chaqueña de la provincia de Salta. En: Mabel Manzanal y Mariana Ponce, orgs. *La desigualdad ¿del desarrollo?: controversias y disyuntivas del desarrollo rural en el norte argentino*. Buenos Aires: Ciccus, pp. 191-212.
- Carton de Grammont, Hubert y Luciano Martínez Valle, comps. (2009). *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO.
- COPENOA (2008). *Agencia de noticias Colectivo Periodístico del Norte Argentino* [online]. Disponible en: <<http://www.copenoa.com.ar/Salta-Desmonte-salud-y-educacion.html>> [acceso 15/9/2009].
- De Ferranti, David; Guillermo Perry; Francisco Pereira y Michael Walton (2003). *Desigualdad en América Latina y el Caribe: ¿ruptura con la historia? Resumen ejecutivo* [online]. Banco Mundial. Disponible en: <http://www.alternativasycapacidades.org/sites/default/files/biblioteca_file/David%20de%20Ferranti,%20et%20al,%20Desigualdad%20en%20Am%C3%A9rica%20Latina.pdf> [acceso 21/4/2014].
- INDEC (2002). *Censo Nacional Agropecuario* [online]. Instituto Nacional de Estadística y Censos-Argentina. Disponible en: <<http://www.indec.mecon.ar/Agropecuario/>> [acceso 21/4/2014].
- INDEC (2008). *Censo Nacional Agropecuario*. Instituto Nacional de Estadística y Censos-Argentina. Disponible en: <http://www.indec.mecon.ar/nivel4_default.asp?id_tema_1=3&id_tema_2=8&id_tema_3=87> [acceso 8/4/2014].

- INDEC (2010). *Censo Nacional de Población, Hogares y Viviendas*. Instituto Nacional de Estadística y Censos-Argentina. Disponible en: <<http://www.censo2010.indec.gov.ar/>> [acceso 21/4/2014].
- Murmis, Miguel y Mónica Bendini (2003). Imágenes del campo latinoamericano en el contexto de la mundialización. En: Mónica Bendini; Josefa Salete Barbosa Cavalcanti; Miguel Murmis y Pedro Tsakoumagkos, comps. *El campo en la sociología actual: una perspectiva latinoamericana*. Buenos Aires: La Colmena.
- Observador de Salta (2010). *Sobre una Tartagal rica viven los salteños más pobres* [online]. Disponible en: <http://tartagalsaltaarg.blogspot.com.ar/2010_07_01_archive.html> [acceso 15/9/2009].
- ProYungas (2009). *Tartagal: ¿a alguien le importa la verdad?* [online]. Disponible en: <<http://elistas.egrupos.net/cgi-bin/eGruposDMime.cgi?K9D9K9Q8L8xumopxCdtlozmepCYYQXCvthCnoqdy-qlhhyCQYWPQifb7>> [acceso 15/9/2009].
- Steimbregger, Norma y Analía Kreiter (2010). Dinámicas rurales: una mirada acerca de la situación actual de los pueblos en la Patagonia. *Revista Huellas*, 14, pp. 31-52.
- Steimbregger, Norma; Analía Kreiter; María Teresa Vecchia y Lorena Higuera (2013). *Informe de avance del proyecto de investigación Tierra de Negocios, Tierra de Trabajo*. Departamento de Geografía-Facultad de Humanidades-Universidad Nacional del Comahue, Argentina. Documento interno.
- Van Dam, Chris (2008). *Tierra, territorio y derechos de los pueblos indígenas, campesinos y pequeños productores de Salta*. Serie Documentos de Capacitación, 2. Buenos Aires: Secretaría de Agricultura, Ganadería, Pesca y Alimentos-PROINDER.

Pequeña y gran producción agrícola capitalista y trabajo asalariado en Bolivia

Enrique Ormachea Saavedra

Antecedentes

La sociedad rural boliviana, en el período anterior a la reforma agraria de 1952-1953, se caracterizaba por la presencia predominante de medianos y grandes terratenientes que obtenían renta en trabajo, por una masa importante de campesinos serviles y por un número no menos relevante de campesinos anclados en comunidades con fuertes rasgos de predominio de la economía natural.

En este escenario agrario marcadamente precapitalista, existían también algunos productores en transición (pequeños productores mercantiles y arrendatarios que recurrían esporádicamente al uso de peones y jornaleros), y también se habían desarrollado en los valles, pero sobre todo en el oriente del país, algunas unidades productivas agropecuarias de corte capitalista, pues basaban su producción en la contratación de fuerza de trabajo asalariada de manera sistemática.

La minería —en la que ya predominaba la producción capitalista hacia fines del siglo XIX y principios del XX— fue la actividad económica que sintió el peso que tenían las comunidades campesinas de economía natural y las haciendas basadas en el trabajo servil que ataban al campesino a la tierra, pues tuvo serios problemas para conseguir fuerza de trabajo dispuesta a asalariarse por tiempos prolongados. Hacia 1940, por ejemplo, alrededor

del 60% de la fuerza de trabajo contratada por la principal empresa minera de entonces —la Patiño Mines— era temporal y reclutada en las comunidades campesinas a través del sistema de enganche (Contreras, 1989, p. 37).

En este sistema los enganchadores, además de percibir un monto por cada campesino contratado, recibían una prima extraordinaria por cada mes adicional que lograban retenerlo en las labores mineras, lo que demuestra las dificultades que encontraba esta actividad económica para retener a estos trabajadores por tiempos prolongados (Mitre, 1993, p. 226). La producción agrícola diversificada, destinada al autoconsumo y articulada a la industria doméstica campesina, demandaba la presencia casi permanente de los campesinos en sus comunidades durante buena parte del año. Por ello —y en la medida en que los insumos básicos para la producción agropecuaria así como los requerimientos de alimentación y vestimenta eran proveídos por las propias unidades económicas campesinas— los salarios percibidos por estos trabajadores de origen campesino en la minería no eran de vital importancia para su reproducción, lo que los inducía a permanecer sólo por muy cortos períodos en calidad de obreros asalariados.

Las comunidades campesinas que proporcionaban fuerza de trabajo estacional asalariada a la minería estaban asentadas fundamentalmente en los valles del sur del país, donde ya se habían presentado mayores niveles de desestructuración de la economía natural. De estas mismas zonas y comunidades campesinas se nutría de fuerza de trabajo asalariada temporal el norte argentino, que ya había desarrollado una agricultura de corte capitalista a raíz del establecimiento de la agroindustria azucarera y tabacalera a fines del siglo XIX y principios del XX (Vilar y Samaniego, 1981, p. 25).

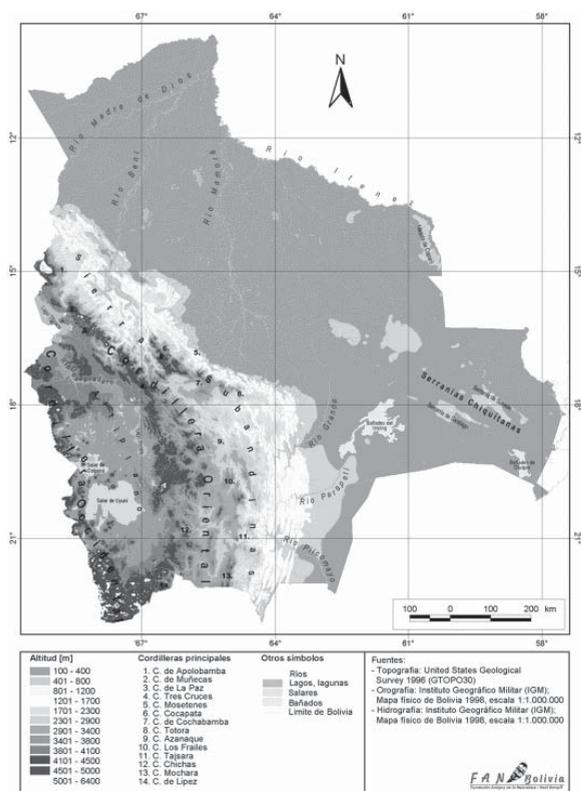
En estas condiciones de predominio de una agricultura marcadamente precapitalista y de concentración de la mayor parte de la población rural en las tierras altas de Bolivia, la producción y la productividad agrícolas eran muy bajas, caracterizándose por el peso significativo de cultivos “tradicionales” andinos como papa, maíz blando, quinua, trigo, cebada y haba que concentraban —hacia 1950— el 61,7% de la superficie cultivada del país. Los cultivos tropicales (arroz, caña, algodón, café y plátano) no eran ciertamente significativos y los forrajeros tampoco, debido al gran atraso en que se encontraba la ganadería bovina entonces¹ (véase Cuadro 1).

1 El hato ganadero en este período no recibía un manejo adecuado, por lo que en general seguía siendo de múltiple propósito (producción de carne, de leche y tracción animal) lo que da cuenta del escaso desarrollo de una ganadería especializada y con características modernas.

La baja productividad de las haciendas y el hecho de que una parte importante de la producción agrícola de las comunidades campesinas se destinaba al autoconsumo hacían que la oferta interna de productos agropecuarios fuera, a todas luces, insuficiente, por lo que las poblaciones de las ciudades y de los centros mineros dependían, en gran medida, de productos agropecuarios importados.

El débil desarrollo industrial, una actividad extractiva minera capitalista pero con escasas articulaciones con el resto de la economía por sus características de enclave, y el bajo nivel de urbanización que caracterizaba entonces al país² limitaron seriamente —durante la primera mitad del siglo XX— el desarrollo del capitalismo en la agricultura.

Bolivia: mapa orohidrográfico.



Fuente: Fundación Amigos de la Naturaleza - Bolivia.

2 En 1950 la población urbana apenas representaba el 26,2% del total de la población del país.

El desarrollo del capitalismo en la agricultura en el oriente del país

La denominada “revolución nacional” de 1952 se propuso el desarrollo capitalista del país, planteándose, en el ámbito agrario, la sustitución de importaciones de productos agropecuarios, el desarrollo de una industria básica de alimentos y la exportación de productos agrícolas tropicales. Este objetivo implicaba contar con sectores agropecuarios transformados, capaces de lograr —en el corto plazo— el abastecimiento de productos básicos de la canasta familiar, de proporcionar materia prima para los procesos industriales y de lograr excedentes para la exportación.

Los campesinos sujetos a relaciones serviles, asentados en las tierras altas del país (Valles y Altiplano), desencadenaron una verdadera revolución agraria, tomando las haciendas, expulsando a los terratenientes de ellas y eliminando —por la vía de esta acción directa— las relaciones serviles predominantes hasta entonces. La Ley de Reforma Agraria de agosto de 1953 simplemente legalizó estos hechos, que sentaron las bases para el desarrollo de la vía “campesina” o vía Farmer de desarrollo del capitalismo en la agricultura.

Esta vía fue también promovida a través de la “colonización” de las tierras bajas del país, que por entonces estaban escasamente pobladas, basada en la migración de campesinos andinos y de agricultores extranjeros japoneses y menonitas.

Sin embargo, la Ley de Reforma Agraria también promovió la vía “terrateniente” o vía Junker de desarrollo del capitalismo en la agricultura, al permitir la transformación de buena parte de las haciendas agrícolas y ganaderas —sobre todo en el oriente del país— en medianas y grandes empresas agropecuarias de corte capitalista.

Si bien, por tanto, se sentaron las bases para el desarrollo del capitalismo en la agricultura a través de ambas vías, este tuvo un carácter marcadamente desigual, pues mientras en la región andina se consolidaba el predominio de la pequeña parcela en las comunidades campesinas, el gobierno privilegiaba el desarrollo agropecuario en las tierras bajas del país³.

3 La reforma agraria de 1952-1953 y las políticas de sustitución de importaciones, además de promover la producción agrícola en el departamento de Santa Cruz, también promovieron el desarrollo de una burguesía ganadera concentrada inicialmente en el departamento del Beni, a través de la estructuración de medianas y grandes haciendas ganaderas basadas en la tenencia de importantes extensiones de tierra, con abundantes pastos naturales, que dieron lugar a una ganadería capitalista extensiva de muy baja productividad.

Cuadro 1. Bolivia: Evolución de la superficie cultivada en los principales cultivos, 1950-1975-1980.

Cultivos	1950		1975		1980		Tasa de crecimiento	
	[ha]	%	[ha]	%	[ha]	%	1950-1975	1975-1980
Cultivos Tradicionales (Altiplano y Valles)	404.019	61,8	593.310	55,9	587.390	55,5	1,5	-0,2
Papa	113.153	17,3	127.860	12,0	130.910	12,4	0,5	0,5
Maíz en Grano [*]	116.052	17,7	230.250	21,7	272.560	25,7	2,8	3,4
Quinua	18.998	2,9	19.240	1,8	13.000	1,2	0,1	-7,5
Trigo	84.709	12,9	76.860	7,2	76.920	7,3	-0,4	0,0
Cebada	61.837	9,5	111.600	10,5	70.000	6,6	2,4	-8,9
Haba	9.270	1,4	27.500	2,6	24.000	2,3	4,4	-2,7
Cultivos Tropicales (Oriente)	37.637	5,8	227.785	21,5	254.310	24,0	7,5	2,2
Arroz	15.602	2,4	74.450	7,0	67.830	6,4	6,5	-1,8
Caña	10.013	1,5	52.010	4,9	68.445	6,5	6,8	5,6
Algodón	139	0,0	53.540	5,0	24.035	2,3	26,9	-14,8
Café	3.395	0,5	17.300	1,6	23.000	2,2	6,7	5,9
Plátano	8.488	1,3	21.085	2,0	28.000	2,6	3,7	5,8
Soja	–	–	9.400	0,9	35.000	3,3	–	30,1
Sorgo	–	–	–	–	8.000	0,8	–	–
Cultivos para Ganadería	41.390	6,3	69.150	6,5	90.000	8,5	2,1	5,4
Alfalfa	6.325	1,0	11.150	1,1	15.000	1,4	2,3	6,1
Cebada forrajera	35.065	5,4	58.000	5,5	75.000	7,1	2,0	5,3
Otros Cultivos	171.212	26,2	171.615	16,2	127.081	12,0	0,0	-5,8
Total	654.258	100,0	1.061.860	100,0	1.058.781	100,0	2,0	-0,1

(*) Este cultivo incluye el maíz amiláceo, que fue predominante hasta la década de los sesenta, y el maíz amarillo duro de los trópicos y los valles bajos.

Fuente: Javier Escóbar y Carlos Samaniego (1981).

De manera específica, el gobierno apuntaló el desarrollo agrícola en el departamento de Santa Cruz, que contaba con una serie de características que permitían el desarrollo de una agricultura de gran escala, capaz de cumplir, en el corto plazo, con las metas de sustitución de importaciones agrícolas y agroindustriales y con las de diversificación de las exportaciones⁴.

Por tanto, la naciente burguesía agraria del país se desarrolló y concentró inicialmente en el departamento de Santa Cruz, a través de tres cultivos que originalmente estuvieron orientados a lograr la sustitución de importaciones de productos agrícolas prioritarios para el mercado interno: arroz, caña de azúcar y algodón, los mismos que fueron promovidos y protegidos por el Estado a través de subvenciones, barreras arancelarias y fijaciones de precios. El abastecimiento del mercado interno con estos productos se logró a principios de los años sesenta del siglo pasado.

A partir de los años setenta, tanto la expansión de la caña de azúcar como del algodón se basó en la inserción de ambos cultivos en el mercado mundial, por lo que sus fluctuaciones llevaron a las empresas agrícolas a diversificarse, incursionando en nuevos cultivos como la soja y el maíz amarillo duro, promovidos por una incipiente industria aceitera (Escóbar, 1981, p. 35).

El cultivo del arroz y su inicial expansión estuvo en manos de medianos productores capitalistas, quienes lograron el abastecimiento del mercado interno, momento a partir del cual este cultivo pasó fundamentalmente a manos de pequeños capitalistas⁵ asentados tanto en las zonas de colonización de campesinos migrantes nacionales como en colonias de agricultores extranjeros (japoneses y menonitas).

4 Las políticas estatales que apuntalaron la emergencia de una burguesía agraria, localizada en el departamento de Santa Cruz, fueron: i) acceso a tierras fiscales de manera gratuita; ii) concreción de una red vial básica que uniera el oriente con el occidente del país (carretera Cochabamba-Santa Cruz), para el flujo de mercancías agrícolas y de fuerza de trabajo; iii) construcción de infraestructura caminera en la zona de mayor dinámica y expansión agrícola en el departamento de Santa Cruz; iv) construcción de una red ferroviaria Santa Cruz-Brasil y Santa Cruz-Argentina para fomentar la exportación de productos agropecuarios; v) asistencia técnica con servicios de extensión agrícola, desarrollo de granjas experimentales y de investigación, así como oferta de maquinaria agrícola en alquiler, y asistencia financiera a través de crédito supervisado; vii) creación de ingenios azucareros y arroceros estatales y privados que estimularon la producción de materia prima.

5 Entendemos por pequeños capitalistas a aquellos productores agrícolas directos que además contratan fuerza de trabajo asalariada.

La caña de azúcar estuvo inicialmente a cargo de grandes y medianas empresas estimuladas por precios de fomento de los ingenios azucareros. Posteriormente, y una vez que este cultivo se expandió, basado en el mercado externo, y comenzó a depender de los precios fluctuantes del mercado mundial, se concentró fundamentalmente entre medianos y pequeños capitalistas. Igual proceso tuvo el cultivo del algodón, cuya expansión estuvo inicialmente a cargo de grandes empresas, para pasar a manos de medianos y pequeños capitalistas una vez que se hicieron patentes las fluctuaciones del mercado mundial.

La emergencia de los obreros agrícolas

La agricultura capitalista que se desarrolló en Santa Cruz durante el ciclo nacionalista (1952-1984) se caracterizaba por sus bajos niveles de tecnificación y, por tanto, por su alta demanda de fuerza de trabajo asalariada estacional, muy fuertemente concentrada en la época de cosecha de los cultivos de arroz, caña de azúcar y algodón. Por este motivo, este departamento acusaba un déficit relativo de fuerza de trabajo local dispuesta a asalariarse en estas fases culturales.

En este sentido, a pesar de haberse promovido procesos de colonización de campesinos andinos a Santa Cruz, para abastecer la demanda de materia prima para la agroindustria y de fuerza de trabajo estacional para las medianas y grandes empresas agrícolas, la naciente agricultura capitalista cruceña dependía de trabajadores de otras regiones del país dispuestos a asalariarse por temporadas.

En efecto, en 1980, el 69,4% del total de los trabajadores temporales que asistían a la cosecha de algodón y la zafra de la caña de azúcar en Santa Cruz provenía del interior del país —fundamentalmente de la región de los Valles— por lo que sólo el 30,6% de ellos residía en el mismo departamento (Vilar y Samaniego, 1981, p. 44).

En 1980 existían fundamentalmente cuatro tipos de trabajadores temporales en estos cultivos; i) el campesino-asalariado, es decir un semiproletario que combinaba el trabajo asalariado en la caña o el algodón con actividades agrícolas independientes durante el resto del año; ii) el asalariado agrícola “puro” o proletario agrícola que combinaba el trabajo asalariado en la caña o el algodón con la venta de fuerza de trabajo en otros cultivos durante todo el año; iii) el asalariado no agrícola o proletario no agrícola que combinaba el trabajo asalariado en la caña o el algodón con la venta de fuerza de trabajo en otras ramas de la economía durante el resto del año; y, iv) “otros trabajadores”, compuesto por aquellos que antes de trabajar

en la cosecha de algodón o caña de azúcar eran desempleados (cesantes o buscaban trabajo por primera vez).

Si bien el peso que tenía el campesino-asalariado en el conjunto de los obreros temporales de ambos cultivos era todavía significativo (47,8%), el porcentaje de proletarios era ya entonces mayoritario (52,2%), según se observa en el Cuadro 2. En el caso de la caña de azúcar, el peso del proletariado era mayor, pues el tiempo de duración de la zafra era de varios meses, lo que requería fuerza de trabajo dispuesta a asalariarse por tiempos prolongados. Este proletariado se había desarrollado ya en la propia región de Santa Cruz. Por el contrario, el peso del campesino-asalariado migrante de otros departamentos en la cosecha del algodón era más importante, debido al corto tiempo de duración de esta fase cultural que facilitaba la presencia de campesinos que dependían del ciclo agrícola en sus lugares de origen y que, por tanto, estaban dispuestos a asalariarse sólo por cortos períodos en determinados momentos del año.

Cuadro 2. Santa Cruz: Categoría de los trabajadores temporales en la cosecha del algodón y la caña, 1980.

Categoría de trabajador	Cosechadores de algodón		Zafreiros		Total	
	Número	%	Número	%	Número	%
Campe­sino asalariado (semiproletario)	5.587	50,4	5.870	45,6	11.457	47,8
Asalariado agrícola	1.741	15,7	5.276	40,9	7.017	29,2
Asalariado no agrícola	2.603	23,4	1.320	10,2	3.923	16,4
Otros trabajadores (*)	1.162	10,5	427	3,3	1.589	6,6
Total	11.093	100,0	12.893	100,0	23.986	100,0

(*) Son trabajadores que antes de trabajar en la cosecha de algodón y caña se encontraban cesantes o buscaban trabajo por primera vez.

Fuente: Javier Escóbar (1981).

Cambios en la estructura de cultivos en Santa Cruz

Durante el período neoliberal, que en Bolivia se inicia en 1985 y concluye en 2005, los distintos gobiernos mantuvieron dos políticas centrales en el ámbito agrario. Por un lado, promovieron la producción doméstica hacia el mercado externo, con lo que privilegiaron el crecimiento de la agricultura de exportación, fundamentalmente a través del incremento de la superficie cultivada de oleaginosas en las tierras bajas del país. Por otro lado, imple-

mentaron políticas de apertura comercial irrestricta, que incidieron en mayores procesos de diferenciación social también entre los productores campesinos comuneros de las tierras altas del país (Pérez Luna, 2003, p. 111).

Como consecuencia de políticas agrarias que en los hechos siguieron promoviendo una mayor mercantilización del campo y privilegiando tanto a la agricultura de exportación como a la orientada al mercado interno basada en la producción de grandes, medianos y pequeños productores capitalistas, en el actual gobierno del Movimiento Al Socialismo (MAS), el departamento de Santa Cruz ha consolidado su hegemonía en el ámbito de la producción agraria, pues mientras en la gestión agrícola 2005-2006 concentraba el 71,9% del total de la producción agrícola del país, en la gestión agrícola 2012-2013 esa cifra ascendió al 76,3%, cayendo la participación relativa de Valles y Altiplano, regiones donde se concentra la mayor parte de los campesinos del país.

Como puede observarse en el Cuadro 3, en los últimos 24 años, además del incremento de la superficie cultivada y de la producción de arroz y sobre todo de la caña de azúcar —que como hemos visto fueron dos cultivos importantes para la emergencia de la burguesía agraria en Santa Cruz en el período de sustitución de importaciones— los cultivos que crecieron sustancialmente son aquellos asociados a la industria de alimentos balanceados (maíz amarillo duro y sorgo) y, fundamentalmente, los oleaginosos como el girasol y el sésamo, pero con la soja como cultivo principal, el mismo que pasa de 178.306 hectáreas cultivadas en 1989-1990 a 1.176.268 hectáreas en 2012-2013⁶.

En el último cuarto de siglo, la mayor parte de este importante incremento en la superficie cultivada y en la producción agrícola se basó en el desarrollo de los pequeños productores capitalistas nacionales de origen andino y del exterior (colonos japoneses, menonitas y rusos), que formaron parte de los procesos de colonización de las tierras bajas del país en el período de sustitución de importaciones y, sobre todo, basado en el desarrollo de medianas y grandes empresas capitalistas. Esta situación le ha conferido, tanto a la burguesía agraria de Santa Cruz como a

6 El cultivo de la soja cobró importancia en Bolivia a raíz de las crisis de la minería de estaño, que hasta 1985 era el principal producto de exportación del país, situación que afectó seriamente su economía. Frente a ello, se planteó la necesidad de potenciar rubros de exportación no tradicionales, entre los que destacaba el sector oleaginoso en razón de dos escenarios: la existencia de tierras aptas para la producción de oleaginosas a gran escala en los llanos de Santa Cruz y una demanda creciente de esta materia prima en el mercado mundial.

Cuadro 3. Bolivia: Superficie cultivada y producción agrícola 1989-1990 y 2012-2013.

Cultivos	Superficie cultivada				Tasa de crecimiento [de 1989-1990 a 2012-2013{p}]
	1989-1990		2012-2013{p}		
	[ha]	[%]	[ha]	[%]	
Arroz con cáscara	112.372	9,0	157.503	4,8	1,48
Maíz en grano	225.687	18,0	328.646	9,9	1,65
Sorgo en grano	25.302	2,0	201.630	6,1	9,44
Trigo	86.867	6,9	158.020	4,7	2,64
Caña de azúcar	63.396	5,1	159.032	4,8	4,08
Girasol	3.725	0,3	280.864	8,5	20,68
Sésamo	0	0,0	15.000	0,5	–
Soja	178.306	14,3	1.176.268	35,5	8,55
Subtotal	695.655	55,6	2.476.962	74,8	5,68
Otros[*]	555.846	44,4	836.896	25,2	1,80
Total	1.251.501	100,0	3.313.859	100,0	4,32

(p) Preliminar.

(*) Incluye: Cebada en grano, quinua, cacao, café, banano, durazno, mandarina, naranja, piña, plátano, uva, ajo, arveja, cebolla, fríjol, haba, maíz choclo, tomate, algodón, maní, papa, yuca, alfalfa y cebada berza.

Fuente: Elaboración propia con base en: Instituto Nacional de Estadística; Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras (MDRYT).

los pequeños capitalistas que están articulados a las principales organizaciones empresariales agrícolas de la región, una importancia económica y política relevante a escala nacional.

La burguesía agraria que se ha conformado en el departamento de Santa Cruz en este último período, tiene fundamentalmente tres orígenes. Una fracción que emergió a raíz de la transformación de las haciendas precapitalistas en capitalistas, promovida por la reforma agraria de 1952-1953 (la vía Junker de desarrollo del capitalismo). En una buena proporción, esta fracción sigue vinculada a los más importantes cultivos tradicionales de la región (caña de azúcar y arroz) y, en parte, ha incurrido también en los cultivos emergentes desde el período neoliberal (soja, sésamo, sorgo, maíz duro, etcétera).

Otra fracción de origen campesino andino emergente de la vía Farmer y que, después de muchos años de iniciada la reforma agraria, encontró el escenario mercantil propicio para su desarrollo, tanto a través de su partici-

Producción agrícola				Tasa de crecimiento (de 1989-1990 a 2012-2013[p])
1989-1990		2012-2013[p]		
(ha)	(%)	(ha)	(%)	
245.491	4,0	360.449	2,2	1,68
266.065	4,4	909.542	5,6	5,49
40.353	0,6	477.141	2,9	11,34
60.668	1,0	226.864	1,4	5,90
3.152.767	51,8	8.310.003	50,9	4,30
4.460	0,1	292.985	1,8	19,96
0	0,0	8.550	0,1	–
235.474	3,9	2.659.497	16,3	11,12
4.005.278	65,8	13.245.031	81,2	5,34
2.078.605	34,2	3.075.118	18,8	1,72
6.083.883	100,0	16.320.149	100,0	4,38

pación en la expansión de cultivos tradicionales de la región como de los que se desarrollaron a partir del período neoliberal⁷.

Y una tercera fracción, conformada por capitalistas extranjeros —fundamentalmente brasileros— que se insertaron como medianos y grandes productores de soja a mediados de los años noventa, muchos de ellos asociados a la burguesía agraria tradicional y que, en los últimos años, está incursionando en otras ramas de la economía como la ganadería bovina y la agroindustria.

Como puede observarse en el Cuadro 4, el peso de los capitalistas extranjeros en el control de la superficie cultivada de soja —que es la más importante del país— se ha incrementado, pero con variaciones según nacionalidades. Al inicio del *boom* de este cultivo (1994-1995), estaba controlado por pequeños y medianos productores capitalistas japoneses y me-

7 Un ícono de este proceso es el caso del actual presidente de la poderosa Asociación de Productores de Trigo y Oleaginosas (ANAPO), Demetrio Pérez, que migró desde Potosí a Santa Cruz y que es un importante productor sojero.

nonitas, situación que cambió sustancialmente hacia 2006-2007, cuando el 40,3% del total de la superficie cultivada pasó a ser controlada por los grandes productores capitalistas brasileros. Una estimación más reciente señala que en 2010 los extranjeros eran propietarios de alrededor de un millón de hectáreas en Santa Cruz, de las cuales 700.000 estarían en poder de brasileros, 200.000 en manos de menonitas y 100.000 de argentinos, lo que da cuenta de un proceso importante de extranjerización de la tierra en esta región del país (Urioste, 2011, p. 36).

Cuadro 4. Santa Cruz: superficie cultivada de soja, en porcentajes, según origen del productor, períodos 1994-1995, 1999-2000 y 2006-2007.

Origen del productor	Superficie de soja [%]		
	1994-1995	1999-2000	2006-2007
Brasileños	19,6	31,9	40,3
Menonitas	36,8	28,2	20,2
Nacionales	32,8	26,9	28,9
Japoneses	9,9	6,6	7,1
Otros	0,8	6,4	3,5
Total	100,0	100,0	100,0

Fuente: Elaboración propia basada en Urioste (2011).

Cambios en la magnitud y características del trabajo asalariado en la agricultura de Santa Cruz

Como se ha visto, a partir del período neoliberal, se expandieron nuevos cultivos altamente mecanizados (soja, sorgo, sésamo, maíz amarillo duro, entre otros). También se modernizaron algunas fases culturales de otros cultivos tradicionales en Santa Cruz (caña de azúcar y arroz, entre los principales), con efectos en las magnitudes y características del empleo asalariado agrícola en este departamento.

Entre ellos: i) una menor demanda global de empleo asalariado debido a menores requerimientos de fuerza de trabajo por hectárea; ii) reducción de los períodos de contratación de fuerza de trabajo; iii) crecimiento del número de trabajadores “temporeros permanentes” o proletarios de origen rural y urbano, sin calificación, con residencia en las zonas de emplazamiento de las empresas agrícolas; iv) menor importancia de trabajadores asalariados migrantes o campesinos-asalariados; y, v) la expansión de un

segmento de trabajadores asalariados especializados con mayores calificaciones profesionales (Pacheco y Ormachea, 2000).

Entre 1980 y 1992, se estimaba que los requerimientos globales de fuerza de trabajo asalariada de los principales cultivos de Santa Cruz habían disminuido en aproximadamente un 50% (ver Cuadro 5), con contracciones más pronunciadas en caña soca (73,7%), maíz (66,1%), algodón (52,4%) y sorgo (47,1%).

Cuadro 5. Santa Cruz: Evolución de la demanda de mano de obra en cultivos seleccionados [Días/Hombre/Año].

Cultivos	1976	%	1980	%	1992	%	Cambio % 1980-1992
Soja[*]	153.660	1,1	455.000	3,4	395.040	5,9	(15,4)
Algodón	2.459.146	16,8	1.992.498	14,9	947.794	14,1	(52,4)
Maíz	2.596.186	17,8	3.545.760	26,5	1.200.625	17,9	(66,1)
Arroz	3.201.100	21,9	2.450.000	18,3	2.208.751	33,0	(9,9)
Trigo	62.850	0,4	72.000	0,6	63.917	1,0	(11,2)
Girasol	0	0,0	0	0,00	25.194	0,4	—
Sorgo	80.613	0,6	78.000	0,6	41.250	0,6	(47,1)
Fréjol	0	0,0	0	0,00	161.300	2,4	—
Caña soca	3.580.529	24,5	4.392.428	32,8	1.156.176	17,2	(73,7)
Caña hoja	2.465.578	16,9	390.525	2,9	502.041	7,5	(28,6)
Total	14.599.662	100,0	13.376.211	100,0	6.702.088	100,0	(50,0)

(*) Comprende soja de verano e invierno
Fuente: Moscoso, Pacheco y Soruco (1995).

En consonancia con este proceso —y a diferencia del período nacionalista, en el cual el 69,4% de los trabajadores temporales de los principales cultivos de Santa Cruz eran migrantes del interior del país—, hacia 1992 los migrantes de otros departamentos ya sólo representaban el 41,5%. Y si bien la denominada Área Integrada —donde se concentran los cultivos tradicionales— seguía dependiendo en un porcentaje aún significativo de trabajadores migrantes de otros departamentos (51%), en el Área de Expansión —donde se habían asentado los nuevos cultivos altamente mecanizados— la presencia de migrantes del interior del país era minoritaria (32,4%), por lo que la mayoría de los trabajadores residían habitualmente en el departamento de Santa Cruz (ver Cuadro 6).

Cuadro 6. Santa Cruz: Distribución de los trabajadores temporales por categoría ocupacional y condición migratoria, 1992 (en porcentajes).

Tipo de trabajador	Área integrada	Área de expansión	Total
Trabajadores eventuales campesinos	59,0	31,4	44,8
Migrantes del interior	39,0	16,3	27,3
Migrantes del departamento	11,0	2,8	6,8
No migrantes	9,0	12,4	10,7
Trabajadores eventuales no campesinos	18,0	30,4	24,5
Migrantes del interior	12,0	16,3	14,2
No migrantes	6,0	14,2	10,2
Trabajadores temporeros permanentes	23,0	38,1	30,7
Sin residencia fija en la empresa	12,0	34,3	23,5
Con residencia fija en la empresa	11,0	3,8	7,3

Fuente: Moscoso, Pacheco y Soruco (1995).

Por ello, en el Área de Expansión la gran mayoría de los trabajadores temporales estaba constituida por proletarios, es decir, por trabajadores temporeros “permanentes” o proletarios agrícolas (38,1%) y por trabajadores eventuales no campesinos (30,4%), bajando, por tanto, la importancia de los trabajadores semiproletarios de origen campesino.

Expansión territorial del capitalismo en la agricultura⁸

Si bien, como se ha visto, en el último cuarto de siglo el capitalismo agrario más desarrollado (maquinizado), concentrado fundamentalmente en Santa Cruz, implica una tendencia hacia menores requerimientos de fuerza de trabajo asalariada en el sector agropecuario más dinámico, el desarrollo de medianas empresas capitalistas y sobre todo de los pequeños capitalistas agrícolas o “campesinos ricos” con bajos niveles de maquinización en to-

8 Esta sección se basa en la información de los Cuadros 7 y 8, que por distintos problemas de orden metodológico solamente incluyen información de patrones y/o empleadores agropecuarios y trabajadores asalariados masculinos. Por otro lado, si bien la información censal y las tradicionales encuestas de hogares en las que se basa esta información no logran captar la verdadera magnitud del trabajo agrícola asalariado de temporada, es la única información estadística de alcance nacional que permite inferir esta problemática.

das las regiones del país, ha implicado también un incremento del trabajo asalariado en la agricultura, no sólo en la región de los Llanos, sino también en los Valles y el Altiplano, con fuerte predominio de la pequeña producción campesina.

Como puede observarse en el Cuadro 7, en 1976 el número de personas que declaraban ser patrones o empleadores del sector agropecuario alcanzaba solamente a 4.307, de las cuales el 67,4% correspondía a la región de los Llanos, como resultado de la concentración del desarrollo de la agropecuaria capitalista fundamentalmente en los departamentos de Santa Cruz y el Beni, en el período de sustitución de importaciones.

Entre 1976 y 1996 es altamente significativo el incremento de la categoría patrones o empleadores del sector agropecuario, pues de 4.307 personas pasa a 65.366, alcanzando una tasa anual promedio de crecimiento en este período de 14,6%. Sin embargo, este crecimiento ya no se concentra en la región de los Llanos, pues las tasas de crecimiento promedio anual de estas categorías ocupacionales en los Valles (16,6%) y, sobre todo, en el Altiplano (22,2%) superan ampliamente la que registra la región de los Llanos (10,8%). En este sentido, la localización geográfica de los patrones o empleadores agropecuarios ya había cambiado sustancialmente en este período, pues si bien en el oriente el número absoluto de patrones agropecuarios seguía creciendo, su participación relativa había disminuido al 34,3% como consecuencia del incremento del número de patrones o empleadores agropecuarios en los Valles y el Altiplano, concentrando ambas regiones el 33,6% y 32,1% respectivamente (ver Cuadro 7).

Esta tendencia en los Valles y el Altiplano se consolida entre 1996 y 2012, pues mientras la tasa anual de crecimiento de estas categorías en la región de los Llanos apenas es de 0,4%, en los Valles y el Altiplano son de 5,0 y 2,9%, respectivamente. De esta manera, tanto en términos absolutos como relativos, la región de los Llanos pierde en los últimos años la hegemonía cuantitativa que ostentaba entre 1976 y 1996 (ver Cuadro 7).

Sin embargo, el hecho de que la región de los Llanos tenga menos empleadores que los Valles y el Altiplano no implica que haya perdido su hegemonía productiva pues, como lo hemos señalado líneas arriba, al ser patrones o empleadores, predominantemente dueños de unidades productivas capitalistas modernas, con altos niveles de maquinización, producen una parte considerable de la producción agropecuaria nacional. Esta situación contrasta con lo que ocurre en los Valles y el Altiplano, donde los patrones o empleadores son generalmente medianos productores o pequeños productores capitalistas, con menores niveles de tecnificación.

Cuadro 7

Bolivia: Distribución de patrones y/o empleadores agropecuarios por regiones y área de residencia, 1976 - 1996 - 2012.

Regiones	1976			1996			2012		
	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	86	299	385	1.677	19.295	20.972	5.180	27.947	33.127
Valles	159	860	1.019	3.788	18.169	21.957	9.821	37.723	47.544
Llanos	696	2.207	2.903	7.890	14.547	22.437	13.871	9.889	23.760
Total	941	3.366	4.307	13.355	52.011	65.366	28.872	75.559	104.431

Regiones	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	9,1	8,9	8,9	12,6	37,1	32,1	17,9	37,0	31,7
Valles	16,9	25,5	23,7	28,3	34,9	33,6	34,0	49,9	45,5
Llanos	74,0	65,6	67,4	59,1	28,0	34,3	48,1	13,1	22,8
Total (%) Columna	100,0								

Regiones	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	22,3	77,7	100,0	8,0	92,0	100,0	15,6	84,4	100,0
Valles	15,6	84,4	100,0	17,2	82,8	100,0	20,7	79,3	100,0
Llanos	24,0	76,0	100,0	35,2	64,8	100,0	58,4	41,6	100,0
Total (%) Fila	21,9	78,1	100,0	20,4	79,6	100,0	27,7	72,3	100,0

Fuente: Elaboración propia en base a Pacheco y Ormachea (2000) e INE, Encuesta Permanente de Hogares 2012.

Bolivia: Tasas de crecimiento de patrones y/o empleadores agropecuarios por regiones y área de residencia, 1976-1996 y 1996-2012.

Regiones	1976-1996			1996-2012		
	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	16,0	23,2	22,2	7,3	2,3	2,9
Valles	17,2	16,5	16,6	6,1	4,7	5,0
Llanos	12,9	9,9	10,8	3,6	-2,4	0,4
Total	14,2	14,7	14,6	4,9	2,4	3,0

Fuente: Elaboración propia en base a Pacheco y Ormachea (2000) e INE, Encuesta Permanente de Hogares 2012.

Si bien la información estadística relativa al lugar de residencia de los patrones y empleadores agropecuarios muestra en el último período mayores tasas de crecimiento de aquellos que residen en áreas urbanas (lo que implicaría un tendencia hacia un mayor un incremento de unidades productivas más típicamente capitalistas, en el sentido que sus propietarios son “ausentistas” y que, por tanto, recurren al trabajo asalariado incluso para las labores de administración), existen diferencias regionales que dan cuenta del estado de desarrollo alcanzado del capitalismo.

En 2012, en la región de los Llanos, el 58,4% de los patrones o empleadores agropecuarios residían en áreas urbanas, mientras que en los Valles y el Altiplano los porcentajes de patrones o empleadores con residencia en áreas rurales seguían siendo muy significativos (79,3 y 84,4%), lo que da cuenta de la importancia que aún tienen las unidades productivas que, si bien contratan fuerza de trabajo asalariada, sus propietarios siguen siendo también productores directos o administrándolas personalmente.

Durante el período de sustitución de importaciones, y como consecuencia del desarrollo de una agricultura capitalista escasamente mecanizada, demandante de importantes contingentes de fuerza de trabajo en determinadas fases culturales y espacialmente concentradas, el censo de 1976 registró 72.444 asalariados agropecuarios, de los cuales el 63% correspondía a la región de los Llanos (ver Cuadro 8).

Entre 1976 y 1996, es posible advertir un decrecimiento en el número de trabajadores agrícolas asalariados en todas las regiones del país, tanto como efecto de la mecanización de la agricultura capitalista cruceña, que se agudizó a inicios de los años noventa y que afectó a todas las regiones del país, como por el incipiente desarrollo del capitalismo agrario en los Valles y el Altiplano, que aún no requería volúmenes significativos de trabajadores asalariados. En este sentido, entre 1976 y 1996, la tasa anual promedio de crecimiento de los asalariados agrícolas a escala nacional fue negativa (-0,6%), debido fundamentalmente a un mayor comportamiento negativo de crecimiento de esta categoría en los Valles y el Altiplano (ver Cuadro 8).

Por el contrario, entre 1996 y 2012, a pesar de los menores requerimientos de fuerza de trabajo asalariada que presentan los principales cultivos de Santa Cruz, debido a sus altos niveles de modernización, la expansión de medianos y pequeños agricultores capitalistas con menores niveles de tecnificación en todas las regiones del país ha implicado paralelamente un incremento de los trabajadores agrícolas asalariados en toda la geografía nacional, especialmente en los Valles y los Llanos.

Cuadro 8

Bolivia: Distribución de los asalariados agropecuarios por regiones y área de residencia, 1976 - 1996 - 2012.

Regiones	1976			1996			2012		
	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	843	7.814	8.657	0	6.051	6.051	4.438	5.229	9.667
Valles	1.740	16.421	18.161	2.596	12.515	15.111	12.992	17.280	30.272
Llanos	3.925	41.701	45.626	16.050	26.878	42.928	35.441	49.079	84.520
Total	6.508	65.936	72.444	18.646	45.444	64.090	52.871	71.588	124.459

Regiones	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	13,0	11,9	11,9	0,0	13,3	9,4	8,4	7,3	7,8
Valles	26,7	24,9	25,1	13,9	27,5	23,6	24,6	24,1	24,3
Llanos	60,3	63,2	63,0	86,1	59,2	67,0	67,0	68,6	67,9
Total (%) Columna	100,0								

Regiones	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	9,7	90,3	100,0	0,0	100,0	100,0	45,9	54,1	100,0
Valles	9,6	90,4	100,0	17,2	82,8	100,0	42,9	57,1	100,0
Llanos	8,6	91,4	100,0	37,4	62,6	100,0	41,9	58,1	100,0
Total (%) Fila	9,0	91,0	100,0	29,1	70,9	100,0	42,5	57,5	100,0

Bolivia: Tasas de crecimiento de los asalariados agropecuarios por regiones y área de residencia, 1976-1996 y 1996-2012.

Regiones	1976-1996			1996-2012		
	Urbano	Rural	Total	Urbano	Rural	Total
Altiplano	-100,0	-1,3	-1,8	-	-0,9	3,0
Valles	2,0	-1,4	-0,9	10,6	2,0	4,4
Llanos	7,3	-2,2	-0,3	5,1	3,8	4,3
Total	5,4	-1,8	-0,6	6,7	2,9	4,2

Fuente: Elaboración propia en base a Pacheco y Ormachea (2000) e INE, Encuesta Permanente de Hogares 2012.

Mientras los requerimientos de fuerza de trabajo asalariada para los cultivos capitalistas más maquinizados, como ya se ha visto, son cubiertos mayoritariamente por proletarios agrícolas que viven en áreas urbanas o rurales cercanas al lugar de su emplazamiento, los requerimientos de fuerza de trabajo asalariada de las medianas empresas capitalistas no maquinizadas, pero sobre todo de las unidades productivas de los pequeños capitalistas o campesinos ricos, son cubiertas mayoritariamente con la contratación temporal de campesinos pobres de las comunidades circundantes.

Finalmente, es importante destacar que en los dos grandes períodos de análisis (1976-1996 y 1996-2012), las mayores tasas de crecimiento entre los trabajadores agrícolas asalariados se dan entre aquellos que tienen como residencia habitual las áreas urbanas. Por ello, mientras en 1976 los trabajadores agrícolas asalariados representaban solamente el 9% del total, en 2012 representaban ya el 42,5% (ver Cuadro 8).

En este sentido, los centros urbanos mayores o intermedios no sólo están sirviendo de áreas de residencia de los patrones y empleadores agrícolas, sino también como abastecedores cada vez más importantes de fuerza de trabajo destinada a cubrir las demandas de fuerza de trabajo asalariada para la agricultura. Esta tendencia se explica por: los intensos procesos de urbanización que han sufrido los centros poblados cercanos a los lugares donde se concentra la producción agropecuaria; la expulsión de fuerza de trabajo permanente de las empresas agropecuarias como efecto de la modernización de sus actividades productivas, que termina residiendo en áreas urbanas; y las importantes tasas de desocupación que han presentado los centros urbanos más importantes, desde 1985 hasta el presente.

¿Quiénes son los pequeños productores agrícolas capitalistas?

Como hemos visto, si bien la reforma agraria de 1952-1953 sentó las bases para el desarrollo de los pequeños productores agrícolas capitalistas en Bolivia, ha sido fundamentalmente a partir del período neoliberal que este tipo de productores encontró el escenario adecuado para su desarrollo. La literatura agraria dedicada a idealizar la pequeña producción los sigue presentando como pequeños productores “independientes”, agricultores “familiares” o productores “campesinos”, que producen en base al esfuerzo propio y el de la familia, cuando, en realidad, producen también con el concurso de trabajadores asalariados y, en algunos cultivos, con la introducción de maquinaria agrícola e insumos modernos.

Esta omisión parte de una concepción arraigada en el país, en el sentido de identificar el capitalismo agrario únicamente con la mediana y gran empresa agrícola mecanizada, olvidando —como señalaba Lenin en su debate sobre la concepción populista del capitalismo— que en la pequeña agricultura campesina puede suceder que “... con toda su miseria, con las proporciones relativamente insignificantes de los establecimientos y con la bajísima productividad del trabajo, con la técnica primitiva y el pequeño número de obreros asalariados, haya capitalismo” (Lenin, 1981, p. 232).

Sin embargo, es necesario distinguir al pequeño capitalista agropecuario del capitalista stricto sensu, pues ambos ocupan lugares distintos en el proceso social de la producción. En el primer caso, “... la producción capitalista (producción de mercancías mediante trabajo asalariado) aparece orgánicamente mezclada con la producción de mercancías con base en el trabajo directo del pequeño capitalista”, por lo que se trata de “una forma embrionaria del proceso capitalista de producción [o una] forma inacabada del mismo”. En este sentido, si bien el pequeño capitalista es —al igual que el mediano y el grande—: “... un productor de mercancías que compra fuerza de trabajo asalariada [...] es al mismo tiempo, un trabajador directamente productivo, un obrero manual que trabaja al lado de su (o sus) asalariado(s)” (Calva, 1988, p. 492).

Conforma, por tanto, un grupo económico social distinto, tanto de los capitalistas stricto sensu (que no trabajan como productores directos), como de los proletarios agrícolas (que viven de la venta de su fuerza de trabajo). Pertenecen a “... la clase de los pequeños burgueses, categoría que incluye también a los pequeños productores independientes de mercancías que no emplean asalariados”. Sin embargo, el concepto de pequeño burgués no es idéntico al de pequeño capitalista, pues si bien “... todo pequeño capitalista es un pequeño burgués, no todo pequeño burgués es un pequeño capitalista” (Calva 1988, p. 494).

Como se puede observar en el Cuadro 9, entre las unidades productivas de pequeños agricultores capitalistas en Bolivia, se puede identificar al menos tres tipos: i) aquellas en las cuales, si bien se compra trabajo asalariado, el trabajo familiar es aún dominante, por lo que las condiciones sociales de los trabajadores y los patrones no tienen aún diferencias significativas, y que representan el 30,7% del total de este tipo de unidades productivas; ii) aquellas en las cuales el número de trabajadores familiares es similar al de los trabajadores asalariados, que significan el 25,1%; y, iii) aquellas en las cuales el trabajo asalariado es mayoritario en relación con el trabajo familiar, que representan el 44,2% del total y que tienen rasgos que las ase-

mejor más a empresas capitalistas que a unidades productivas de pequeños productores campesinos.

Si bien esta información estadística evidencia la presencia de los campesinos ricos en todas las regiones del país, el 75,9% de ellos se concentran en las tierras altas (Valles y Altiplano), situación que da cuenta de los procesos de diferenciación social que vienen ocurriendo en el interior de las comunidades campesinas del país.

Cuadro 9. Bolivia: Patrones o empleadores por tipo de unidades productivas, según regiones, 1996.

Tipo de unidad	Regiones			
	Total	Altiplano	Valles	Llanos
Trabajo familiar dominante (a)	11.500	2.849	5.950	2.701
Trabajo familiar igual a trabajo asalariado (b)	9.389	3.185	3.617	2.587
Trabajo asalariado dominante (c)	16.525	4.541	8.258	3.726
Total	37.414	10.575	17.825	9.014

Tipo de unidad	Total	Altiplano	Valles	Llanos
Trabajo familiar dominante (a)	30,7	27,0	33,4	30,0
Trabajo familiar igual a trabajo asalariado (b)	25,1	30,1	20,3	28,7
Trabajo asalariado dominante (c)	44,2	42,9	46,3	41,3
Total (%) columna	100,0	100,0	100,0	100,0

Tipo de unidad	Total	Altiplano	Valles	Llanos
Trabajo familiar dominante (a)	100,0	24,8	51,7	23,5
Trabajo familiar igual a trabajo asalariado (b)	100,0	33,9	38,5	27,6
Trabajo asalariado dominante (c)	100,0	27,5	50,0	22,5
Total (%) fila	100,0	28,3	47,6	24,1

(a) El número de trabajadores familiares empleados en la unidad es mayor al número de trabajadores asalariados.

(b) El número de trabajadores familiares es igual al número de trabajadores asalariados.

(c) Mayor número de trabajadores asalariados que de trabajadores familiares.

Fuente: Elaboración propia en base a Pacheco y Ormachea (2000).

Estos pequeños productores agrícolas capitalistas —sobre todo aquellos segmentos donde la fuerza de trabajo asalariada es superior a la fuerza de trabajo familiar— se vinculan empresarialmente a las burguesías agrarias o rurales de sus zonas y regiones, a las que se asimilan económica, política e

ideológicamente. Sin embargo, la importancia de los pequeños capitalistas agrícolas o campesinos ricos en la sociedad rural boliviana y en el país, no sólo se encuentra en el ámbito económico, sino también en el político, pues es esta fracción la que ha fundado y conformado el Movimiento Al Socialismo (MAS) y es la que hoy gobierna en Bolivia con Evo Morales a la cabeza, en alianza con la gran burguesía agroindustrial.

Referencias bibliográficas

- Calva José, Luis (1988). *Los campesinos y su devenir en las economías de mercado*. México: Siglo XXI.
- Contreras, Manuel (1989). *Medio siglo de minería mediana en Bolivia: 1939-1989*. La Paz: Biblioteca Minera Boliviana.
- Escóbar, Javier (1981). *Empresas agrícolas, empleo y migración en Santa Cruz*. La Paz: Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral/OIT/FNUAP.
- Escóbar, Javier y Carlos Samaniego (1981). *Agricultura, requerimientos y disponibilidad de fuerza de trabajo en Santa Cruz, Bolivia*. La Paz: Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral/OIT/FNUAP.
- Lenin, Vladimir Ilich (1981). Acerca de la llamada cuestión de los mercados. *Obras Completas, 1893-1894*, tomo I. Moscú: Editorial Progreso.
- Mitre, Antonio (1993). *Bajo un cielo de estaño: fulgor y ocaso del metal en Bolivia*. La Paz: Asociación Nacional de Mineros Medianos/ILDIS.
- Moscoso, Rubens; Pablo Pacheco y Enrique Soruco (1995). *Mercados de trabajo regionales y producción agropecuaria*. La Paz: CEDLA.
- Pacheco, Pablo y Enrique Ormachea (2000). *Campesinos, patrones y obreros agrícolas: una aproximación a las tendencias del empleo y los ingresos rurales en Bolivia*. La Paz: CEDLA.
- Pérez Luna, Mamerto (2003). *Apertura comercial y sector agropecuario campesino: la otra cara de la pobreza del campesino andino*. La Paz: CEDLA.
- Urioste, Miguel (2011). *Concentración y extranjerización de la tierra en Bolivia*. La Paz: Fundación TIERRA.
- Vilar, Roberto y Carlos Samaniego (1981). *Sistema de contratación y migración laboral temporal en Santa Cruz, Bolivia*. La Paz: Ministerio de Trabajo y Desarrollo Laboral/OIT/FNUAP.

La simbiosis perversa: las máquinas y la degradación del trabajo en el estado de San Pablo, Brasil¹

*Maria Aparecida de Moraes Silva, Juliana
Dourado Bueno y Beatriz Medeiros de Melo*

Introducción

A partir de 2002, cuando entran en operación los denominados autos *flex-fuel* en Brasil, movidos a etanol y gasolina, crece la demanda de caña de azúcar, generando la expansión vertiginosa de los cañaverales, no sólo en el estado de San Pablo, sino también en otros estados². En este contexto, se profundizó la explotación de la fuerza de trabajo por medio de

-
- 1 Una versión más amplia de este artículo fue publicada en 2014 en *Contemporânea: Revista de Sociologia da UFSCAR*, 4(1), pp. 85-115. Disponible en: <<http://www.contemporanea.ufscar.br/index.php/contemporanea/issue/view/11>>.
 - 2 Según la estimación de CONAB (Compañía Nacional de Abastecimiento), el área cultivada de caña de azúcar cosechada y destinada a la actividad sucroalcohólica en la cosecha 2013-2014 fue estimada en 8.799.150 hectáreas. El estado de San Pablo permanece como el mayor productor con 51,3% (4.515.360 hectáreas) de área plantada, seguido por Minas Gerais con 8,0% (781.920 hectáreas), Goiás con 9,3% (818.390 hectáreas), Paraná con 7% (620.330 hectáreas), Mato Grosso do Sul con 7,1% (624.110 hectáreas), Alagoas con 5% (442.590 hectáreas) y Pernambuco con 3,3% (286.030 hectáreas). En los demás estados productores las áreas son menores, con representaciones por debajo del 3%. El área de caña destinada a la producción en este año/cosecha debe presentar un incremento de 3,7% o 314.150 hectáreas con relación a la cosecha pasada. Ver: <<http://www.>

la intensificación de los niveles de productividad exigidos —las metas de producción— debido a la imposibilidad del corte manual nocturno, en vista a atender a la creciente demanda de caña del comercio interno y externo. Desde entonces, muchas investigaciones, junto a la participación de la Pastoral del Migrante (con sede en Guariba-SP)³, trajeron a la superficie la barbarie perpetrada en los cañaverales en virtud de las muertes de trabajadores, supuestamente causadas por el exceso de trabajo (Silva, *et al.*, 2006; Alves, 2006; Laat, 2010; Barbosa, 2010; Silva, 2006; Silva y Martins, 2010; Silva, Verçoza y Bueno, 2013; Facioli, 2009), por no mencionar que esa realidad excedió los muros de la universidad y llegó a los medios de comunicación nacionales y hasta los internacionales, especialmente, al Ministerio Público del Trabajo. Finalmente había llegado para el Estado el momento de imponer algunos límites a los capitalistas, en lo que se refiere a los grados de dilapidación de la fuerza de trabajo y de la naturaleza. Por los menos, así parecía.

Dos arreglos institucionales marcaron la presencia política del Estado con relación a la quema de la caña antes de la cosecha y a los problemas ambientales, por un lado, y, por otro, a la situación de los trabajadores: 1) en 2007 fue firmado el Protocolo Agroambiental por el gobierno de San Pablo y los representantes de la UNICA (Unión de la Industria Cañera); 2) en 2009 fue firmado el Compromiso Nacional para Perfeccionar las Condiciones de Trabajo en la Caña de Azúcar, por los representantes de Confederación de los Trabajadores de la Agricultura (CONTAG) y la Federación de los Empleados Rurales del Estado de San Pablo (FERAESP), el Gobierno Federal y los representantes del patronato. Estos dos arreglos institucionales (estatal y federal) pretendían, sobre todo, la consolidación de la ideología que sustentaba que el etanol, extraído de la caña, sería la solución para los problemas ambientales del planeta, en la medida en la que su uso causaría la disminución de los gases contaminantes en la atmósfera, del efecto invernadero, garantizando así la seguridad energética. En cuanto a los empresarios, se vieron presionados por las noticias difundidas en los países compradores

conab.gov.br/OlalaCMS/uploads/arquivos/13_08_08_09_39_29_boletim_cana_portugues_-_abril_2013_1o_lev.pdf>.

3 Jadir Damião Ribeiro, alumno de Iniciación Científica del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq), bajo la orientación de María Aparecida de Moraes Silva, por ese entonces agente laico de la Pastoral del Migrante, fue quien denunció las muertes en los cañaverales, en función de la *birola* (término utilizado por los trabajadores para referirse a la secuencia de calambres provocados por el dispendio excesivo de energía).

de azúcar y etanol, lo que podría poner en peligro sus ventas, por el Ministerio Público y, también, por la resistencia de los trabajadores a través de miles de procesos laborales. La solución encontrada fue enmascarar la realidad social y ambiental mediante la firma de estos acuerdos y el aumento de la mecanización, dicho sea de paso, en marcha ascendente desde los años 1990⁴. Por lo tanto, los límites naturales de esta producción serían transpuestos, en la medida en la que el campo fuese transformándose poco a poco en una verdadera fábrica que funciona durante el día y la noche.

Según los datos del Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales (INPE), el área con caña en el estado de San Pablo tuvo un aumento del 51,1% entre 2006 y 2012. En contraste, el número de trabajadores no calificados —los que no operan las máquinas— disminuyó de 154.254 en 2007 a 110.188 en 2012, mientras que los empleados en la mecanización agrícola pasaron de ser 34.142 en 2011 a 35.825 en 2012, según los datos del Registro General de Empleados y Desempleados (CAGED, por su sigla en portugués) y del Relato Anual de Informaciones Sociales (RAIS), presentados por Baccarin, Gebara y Silva (2013).

En 2009, durante la firma del Compromiso Nacional en Brasilia, que tuvo la presencia de los representantes de la Comisión Tripartita (el gobierno, los empresarios y los trabajadores), fue montado el escenario para la emisión de la “nueva imagen” del sector cañero. El Compromiso asumido buscó dar seguimiento a la Norma Reguladora 31 (NR31), que regula el entorno de trabajo en el campo y la implantación del denominado trabajo decente, a través de la verificación del cumplimiento de estas normas.

Entre los diversos temas de este acuerdo, se destaca la regulación del mercado de trabajo a través de la contratación en el lugar de origen de los trabajadores, lo que impide la llegada espontánea de los migrantes hacia la cosecha de caña.

Por lo tanto, se crea un mercado de trabajo migrante temporal regulado por las empresas con el aval estatal. Este hecho constituye un elemento importante para entender el progreso del proceso de mecanización y la eliminación de miles de puestos de trabajo, sin la propaganda ideológica

4 Según los datos del Proyecto Canasat del Instituto Nacional de Investigaciones Espaciales (INPE), de los 4.658.316 de hectáreas de caña cosechados en 2012 en el estado de San Pablo, 1.277.003 hectáreas (27,4%) fueron cosechadas con el uso de fuego y 3.381.313 (72,6%) con el uso de máquinas. En 2006, esta cifras fueron 65,8% y 34,2%, respectivamente. Ver: <<http://www.unica.com.br/noticia/38156175920320868796/colheita-mecanizada-de-cana-produz-queda-nas-emissoes-de-gases-causadores-do-efeito-estufa/>>.

de un posible desempleo masivo. Desde la aparición de los ingenios de caña de azúcar, los migrantes representaron la mayor proporción de los trabajadores (Silva, 1999).

Estos trabajadores están siendo gradualmente descartados y reemplazados por las máquinas, mientras que una pequeña parte de ellos se destina a otras tareas subsidiarias de las máquinas, bajo el manto de contratación directa y formal. Los descartados se dirigen hacia sus lugares de origen o buscan trabajo en otras regiones del país.

Cambios en los cañaverales

Mediante el análisis de la literatura sobre la mecanización del corte de la caña⁵, observamos las siguientes preocupaciones: a) explicaciones técnicas relacionadas con el funcionamiento operacional de las máquinas, tractores, cargadoras y transbordos, en general desde el área de la ingeniería agronómica y mecánica; b) explicaciones que apuntan las ventajas de la maquinaria, relacionando los costos de producción, tales como el consumo de combustible, el tiempo de duración del equipo, la productividad, los cuidados de funcionamiento, etcétera. En general, esas explicaciones son también aplicables a otras fases de la producción, tales como: la preparación del suelo, el subsuelo, la nivelación, la profundidad de los surcos, la distribución de fertilizantes y herbicidas, o sea, actividades previas al plantío de la caña.

Hay muchos sitios en Internet de empresas, fabricantes, asociaciones de plantadores de caña, además de los artículos técnicos y científicos que difunden dicha información. En fin, la maquinaria como mercancía se expone cuidadosamente para atraer la atención de los futuros consumidores. El apogeo de su fetichismo ocurre durante la realización de *agrishows*, ferias anuales visitadas por los consumidores nacionales e internacionales, además de representantes de los partidos políticos, los gobernadores, el presidente de la república y, por supuesto, de los medios de comunicación. Es importante destacar que los trabajadores no participan de esta exposición. Permanecen ocultos y, por lo tanto, la maquinaria parece dotada de un poder anímico, siendo la única responsable de toda la producción.

5 Las informaciones con relación a la mecanización son innumerables. Seleccionamos aquellas que nos ayudaron en el análisis de las declaraciones obtenidas durante la investigación, a saber: Ramão, Schneider y Shikida, 2007; Veiga Filho, *et al.*, 1994; Scheidl y Simon, 2012. Los principales sitios consultados fueron: <www.inpe.br> y <www.dsr.inpe.br/mapdsr/>.

Nuestro intento es analizar este proceso a la luz no sólo de los aspectos económicos, sino también de las estrategias de dominación que garantizan el poder de la clase patronal y nos muestran formas de sumisión al capital que son tan o más perversas que las vigentes hasta entonces. La mecanización no sólo eliminó los puestos de trabajo, sino también profundizó la explotación de la fuerza de trabajo de los que estaban empleados.

Para eso, analizaremos la situación de los operadores de máquinas, los que son considerados calificados y mejor remunerados, y también de los que realizan tareas como: la recolección de piedras, para que estas no dañen las láminas de las máquinas; la extracción del *colonião*⁶ (mato) en las hileras de caña con la utilización de azadones; la distribución de veneno a través de bombas de espalda de hasta 20 o 30 kilos, en el medio de las cañas; la recolección de la *bituca* (restos de caña) dejados por las máquinas; la limpieza de las curvas de nivel y de los canales de vinaza; el plantío de la caña a través del cierre de los surcos o incluso a través del plantío manual.

Es necesario, de antemano, resaltar que estas actividades (excepto aquellas de los operadores) no se muestran, incluso en los estudios que toman en cuenta el trabajo, en los cuales el énfasis recae solamente en los operadores de máquinas (Scopinho, *et al.*, 1999; Vergínio y Almeida, 2013) o en la cuantificación del mercado de trabajo (Veiga Filho, *et al.*, 1994; Baccarin, Gebara y Borges Júnior, 2011; Baccarin, Gebara y Silva, 2013).

Este proceso de maquinización no es homogéneo. Así existen, por un lado, ingenios cuyo progreso técnico es más grande y más rápido que el de otros. Esto está en consonancia con el grado de competencia entre los capitales, en la cual se define la tasa de ganancia y la productividad media del trabajo. No obstante, este proceso técnico-científico se combina con la permanencia y la recreación de actividades aparentemente anómalas (e impensables) como la recolección de piedras. Esta combinación define la “nueva” morfología de trabajo en los cañaverales de San Pablo y produce una dialéctica de la racionalidad/irracionalidad, cuya esencia es la búsqueda de la reproducción ampliada de los capitales, basada en la dilapidación de la naturaleza y de la fuerza humana de trabajo (Silva y Martins, 2010).

6 El *Panicum maximum* Jacq CV *Colonião*, conocido como la hierba *colonião*, es originario de África. Es una planta perenne, forma grandes grupos densos y puede llegar hasta los tres metros de altura. Requiere altas temperaturas y humedad para su crecimiento; es poco resistente a heladas y también a la sequía. No es resistente al fuego. Ver: <http://www.agronomia.com.br/conteudo/artigos/artigos_graminneas_tropicais_panicum_colon.htm>.

Los antecedentes de la maquinización

Antes de empezar el análisis de los cambios del proceso de trabajo en los cañaverales paulistas, presentamos algunas reflexiones teóricas capaces de abrir otros caminos interpretativos sobre esa realidad.

En un importante artículo, Gaudemar (1991) analiza la disciplina en el proceso de trabajo como inscrita en las transformaciones sociales capitalistas. Así, el autor retoma los pasajes relativos a este tema en Marx, mostrando la necesidad de control como una forma de asegurar la producción de plusvalía. En la fase anterior, los capataces eran los responsables de la disciplina del trabajo parcelado y cooperativo entre los trabajadores. En la fase de la maquinaria, el control no se encuentra encarnado en figuras humanas subjetivas, como la del capataz, por ejemplo, sino en una fuerza mucho más diabólica —la de un mecanismo objetivo: “Lo que yo denomino conspiradora maquinación” (p. 91).

Gaudemar reanuda los argumentos de Marx acerca de la división del trabajo, en los que hay una clara separación entre el trabajo de los ingenieros, los técnicos especialistas, los vigilantes de las máquinas, los operadores y el de los peones y los ayudantes, que en ese momento histórico eran representados por los niños y las mujeres.

Para este autor, la maquinaria genera un proceso de autovigilancia que, en última instancia, podría suprimir al personal encargado exclusivamente de la vigilancia. Por lo tanto, el panopticismo de la primera fase podría ser sustituido por la maquinaria, a través de un proceso de objetivación-interiorización de la disciplina (p. 93). El autor afirma que esta división no es puramente tecnológica, aunque esto sea una tendencia. “Al contrario, tal disciplina se reproduce ampliando los modos de dominación social: la fábrica es un lugar ‘fuera de la ley’, ya que el capitalista hace de ella misma su ley” (p. 94).

Inspiradas por estas consideraciones, sugerimos cuatro ciclos de desarrollo de las estrategias de dominación social, en los cañaverales en el estado de San Pablo, a saber:

- Durante casi cuatro siglos, la historia de Brasil fue marcada a hierro por la esclavitud de los negros e indios. Durante los primeros siglos, el centro de la economía colonial se encontraba en el noreste, cuya tierra *massapé*⁷ de la costa era propicia al plantío de caña. En San Pablo, los primeros ingenios surgieron en São Vicente y, más tarde, a mediados del siglo XVIII, se implantaron muchos ingenios con la

7 Tipo de suelo apropiado para el cultivo de la caña de azúcar.

decadencia de la explotación minera y el regreso de muchas familias, en el denominado ‘Cuadrilátero del azúcar’ —Piracicaba, Sorocaba, Mogi-Guaçu y Jundiaí— (Petrone, 1968). Los esclavos fueron la base del trabajo en estos ingenios productores de aguardiente y rapadura. La ciudad de Itu también participó de esta producción. Las estrategias disciplinarias se daban a través de la coerción, del látigo y de otros instrumentos de tortura.

- Durante el sistema de colonato (en las primeras cinco décadas del siglo xx) el control del trabajo se ejercía por el jefe de familia. El proceso laboral consistía en el trabajo manual en todas las fases de la producción, incluyendo la preparación del suelo, a través de arados de tracción animal, el plantío y el corte de la caña bruta (no quemada). Después del corte realizado por los hombres y las mujeres, los niños eran los que acumulaban las cañas en haces, las unían con hojas de la misma caña, y enseguida los hombres los llevaban en sus hombros hasta las carros, que eran tirados por bueyes o mulos en los espacios abiertos en el medio del campo —dejados para los caminos por los que transitaban los carros—. Desde allí, la caña era llevada hasta los vagones del tren, que la conducían hacia los patios de los ingenios (Silva, 2008). Las relaciones sociales del patriarcado se reproducían dentro de los cañaverales, invistiendo a los padres de familia con la función de capataces⁸.
- Desde la aparición de los ingenios de caña en la década de los sesenta y el desmonte del sistema de colonato, las formas de control fueron pasadas a un grupo especial de vigilantes del proceso de trabajo, los capataces, fiscales y contratistas de mano de obra (“enganchadores”), lo que reflejaba los cambios en las formas de gestión y organización del trabajo. Así, se estableció un sistema de control panóptico tanto en el espacio productivo como reproductivo. Con el surgimiento de las ciudades de caña en San Pablo, a través de la llegada de miles de trabajadores de los estados de Minas Gerais, Paraná y del noreste del país, se creó un sistema disciplinario en el espacio de los cañaverales

8 Esas informaciones son resultado de la investigación llevada a cabo por Maria Aparecida de Moraes Silva, a mediados de la década de 1990, con apoyo de la Fundación de Apoyo a la Investigación del Estado de San Pablo (FAPESP) y el CNPq en el ingenio de caña Amália (Santa Rosa de Viterbo-SP), perteneciente a la familia Matarazzo, que operó desde la década de 1930, por medio del trabajo de los colonos, constituidos por afrodescendientes, procedentes del noreste y de Minas Gerais, y también de inmigrantes italianos. En el ingenio Tamoio (Araraquara-SP), el sistema era el mismo (Caires, 2008).

(*eito*) y también en su exterior, modelando, de esa manera, la casa y el espacio del trabajo. Había un doble control en el sistema de colonato, aunque era ejercido por el “padre-jefe”, además de los fiscales. Con los ingenios, esta duplicidad de control compete a un grupo especializado definido por las estrategias de las empresas, de acuerdo con códigos de moralización social, a través del control del mercado de trabajo desde las regiones de origen de los trabajadores, hasta sus conductas morales (el consumo de alcohol y el absentismo) y políticas —la participación en huelgas— (Silva, 1999).

- A mediados de los años noventa, empezó el denominado “paradigma de la maquinaria” en los cañaverales, en el contexto social, económico y ambiental ya presentado al comienzo de este artículo. La maquinaria, de manera cada vez más sistemática, sería el principal instrumento de objetivación del proceso de trabajo, aunque en aquel momento combinase formas de control subjetivas a través de capataces, que prevalecían en las fases anteriores. Siguiendo las reflexiones de Gaudemar, la alienación que deriva de la maquinaria consiste en la interiorización del proceso de trabajo que se objetivó a través de un ciclo de conspiradora disciplina (1991, p. 103).

La periodización de las estrategias disciplinarias puestas en marcha en este largo período histórico de actividad productiva, nos permite afirmar que estos ciclos no son mutuamente excluyentes, yuxtaponiéndose, aunque en cada ciclo sea posible verificar la tendencia de su estrategia dominante. La particularidad histórica del país, marcada por cuatro siglos de esclavitud, imprimió marcas profundas en las relaciones laborales posesclavitud, cuyas huellas aún existen, sin embargo, encubiertas bajo el manto del trabajo libre. El látigo ahora fue reemplazado por el “gancho”, a través de la imposición de metas de producción, por la suspensión del vale de alimentación y muchos otros mecanismos de control que se presentarán más adelante.

Un análisis que favorece el recorte étnico va a encontrar en los cañaverales, desde el colonato, una clase trabajadora compuesta de negros y trabajadores no procedentes de San Pablo. Estos datos históricos son muy importantes para la comprensión de los cuatro ciclos de tecnologías de disciplina impuestos, además de un análisis que apunta al cambio de la plusvalía absoluta hacia la relativa, el crecimiento de la productividad del trabajo con las máquinas y el aumento de la producción. Como dijo Marx, el capitalista compra la fuerza de trabajo y no al empleado, pero no podemos olvidar que la primera no existe sin el segundo, igual que el cuerpo del caracol no puede vivir sin el caparazón.

Así que las razones de las estrategias disciplinarias que se encuentran en los cañaverales paulistas en tiempos del paradigma de la maquinaria proporcionarán los elementos para la comprensión de la tecnología ‘per se’ y no el contrario. En este caso, vamos a analizar el proceso de trabajo actual, poniendo énfasis en la organización y la división del trabajo, de acuerdo con los géneros y las formas de control impuestas.

La construcción de la pasarela⁹

Según lo descrito por Marx, el espacio de la compra y venta de la fuerza de trabajo es el reino de la libertad, donde las personas son iguales ante la ley. Sin embargo, este aspecto de la libertad desaparece en el momento de la producción. De acuerdo con este autor, se observa en este caso un cambio en la fisonomía de los personajes de este drama. Marx ilustra bien las relaciones de poder que existen en el espacio productivo, sobre todo cuando el conocimiento técnico y científico domina el proceso de trabajo, profundizando la división del trabajo y la alienación del trabajador¹⁰. Aunque la producción de caña de azúcar se haga en la superficie de la tierra, el conocimiento del trabajo llevado a cabo ahí sólo se hace por medio de la escucha de sus voces y por la coparticipación de las emociones que surgen de las profundidades, no de la tierra, sino del interior de aquellos/as que ahí trabajan.

Más arriba mencionamos que la implantación de las máquinas resultó en grandes cambios en el proceso productivo de la caña. Como ya se ha subrayado en otros estudios (Veiga Filho, *et al.*, 1994; Scopinho, *et al.*, 1999; Scheidl y Simon, 2012), hay una interdependencia entre las diferentes fases del proceso productivo, desde la elección de las variedades de caña que se adaptan a las condiciones edafológicas y climáticas, pasando por la preparación de la tierra, el plantío, la cosecha, la carga y el transporte, hasta las molientes de la industria. Por otra parte, el avance de la tecnología impone cada vez más cambios a lo largo del proceso. Antes del plantío, se prepara

9 Utilizamos el término pasarela como una metáfora, cuyo significado es preparar el terreno para la máquina: sin piedra, sin tocón, sin matas. Como si se tratara de un desfile de moda.

10 Marx (1976) aseguró que en el espacio de la fábrica no está permitida la entrada de personas ajenas. Igualmente, los investigadores no tienen acceso a los cañaverales de San Pablo. Sin embargo, sabiamente, al disfrutar de un descuido de los vigilantes, en dos ocasiones fue posible entrar en ese espacio y acompañar a los trabajadores de la vinaza, la preparación de la tierra y la distribución de venenos.

rigurosamente la tierra con tractores, niveladoras, arados, excavadoras y surcadores. El área del terreno necesita grandes dimensiones, no sólo por el tamaño de las máquinas, sino también para facilitar y reducir el gasto de combustible por las maniobras durante la cosecha. En casos de nuevas áreas, es necesario remover los árboles¹¹, cercados, huertos y casas, de modo de poder hacer la corrección de la inclinación, secar las nacientes de agua, además de nivelar el terreno, ya que las salientes pueden causar accidentes, como la caída de las máquinas. Y más, se demuelen las casas después de la salida de sus residentes —trabajadores, pequeños propietarios, o incluso los hacendados que arrendaron o vendieron sus tierras a los ingenios (Melo, 2012; Reis de Souza, 2013)—. La demolición de las casas, de las antiguas haciendas, no es más que la eliminación de las marcas sociales y colectivas de los que vivían allí, así como del patrimonio material e histórico, además del sofocamiento de la memoria.

También la mecanización determina cuántos cortadores manuales perderán el empleo con su llegada. En fin, la máquina, o más bien, la figura de la máquina, determina cómo y qué se debe hacer para que funcione. Es la figura central del proceso productivo, y la atención, la mirada, los *flashes* deben dirigirse hacia ella. Es cara (una máquina puede costar alrededor de un millón de reales) y lujosa (con cabinas refrigeradas y computadora de a bordo). Su etiqueta de fabricación (el modelo, la capacidad de cosecha, el consumo de combustible, la grasa y el aceite) la ponen en el centro de la pasarela.

Todo el tiempo, la *top model*¹², que desfila sin parar y descansa solamente algunos minutos para el suministro y la reparación de piezas dañadas, requiere que las miradas se dirijan hacia ella y sus deseos sean satisfechos, incluso por la noche. Aunque fue diseñada para funcionar en la tierra, no lo puede hacer durante la temporada de lluvias, pues el lodo no combina con sus pies de correa. Aunque los tractores cierren las minas de agua, sequen las áreas pantanosas, sus artífices aún no han podido conseguir parar la lluvia. En este momento se interrumpe el desfile. Ella descansa, mientras que sus operadores son destinados a otras actividades.

Sigamos las indicaciones de esta metáfora. La preparación de la pasarela, como hemos visto, requiere una planificación previa de los técnicos en relación con el terreno, la variedad de caña de azúcar, la distribución de fertilizantes y herbicidas, el ancho entre las hileras de caña y la profundidad

11 Los árboles son enterrados —en el cementerio de los árboles— en agujeros enormes excavados por los tractores.

12 La marca John Deere es la más codiciada, según los operadores.

de los surcos. Preparar el terreno significa limpiarlo de todas las impurezas y defectos, tanto naturales como sociales. Esta fase se realiza por el “frente de trabajo” de los conductores de tractores y sus ayudantes. Estos profesionales, en general, ya tenían una trayectoria laboral en el ingenio, eran buenos cortadores de caña, personas dóciles, que tan pronto se presentó la oportunidad, tomaron el curso y fueron seleccionados. Están también los que son hijos de pequeños productores y, desde niños aprendieron a lidiar con el tractor, junto a sus padres¹³. En este caso, no necesitan tomar el curso. Los ayudantes aprenden con los conductores de tractores y reciben el conocimiento y la experiencia de los trabajadores por parte de las empresas, lo que reduce los costos de mano de obra calificada.

Además están los mecánicos y soldadores que trabajan en los talleres de apoyo a las máquinas y en el campo, que acuden para reparar las que están en funcionamiento. En este momento, tienen el apoyo de los operadores y ayudantes de las máquinas en situación de reparación. La comunicación se realiza por el personal del control, los denominados encargados, a través de radioaficionados, debido al hecho de que está prohibido el uso de móviles a los trabajadores en los cañaverales. Las estrategias de disciplina se ponen en práctica por medio de las computadoras de a bordo de los tractores, que controlan los movimientos de los operadores, y también por los encargados y los capataces, supervisados por los técnicos.

La pasarela requiere el desempeño de otro “frente de trabajo”, totalmente invisible para los estudios, constituido por hombres y mujeres, considerados no calificados, trabajadores diarios, polivalentes, tales como las cuadrillas de la piedra o del tocón. Ambas están formadas principalmente por mujeres. La primera recoge las piedras de los cañaverales; la segunda recolecta los pedazos de caña sobrantes y las matas. Cabe destacar que estas actividades son importantísimas, pues la recolección de las piedras evita la rotura de las “*faquinhos*” (láminas) de las máquinas. Este frente está controlado por los encargados.

Sin embargo, nuestros resultados de investigación revelaron que el “frente de la recolección de piedras” trabaja también antes de la operación de las cosechadoras, porque según un testigo, “las piedras brotan del suelo; cuanto más las recogemos, más piedras salen”. De todos modos, hay aquí una combinación de tecnología avanzada con trabajo hu-

13 Situación encontrada en Santa Albertina en la región de Jales-SP.

mano degradado, “un trabajo de la época de la esclavitud”, de acuerdo con una trabajadora¹⁴.

Después de la preparación de la “pasarela”, entra en juego otro frente de trabajo, el del plantío. La tecnología de esta etapa varía mucho entre un ingenio y otro. Existen las que combinan el trabajo manual con el mecánico, mientras que en otras el proceso se hace todo por medio de las máquinas.

En el primer caso, se corta la caña cruda a mano, se la transporta hasta las áreas de plantío y se la deposita en montañas. Las cañas son colocadas por los/as trabajadores/as en los surcos, previamente fertilizados y abiertos por los tractores, enseguida otro frente pica las yemas y, finalmente, los tractores tapan todo con tierra.

Esta actividad requiere mucho esfuerzo y agilidad, ya que la distribución de la caña en los surcos y el corte de las yemas deben ser hechos de acuerdo con la velocidad de los tractores y camiones que transportan la caña. Estos, en la mayoría de los casos, pertenecen a empresas de terceros, cuya forma de remuneración se da por la cuantía de caña plantada. Esta actividad puede producir mucho dolor en el cuerpo, pues se requiere una postura encorvada o incluso arrodillada para cortar las yemas.

En el plantío mecanizado, todos estos pasos se llevan a cabo por las máquinas y sus operadores: las cosechadoras cortan y pican la caña cruda que, después de transportada, se distribuye en los surcos ya fertilizados por otros tractores con remolques, que también cubren los surcos con tierra¹⁵. Si los encargados lo juzgan necesario, un grupo de trabajadores/as será movilizado para realizar el cierre de los surcos. Es importante destacar que los frentes diarios se componen de trabajadores manuales, polivalentes, que desempeñan actividades complementarias a las máquinas y se mueven en diferentes áreas de trabajo, de acuerdo con las necesidades de la producción.

14 Al consultar los sitios web de estas máquinas, hemos visto que en Australia hay un modelo de cosechadora de piedras.

15 Hasta hace algunos años estaba vigente otro sistema de plantío, pero aunque se practique, está restringido por el Ministerio Público. El sistema es similar a la preparación de los surcos. Los camiones transportan la caña y al llegar a los lugares de plantío, cinco hombres dispuestos sobre él van lanzándola en los surcos, a medida que el camión avanza. En el suelo, las mujeres cortan los tallos en los surcos y, detrás de ellas, los tractores hacen la presa. Las mujeres, por lo tanto, son presionadas por el ritmo de los tractores y los camiones, además de que inhalan los gases expulsados por los tubos de escape. Debido al movimiento de las cañas, los accidentes graves son frecuentes, lo que resulta en caídas (a los hombres) y atropellamiento por máquinas (a las mujeres).

De ahí viene la forma como definen su trabajo: “trabajo en el campo”. Legalmente, se registran como trabajadores rurales. En verdad, además de polivalentes son ambulantes. El cambio de la figura semántica es importante, en la medida en que se distinguen en relación con los calificados —conductores y operadores de tractores— y la naturaleza del trabajo realizado está oculta y no paga, según la NR31. Es el caso de los trabajadores en la distribución de la vinaza y el veneno, pues no reciben el complemento de ingresos que corresponde a la insalubridad.

Terminada esta etapa, se espera el ciclo natural de la caña —la brotación, el crecimiento y la maduración—. Sin embargo, se necesita mucho cuidado para que este ciclo se complete. Es decir, la caña es la alfombra verde que se extiende sobre la pasarela de la máquina, la cual requiere una planificación técnico-racional. Es la fase de cuidar la caña. Es el momento de los que llevan a cabo el trabajo en el campo: los frentes de la piedra, la *bituca* (restos de caña), el veneno y la vinaza, los que aseguran la combinación de la racionalidad/irracionalidad, ya mencionada en líneas anteriores.

El mundo invisible del trabajo

Intentamos presentar en las líneas siguientes la degradación del trabajo que rodea las grandes cosechadoras y la forma en que las normas relativas a los patrones de género no sólo distinguen el empleo de hombres y mujeres, en las diferentes etapas del proceso de producción de la caña, sino que establecen el momento en el cual las fronteras son abiertas o cerradas para la contratación de mujeres.

Entre las actividades que todavía emplean a mujeres, está la recolección de las piedras en los cañaverales, como ya se mencionó. Este proceso puede ser descrito como uno de los movimientos de “alas abiertas” para pasar la máquina cosechadora. Esto se debe a que el terreno necesita estar libre de piedras que pueden dañar las láminas de las enormes y potentes cosechadoras.

Esta actividad consiste en la extracción de piedras de diferentes tamaños. En primer lugar, las piedras se recogen y se ponen en baldes para que después sean depositadas en una pequeña carreta arrastrada por un tractor en el cañaveral. Esta actividad es realizada por el llamado “turno de la piedra” o de un grupo que está trabajando a diario. El turno del diario muchas veces llega al *eito*¹⁶ del cañaveral sin saber con exactitud qué actividad

16 *Eito* es una palabra del período de la esclavitud. Se refiere al lugar de trabajo. Todavía se usa hasta el día de hoy.

desempeñará ese día. El grupo puede ser enviado para la recolección de *bituca* y piedra, la apertura de surcos, o incluso la retirada de los cercados que marcaban las áreas recién arrendadas por los ingenios. En general, en la recolección de piedras, las mujeres se encargan de recolectar las piedras más pequeñas y ponerlas en un balde, mientras que los hombres arrastran el tractor que lleva la carreta y también son responsables de arrastrar las piedras más grandes que están “ocultas” en la tierra. Utilizan una azada para quitar aquellas que están parcialmente incrustadas en el suelo. Muchas veces, debido al tamaño y peso de las piedras, ellas deben ser cargadas por un grupo de personas.

La actividad está controlada por un fiscal de turno, que determina a cada trabajador un número y una hilera de caña para que sea hecha la recolección de piedra. Este fiscal pasa por los cañaverales revisando si alguna piedra se ha quedado atrás. Si esto sucede, una vez identificada la hilera donde se dejó la piedra, el fiscal también tiene acceso a la persona que se encargó de realizar ese trabajo. Esta es otra de las formas de control del trabajo en los cañaverales.

Más allá de la división de tareas, las narraciones muestran una práctica abusiva por parte de los empleadores, como por ejemplo: delegar en las trabajadoras la responsabilidad de llevar las herramientas de trabajo de sus hogares al cañaveral. Teniendo en cuenta que el trabajo de recolección de piedras es cumplido muchas veces por el turno del diario, algunas trabajadoras no conocen el trabajo de recolección y acaban utilizando sus propias blusas para almacenar las piedras y transportarlas hasta las carretas.

Otra actividad subsidiaria a la máquina se refiere a la distribución de herbicidas, pesticidas y también a la extracción del *colonião*. Con relación a este último, se encontró que algunas mujeres usaban la azada para arrancar las matas en el medio de las hileras de caña. Debido a que son resistentes, no son eliminadas por los herbicidas y, por lo tanto, es necesario arrancarlas, asegurando así el crecimiento de la caña. Es un trabajo duro, ya que requiere mucho gasto de energía para extraer las raíces profundas de la hierba. La preferencia por las mujeres es debido al hecho de que “son más cuidadosas”, según los fiscales del control.

Por otro lado, cuando las cañas ya han crecido, el trabajo no recibe la mirada panóptica de los fiscales, pues debido al tamaño de las cañas, las mujeres se quedan totalmente invisibles, camufladas en ellas. Sin embargo, una vez que logran pasar por las hileras de caña y llegan hasta los “carreadores”, no han de esperar. La estrategia disciplinaria, en este caso, se mide calculando el tiempo necesario para arrancar la hierba. Debido al pequeño espacio (entre 1,50 y 1,90 metros) y el crecimiento de las hojas, “las hile-

ras” de la caña quedan completamente cerradas. Este ambiente inhóspito, agravado por el peligro de las serpientes, además del excesivo calor, hace que las mujeres trabajen en parejas, para evitar que el miedo o incluso la picadura de serpientes puedan afectar el rendimiento del trabajo.

La estrategia es que las mujeres más audaces se queden al frente de las miedosas. Muchos fueron los relatos de mujeres que mataron serpientes. Hay que señalar que, en este caso, ya no existe el discurso de protección de los trabajadores contra los denominados animales ponzoñosos, lo que justifica la mecanización. También se les encomienda a las mujeres ir “pisando el coloniã” para facilitar el arranque. Esta operación es penosa, ya que requiere que lleven botas especiales de caña alta, lo que les causa deformidades en los pies, várices e hipertensión arterial debido al calor. En el invierno, esta tarea se hace más penosa: cuando las hojas de la caña están todavía cubiertas de rocío, al principio de la jornada laboral, las mujeres se ven obligadas a entrar en las hileras de caña. Muchas se quejaron de que se quedan con la ropa mojada durante horas, lo que les causa enfermedades respiratorias, incluso neumonía.

Con relación al grupo del veneno, los hombres distribuyen el veneno para hormigas y las mujeres hacen la distribución de herbicidas. Ambos llevan bombas a la espalda, que pesan entre 20 y 30 kilos. Así como el grupo del coloniã, ellas trabajan en el medio de la caña, en el mismo ambiente penoso, agravado por el olor de los venenos y el peso de las bombas. Las declaraciones revelan el sufrimiento a causa del trabajo, los dolores de espalda, cefaleas, náuseas, vómitos, pérdida de apetito, sensación de desmayo, alergias, alteraciones visuales y otras quejas.

Lo que constatamos es que, sobre todo las mujeres, no soportan durante mucho tiempo esta actividad. La mayoría solicitó la transferencia a otras tareas, se alejó por razones de salud o manifestó el deseo de dejar el trabajo. “Queremos que el ingenio nos despida, pero no lo hacen”. Esta frase revela otra cara de esta realidad.

Al imponer nuevas estrategias de control, el actual ciclo del paradigma de la máquina produjo también cambios en las formas de contratación. Los frentes de trabajo se componen de trabajadores con registro formal y por tiempo indeterminado. No existen más (excepto para los cortadores manuales de caña quemada) los contratos de cosecha y entre cosecha. Por lo tanto, fueron eliminados, en esos casos, los contratos temporales.

De esta forma, si fuesen despedidos por causa injustificada, los patrones estarían obligados a pagar los derechos laborales. En la medida en que “ellos no nos despiden”, estos trabajadores no piden la dimisión para garantizar sus derechos, con la esperanza de ser despedidos.

Para completar la descripción de la elaboración de la alfombra verde de la pasarela, analizamos enseguida el caso de los trabajadores de la vinaza.

La vinaza, también conocida como *restilo* o vino, es el producto procedente de la destilación del licor de fermentación del alcohol de caña de azúcar¹⁷. Los ingenios aprovechan este líquido residual para la aplicación en el sistema de fertirrigación en los cañaverales. Dependiendo del suelo y de la cantidad de vinaza aplicada en el terreno, el líquido puede contaminar las aguas superficiales y subterráneas.

La contaminación ocurre, en parte, debido a una concentración específica de fosfato y nitrato. La aplicación de la vinaza produce efectos directos sobre la salud humana y animal, y también influye en el crecimiento de las plantas y en la calidad ambiental (Silva, Griebeler y Borges, 2007). El poder contaminante de la vinaza también es señalado por otros autores. Szmrecsányi (1994, p. 73) presenta las consecuencias ambientales del uso de la vinaza *in natura*: la contaminación del agua de los arroyos y de las capas freáticas y una salinización progresiva del suelo.

Estos estudios nos muestran los riesgos ambientales de los desechos de la vinaza en el suelo y también su uso en el cultivo de caña como fertilizante. Incluso pueden causar enfermedades a los peces de ríos que se encuentran cerca de estas áreas, y también existen riesgos de propagación de endemias como la malaria y la esquistosomiasis. El elemento oculto en estas referencias es el riesgo de quienes trabajan directamente con la vinaza.

Utilizamos la experiencia laboral del Sr. Edson, que trabaja hace siete años en la aplicación de vinaza en las plantaciones de caña de azúcar. Su narración ofrece elementos clave para la comprensión de la dinámica del trabajo, el esquema de los turnos rotativos, el protagonismo de las máquinas y los riesgos a la salud de los trabajadores. En su carrera laboral están presentes al menos tres actividades distintas en la cultura de la caña: el control biológico de plagas en los cañaverales, el corte manual de caña y la aplicación de la vinaza. Después de dos años de actividad en el corte de la caña, el Sr. Edson empezó a sentir dolores fuertes en el brazo con el que hacía el movimiento de abrazar la caña. Después de pasar por evaluación médica e intentar alejamiento de la tarea, fue dirigido de vuelta al ingenio para seguir con el trabajo. Sin embargo, ya no podía cortar la caña y por eso fue destinado al turno de la vinaza.

El turno de la vinaza es responsable de la construcción de los canales que unen el ingenio a los cañaverales. Los canales están constituidos por

17 Cada litro de alcohol producido por el ingenio genera cerca de diez a dieciocho litros de vinaza (Silva, Griebeler y Borges, 2007).

conductos hechos en la superficie del terreno. A continuación, se pone una lona negra para facilitar el flujo de la vinaza. Hay por lo menos dos frentes de aplicación de la vinaza. En uno de ellos se realiza la aspersión por cañón. Una máquina arrastra la vinaza que sale del canal y el trabajador responsable tiene que inclinar el cañón en diferentes ángulos de modo que se realice la irrigación. En otro frente de trabajo se hace la aspersión a través del carrete. En este tipo de aspersión se almacena la vinaza en un camión tanque, del cual sale una manguera con conexión a otra máquina que suministra el carrete. El carrete tiene una longitud de 300 metros y puede tirar la vinaza a una distancia de cinco metros.

La aplicación del producto se realiza de forma continua, esto implica un esquema de rotación en el cual los trabajadores pasan por tres turnos distintos durante el mes. Por lo tanto, sus cuerpos necesitan reajustarse semanalmente a las nuevas rutinas, con distintos horarios para la comida, el sueño y el trabajo. Además de la confusión mental y orgánica causada por los reajustes constantes, el ambiente de trabajo presenta algunos factores de riesgo, como el alto ruido emitido por los motores de las máquinas que hacen la carga y la aspersión; y el contacto directo con el líquido de la vinaza, que tiene un olor tan fuerte que se queda impregnado en la piel, incluso después de ducharse. Aunque los trabajadores realicen sus actividades con protectores auditivos y ropas reforzadas para no ser tocados por el líquido, a veces la sustancia entra en contacto directo con la piel.

Hemos escuchado muchos relatos de personas que conocían a alguien que había sido herido en el trabajo, pero difícilmente hablan de una enfermedad sufrida por ellos mismos, especialmente en el caso de los hombres.

En su estudio sobre la psicopatología del trabajo, Dejours (1987) muestra que el cuerpo sólo se puede usar mientras está “silencioso”, es decir, mientras es capaz de producir valor. Según el autor, la situación provocada por una enfermedad derivada del trabajo genera una ideología de la vergüenza, lo que provoca angustia y sufrimiento a los trabajadores, no a causa de la enfermedad en sí misma, sino por la “... destrucción del cuerpo como fuerza capaz de producir trabajo” (Dejours, 1987, p. 34).

El trabajo en la vinaza es exclusivamente masculino. Así como la operación de las máquinas cosechadoras de caña. La ausencia de las mujeres en la cosecha mecanizada se justifica por la peligrosidad que ofrecen las máquinas. Se puede verificar que muchas veces el discurso refuerza la ausencia de mujeres en actividades consideradas peligrosas. Sin embargo, en la práctica, ellas también están en la primera línea de ocupaciones con alto riesgo de accidentes de trabajo, como es el caso de las mujeres que recogen las *bitucas* al lado de las máquinas que eliminan las cañas cortadas manual-

mente al camión de transbordo. La actividad de recolección de las *bitucas* acompañando el camión es realizada principalmente por mujeres, así como la que se refiere a la recolección de las piedras en los cañaverales¹⁸. De acuerdo con los fiscales de grupo, las mujeres están empleadas en las actividades de recolección de las *bitucas* y piedras porque son más delicadas que los hombres. Sin embargo, es necesario adoptar una visión crítica sobre estas consideraciones acerca de las características que serían inherentes a los hombres y a las mujeres. Las investigaciones desarrolladas por Olaizola (2009, 2012) refuerzan esta posición crítica. La autora muestra la necesidad de comprender dialécticamente el modo en el cual las ideologías sexuales se van materializando en los procesos de trabajo y cómo las condiciones materiales de existencia condicionan y dan forma a esas ideologías, que no son estáticas, sino que cambian (Olaizola, 2009, pp. 254-255).

La materialización de las ideologías sexistas no sólo se expresa por la división de tareas en los cañaverales, sino también en las exigencias que se refieren al proceso de selección en algunos sectores de la agroindustria de la caña. La máquina es citada como el principal responsable del bajo número de mujeres empleadas en los cañaverales. Se trata, en realidad, de una de las implicaciones del patriarcado, aquí entendido como uno de los sistemas de dominación-explotación con una simbiosis en la cual participan también el modo de producción y el racismo (Saffioti, 1990, p. 22).

Si, por un lado, la tecnología de las cosechadoras quita el trabajo a hombres y mujeres, la ideología sexista establece el momento en el que las mujeres deben ser o no llamadas al trabajo en los cañaverales, haciendo uso del argumento de que las trabajadoras son “madres” potenciales. Chodorow (1990) define las implicaciones de la categorización de hombres y mujeres con respecto al posicionamiento en la familia y en la organización de la producción. Para esta autora, “... las mujeres están en primera posición en el sistema sexo-género, mientras los hombres están primeros en la organización de la producción” (p. 223). Esto se vuelve bastante evidente si tenemos en cuenta que los ingenios solicitan que las mujeres entren en el proceso de selección solamente si están acompañadas¹⁹ y si demuestran que el embarazo no representará un riesgo para el ingenio.

18 En Silva (2011) es posible encontrar una descripción detallada sobre el trabajo de las mujeres en la recolección de las *bitucas* en los cañaverales.

19 Este mismo criterio no se utiliza en la contratación de los hombres. Los hombres pueden entrar en el ingenio sin acompañantes.

La máquina entra en escena

Terminadas la construcción de la pasarela y de la alfombra verde, llegamos al momento del inicio del desfile de la *top model*: la cosechadora.

En líneas anteriores, se mostró que existe una interdependencia entre las diferentes etapas del proceso de producción, que se intensifica por el paradigma de la máquina. Todas las actividades analizadas dan soporte a la “entrada” de la máquina en el cañaveral. El estudio de Scopinho, *et al.* (1999) analiza las condiciones de trabajo y salud de los operadores a fines de 1990. Al comparar nuestros resultados de investigación con este trabajo, observamos que, en general, aunque ha sido relevante el avance tecnológico de las cosechadoras, la situación de los operadores no ha experimentado cambios significativos. La trayectoria laboral de los operadores es la misma que la de los conductores de tractores.

Estos empezaron a trabajar en otras funciones y, a causa de su “buen comportamiento” y la productividad, fueron seleccionados para, en primer lugar, trabajar con tractores y, luego, con las máquinas. Hicieron el curso de formación profesional ofrecido por los ingenios y por el Servicio Nacional de Aprendizaje Rural (SENAR) y, gracias a sus buenas actuaciones, fueron seleccionados entre muchos otros. Al principio fueron ayudantes de los operadores más experimentados y, enseguida, tomaron el control de la máquina. Estos operadores describen ese momento con mucho orgullo, como de haber sido agraciados por Dios por haber logrado una posición tan importante. Se sienten felices y realizados. Hablan de la casa, del coche, de los electrodomésticos, en fin, de los bienes que conquistaron como resultado de este trabajo. Se sienten como la máquina, en la cima, en comparación con los otros trabajadores, principalmente los cortadores manuales, considerados desgraciados o sufridos.

Sin embargo, cuando se les preguntó sobre el trabajo, poco a poco fueron revelando otra realidad. Ellos trabajan en tres turnos (de ocho horas) alternados semanalmente. La sofisticada tecnología requiere una atención continua durante todo el proceso de trabajo, por no hablar de que trabajan al lado de los conductores de tractores, los denominados transbordos, cuyas cajas volcadoras reciben la caña cortada²⁰. La manera de conducir de los operadores así como de los conductores de tractores debe sincronizarse, de lo contrario, habrá pérdidas debido a las cañas caídas fuera de la caja

20 Para cada máquina, hay un tractor con dos transbordos.

volcadora²¹. Completadas estas cajas, el conductor del tractor, a su vez, se dirige hasta el lugar donde están los camiones, mientras que otro toma su lugar y así continuamente. Este es el llamado sistema CCT (corte, carga y transporte)²². Por lo tanto, el movimiento de las máquinas, tractores y camiones, que operan de acuerdo con el “golpea y vuelve”, es intenso y continuo, en el cual el dominio de la conspiradora maquinación alcanza su pico, ya que la máquina no puede parar.

Además de la atención necesaria en este trabajo cooperativo (la cosechadora, el transbordo y los camiones), debemos tener en cuenta que la velocidad de la máquina está programada por las computadoras, así como sus paradas (el panel de control de una de ellas cuenta con 34 códigos de comando). En cuanto al tiempo de parada para las comidas, los encuestados afirmaron que comen mientras la máquina esté parada para el cambio de piezas, suministros, limpieza de pajas, etcétera. Por lo tanto, es la máquina la que determina cuándo y cuánto pueden comer. Lo mismo ocurre con las necesidades fisiológicas. “Si usted tiene dolor de barriga, no puede trabajar, ya que el encargado pone a otra persona en su lugar. Al final, el ingenio nos paga para trabajar y no para cagar”, dijo el encargado, según un testigo.

Además del control ejercido por la conspiradora maquinización —las computadoras, los radioaficionados, los satélites, los GPS— aún existe la presencia de los denominados encargados. Por lo tanto, hay una duplicidad de estrategias de disciplina, a través de la interiorización de la objetivación, que alcanza hasta el funcionamiento orgánico de los operadores (el apetito y las necesidades fisiológicas), y también de la presencia subjetiva de los capataces que controlan si la máquina está dejando los tocones altos (altos brotes) o si las *faquinhás* (láminas) están hundiéndose mucho en la tierra y causando impurezas a las cañas, por no hablar de los accidentes provocados por las maniobras rápidas o las curvas de nivel, o aun por la cantidad de paja que se acumula en los mecanismos de la máquina, que con el calor puede causar un incendio²³.

Los operadores señalaron otras situaciones de riesgo, procedentes del cambio de las *faquinhás* (láminas), que debe ser hecho cada 80 horas, si no hay piedras. Este cambio se hace con guantes de acero, ya que las láminas

21 Las posibles pérdidas, así como los tocones altos, son arreglados por el “frente de la bituca”.

22 Véase al respecto de la subcontratación del CCT: Scheidl y Simon, 2012; Barreto y Thomas Júnior, 2013.

23 En Goiás, en razón de las altas temperaturas, las máquinas se prenden fuego a menudo.

“afeitan hasta la cabeza de tan afiladas”, eso sin contar el cambio de los tornillos que se entierran en el suelo, así como la salida de la cabina, que por estar en una posición elevada puede causar caídas con lesiones.

Otra estrategia de control procede de la forma de organización del trabajo de los operadores. Por el hecho de trabajar en tres turnos, hay un sistema de premiación, PAM (Prêmio para Atingir a Meta), que consiste en que la media diaria estipulada para cada operador es 718 toneladas; si uno no cumple la meta, disminuye el premio (30% del salario neto). Además de la coacción que cada trabajador acaba por ejercer sobre el otro, existe también el control de calidad de la caña cosechada —las impurezas como la paja, la tierra, la hierba— que interferirán en la suma de los bonos recibidos. Si hay una falta, ellos pierden el 50% del bono; dos faltas implicarán la pérdida total. “Así me esfuerzo y mi socio también hace lo mismo. Hay un acuerdo entre nosotros. Uno no puede hacer daño al otro”. Por esta razón, hay conflictos entre los operadores que “no trabajan combinados”, sobre todo cuando hay subcontratación de los conductores de tractores de los transbordos. En los períodos de lluvia la máquina no funciona, pero los operadores se quedan en su interior, vigilándola para evitar posibles robos.

Con respecto a la salud, a los trastornos psicossomáticos debidos a la alternancia de turnos de la jornada laboral, se añaden las dificultades para dormir durante el día y el zumbido de los motores que permanece continuamente en los oídos, la pérdida de apetito y los daños relativos a la sociabilidad en familia, ya que además de los turnos alternados, el sistema vigente es el 5x1, o sea, cinco días de trabajo y uno de descanso.

Algunas consideraciones finales

Finalmente, los resultados de este estudio revelaron lo contrario del proceso de mecanización de los cañaverales paulistas. El análisis del paradigma de la máquina frente a las estrategias disciplinarias derivadas de la simbiosis tecnología/degradación del trabajo fue importante para la comprensión de las particularidades históricas de esta actividad económica, así como las razones de permanencia del *habitus* de las formas de dominación que aseguran los niveles de acumulación de esos capitales.

¿Y la resistencia? ¿No existe? Dentro de los límites de este texto no nos quedó espacio para este análisis. La comprensión de la historia como proceso, la resistencia (las huelgas o las rebeliones cotidianas) se ha detectado en varios momentos de la investigación. Las huelgas de operadores de máquinas y cortadores manuales fueron registradas en muchas ciudades de caña. Además, fueron identificadas muchas formas de resistencia pe-

queña, pero no por ello menos importantes, como llenar la memoria de las computadoras, obligando a que la máquina se detenga; no pedir para ser despedido para poder recibir los derechos; no recoger todas las piedras de los cañaverales; dejar el trabajo de conductor de tractor y volver al trabajo familiar en el campo; no aceptar los precios pagos por el corte de la caña y volver al lugar de origen (migrantes); abandonar el trabajo de distribución de veneno; y así sucesivamente.

De acuerdo a los pasos de Harvey (2011), el sistema de dominación necesita existir debido a la tensión en el proceso de trabajo, en el cual el capitalista depende básicamente del trabajador (p. 88). Es el/la trabajador/a que trabaja, que opera las máquinas, que distribuye el veneno, que recoge las piedras, que recolecta la *bituca*, que entra en el tanque de vinaza, que corta la caña hasta la muerte... y no el capitalista y sus socios directos. Por mucho que los capitalistas organicen el proceso de trabajo, el trabajador es el agente fértil. Para Harvey, el proceso de trabajo es un campo de batalla perpetua.

Al enfrentar el cañaveral, considerar la recolección de piedras como trabajo esclavo, ser puesto en el anzuelo, como atados al *pelourinho*²⁴, sentir calambres en todo el cuerpo, incluso en la lengua debido al exceso de trabajo, en fin, los trabajadores tienen conciencia del campo de batalla en el que están. Sin embargo, para saber lo que ocurre más allá de esta sala con control remoto, es necesario escuchar las voces de aquellos/as que ahí trabajan.

24 Columna de piedra o de madera, puesta en una plaza o lugar público, donde eran exhibidos y castigados los esclavos que no seguían las normas de los señores.

Referencias bibliográficas

- Alves, Francisco José da Costa (2006). Por que morrem os cortadores de cana? *Saúde e Sociedade*, 15(3), pp. 90-98.
- Baccarin, José Giacomo; José Jorge Gebara y Bruna Matsufugi Silva (2013). Aceleração da colheita mecânica e seus efeitos na ocupação formal canavieira no estado de São Paulo, de 2007 a 2012. *Informações Econômicas*, 43(5), pp. 19-31.
- Baccarin, José Giacomo; José Jorge Gebara y Júlio Cesar Borges Júnior (2011). Expansão canavieira e ocupação formal em empresas sucroalcooleiras do centro-sul do Brasil, entre 2007 e 2009. *Revista Economia e Sociologia Rural*, 49(2), pp. 493-506.
- Barbosa, Cristiane Maria Galvão (2010). *Avaliação cardiovascular e respiratória de trabalhadores cortadores de cana-de-açúcar no estado de São Paulo*. Tesis de doctorado en Neumología. Universidade de São Paulo, San Pablo, Brasil.
- Barreto, Maria Joseli y Antonio Thomaz Júnior (2013). A terceirização do trabalho nas lavouras de cana-de-açúcar da região do Pontal de Paranapanema-SP. En: *Anais II Seminário Internacional Ruralidades, Trabalho e Meio Ambiente*, UFSCar [CD-ROM].
- Caires, Ângela Cristina Ribeiro (2008). O colonato na usina Tamoio. En: Delma Pessanha Neves y Maria Aparecida de Moraes Silva, orgs. *Processos de constituição e reprodução do campesinato no Brasil*, vol. 1: *Formas tuteladas de condição camponesa*. San Pablo/Brasília: UNESP/NEAD, pp. 163-183.
- Chodorow, Nancy (1990). *Psicanálise da maternidade: uma crítica a Freud a partir da mulher*. Río de Janeiro: Rosa dos Tempos.
- Dejours, Christophe (1987). *A loucura do trabalho: estudo de psicopatologia do trabalho*. San Pablo: Cortez-Oboré.
- Facioli, Inês, org. (2009). *Vozes do eito*. Guariba-SP: Eco das Letras.
- Gaudemar, Jean-Paul (1991). Preliminares para una genealogía de las formas de disciplina en el proceso capitalista del trabajo. En: Robert Castel, Jacques Donzelot, Michel Foucault, Jean-Paul de Gaudemar, Claude Grignon y Francine Muel. *Espacios de poder*. 2.^a ed. Madrid: Ediciones de La Piqueta, pp. 85-122.
- Harvey, David (2011). *O enigma do capital: e as crises do capitalismo*. San Pablo: Boitempo.
- Laat, Erivelton Fontana (2010). *Trabalho e risco do corte manual da cana-de-açúcar*. Tesis de doctorado en Ingeniería de producción. Universidade Metodista de Piracicaba, Piracicaba-SP, Brasil.
- Marx, Karl (1976). *Le capital*, libro I. París: Éditions Sociales.

- Melo, Beatriz Medeiros (2012). *História e memória na contramão da expansão canavieira: um estudo das formas de resistência dos sítiantes no noroeste paulista*. Tesis de doctorado en Sociología. Universidade Federal de São Carlos (UFSCAR), São Carlos-SP, Brasil.
- Olaizola, Alicia Reigada (2009). *Las nuevas temporeras de la fresa en Huelva: flexibilidad productiva, contratación en origen y feminización del trabajo en una agricultura globalizada*. Tesis de doctorado en Antropología Social. Universidad de Sevilla, Sevilla, España.
- Olaizola, Alicia Reigada (2012). Agricultura industrial en Andalucía y feminización del trabajo en las cadenas agrícolas globales. *Regiones: Suplemento de Antropología*, 47, pp. 22-26.
- Petrone, Maria Thereza (1968). *A lavoura canavieira em São Paulo: expansão e declínio (1765-1851)*. San Pablo: Difel.
- Ramão, Fernanda Pamplona; Iara Elisa Schneider y Pery Francisco Assis Shikida (2007). Padrão tecnológico no corte de cana-de-açúcar: um estudo de caso no estado de Paraná. *Revista de Economia Agrícola*, 54(1), pp. 109-122.
- Reis de Souza, Tainá (2013). *Propriedade e renda fundiária: configurações contemporâneas do rural paulista*. Tesis de maestría en Sociología. Universidade Federal de São Carlos (UFSCar), São Carlos-SP, Brasil.
- Saffioti, Heleieth I. B. (1990). *Rearticulando gênero e classe social: anais do XIV Encontro Anual da ANPOCS*. Caxambu, 22 a 26 de octubre de 1990. Documento interno.
- Scheidl, Herbert Abude y Alexandre Tadeu Simon (2012). Avaliação do processo de terceirização do corte mecanizado, carregamento e transporte de cana-de-açúcar. *Revista de Ciência e Tecnologia*, 17(33), pp. 103-118.
- Scopinho, Rosemeire Aparecida; Farid Eid; Carlos Eduardo de Freitas Vian y Paulo Roberto Correia da Silva (1999). Novas tecnologias e saúde do trabalhador: a mecanização do corte da cana-de-açúcar. *Cadernos de Saúde Pública*, 15(1), pp. 147-161.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes (1999). *Errantes do fim do século*. San Pablo: UNESP.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes (2006). A morte ronda os canaviais paulistas. *Revista da Associação Brasileira de Reforma Agrária*, 33(2), pp. 111-142.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes (2008). Greve na fazenda. En: Delma Pessanha Neves y Maria Aparecida de Moraes Silva, orgs. *Processos de constituição e reprodução do campesinato no Brasil*, vol. 1: *Formas tuteladas de condição camponesa*. San Pablo/Brasília: UNESP/NEAD, pp. 207-232.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes (2011). *O trabalho oculto nos canaviais paulistas*. Ponencia presentada en el XV Congreso Brasileiro de Sociologia. Curitiba-PR, Brasil, 26 al 29 de julio de 2011.

- Silva, Maria Aparecida de Moraes y Rodrigo Constante Martins (2010). A degradação social do trabalho e da natureza no contexto da cultura canavieira paulista. *Sociologias*, 12(24), pp. 196-241.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes; Rodrigo Constante Martins; Fábio Kazuo Ocada; Stela Godoi; Beatriz Medeiros de Melo; Andréia Vettoracci; Juliana Dourado Bueno y Jadir Damião Ribeiro (2006). Do karoshi no Japão, à birôla no Brasil: as faces do trabalho no capitalismo mundializado. *Nera*, 9(8), pp. 74-109. Disponible en: <http://www.nanotecnologia.com.br/redcmdmc/lab/arquivos_publicacoes/78_Revista.pdf> [acceso 10/10/2014].
- Silva, Maria Aparecida de Moraes; Lúcio Vasconcellos Verçoza y Juliana Dourado Bueno (2013). A imagem do etanol como “desenvolvimento sustentável” e a (nova) morfologia do trabalho. *Caderno CRH*, 26(68), pp. 253-272.
- Silva, Mellissa A. S. da; Nori P. Griebeler y Lino C. Borges (2007). Uso de vinhaça e impactos nas propriedades do solo e lençol freático. *Revista Brasileira de Engenharia Agrícola e Ambiental*, 11(1), pp. 108-114.
- Szmrecsányi, Tamás (1994). Tecnologia e degradação ambiental: o caso da agroindústria canavieira no estado de São Paulo. *Informações Econômicas*, 24(10), pp. 73-82.
- Veiga Filho, Alceu de Arruda; Zuleima Alleoni P. de S. Santos; José Eduardo Rodrigues Veiga; Malimíria Norico Otani y Regina Junko Yoshii (1994). Análise da mecanização do corte da cana-de-açúcar no estado de São Paulo. *Informações Econômicas*, 24(10), pp. 43-59.
- Vergínio, Cléber José y Luiz Manoel de Moraes Camargo Almeida (2013). Exploração do trabalho na cana-de-açúcar: estudo de caso de uma usina localizada no município de Ouroeste, Estado de São Paulo. *Informações Econômicas*, 43(5), pp. 5-18.

Trabalhadores migrantes nos canaviais do Estado de São Paulo: formas de resistências e movimentos espontâneos

Marilda Aparecida Menezes e Maciel Cover

Introdução

A demanda por etanol brasileiro desde a década de 1990 tem gerado uma expansão considerável da área plantada com cana de açúcar no Estado de São Paulo, com diversas consequências no meio ambiente, substituição de áreas de culturas alimentares e aumento da contratação de trabalhadores migrantes. Até o início da década de 1990, os trabalhadores procediam principalmente da região mineira do Vale do Jequitinhonha e do Estado da Bahia. A partir de 1990 cresce a contratação de trabalhadores de outros estados da região Nordeste, como Paraíba, Piauí, Pernambuco, Ceará e Maranhão.

A partir da década de 2000, o setor tem se caracterizado por uma intensificação da mecanização do corte de cana. Embora esteja ocorrendo uma diminuição da quantidade de trabalhadores nessa atividade, não há uma eliminação total do corte manual, porque a colheita mecânica não acontece de maneira homogênea em todas as usinas e nem na totalidade de cada usina, devido às variações do relevo, solo e qualidade da cana. Os dados do Ministério do Trabalho e Emprego, em julho de 2010, mostram que 163.272 trabalhadores foram contratados nas atividades de cultivo e corte da cana no estado de São Paulo (Baccarin e Júnior, 2010), sendo que 40% são migrantes oriundos de outros estados (UNICA, 2008).

Embora haja uma disponibilidade de trabalhadores na região nordeste, entendemos que a contratação de trabalhadores migrantes é uma estratégia política de dominação e controle das usinas. O sistema de recrutamento e seleção é realizado por agentes mediadores, chamados “turmeiros”, chefes de turma ou arregimentadores, que são responsáveis por selecionar “bons trabalhadores”, ou seja, aqueles que tenham boa produtividade, não faltem ao trabalho, sejam obedientes às regras da usina e aos chefes¹. Os trabalhadores são homens e jovens, a maioria estão na faixa etária de 18 a 30 anos (Saturnino Silva, 2006; Cover, 2011) e foram socializados no trabalho agrícola cujo corpo está disciplinado para o trabalho pesado do corte de cana. Vários estudos (Alves, 2007; Novaes e Alves, 2007; Moraes Silva, 2006; Scopinho, 2000) revelam o aumento da exploração e a degradação das condições de trabalho. As médias de produtividade têm aumentado, na década de 1980, as usinas exigiam que o trabalhador cortasse em média cinco (05) a oito (08) toneladas de cana, por dia; em 1990 esta média sobe para oito (08) a nove (09) toneladas/dia, passando para 10 toneladas/dia em 2000 e para doze (12) a quinze (15) toneladas/dia (Silva, 2006). Além da intensidade do trabalho, que ocasiona um desgaste prematuro, doenças e até casos de morte² as formas de controle sobre os trabalhadores estão presentes nos seus espaços de moradia como é o caso dos alojamentos (Menezes, 2002b; Cover, 2011).

Nossa proposta nesse artigo é compreender algumas formas de resistência que emergem entre os trabalhadores migrantes face às relações de dominação nas usinas de cana de açúcar do Estado de São Paulo. Analisaremos as ações públicas e coletivas como as greves em usinas do Estado de São Paulo³ que são ações iniciadas de forma autônoma e “espontânea”, ou seja, na sua preparação e emergência não tem a condução do sindicato ou de outros movimentos sociais. Embora, no decorrer da mobilização outros atores possam entrar no cenário como lideranças sindicais, Ministério do Trabalho e Procuradoria do Trabalho. Tentaremos problematizar alguns pontos da emergência e desenvolvimento dessas greves, como se inicia a

-
- 1 Para um detalhamento maior dessa questão ver Menezes, Silva e Cover (2012).
 - 2 Os trabalhos de Silva, Nunes e Costa (2013); Silva, Bueno e Melo (2014); Silva e Menezes (2008) e de Alves (2006) apresentam um panorama da situação de degradação física de trabalhadores em canaviais, decorrente das condições de trabalho e exploração.
 - 3 Greves é a nomeação que os próprios trabalhadores atribuem a essas paralisações. Em Alagoas são chamadas de paradeiras, conforme analisou Cândido Silva (2011).

ação, se existem lideranças, que estratégias são utilizadas para mobilizar os trabalhadores, quais atores sociais estão envolvidos: sindicatos, procuradores do trabalho e agentes da Pastoral dos Migrantes.

Tivemos a oportunidade de acompanhar o caso da greve na Usina Vista Alegre em Itapetininga-SP em setembro no ano de 2011. Os trabalhadores, que eram da região de São José de Piranhas, Estado da Paraíba e do município do Barro, Estado do Ceará, realizaram uma paralisação de duas semanas, exigindo pagamento justo e melhores condições de moradia. O artigo tomará o caso dessa greve como objeto de análise. Utilizaremos como fontes de pesquisa os diários de campo, entrevistas semi-estruturadas com trabalhadores e sindicalistas, artigos de jornais e documentação audiovisual. Os relatos, colhidos em entrevistas gravadas em áudio e em vídeo, mostram as péssimas condições de alojamento e o descumprimento do preço da cana cortada. Estrutturamos nossa argumentação em três partes. Na primeira parte: “Formas públicas de resistência: os canavieiros também fazem greve” faremos uma breve análise das formas de resistência a partir das noções de discurso oculto e público do cientista político e antropólogo James Scott (1985, 2000) e das paralisações nas usinas do Estado de São Paulo ocorridas no período de 2008 a 2013. Na segunda parte: “O caso da greve da usina Vista Alegre”, privilegiamos a análise dessa ação coletiva para compreender, como se inicia a ação, se existem lideranças, que estratégias são utilizadas para mobilizar os trabalhadores, que outros atores sociais estão envolvidos: sindicatos, procuradores do trabalho e pastoral dos migrantes. Por fim, esboçaremos algumas considerações sobre a autonomia dos trabalhadores que participam desse movimento “espontâneo” e a relação com o movimento sindical.

Formas públicas de resistência: os canavieiros também fazem greve

Para compreender a emergência desses movimentos “espontâneos”, estamos nos fundamentando na concepção de ‘resistência cotidiana’ proposta por James Scott (1985, 2000, 2002)⁴ e o conceito de discurso oculto e discurso público.

Discurso oculto é caracterizado por ações de resistência individuais, dissimuladas, fragmentadas ou invisíveis. Nos termos de Scott (2000) são ações que acontecem fora do palco (*offstage*): “Para além da observação

4 As ideias de James Scott foram objeto de duas resenhas bibliográficas, a de Menezes (2002a) e de Monsma (2000).

direta de detentores do poder” (p. 4). Exemplos desta prática são: rumores, fofocas, folclore, piadas, músicas, rituais, códigos e eufemismos (p. 19).

Discurso público são ações de resistência pública, dirigidas àqueles que estão em posições de dominação:

“Eu usei o termo ‘discurso público’ como um caminho abreviado para descrever as interações abertas entre subordinados e aqueles que os dominaram [...]. Público aqui se refere à ação que é abertamente dirigida à outra parte nas relações de poder e discurso é usado quase em seu sentido jurídico (processo verbal) de um registro completo do que foi dito. Este registro completo, entretanto, pode também incluir atos não verbais, tais como gestos e expressões”. (Scott, 2000, p. 2)

A análise de algumas formas de cotidianas de resistência foi objeto de pesquisa em alguns de nossos trabalhos (Menezes, 2002b; Cover, 2011) e em Saturnino Silva (2011). Analisamos expressões do discurso oculto tais como esconder o serviço mal feito, absenteísmo, códigos de comunicação secreto entre os trabalhadores, confrontos pessoais entre trabalhador e os chefes imediatos. Também observamos algumas formas invisíveis de resistência às regras nos alojamentos, como assistir TV em horários não permitidos.

Além dessas práticas de resistência, há, também, formas públicas de reivindicação das demandas como paralisações, greves, passeatas, protestos. Tal é o caso dos “paradeiros”, nomeação dada às revoltas “espontâneas” de trabalhadores migrantes, originários de regiões rurais do semiárido nordestino, que trabalham no corte de cana-de-açúcar no litoral do Estado de Alagoas (Cândido Silva, 2011)⁵.

Sobre as greves “espontâneas”, tentamos buscar informações em outras fontes, como o site da Federação dos Empregados Rurais do Estado de São Paulo (FERAESP); a Pastoral dos Migrantes, alguns sindicatos da região canavieira, mas esses não tinham registro dessa forma de mobilização dos trabalhadores. Realizamos um levantamento nos veículos de imprensa e contabilizamos 14 registros de greves de canavieiros de 2007 a 2013. As fontes das notícias são diversificadas, aparecendo registro de manifestações de cortadores de cana em sítios eletrônicos de jornais de circulação regional (O Estado de São Paulo, Folha de São Paulo, O Diário, TV TEM), entidades sindicais (CTB – Confederação dos Trabalhadores do Brasil) sítios independentes (Blog do Sakamoto, Portal Mídia Independente) e partidos

5 Para um detalhamento sobre os paradeiros de Alagoas, ver a tese de doutorado de Paulo Cândido da Silva (2011).

políticos (Portal do PSTU, Portal Vermelho). Contabilizamos 14 greves. Vejamos na tabela abaixo.

Tabela 1: Relação de mobilizações de trabalhadores nos canaviais no período de 2007 a 2013, noticiados pela imprensa.

Período	Região	Usina	Trabalhadores	Motivo	Desfecho	Fonte
Junho 2007	Araraquara-SP	Diversas	5.000	Reajuste Salarial	Sem Informação	Portal do PSTU [Carvalho, 2007]
Dezembro 2007	Andradina-SP	Cosan	300	Descumprimento de acordo coletivo	Sem Informação	O Estado de São Paulo [Estadão E&N, 2007]
Junho 2008	Paraguaçu Paulista-SP	Cocal	300	Aumento Salarial e Melhores Condições nos Alojamentos	Demissão dos Trabalhadores	Jornal O Diário de Ribeirão Preto [Bonfim, 2008]
Agosto 2008	Ribeirão Preto-SP	Bela Vista	Sem informação	Reajuste no Preço da Cana	Aumento em 10% no preço da cana cortada	Brasil Agro [2008]
Agosto 2008	Pontal-SP	Bela Vista	150	Reajuste de 10% no preço da cana	3 líderes presos e 6 feridos pela polícia	Portal Vermelho [2008]
Outubro 2008	Sertãozinho-SP	Diversas	10.000	Reajuste, Condições de Alojamento	Sem Informação	Blog do Sakamoto [2009]
Novembro 2008	Caiuá-SP	DECASA	500	Descumprimento de acordo coletivo	Sem Informação	Portal Mídia Independente [CMI Brasil, 2011]
Dezembro 2008	Andradina-SP	Cosan	300	Descumprimento de acordo coletivo	Sem Informação	O Estado de São Paulo
Agosto 2009	Sertãozinho-SP	Aralco	600	Reajuste	Sem Informação	Folha de São Paulo [Vale, 2009]
Outubro 2009	Araraquara-SP	Tamoio	300	Reajuste de 100%	Sem Informação	Portal CTB [2009]
Fevereiro 2010	Florestópolis-PR	Cofercatu	1.300	Atraso salarial	Dispensa dos Trabalhadores	Gazeta do Povo [Costa e Araújo, 2010]
Agosto 2011	General Salgado-SP	Aralco	300	Reajuste do metro cortado	Sem Informação	TV TEM [Hernandes, 2011]
Setembro 2011	Itapetininga-SP	Vista Alegre	400	Reajuste salarial e melhores condições de alojamento	Demissão dos Trabalhadores	Entrevistas dos Autores
Junho 2012	Marabá Paulista-SP	Decasa	700	Recolhimento do FGTS e INSS	Sem Informação	Portal Ifronteira [Mathias, 2012]
Janeiro 2013	Marabá Paulista-SP	Decasa	300	Salário	Sem Informação	Portal Prudentino [2009]

Fonte: Pesquisa de Campo, 2013.

Os motivos das greves podem ser agrupados em três pontos: questões salariais, preço da cana e condições de alojamento. Há casos em que os trabalhadores conseguem seus pleitos, em outros não obtém sucesso. Todavia isso não significa que a greve como forma e resistência venha a ser descartada pelos trabalhadores, pois este tipo de paralisação ocorre com regularidade.

O reconhecido jornalista Leonardo Sakamoto (2009) relata uma notícia a respeito das características destas greves, ao relatar os acontecimentos de 2008 no estado de São Paulo:

“‘Foi quase uma Guariba’. A frase é do sindicalista Zaqueu Ribeiro de Aguiar, da Federação dos Empregados Rurais Assalariados do Estado de São Paulo (FERAESP), ao descrever o grau de conturbação que marcou a safra 2007/2008 na região de Ribeirão Preto (SP), umas das principais áreas canavieiras do país. A referência é à histórica greve dos cortadores de cana ocorrida no município de Guariba, na mesma região, em 1984, e que reuniu cerca de cinco mil trabalhadores na luta por melhores salários. De acordo com Aguiar, 28 anos depois, em outubro de 2008, pelo menos 10 mil cortadores cruzaram os braços em diferentes cidades paulistas, como Colômbia, Viradouro, Terra Roxa, Morro Agudo, Pontal e Sertãozinho. Mas o movimento não se unificou e ficou isolado em cada usina. Assim como na época de Guariba, as greves não surgiram de uma articulação sindical centralizada, mas foram fruto da insatisfação comum com a remuneração oferecida pelas empresas. Após as greves, muitas companhias aumentaram o piso salarial e o valor pago pela tonelada da cana, mas permaneceu um hábito que relembra o passado: a perseguição aos chamados ‘cabeças da greve’ —trabalhadores considerados ‘mais conscientes’ e que possuem influência sobre os outros—”. (Sakamoto, 2009, p. 1)

Como indica o relato, as greves realizadas em 2008 foram motivadas pela insatisfação dos trabalhadores por questões salariais, mas não surgiram de uma articulação conduzida por organizações de representação política dos trabalhadores como os sindicatos, mas é uma ação coletiva iniciada de forma autônoma e espontânea pelos trabalhadores. Embora que outros atores podem se incorporar no decorrer da greve, como liderança sindical, Ministério do Trabalho ou Ministério Público do Trabalho. Além das reivindicações por melhoria de salário existem também outras queixas sobre as condições dos alojamentos⁶ e alimentação como, também, veremos no

6 O documentário *O conflito* do Prof. José Roberto Novaes da UFRJ registra alguns momentos da greve, retrata as péssimas condições da fonte de água que a usina

caso da Usina Vista Alegre, a ser analisada na parte seguinte. Há também casos de denúncia de situações de humilhações a que são submetidos os trabalhadores como relatada nesta notícia:

“Denúncias de desrespeito e humilhações: ‘Os trabalhadores denunciaram este e outros fatos à FERAESP, ontem, em Sertãozinho, e as medidas judiciais cabíveis serão encaminhadas’, disse a assessora jurídica da entidade, a advogada Olga Melzi. A advogada diz que denúncias ‘chegam às dezenas, sendo que em todas as empresas os gatos estão dispensando tratamento desumano aos trabalhadores que não suportam mais as humilhações’”. (UITA, 2008, p. 1)

O salário por produção é a forma de remuneração que predomina entre os cortadores de cana-de-açúcar. O trabalhador recebe pela quantidade de cana cortada em cada dia. A medição da quantidade de cana cortada é realizada da seguinte maneira: cada cortador tem um trecho de cinco ruas (fileiras) de cana para cortar. O fiscal da usina mede a quantidade de metros que o trabalhador cortou durante o dia. Há diferentes classificações de cana-de-açúcar, a partir do tamanho apresentado pelas plantas e também da situação em que a lavoura se encontra: se está queimada ou se está com a palha; se for cana de primeira corte, ou de segundo corte. Em cada situação é estabelecido um preço diferente, pois se a cana está em pé, em boas condições e tiver um peso bom, o cortador conseguirá derrubar mais toneladas por dia; se a cana estiver enrolada e apresentar pouco peso, o cortador irá derrubar menos toneladas, por vezes utilizando o mesmo esforço físico. Há casos de equiparação do preço: se a cana estiver “feia”, paga-se um pouco mais. Há casos em que não há equiparação. A discordância sobre o preço da cana é um dos grandes fatores que causam greves⁷. A perseguição aos chamados “cabeças de greve” é uma tática constantemente utilizada pelas usinas, que dificilmente recontratam os trabalhadores que tomam a frente das paralisações.

A partir do movimento espontâneo dos trabalhadores, outros atores sociais são mobilizados como os sindicatos, o Ministério Público do Trabalho, o Ministério de Trabalho e Emprego. Das 14 greves que temos notícias apenas uma não teve a presença do sindicato, foi a greve na Usina Boa Vista em Pontal, que acabou com três líderes presos e seis pessoas feridas no confronto com a polícia. (Portal Vermelho, 2008).

disponibilizava para o uso dos trabalhadores. A água era contaminada por dejetos de cozinha (ver nota 8).

7 Sobre pagamento de trabalhadores indica-se o trabalho de Guanais (2010).

O caso da greve da usina vista alegre

Em março de 2011, 400 trabalhadores partiram do Sertão da Paraíba e do Sertão do Ceará para trabalharem na colheita da cana-de-açúcar, na Usina Vista Alegre, no município de Itapetininga, Estado de São Paulo. A seleção dos trabalhadores foi realizada por um turmeiro, o J.G., que é funcionário da Usina. O turmeiro atua como mediador em todos os tempos e espaços que envolvem a relação dos trabalhadores migrantes com a usina, tais como processo de seleção, exames médicos, contratação, acerto de contas, gestão do trabalho no cotidiano dos canaviais e vigilância nos alojamentos. É, também, o interlocutor das reclamações e demandas dos trabalhadores, assumindo, não raras vezes, a mediação dos conflitos. Os 400 trabalhadores foram distribuídos em 10 turmas de 40 pessoas cada. A grande maioria realizava a função de cortador de cana, porém, havia também cozinheiras, fiscais e zeladores dos alojamentos. Para muitos destes trabalhadores, não era a primeira vez que faziam este trajeto. Todos os anos, algum “turmeiro” organiza os trabalhadores interessados em “tirar uma safra” e no mês de março seguem em ônibus para o estado de São Paulo.

Ao serem contratados, os trabalhadores são informados do preço da cana por tonelada, quais são as exigências da usina em termos de produtividade e de qualidade da produção, das boas condições de alojamento e alimentação e assistência médica em caso de doença ou acidente de trabalho. O processo de contratação é realizado ainda nas suas localidades de origem na região Nordeste do Brasil, onde são explicados os termos do contrato aos trabalhadores. No entanto, a realidade vivenciada foi bem diferente da promessa, como relatado por J.L., migrante do município do Barro, Ceará.

“É que a (Usina) Vista Alegre, quando ela veio contratar o pessoal aqui, eles prometeram muito pra gente né. Uma boa alimentação, boa estadia, alojamento, assistência médica. Só que quando a gente chegou lá que foi trabalhar, ai a gente viu que as coisas não eram aquilo que eles prometeram. Começou ser diferente, tinha muitas coisas que começou a vir com abuso, da parte deles. Dai aquilo veio gerar um transtorno e a greve no final”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

O relato de J.L. indica que o prometido aos trabalhadores não foi cumprido pela usina. Em agosto de 2011, decidiram entrar em greve pelo fato de observarem que o volume de trabalho daquele mês era o mesmo dos meses anteriores, porém, o salário auferido foi menor. Isso ocorreu porque o preço da cana utilizado pela usina para o cálculo do salário dos

trabalhadores era menor do que o acordado quando da contratação. O trabalhador C.P., nos explica:

“Maciel —a gente também queria saber como foi essa paralisação, porque teve essa paralisação?

Entrevistado —Preço de cana. O preço da cana tava muito baixo. Que quando foi pra gente sair daqui eles prometeram que não ia ter preço de cana de menos de 10 centavos. Por metro né, você entende. E agente tava cortando e eles estavam pagando de 8 e 9 nove centavos muitas canas”. (C.P., cortador de cana de São José de Piranhas, entrevista realizada em março de 2012)

O argumento de que o preço de cana fora o motivo inicial da paralisação também é apontado pelo trabalhador M.B., que explica como se iniciou o protesto:

“Maciel —Ai teve esse lance. O pessoal atrasou o pagamento?

Entrevistado —Não! Foi assim: Os pagamentos estavam vindo bom. Ai começou vim uns preço de cana errado. Cana que agente cortava de 40 centavos, estava vindo de 20 centavos. Ai os caras foi e pararam. Ai os pagamentos começaram vir baixo. No meu salário mesmo veio 400 contos a menos. Ai uma turma parou ai disse amanhã ninguém vai pra roça e não vai mesmo não. Foram atrás da Carlita. Nossa turma mesmo tava todo mundo pronto pra trabalhar na roça o problema foi os outros. Ai agente não ia brigar com os companheiros daqui né”. (M.B., cortador de cana de São José de Piranhas, entrevista realizada em março de 2012)

Neste relato é possível perceber que o movimento da greve começou a partir da iniciativa de um grupo de trabalhadores e os demais aderiram seja por solidariedade ou porque apoiavam a ação. Entrevistamos um trabalhador que era contra a greve, que afirmou “os meninos acharam o pagamento ruim né, a gente parou” (G.M., zelador, de São José de Piranhas-PB, entrevista realizada em março de 2012). No desenvolvimento da greve há posicionamentos diferentes dos trabalhadores. Entrevistamos A.R.S. que disse:

“... a gente pegou a roupa pra trabalhar e ficava uns cara lá dizendo ‘isso é um lote de babão’. Ai um monte de cara ia inventar de falar alguma coisa. É melhor ficar quieto [...]. Eles diziam assim, ‘vai tirar essa roupa lote de babão, fica babando os homens ai, não sei o que’”. (A.R.S., cortador de cana de São José de Piranhas, entrevista realizada em março de 2012)

Esse fragmento mostra que uma tática utilizada pelos que inicialmente apoiaram a greve foi a classificação e nomeação dos que continuaram trabalhando como “lote de babão”, demonstrando que eles estavam do lado

do patrão. A expressão “vai tirar essa roupa lote de babão” é um apelo para o trabalhador mudar sua posição e somar ao bloco dos que estavam apoiando a greve. Assim, ele estaria sendo leal aos seus colegas de trabalho e demonstrando seu pertencimento à sua classe enquanto trabalhador.

O depoimento deste trabalhador demonstra também que sua posição era desprezada pelos que aderiram à greve. Um dos líderes da greve, J.L., conta como se iniciou o movimento:

“Maciel —Ai vocês decidiram parar?

Entrevistado —é agente decidiu parar. Era muita coisa que gerou um problema pra gente. Porque agente tinha mau trato, comida ruim, assistência de saúde deles era péssima e a cana totalmente diferente o preço. E a gente tirou um pagamento lá que todos nós ficamos satisfeito, se eu não me engano foi o pagamento do mês de julho trabalhado. Ai no pagamento do mês de agosto deu quebra de 50% em todos no geral. Isso agente tinha 400 e poucas pessoas lá no pessoal do corte. Isso causou uma revolta muito grande no pessoal. Porque uma diferença tão grande assim. Se em um mês se trabalha 26 dias e você tira x e no outro mês os mesmos 26 dias trabalhados você recebe uma diferença de 50%. E a gente chamou eles até pra negociar um preço da cana”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

A greve foi precedida de tentativas de negociação com o chefe imediato – o turmeiro – e com o funcionário do Setor de Recursos Humanos, que não foram eficazes, não avançando para o atendimento da reivindicação dos trabalhadores. A primeira negociação foi com o arregimentador, o mediador responsável paulista pela contratação dos trabalhadores nordestinos. Por mais que a terceirização de corte de cana seja um ato combatido pelas instituições reguladoras do estado, o sistema de controle do trabalho fundamenta-se em agentes diretos como os arregimentadores e turmeiros cuja vigilância sobre os corpos, espaços e linguagem dos trabalhos é diuturna. Na ocorrência do conflito, o primeiro a buscar o controle dos trabalhadores é este agente, como nos explica J.L.:

“Maciel —E o J.G.?

Entrevistado —O J.G. (o arregimentador) também! Por que eles lá serviam como porta voz. Dai quando começou a apertar a coisa mesmo, o pessoal da usina nem vinha lá, quem vinha era o J.G. A gente fazia proposta e mandava pro J.G., dizia: ajeite com o pessoal que o pagamento não é esse. Teve pessoas lá que chegou a tirar até dois mil de pagamento 2 mil e pouco e depois caiu pra mil, quem tirou mil tirou 500. Então não tinha condições o pagamento como foi feito. Ai eles bateram o pé e disse que o

pagamento é esse aí, quem quiser trabalhar trabalha quem não quiser peça as contas. Aí foi onde gerou toda a revolta, começaram a parar, aí parou todo mundo”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

O arremetedor foi o interlocutor durante todo o tempo, sobretudo nos momentos mais críticos. A estratégia inicial foi o diálogo com o turmeiro, chefe imediato e de maior proximidade, na expectativa de que ele seria sensível à reclamação dos trabalhadores e encaminharia alguma solução junto aos chefes superiores da usina, como os funcionários do Setor de Recursos Humanos. No entanto, a mediação não resultou em uma possibilidade de negociação, mas numa tentativa de fazer os trabalhadores se calarem, através da ameaça de demissão caso não aceitassem o valor do pagamento.

Os trabalhadores não se intimidaram e decidiram parar como uma estratégia de serem ouvidos e conquistar seus pleitos. Nesse momento, o setor de Recursos Humanos, vem dialogar diretamente com os trabalhadores, como nos relata J.L.:

“Maciel —Aí parou o primeiro dia e eles continuaram negociando com vocês e o J.G.?”

Entrevistado —é agente parou primeiro dia, aí apareceu gente da usina. Mas como a gente já tava ciente de que eles não iam aceitar o pagamento do pessoal, já fomos procurar o pessoal do ministério. E nisso veio um rapaz da usina lá que era diretor de recursos humanos e representava a usina e que gerenciava lá dentro. E já veio com uma conversa totalmente diferente. A ideia deles é que a gente fosse trabalhar, mas só que a gente poderia até voltar a trabalhar, mas só que a gente queria que eles aceitasse o nosso pagamento. Mas aí eles falavam que o pagamento era aquele mesmo”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

Neste processo J.L. detalha como se dava a organização. Alguns trabalhadores já haviam participado de outras greves e também conheciam pessoas do sindicato, como a sindicalista Carlita, Diretora do Sindicato dos empregados rurais de Cosmópolis, que foi convocada para auxiliar na paralisação.

Embora tenham desenvolvido uma ação dentro da ordem estabelecida, ou seja, sem cruzar os braços, não foram ouvidos pelos mediadores da usina. A emergência da greve foi compreendida como uma estratégia necessária para expressar seu sentimento de indignidade e lutar contra o roubo na produção. A greve, termo dos trabalhadores para essa ação coletiva, é uma “ação espontânea”, ou seja, resultado dos próprios trabalhadores, sem mediação de lideranças do sindicato ou de outros movimentos sociais. Ao entrevistarmos a Presidente do Sindicato de Cosmópolis, que foi chamada

para dar apoio e orientação aos trabalhadores, ele nos explica que é uma paralisação e não propriamente greve:

“A gente chama paralisação porque a greve é mais intensa, ela pode ser de 10/15 dias, agora as paralisações ocorrem 3, 4 ou 5 dias e já para. Então não considero isso como greve, é uma paralisação. Geralmente ela ocorre no pé do eito, no local de trabalho mesmo, ela permanece localizada, o pessoal vai de manhã, fica lá, quando são migrantes, fica no alojamento, mas não saem para a cidade, paralisando tudo”. (entrevista realizada em 29 de julho de 2013)

Para a sindicalista o termo é paralisação e para os trabalhadores é greve. Adotamos a nomeação dos trabalhadores - greve. Embora sem a direção de lideranças do sindicato ou de outras organizações, podemos observar a partir dos relatos dos grevistas, que havia uma organização, como nos explica J.L.:

“Maciel —Ai vocês tinham uma equipe que coordenava os trabalhadores? Entrevistado —Não era cada um por si. Como o problema era com todos e como a gente vai em equipe então a gente tem muitos conhecidos e sempre se junta. E como a gente vai trabalhar todos os anos, nós sabemos a capacidade da gente. E víamos que não tinha condições da gente trabalhar ganhando bem menos do que o esperado. Então foi onde começou formar aqueles grupos de pessoas que não concordava com o pagamento e desejavam parar. E sempre tinha uns que era pela usina, mesmo sabendo que a usina estava errada, eles querem correr junto à usina e continuar trabalhando. Daí o outro grupo já dizia que tinha que parar todo mundo. Porque se um vai trabalhar é o que eles querem, daí ao invés de corrigir o erro que estão cometendo, eles vão querer punir, mesmo estando errado. Então eles vão dizer que trabalho tem, mas o trabalhador que não quer trabalhar, então eles vão punir. E como eles vão punir? Vão botar uma falta lá, um gancho, que eles chamam de gancho, eles cortam remunerado da semana, vem os dias em que você não ganha nada, cortam cesta básica, daí se você for trabalhar você vai ganhar em torno de 20,30 reais num dia. Ai se você falta um dia, eles fazem um desconto que quando chega o final do mês fica em torno de 200, 250 a 300 reais é uma coisa que é fora do comum”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

Há cinco elementos importantes nessa narrativa. Primeiro, o fato dos trabalhadores serem “conhecidos”, ou seja, são parentes, amigos, vizinhos cujos laços sociais remetem às suas localidades de origem, são dos mesmos sítios, bairro ou municípios no Sertão da Paraíba e Ceará. Isso constitui uma base

social de confiança e de reciprocidades para a ação coletiva. Segundo, eles não são “marinheiros de primeira viagem”, mas experientes nas usinas e conscientes de sua “capacidade” tanto produtiva quanto política. Sabem da sua importância para as usinas, afinal sem cortador de cana, a colheita e a produção industrial podem ficar comprometida.

Terceiro, o comentário sobre a greve circulava entre os trabalhadores gerando posições favoráveis e contra. Quarto, a estratégia organizativa inicial foi formar grupos de trabalhadores que eram a favor da greve e que estavam assumindo o risco de levar “gancho”. Quinto, a motivação para a greve não é propriamente uma reivindicação de maior salário, mas fundamenta-se numa noção de justiça, ou seja, de que o salário era menor do que a produção em toneladas de cana cortada.

O documentário *O conflito*⁸ dirigido pelo Professor José Roberto Novaes retrata a greve dos cortadores de cana da Usina Vista Alegre. Novaes foi informado da greve pelos sindicalistas de Cosmópolis, e então, foi até Itapeitinga com um cinegrafista da Unicamp (Universidade Estadual de Campinas) para entrevistar os trabalhadores e fazer imagens das mobilizações. No filme também são incluídas imagens captadas pelos trabalhadores, através de seus aparelhos celulares. No documentário há entrevistas dos trabalhadores, explicando os motivos da greve; a motivação inicial foi o “roubo”, ou seja o pagamento inferior à produção dos trabalhadores. Mas no processo mesmo da paralisação, os trabalhadores reivindicaram finalizar o contrato de trabalho com todos os direitos e o direito de retornar às suas casas.

O documentário exibe um momento em que a sindicalista Carlita discute com o arregimentador J.G. Os dois estão sobre um barranco, e mais abaixo, no pátio, um grupo de mais de 50 trabalhadores assiste.

J.G. fala: “eu não sou ladrão”.

Em seguida, um sindicalista do sindicato de Cosmópolis, César, fala pros trabalhadores, se referindo ao fato de que isso seria uma forma de roubo da Usina e do arregimentador⁹:

8 *O conflito* (2012) [documentário]. Dirigido pelo Prof. José Roberto Novaes. Disponível em: <<http://advivo.com.br/blog/luisnassif/o-documentario-conflito-sobre-os-trabalhadores-da-cana>> [acesso 9/8/2013].

9 O documentário também exibe as condições dos alojamentos, os colchões e travesseiros estragados, as péssimas condições dos ônibus que transportam os trabalhadores para os canaviais e também o reservatório de água que abastece o alojamento, que fica localizada logo a baixo de uma fossa; a poça de água se apresenta com uma camada de sujeira na superfície, indicando para qualquer leigo que não está em condições para o uso humano.

“O J.G. tá dizendo que não é ladrão, e a gente quer acreditar. Mas olhando os holerites de vocês, e vendo que sendo cana crua, cana queimada, cana de primeiro corte, cana de segundo corte, todas as canas o preço é só dez centavos, não dá pra chamar isso de outra coisa”.¹⁰

O J.G. e os trabalhadores gritam e aplaudem o sindicalista.

Os trabalhadores migrantes reivindicavam um pagamento justo, a frase: “víamos que não tinha condições da gente trabalhar ganhando bem menos do que o esperado” indica uma percepção da diferença entre o preço prometido pela usina e a quantidade produzida. Assim, não há propriamente uma reivindicação por maior salário, mas apenas do cumprimento do que fora acordado, compreendido como preço justo. Baseado na noção de economia moral de James Scott (1976), entendemos que a noção de justiça não é um a priori na orientação da conduta e percepção dos grupos sociais, mas é construída em situações de dominação específicas.

No que diz respeito às relações de exploração no trabalho, o julgamento varia numa escala gradativa do que é concebido como justo e legítimo. Se os grupos que estão em situação de dominados avaliam uma relação de exploração como uma ‘troca equilibrada’¹¹ é porque responde às suas expectativas. Scott propõe uma diferença entre frustração e indignação, para explicar a motivação das formas de resistência, seja do discurso oculto ou público, como é o caso da greve. Entendemos que a greve representa uma passagem de um discurso oculto para um público, ela explícita, torna visível de modo coletivo e com enfrentamento dos detentores do poder o sentimento do “roubo”¹². No início da paralisação, não procuraram o sindicato

10 O documentário também exhibe as condições dos alojamentos, os colchões e travesseiros estragados, as péssimas condições dos ônibus que transportam os trabalhadores para os canaviais e também o reservatório de água que abastece o alojamento, que fica localizada logo a baixo de uma fossa; a poça de água se apresenta com uma camada de sujeira na superfície, indicando para qualquer leigo que não está em condições para o uso humano.

11 “... the idea of a balance of reciprocity or a balance or exchange implies a continuum of possible links, ranging all the way from equality of exchange to unreciprocal relationships of pure coercion” (Scott, 1976, p. 174).

12 Ferrante na análise das greves dos bóias-frias da década de 1980 em São Paulo esboça uma compreensão da relação entre práticas do discurso oculto e público, embora nos textos a autora não utilize terminologia conceitual de James Scott: “Importantes descobertas se fizeram presentes nesse movimento. Pequenas lutas, movimentações que ocorriam de modo quase silencioso, traços distintivos de práticas sindicais passaram a exigir mudanças do entendimento da realidade, que não ocorreram magicamente. Seu passo a passo registra um duplo movimento:

local nem outro agente e instituição no município, mas telefonaram para a Presidente do Sindicato de Cosmópolis, a Senhora Carlita, que tem uma boa imagem entre os trabalhadores migrantes pelo fato de sua atuação política na defesa dos trabalhadores.

Em entrevista que realizamos com Carlita, ela conta como foi o contato:

“Eu tava aqui no sindicato e ligaram, mas eu não podia ir naquele dia. Aí depois passou uns 4 dias, eles vieram aqui, veio 2 ou 3 trabalhadores e eu combinei de ir no dia seguinte. Eles disseram que estavam parados. Aí fomos e fizemos um trabalho legal, porque eu falo assim: esse povo que consegue paralisar e botar a cara de fora são guerreiro na atual conjuntura. Eu valorizei muito o que eles fizeram”. (Carlita, entrevista em 29 de julho de 2013)

A Usina Vista Alegre não está na base do Sindicato de Cosmópolis, por esse motivo, Carlita consultou o Presidente da FERAESP, Sr. Helio Neves, que concordou que ela acompanhasse os trabalhadores. A Sra. Carlita chamou o Ministério do Trabalho e a Procuradoria para ajudar na orientação aos trabalhadores. Os auditores do Ministério do Trabalho e o procurador do Trabalho de Sorocaba foram acompanhar a mobilização e fiscalizar as condições de trabalho e alojamento. Também entrou em cena a advogada e uma funcionária do escritório da FERAESP. Nos relatos dos trabalhadores, as presenças dos quatro atores aparecem compondo o cenário dos mediadores:

“Procuramos o ministério, lá o pessoal que foram procurar o ministério lá não foram bem recebido. Já apareceu o cara da usina, já foi lá conversar com o pessoal do ministério dizer que era o pessoal que tava se recusando a ir trabalhar. Dai o pessoal já foi procurar o sindicato dos trabalhadores, que é uma área que fica lá em Cosmópolis. Pegar a Doutora Carlita e assim lá ela recebia o pessoal bem e se comprometeu em resolver os problemas da gente. É tanto que ela veio aparecer lá uns dois dias depois, quando ela chegou lá foi que fechou mesmo, que ela disse: ‘não aqui tá tudo errado e não pode ser dessa forma, ninguém vai trabalhar’ e começou a falar o que a usina tinha que acertar com a gente. E a usina botaram o pé também e vamos partir pra reunião. Depois começou a embolar e passar os dias. E o

de um lado, minhas buscas de fazer visível o que se ocultou, de ouvir, através de registros de arquivos, dos árduos processos trabalhistas, as falas dos atores, de entender a dominação não como um pacote homogêneo e castrador, mas um conjunto de respostas igualmente modificadas na espreita de sinais de resistência” (Ferrante, 1989/90, p. 75).

sindicato com a usina começaram a negociar. Aí veio aparecer o ministério do trabalho ai apareceu outro pessoal que é da FERAESP de Itapetininga e começaram negociar”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

J.L. nos explica que o desejo de ir embora é porque eles têm medo de que as condições de exploração continuem ou de represálias dos chefes. Mas, entendemos também que deixar a usina no auge da safra também se expressa como uma ação de resistência, como uma arma dos fracos contra os fortes nos termos propostos por Scott (2000).

O relato abaixo nos dá elementos para compreender o sentimento e percepção dos trabalhadores:

“Eu que estava na frente junto com o pessoal achei que aquilo ia ser resolvido que eles iam acertar os pagamentos e diante daquilo ali tinha muitos que estavam revoltados e não queria mais trabalhar. Porque eles achavam que se fossem trabalhar o pessoal da usina ia continuar fazendo da mesma forma. E geralmente é assim, quando um desanima quer vir embora, ai vai um atrás do outro. Porque o pessoal que vai para o corte de cana é mais em família, vai um, aí leva um irmão, um primo, cunhado, tio, sobrinho. Ai quando chega um e diz: ‘não, eu não vou embora pra deixar meu irmão sofrendo aqui’. Aí o outro diz: ‘ah!, o meu tio vai, eu vou também. Aí ficou aquela coisa, nós vamos embora’. Eles não queriam negociar pra gente vir embora, eles queriam negociar pra gente voltar a trabalhar. A intenção de Carlita era essa”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

Os trabalhadores já tinham uma clareza do que queriam, eles queriam uma solução rápida, mas o tempo dos outros atores —sindicalistas, Ministério e Procuradoria do Trabalho— é outro. A greve durou 17 dias.

“Só que ninguém era obrigado ficar trabalhando forçado. Porque se fosse pra gente ficar lá, a gente ia ficar forçado. Porque trabalhar sem intenção? Trabalho, por pior que seja, a pessoa tem que trabalhar com gosto, com prazer, sentir vontade de fazer. Se você não tiver vontade então não adianta. Porque você tá trabalhando pensando que o cara está lhe roubando, aí diz eu não fico e não fica mesmo. E lá no começo eu dizia: não eles vão resolver né. Eles estão agindo de boa forma e vão resolver essa questão, mas só que com o decorrer do tempo, eu mesmo vim ver que eles estavam trabalhando individual. O ministério queria trabalhar de uma forma, o sindicato de outra forma e a FERAESP também. Cada um queria fazer do seu jeito, porque era uma questão muito grande. O pessoal entre

cortador, zelador, cozinheiro, era em torno de 430 pessoas. Então aquele que conseguisse resolver a questão seja FERAESP, ministério ou sindicato. Eles iam crescer o nome na região, por isso que eles trabalham individual. Porque eles deveriam trabalhar em conjunto, a condição de trabalho aqui está difícil e vamos ajeitar. Aí sim teria sido muito fácil e tinha conseguido resolver de uma hora pra outra. Mas o sindicato trabalha de uma forma, a FERAESP de outra, aí fica difícil. E acabou que a gente ficamos 17 dias de sofrimento. As cozinheiras foram dispensadas, as cozinhas foram fechadas. E também o dinheiro das cozinheiras é muito pouco, a comida é péssima. Que também as cozinheiras não tinha tanta culpa”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

O trabalhador J.L. relata o momento em que ele, enquanto representante, como líder da greve, vai ao escritório do Ministério do Trabalho juntamente com um integrante da FERAESP:

“Ai quando eu cheguei lá com o Ciro da FERAESP, eles começaram a conversar, como já fossem conhecidos há muito tempo. Ele disse: “É Ciro, esse pessoal ai, a usina depositou tanta confiança neles. Foram lá no nordeste dar serviço pra eles aqui, eles foram logo com desordem dentro da usina, queriam botar fogo, ai fizeram ai essa muvuca toda e terminou nisso ai. Agora eles estão ai nessa canseira”. Ai eu disse: “Dr. Celso, eu não vou dizer que o senhor está mentindo porque é uma falta de respeito com a sua pessoa, mas eu acho que o senhor está muito equivocado. Eu tive a frente de todo trabalho dentro da usina, representando o pessoal e lá não houve essa manifestação desse pessoal não querer atirar fogo em alojamento nem em ônibus não. Muito pelo contrário, a parte que a gente mais se preocupava era em não danificar a usina. Porque a gente tem certeza que se fizesse isso seria crime e a gente ia ter que arcar com isso ai depois. Então a gente não queria danificar material de ninguém, a gente queria buscar os nossos direitos. Ai eles desconversou e ficou em nada. Aí foi onde eu tirei a conclusão de que eles estavam fazendo cada um por si. Porque era uma causa muito grande quem fizesse ia ganhar respeito com isso ai. Agora se a FERAESP deixou a desejar foi quem fez mais por nós. Pelo menos eles acompanharam a gente até na hora de viajar a doutora Adriana esteve presente com a gente lá e mais uma auxiliar dela. Pra mim foi uma ótima pessoa, apesar do que vem acontecendo até ali foi uma ótima pessoa”. (J.L., cortador de cana de Barro-CE, entrevista realizada em fevereiro de 2013)

Esse fragmento de fala evidencia o jogo dos atores no cenário da greve dos trabalhadores migrantes. Observamos certa crítica à atuação do agente do

Ministério do Trabalho e, embora aponte falhas dos agentes da FERAESP, afirma que eles efetivamente defenderam os trabalhadores.

É importante observar que a Presidente do Sindicato de Cosmópolis, a Sra. Carlita, que foi acionada no início da greve devido ao respeito e confiança que os trabalhadores migrantes lhe tinham, desapareceu de cena. De fato, ela teve um papel importante em mobilizar todos os atores, no entanto, na fase de negociação com a usina para os acordos finais, a FERAESP enquanto instituição oficial representante dos empregados rurais do Estado de São Paulo assumiu a liderança, dispensando a presença de Carlita. É nesse jogo de disputa entre atores, que os representantes da FERAESP ganham mais legitimidade entre os trabalhadores migrantes.

Esse jogo entre os atores e a busca por legitimidade institucional é captado na frase de J.L.: "... ai foi onde eu tirei a conclusão de que eles estavam fazendo cada um por si. Porque era uma causa muito grande quem fizesse ia ganhar respeito com isso ai".

O documentário *O conflito* mostra que no diálogo entre a Usina, a FERAESP e os trabalhadores, chegou-se ao acordo de demissão dos trabalhadores com pagamento das indenizações trabalhistas e também com acerto dos pagamentos atrasados após 17 dias de paralisação. Os trabalhadores optaram pela demissão, pois a maioria queria voltar para suas localidades rurais no Estado da Paraíba e Ceará, região Nordeste do Brasil. A Usina financiou os ônibus que os levaria para suas casas e também pagou uma parte do acerto de contas em São Paulo e a outra parte, alguns meses após, na sede Sindicato dos Trabalhadores Rurais de São José de Piranhas-PB. As últimas cenas do documentário exibem o momento em que os sindicalistas e um dos líderes da greve, o J.L., organizam os encaminhamentos, após o resultado positivo das negociações, em que os trabalhadores alcançaram seu pleito, ou seja ser demitidos e recuperar os pagamentos. Um trabalhador começa a gritar e os demais em coro seguem dizendo: "o povo, unido, jamais será vencido".

Considerações finais

O desfecho da greve resultou na conquista do objetivo dos trabalhadores, que era sair da usina com os direitos e retornarem às suas casas. Assim, tanto mostraram sua força política colocando a usina em situação frágil perante o Ministério do Trabalho e o Ministério Público do Trabalho, quanto revelaram que são capazes de mobilização e ação coletiva de forma autônoma e espontânea. Duas questões merecem reflexão: teriam os trabalhadores perdido a autonomia e outros atores ganhado espaço político durante o

desenvolvimento da greve? Podemos caracterizar esse movimento como espontâneo diferenciando-se de um movimento conduzido pelo sindicato?

Em relação à autonomia, entendemos que não há propriamente perda, mas ela vai assumindo diferentes significados nos tempos e espaços da mobilização. Se a negociação final é marcada pela negociação entre FERAESP e a usina, não significa uma perda de autonomia para os trabalhadores, já que resulta de uma ação coletiva promovida pelos trabalhadores e o fato de conquistarem a sua reivindicação demonstram a sua capacidade de liderança. As greves dos “bóias-frias” que marcaram a década de 1980 também foram marcadas por ações dos trabalhadores e não conduzidas pelas lideranças sindicais. Há diversas visões sobre a relação entre esses atores¹³, concordamos com a perspectiva de Ferrante em seus textos (1988; 1989/90; 1994) sobre o ciclo de greves nas usinas do Estado de São Paulo na década de 1980. Ela questiona algumas polaridades como espontâneo e organizado e defende a idéia de atores múltiplos:

“Em cada uma das lutas, em cada acontecimento coletivo, os pesquisadores tendem a ver atores integrais se fazendo sujeitos através de suas práticas. Não há mais qualificações bipolares tipo espontâneo/consciente, lutas econômicas/lutas políticas, práticas de fôlego curto/amplo, pelo menos como qualificações prévias. Não há também, portanto, hierarquias de importância políticas previamente estabelecidas. Não há mais ‘consciência’ atribuída e, portanto não há mais ‘adequação’ ao oposto”. (1989/90, p. 67)

Com esta noção de atores múltiplos, integrais, cujo coletivo se forma pela articulação das diversas situações de dominação contestadas por seus movimentos, a avaliação do que “... as classes populares são perde o sentido, para se transformar numa avaliação daquilo que os grupos estão enfrentando e estão sendo”. (Ferrante, 1989/90, p. 74)

Sobre a organização da greve, merece destaque que não chamaram a representação sindical do município de Itapetininga, demonstrando o não reconhecimento das lideranças desse sindicato, mas ao chamar uma liderança legitimada entre os trabalhadores demonstraram o reconhecimento da representação sindical. Esses detalhes nos mostram que é temerária uma interpretação que contraponha trabalhadores aos sindicatos, mas antes que suas ações políticas também podem ter desdobramentos sobre a representação e ação sindical. Novamente concordamos com Ferrante quando evi-

13 Sobre a discussão do sindicalismo no campo faz-se necessário registrar a importante contribuição de Coletti (1998).

denciava a diferenciação dos sindicatos no período do ciclo de greves da década de 1980 que teve como marca a Greve de Guariba em 1984:

“Afinal, o trabalho de resgatar invisibilidades nos trouxe como legado o desafio de trabalhar com uma montagem na qual faz-se necessário caminhar analiticamente sobre as diferenças em termos de concepções, trajetórias e desfechos. Assim como revelou-se nesse percurso a impossibilidade de discutir a ação dos bóias-frias, homens-mulheres, em um bloco homogêneo, também os sindicatos, peças ausentes ou presentes no cenário das lutas, devem ser analisados em movimentos sob a ética de diferenciação de suas práticas”. (Ferrante, 1989/90, p. 81)

O caráter espontâneo da greve merece algumas problematizações. É espontâneo no sentido estrito de que o início da mobilização não foi conduzido por lideranças dos sindicatos, mas pelos próprios cortadores de cana. No entanto, isso não significa que não tenha havido organização e liderança. Podemos sintetizar a organização do movimento nas seguintes etapas: 1) os trabalhadores insatisfeitos com os pagamentos decidiram parar motivados por um sentimento de injustiça 2) o primeiro ator a negociar com os trabalhadores foi o “turmeiro”, ou seja, o agente que foi para as localidades de origem dos trabalhadores migrantes recrutar as turmas; 3) como o “turmeiro” não resolveu o problema, as negociações passaram a ser diretamente com o Setor de Recursos Humanos 4) buscou-se apoio na liderança do Sindicato de outra cidade, que é referência de luta dos trabalhadores da cana 5) essa sindicalista mobiliza o Ministério do Trabalho e a Procuradoria do Trabalho, 6) A FERAESP entra em cena, 7) A disputa entre os atores. Os sete momentos relatados demonstram que a paralisação partiu de uma insatisfação espontânea e, ao buscar resolver, surgem representantes e mobilizações dos trabalhadores com um caráter intencional.

A experiência da greve também permitiu o surgimento de lideranças no próprio fazer-se da mobilização e ação coletiva. J.L. que foi nosso principal narrador nesse artigo despontou como uma liderança importante, se tornando o interlocutor no cenário dos atores.

Por fim, os trabalhadores optaram em voltar para seus municípios no Sertão da Paraíba e Ceará e a usina pagou uma parte da dívida ainda em São Paulo e a outra parte alguns meses após, na sede Sindicato dos Trabalhadores Rurais de São José de Piranhas-PB.

Referências bibliográficas

- Alves, Francisco. (2006). Por que morrem os cortadores de cana? *Saúde e Sociedade*, 15(3), pp. 90-98.
- Alves, Francisco (2007). Migração de trabalhadores rurais do Maranhão e Piauí para o corte de cana em São Paulo: será esse um fenômeno casual ou recorrente da estratégia empresarial do Complexo Agroindustrial Canavieiro? Em: José Roberto Novaes e Francisco Alves, orgs. *Migrantes: trabalho e trabalhadores no Complexo Agroindustrial Canavieiro (Os heróis do agronegócio brasileiro)*. São Carlos: UFSCAR, pp. 21-54.
- Baccarin, José G. e Júlio C.B. Júnior (2010). *Boletim da ocupação formal sucroalcooleira em São Paulo [online]*. Boletim 10, Jaboticabal-SP: UNESP. Disponível em: <<http://www.fcav.unesp.br/#!/departamentos/economia-rural/docentes/jose-giacomo-baccarin/boletim-ocupacao-sucroalcooleira-em-sao-paulo/boletins---2010/>> [acesso 30/6/2015].
- Bonfim, Danilo (2008). *Cortadores de cana em Paraguaçu-Paulista mantém paralisação [online]*. UITA, 27 de junho. Disponível em: <http://www6.rel-uita.org/sindicatos/cortadores_cana_paraguacu.htm> [acesso 13/8/2013].
- Brasil Agro (2008). *Termina greve de cortadores de cana [online]*. Folha de São Paulo, 28 de agosto. Disponível em: <http://www.brasilagro.com.br/conteudo/termina-greve-de-cortadores-de-cana.html#.VZLSM_IVkpw> [acesso 30/6/2015].
- Carvalho, Marisa (2007). *Greve de cortadores de cana chega a São Paulo [online]*. Sítio oficial do Partido Socialista dos Trabalhadores Unificados, 16 de junho. Disponível em: <<http://www.pstu.org.br/node/12604>> [acesso 13/8/2013].
- CMI Brasil (2011). *Cortadores de cana em greve na Usina Decasa [online]*. Centro de Mídia Independente, 6 de novembro. Disponível em: <<http://www.midiaindependente.org/pt/red/2008/11/432945.shtml>> [acesso 13/8/2013].
- Coletti, Claudinei (1998). *A estrutura sindical no campo*. Campinas: UNICAMP.
- Costa, Daniel e Fernando Araújo (2010). *Cofercatu dispensa cortadores em greve [online]*. Gazeta do Povo, 17 de fevereiro. Disponível em: <<http://www.gazetadopovo.com.br/economia/conteudo.phtml?id=974809>> [acesso 13/8/2013].
- Cover, Maciel (2011). *O “Tranco da Roça” e a “Vida no Barraco”: um estudo sobre trabalhadores migrantes no setor do agronegócio canavieiro*. João Pessoa: Editora Universitária UFPB.
- Estadão E&N (2007). *Cortadores de cana entram em greve [online]*. O Estado de São Paulo, 3 de dezembro. Disponível em: <<http://economia.estadao.com.br/noticias/geral,cortadores-de-cana-entram-em-greve,89599>> [acesso 30/6/2015].
- Ferrante, Vera L.S. Botta (1988). Repensando um ciclo de greves. Em: *Anais do XII Encontro do PIPSA*, vol.1. Botucatu: UNESP, pp. 1459-1522.

- Ferrante, Vera L.S. Botta (1989/90). Caminhos e descompassos do sindicalismo rural paulista. *Perspectivas*, 12-13, pp. 73-102.
- Ferrante, Vera L.S. Botta (1994). Os herdeiros da modernização: grillhões e lutas dos “bóias-frias”. *São Paulo em Perspectiva*, 8(3), pp. 93-104.
- Guanais, Juliana B. (2010). *No eito da cana, a quadra é fechada: estratégias de dominação e resistência entre patrões e cortadores de cana em Cosmópolis-SP*. 2010. Dissertação de Mestrado em Ciências Sociais. Universidade Estadual de Campinas, Campinas, Brasil.
- Hernandes, Danielle (2011). *Cortadores de cana entram em greve em General Salgado* [online]. TV TEM, 22 de agosto. Disponível em: <http://tn.temmais.com/noticia/9/52799/cortadores_de_cana_entram_em_greve_em_general_salgado.htm> [acesso 13/8/2013].
- Mathias, Pedro (2012). *Paralisação dos cortadores de cana faz uma semana: usina vê “má vontade”* [online]. Portal Ifronteira, 21 de junho. Disponível em: <<http://www.ifronteira.com/noticia-regiao-37526>> [acesso 30/6/2015].
- Menezes, Marilda Aparecida (2002a). O cotidiano camponês e a sua importância enquanto resistência à dominação: a contribuição de James C. Scott. *Raízes*, 21(01), pp. 32-44.
- Menezes, Marilda Aparecida (2002b). *Redes e enredos nas trilhas dos migrantes: um estudo de famílias de camponeses-migrantes*. Rio de Janeiro: Relume Dumará/JP/UFPB.
- Menezes, Marilda Aparecida; Marcelo Saturnino Silva e Maciel Cover (2012). Migrant workers in sugarcane mills: a study of social networks and recruitment intermediaries in Brazil. *Agrarian South: Journal of Political Economy*, 1(2), pp. 161-180.
- Monsma, Karl (2000). James C. Scott e a resistência cotidiana no campo: uma avaliação crítica. Em: *Revista Brasileira de Informação Bibliográfica em Ciências Sociais*, 49, pp. 95-121.
- Novaes, José Roberto e Francisco Alves, orgs. (2007). *Migrantes: trabalho e trabalhadores no Complexo Agroindustrial Canavieiro (Os heróis do agronegócio brasileiro)*. São Carlos: UFSCAR.
- Odiario.com (2008). *Usina demite 205 cortadores de cana grevistas em SP* [online]. 18 de junho. Disponível em: <<http://www.odiarior.com/economia/noticia/194028/usina-demite-205-cortadores-de-cana-grevistas-em-sp/>> [acesso 13/8/2013].
- Portal CTB (2009). *Continua greve dos cortadores de cana na Usina Tamoio* [online]. Central dos Trabalhadores e Trabalhadoras do Brasil, 26 de outubro. Disponível em: <<http://www.portalctb.org.br/site/brasil/7456-continua-greve-dos-cortadores-de-cana-na-usina-tamoio>> [acesso 13/8/2013].

- Portal Prudentino (2013). *Sindicato diz que greve de trabalhadores da Decasa “é iminente”* [online]. 5 de janeiro. Disponível em: <<http://www.portalprudentino.com.br/noticia/noticias.php?id=31230>> [acesso 13/8/2013].
- Portal Vermelho (2008). *Em SP, PM confronta cortadores de cana; seis são feridos* [online]. Disponível em: <<http://www.vermelho.org.br/noticia/39850-8>> [acesso 13/8/2013].
- Sakamoto, Leonardo (2009). *Demissão de grevistas azedou lavouras de cana-de-açúcar* [online]. Disponível em: <<http://blogdosakamoto.blogosfera.uol.com.br/2009/01/20/demissao-de-grevistas-azedou-lavouras-de-cana-de-acucar/>> [acesso 7/8/2013].
- Scopinho, Rosemeire Aparecida (2000). Qualidade total, saúde e trabalho: uma análise em empresas sucroalcooleiras paulistas. *Revista de Administração Contemporânea*, 4(1), pp. 93-112.
- Scott, James C. (1976). *The moral economy of the peasant: rebellion and subsistence in southeast Asia*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, James C. (1985). *Weapons of the weak: everyday forms of peasant resistance*. New Haven: Yale University Press.
- Scott, James C. (2000). *Los dominados y el arte de la resistencia*. México: Ediciones Era.
- Scott, James C. (2002). Formas cotidianas da resistência camponesa. *Raízes*, 21(01), pp. 10-31.
- Silva, Paulo Cândido (2011). *Paradeiros e revoltas dos canavieiros alagoanos entre 2007/2009*. Tese de Doutorado em Ciências Sociais. Universidade Federal de Campina Grande, Campina Grande-PB, Brasil.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes (2006). A morte ronda os canaviais paulistas. *Revista da Associação Brasileira de Reforma Agrária*, 33(2), pp. 111-142.
- Silva, Maria Aparecida de Moraes; Juliana Dourado Bueno e Beatriz Medeiros de Melo (2014). Quando a máquina desfila, os corpos silenciam: tecnologia e degradação do trabalho nos canaviais paulistas. *Contemporânea: Revista de Sociologia da UFSCAR*, 4(1), pp. 85-115.
- Silva, Marcelo Saturnino (2006). *Entre o bagaço da cana e a doçura do mel: migrações e identidades da juventude rural*. Dissertação de Mestrado em Ciências Sociais. Universidade Federal de Campina Grande, Campina Grande-PB, Brasil.
- Silva, Marcelo Saturnino (2011). *Trabalhadores-migrantes nos canaviais paulistas: sociabilidade, condições de trabalho e formas de resistência*. Tese de Doutorado em Ciências Sociais. Universidade Federal de Campina Grande, Campina Grande-PB, Brasil.

- Silva, Marcelo Saturnino e Marilda Aparecida Menezes (2008). *Entre o trabalhar e “dar trabalho”: as formas de resistência dos migrantes paraibanos nos canaviais do estado de São Paulo*. Documento apresentado no 3º Encontro da Rede de Estudos Rurais: Tecendo o intercâmbio: diversidade e perspectiva do mundo rural no Brasil contemporâneo. UFCG. Campina Grande-PB, 9 a 12 de setembro de 2008.
- Silva, Marcelo Saturnino; Danielle Milenne Príncipe Nunes e Polyana Felipe Ferreira Costa (2013). Trabalho e adoecimento no agronegócio canavieiro: um estudo das narrativas dos trabalhadores-migrantes nordestinos. Em: *VI Congresso Brasileiro de Ciências Sociais e Humanas em Saúde: circulação e diálogos entre saberes e práticas no campo da saúde coletiva*. Anais. Rio de Janeiro: ABRASCO, p. 111.
- UITA (2008). *Rurais da região de Ribeirão Preto iniciam greve em três usinas de açúcar e álcool [online]*. Disponível em: <http://www6.rel-uita.org/sindicatos/rurais_riberao_preto.htm> [acesso 25/6/2014].
- UNICA (2008). *UNICA considera irresponsável reportagem da Bloomberg TV [online]*. Disponível em: <<http://www.unica.com.br/noticia/33980888920331483908/unica-considera-irresponsavel-reportagem-da-bloomberg-tv/>> [acesso 25/6/2014].
- Vale, Santelisa (2009). *Trabalhadores rurais entram em greve hoje em Sertãozinho [online]*. Folha de São Paulo, Ribeirão Preto, 14 de agosto. Disponível em: <<http://www1.folha.uol.com.br/fsp/ribeirao/ri1408200913.htm>> [acesso 30/6/2015].

Transformaciones agrarias y cambios recientes en los mercados de empleo rural en Uruguay

Alberto Riella y Paola Mascheroni

Introducción

En la sociología rural y en los estudios agrarios es cada vez más frecuente utilizar la noción de “construcción social de los mercados de empleo”, para designar los factores institucionales, políticos y culturales que terminan conformando las formas de trabajo y la calidad de los empleos en un país, región o rubro específico. Uno de los primeros en explicitar esta conceptualización fue de la Garza (2000), entendiéndola como el encuentro —o desencuentro— entre la construcción social de la demanda y la construcción social de la oferta de trabajo. El autor sostiene que las estrategias de ocupación de las empresas que conforman un tipo de demanda concreta, además de estar determinadas por las variables económicas y de producción, se moldean por la existencia de posibles presiones dadas por el sistema de relaciones laborales vigente, las instituciones de vigilancia de las condiciones de trabajo, las formas de contratos colectivos existentes y la presencia o ausencia de acuerdos corporativos con los sindicatos. A su vez, la oferta de trabajo es construida por las estrategias de empleo de los trabajadores, que no sólo están conformadas por la necesidad de vender su fuerza de trabajo al mejor precio, sino también por otros factores, como el espacio donde operan, sus redes de amistad, relaciones de parentesco y otras necesidades del hogar (de la Garza, 2000, pp. 12-15). Esto hace que

el mercado de trabajo sea el resultado de una construcción social, política y económica indisoluble, que entrelaza factores estructurales y subjetivos.

Desde esta perspectiva, Ortiz (1999), observando con mayor detenimiento los mercados laborales agrícolas en el continente, puso de manifiesto el papel de los Estados en la construcción de los marcos de regulación que dan forma a los distintos tipos de relación entre la oferta y la demanda de trabajo, característicos de diferentes etapas del desarrollo capitalista en el agro. Por este motivo, los marcos institucionales y reglamentos gubernamentales constituyen un elemento central para interpretar las formas de gestionar y articular la oferta y la demanda de trabajo en cada momento histórico.

En este sentido, Neiman y Quaranta (2000, p. 64) señalan, para el caso argentino, que las estrategias laborales se construyen en un complejo entramado de múltiples niveles, en los cuales no sólo operan factores económicos y de escala, sino que también se observa la influencia conjunta de los distintos recursos políticos e institucionales con los que cuentan los actores en el momento de establecer sus estrategias en el mercado laboral.

Pedreño y Quaranta (2002, p. 15), retomando los estudios de Thomas, señalan la importancia de los procesos de construcción social y política de los mercados de trabajo para superar la mirada centrada en el ámbito productivo y poder abordar los procesos institucionales que determinan las desigualdades en los espacios laborales y la vulnerabilidad de ciertos estratos de trabajadores.

También en esta dirección, Lara Flores (2001), al realizar el análisis sobre la feminización de los mercados de trabajo en América Latina, destaca cómo ellos se van conformando en función de las estrategias que los diversos actores asumen en relación con los cambios en los marcos institucionales existentes, que, a su vez, impulsan la flexibilización y la desregulación de las relaciones laborales.

Klein (2012, pp. 20-33), en un trabajo más reciente, comparando varios países de la región, sostiene la relevancia de observar la construcción sociopolítica de los mercados de trabajo rurales para entender su funcionamiento y sus principales problemas. El autor considera que las instituciones del mercado de trabajo son una de las determinantes principales de la calidad de los empleos. Los procesos laborales están guiados por las organizaciones formales que rigen su funcionamiento al limitar el comportamiento de los distintos actores que interactúan en dichos mercados. El resultado de este constreñimiento institucional—que expresa las relaciones de fuerza históricamente construidas entre el capital y el trabajo— determina los procesos laborales que se dan en el mercado, influyendo de manera importante, por

ejemplo, en los niveles salariales, el grado de informalidad, las formas de contratación, el grado de sindicalización o la participación de la mujer que se da en dicho espacio social.

En síntesis, para analizar el mercado de empleo rural y sus cambios, debemos considerar de manera conjunta las transformaciones que se producen en la demanda de empleos, las modificaciones en las estrategias de las ofertas para acceder a esos puestos de trabajo y las características de los factores institucionales que rodean esos procesos. Así se podrán entender las particularidades de cada mercado de empleo rural, permitiendo ver cómo los factores estructurales de la oferta y la demanda se conjugan con la capacidad de agencia de los actores para desplegar sus estrategias en ese entorno institucional específico. En otras palabras, se trata de comprender el mercado de trabajo como un proceso específico de “estructuras-estructurantes” (Bourdieu, 1998), en el cual los agentes, en función de sus fuerzas, van diseñado acciones de adaptación, transformación o resistencia en ese entorno concreto, generando así la dinámica del mercado laboral y sus tendencias de transformación. Creemos que esta forma de conceptualizar el mercado no es sólo una cuestión heurística, sino que además nos puede permitir comprender mejor las carencias que enfrenta el empleo rural y buscar nuevas alternativas para mejorar esta situación.

Desde esta perspectiva, el artículo propone realizar una aproximación a los procesos de construcción social del mercado de empleo rural en Uruguay y observar sus tendencias y desafíos actuales. En la primera parte, realizamos un repaso de las etapas más recientes de la construcción social de dicho mercado. Posteriormente, analizamos los cambios producidos en las últimas décadas en la estructuración de la oferta, en las estrategias de la demanda y en las transformaciones institucionales. Finalmente, a partir de estas consideraciones, discutimos la evolución en las relaciones de fuerza entre sus actores más relevantes y concluimos planteando los principales retos y alternativas para la construcción social de un mercado de empleo rural más justo y democrático.

La configuración de los mercados de empleo rural en Uruguay

En los últimos cincuenta años la construcción sociopolítica de los mercados de trabajo agrario y rural en Uruguay ha atravesado por tres grandes momentos, los cuales están estrechamente vinculados a la forma de expansión capitalista en el agro y los ciclos económicos vividos por el país en ese período.

Si bien las fechas son siempre algo arbitrarias, el primer momento de este proceso se puede datar en el inicio de la década de los sesenta, cuando comienzan el declive del modelo de sustitución de importaciones y el lento desmantelamiento del Estado Benefactor que se extenderá, dictadura mediante, hasta fines de los setenta. Posteriormente, en un segundo momento, a inicios de los ochenta, en el marco del estancamiento del agro, se comienza a observar los efectos de las primeras medidas de liberalización y se inicia un ciclo de reformas estructurales neoliberales cuyos impactos se irán profundizando hacia fines del siglo XX. El tercer momento en la conformación del actual mercado de empleo rural comienza luego de la crisis de 2002 y se extiende hasta mediados de la segunda década de este siglo, donde se produce un ciclo de crecimiento y un cambio en la orientación política del gobierno.

En el primer momento, comienza la lenta transformación del mercado de empleo que se había conformado en torno a la convivencia de la ganadería extensiva, demandante de poca mano de obra por hectárea, con la producción de mediana y pequeña escala en los otros rubros, que eran más intensivos en uso de fuerza de trabajo, y que se habían desarrollado gracias a la protección arancelaria que imponían las políticas de autosuficiencia alimentaria del modelo de industrialización sustitutiva de importaciones. Pero también en esta etapa comienza una incipiente modernización en la producción de granos y cereales, a influjo de la revolución verde, que introducirá en el país cambios importantes en la forma de producir y organizar el trabajo. En esos años se comienzan a dar los primeros pasos para un cambio técnico que impulsará la concentración de la tierra y el capital, elevando la productividad del trabajo y de la tierra mediante la maquinización de las actividades de labranza y de cosecha, aumentando de forma considerable los rendimientos por hectárea y por trabajador. Estas transformaciones conllevaron una reducción de la fuerza de trabajo necesaria en las tareas agrícolas, marcando la primera caída de la población económicamente activa (PEA) del sector, la que pasa de 19,6% en 1963 a 15,8% en 1985. Asimismo, la tecnología que se incorpora en el período impone un cambio de escala de superficie que dificulta la permanencia de los pequeños establecimientos de base familiar, afectando con mayor intensidad la producción de cereales¹ que cubría una vasta región del litoral oeste y sur del país. La disminución de la producción familiar se expresa también en un cambio en la composi-

1 En el sector de producción de trigo se estima que se perdieron más del 80% de los pequeños productores de la época entre 1970 y 1980 (DIEA-MGAP, 1973-1983).

ción de la fuerza de trabajo del sector, en tanto se reducen los puestos de trabajadores familiares no remunerados pero aumentan los puestos para asalariados, que pasan a ser la mayoría de la PEA agropecuaria en 1985, representado el 56,8% del total.

Como resultado de todo este proceso, las estrategias que se despliegan desde la oferta para la búsqueda de empleo también cambian. Se produce una paulatina migración hacia las ciudades en busca de trabajo, provocando una caída de la población rural, sobre todo de la población asentada en los establecimientos y en los centros poblados más pequeños. Debido a que la intensidad de los cambios en los procesos de trabajo no fue generalizada en todo el sector, la pérdida de los puestos de trabajo no se dio de forma muy drástica y no se registraron fuertes cambios en la estacionalidad del empleo. En el contexto general del país, en este período, la mano de obra excedente del sector es absorbida por la demanda de empleo en actividades urbanas. Estas tendencias se van a ir profundizando en las décadas siguientes, generando consecuencias más profundas en la distribución de la población y en la red urbana del país, como veremos en los siguientes dos períodos.

En términos institucionales, este primer momento de construcción del mercado de empleo agrario se caracterizó por una legislación laboral que privaba a los asalariados rurales de los derechos y beneficios consagrados para el resto de los trabajadores, y las relaciones laborales privilegiaban los intereses de los empresarios del sector. Si bien, al inicio de este período, hubo una incipiente movilización de los trabajadores rurales para ser incluidos en la legislación laboral vigente para los demás sectores de actividad del país, la dictadura militar que se instaló con el Golpe de Estado de 1973 reprimió fuertemente estas demandas (González Sierra, 1994). Es así que hacia el final de este primer momento, la aprobación del Estatuto del Trabajador Rural de 1978 reafirmó la exclusión formal de los asalariados rurales del conjunto de derechos laborales establecidos para todos los trabajadores del país, tales como la limitación de la jornada laboral, el ejercicio de libertades sindicales y la participación en espacios de negociación colectiva. Sin embargo, los trabajadores del sector y en general el mercado de empleo rural estaban articulados con un conjunto de servicios públicos desarrollados en el medio rural a partir de la expansión del Estado de Bienestar en dichos territorios, que brindaban una cierta protección social al trabajador y su familia, vinculados a los servicios de atención primaria de salud en pequeños poblados, educación pública rural y una incipiente política de vivienda (Movimiento de Erradicación de la Vivienda Insalubre Rural - MEVIR). Esto conformó un mercado de empleo rural con una cobertura institucional in-

completa y muy particular. En parte se brindaba a los asalariados y sus familias indirectamente ciertos servicios básicos, pero simultáneamente se les excluía formalmente de la mayoría de los derechos laborales, propiciando de esta forma una dominación paternalista en las relaciones laborales (Riella, 2006), lo que permitió a los empresarios mantener los niveles salariales de la época muy bajos y someter a los trabajadores a un régimen laboral en el que el patrón ejercía su poder sin mayores regulaciones.

En un segundo momento, que podemos identificar en la construcción del mercado de empleo rural a partir de mediados de la década de los ochenta, se amplían los procesos de desarrollo tecnológico, principalmente a raíz de la expansión de rubros agroindustriales de exportación no tradicionales, impulsando un proceso de “modernización conservadora”. En estos años, el sector agrario se caracterizó por un dinamismo relativo, designado como “estancamiento dinámico”. Este concepto hace referencia al hecho de que si bien en esos años el crecimiento del Producto Bruto Interno (PBI) agropecuario fue casi nulo, cuando se analiza por rubros se aprecian comportamientos diferentes: mientras el sector ganadero se encontraba en una situación de estancamiento (sin crecimiento ni retracción de la producción), el sector agrícola se hallaba en expansión, principalmente a partir del crecimiento de la citricultura, el arroz, la cebada y la forestación. Este nuevo avance del capitalismo, ahora a través de la expansión de sectores altamente tecnificados, hizo que se produjera una drástica caída de la fuerza de trabajo necesaria en el sector agropecuario, sufriendo una disminución de casi un 50% de su incidencia en el total del empleo nacional en sólo una década (pasó del 15,8% del total en 1985 al 10,2% en 1996). Como efecto de los procesos ya nombrados, se siguieron reduciendo los puestos de trabajo familiares, pero a menor ritmo, ya que la desvalorización de los activos en el sector —producto de los bajos precios internacionales de los *commodities*— permitió que hubiera menor presión sobre los recursos naturales y, por tanto, las empresas familiares encontraron un refugio en rubros poco dinámicos, principalmente en la ganadería de cría. El empleo asalariado también sufrió una disminución en términos relativos, pero como contrapartida aumentó el cuentapropismo, puesto que, como veremos a continuación, en esta etapa se produjo una fuerte desregulación de los mercados de trabajo, lo que trajo aparejado el aumento de la tercerización y la informalidad de muchas actividades estacionales en el sector, que sustituyeron las relaciones asalariadas de dependencia directa de los empresarios rurales. Los efectos que estos procesos tuvieron en el mercado de trabajo en dicha etapa fueron principalmente el aumento de la estacionalidad de los puestos de trabajo, una creciente flexibilización y tercerización de la mano

de obra en las zafras y un alza en las tasas de informalidad del trabajo (Piñeiro, 1999). Todas estas circunstancias produjeron un aumento importante de la productividad del trabajo, pero que no se vio reflejado en los salarios de los trabajadores a causa de los arreglos institucionales que se impusieron en este momento de construcción del mercado de empleo, impulsados principalmente por la creciente hegemonía de las concepciones neoliberales.

El marco institucional, en este contexto, adquirió una nueva característica, ya que coincidió con el fuerte proceso de desregulación de la economía y de los mercados de trabajo. En esos años hubo un avance y una consolidación de los gobiernos de orientación neoliberal, que promovieron una rápida y traumática globalización de la economía nacional, de la cual el sector agropecuario no fue ajeno, produciendo un severo ajuste en el mercado de empleo al debilitar aún más el ya frágil sistema de protección social existente en el medio rural y crear un marcado aumento de la desocupación. Ello llevó rápidamente a que, a mediados de los noventa, se generara un deterioro de las precarias condiciones de trabajo en el campo y se agudizara la pérdida de los escasos derechos de los trabajadores. Este contexto permitió a los empresarios imponer una rebaja de los salarios, dando lugar a una importante caída del salario real, lo que llevó al deterioro generalizado de las condiciones de vida y a un incremento de la pobreza rural. Un trabajo del Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola - FIDA (1992) en esa década encontró que casi la mitad de los hogares de los trabajadores rurales y productores familiares se encontraban en situación de pobreza.

El tercer momento en la construcción social del mercado de empleo es el que comienza en la primera década de este siglo, marcado por un nuevo proceso de expansión capitalista en el sector. La característica particular de esta expansión está dada por el fuerte dinamismo y crecimiento de la producción de todos los sectores del agro, impulsado por la acelerada valorización de los productos primarios, la profundización de la globalización del sistema agroalimentario y la expansión de las cadenas globales de valor. El principal eje de las transformaciones productivas en el sector fueron las grandes empresas transnacionales que se instalaron en el país, produciendo un nuevo ciclo de concentración de los recursos naturales e introduciendo importantes cambios tecnológicos y de gestión, que alteraron significativamente la organización y las formas del trabajo en la mayoría de los rubros.

En el plano institucional, este período se caracteriza por el cambio en la orientación general de las políticas públicas dirigidas al mercado de empleo, ya que los entrantes gobiernos progresistas comenzaron a recorrer con decisión el camino de hacer retroceder los procesos de desregulación del

mercado de trabajo, fortalecer los servicios públicos y de protección social y formular políticas públicas para el reconocimiento de los derechos de los asalariados rurales y sus organizaciones. Este escenario impactó de manera muy particular en la conformación de los mercados de empleo, en los cuales la expansión produjo un aumento considerable de la oferta de trabajo en el sector, pero a la vez fue emergiendo un nuevo marco institucional por medio del cual el Estado implementó un modelo de relaciones laborales más regulado y con negociación colectiva.

En los apartados siguientes nos proponemos analizar con más detalle este período, observando los cambios y permanencias en la demanda de empleo, en las características de la oferta de trabajo y en el marco institucional. Con ello se busca contribuir a comprender la construcción social más reciente del mercado de empleo rural, en las mencionadas circunstancias tan particulares de fuerte expansión capitalista junto a un impulso regulador del Estado. Ambos fenómenos, conflictivos y por momentos contradictorios entre sí, constituyen las características más relevantes del período actual en la construcción del mercado de trabajo rural y su riqueza para el análisis sociológico.

Las transformaciones en la demanda de empleo en la última década

Como se ha mencionado, en la última década se han producido en el agro uruguayo cambios sustantivos, muchos de ellos difícilmente reversibles a corto plazo. Las transformaciones se expresan en el crecimiento de la producción, de la productividad, del ingreso y de las exportaciones del sector, así como en el aumento de las inversiones extranjeras, en la escala de las empresas y en la inédita presencia de firmas multinacionales en la actividad agropecuaria del país. La magnitud de las transformaciones vividas puede observarse en la competencia entre empresas por el acceso a los recursos naturales, la cual se expresa en un incremento del valor de la renta y el precio de la tierra². También cambió sustancialmente el uso del suelo en apenas una década. La superficie destinada a bosques artificiales aumentó

2 El precio de la tierra en el país pasó de 448 dólares la hectárea en el año 2000 a 3.519 dólares la hectárea en el año 2013. Por su parte, la superficie comprada y vendida en el país en el período fue de 7.486.000 hectáreas (Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias, 2014), lo que significa que el equivalente a casi la mitad de la superficie agropecuaria del país cambió de dueño en un período relativamente corto, induciendo profundos cambios en la estructura agraria.

un 60% aproximadamente y las tierras dedicadas a los cultivos cerealeros se incrementó cerca de un 150%. Estos cambios en el uso del suelo alteraron la matriz ampliamente ganadera extensiva del país que, si bien sigue siendo la mayoría de la superficie, se redujo en dos décadas del 81,4% al 64,3% (Riella y Romero, 2014). Sin embargo, este descenso se dio conjuntamente con un aumento de la productividad de la ganadería, mostrando que también dicho rubro experimentó cambios tecnológicos importantes que intensificaron su producción, abandonando el estancamiento que caracterizó al sector en el período anterior.

Las transformaciones afectaron, como era de esperar, la estructura agraria, en la que se perdió un 26% del número de pequeños establecimientos³. También, por primera vez, se produjo una leve caída del número de establecimientos medianos y un nuevo aumento en la superficie controlada por los establecimientos mayores⁴, lo que introdujo cambios importantes en la ruralidad y en sus mercados de empleo.

Como destacan Errea, *et al.* (2011), detrás de los cambios cuantitativos es posible observar importantes transformaciones cualitativas que dan cuenta de modificaciones más estructurales en los modelos de organización y gestión de las empresas en el sector y que implican alteraciones sustantivas en las formas tradicionales de logística, abastecimiento de insumos, equipos y servicios. Todo ello conduce a un aumento de las escalas operativas y a una mayor articulación con las fases de procesamiento de la producción.

En su conjunto, las transformaciones implican una nueva disminución de la PEA agropecuaria (pasando del 10% en 1996 al 7% en 2011), un nuevo aumento de la asalarización y una drástica reducción de la demanda de trabajo familiar no remunerado.

Los cambios en la demanda de trabajo no se dan de manera homogénea, sino que comienza a ser cada vez más marcada la diferenciación entre los distintos sectores demandantes de mano de obra. A grandes rasgos, se pueden distinguir cuatro grandes segmentos demandantes de trabajadores asalariados: los dos primeros son los más dinámicos y están vinculados a las grandes empresas y complejos agroindustriales, demandando en general un

3 Las explotaciones de menos de cien hectáreas pasaron de 33.811 en 2000 a 24.931 en 2011, según los Censos Generales Agropecuarios 2000 y 2011 (Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias, 2002, 2013).

4 Aumentó la superficie total controlada por los establecimientos de más de mil hectáreas, los que representan el 9% de las explotaciones y controlan el 60% de la superficie total, mientras que el 56% de las explotaciones más pequeñas controlan el 5% de la superficie (DIEA, 2013).

perfil similar de trabajador; el tercer segmento es el más tradicional y extensivo, vinculado a la ganadería; y el cuarto es la producción familiar que, en su conjunto, representa una porción de la demanda de trabajo asalariada.

El primer segmento está integrado por las “megaempresas” con superficie de tierras inimaginables en el país y con altos contingentes de trabajadores rurales. Si bien realizan usos más bien extensivos de la tierra, la cantidad de superficie que manejan hace que la dotación de trabajadores que emplean sea muy alta, como es el caso de las empresas de forestación y soja⁵. En este segmento es donde la intermediación de mano de obra y la venta de servicios agropecuarios se han desarrollado con mayor velocidad y han adquirido más relevancia cuantitativa.

El segundo segmento de la demanda lo constituyen las grandes empresas que se dedican a actividades que requieren mayor número de trabajadores por hectárea y que en esta década han intensificado de forma importante su producción. Entre ellas podemos diferenciar, por un lado, las empresas que están conectadas con los procesos agroindustriales radicados en el país, como el arroz, la caña de azúcar y la lechería y, por otro, a las que generan una alta demanda de fuerza de trabajo pero más estacional, vinculadas a las cadenas globales de productos en fresco, como la citricultura y el arándano⁶.

El aumento de la demanda de estos dos segmentos de grandes empresas capitalistas se ve reflejado en la participación creciente de este tipo de empresas, que en esta década está cercana al 35% de la demanda total de empleo en el sector (Buxedas, Perera y Barrios, 2012). Según el Censo General Agropecuario del año 2011, 818 grandes empresas contrataron 1.669.812 jornales, es decir, el 1,8% de las explotaciones concentró el 86,1% de los jornales contratados (Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias, 2013).

Estos dos segmentos son los que han dinamizado principalmente el mercado de empleo en esta década, y su fuerte demanda de mano de obra

5 Por ejemplo, en el sector forestal, cuatro empresas multinacionales son propietarias de casi el 80% de la superficie forestada del país, dos de ellas tienen un promedio de 250.000 hectáreas y otras dos un promedio de 150.000 hectáreas (World Rainforest Movement, 2014). En el caso de la soja, cinco empresas agroexportadoras concentraron el 63% del volumen comercializado en el 2012 (Uruguay XXI, 2013).

6 A este segmento se han venido incorporando las empresas, cada vez de mayor tamaño, que han surgido en la horticultura de primor y que se vinculan a las cadenas de grandes superficies.

ha implicado la incorporación de trabajadores de áreas urbanas del país, comenzando a profundizar los cambios en el perfil de quienes se ofrecen en el mercado laboral agrario. Estos son cada vez más jóvenes, con mayor presencia femenina, con mayor movilidad territorial y con trayectorias laborales que incluyen mayor proporción de ocupaciones no agrarias (Riella y Ramírez, 2009; Riella, Tubío y Lombardo, 2014).

El tercer segmento del mercado de empleo, que continúa siendo mayoritario, lo conforman las empresas dedicadas a la ganadería extensiva o la explotación mixta, que ocupa una muy baja dotación de trabajadores por hectárea, siendo que en 2011 representaba un trabajador cada 265 hectáreas (DIEA, 2013). En la ganadería, los puestos de trabajo generados son principalmente permanentes, siendo muy escasa la contratación de trabajo safral. En este segmento de empresas, la mano de obra demandada suele ser principalmente masculina, con poca calificación y residencia en el predio (Riella y Ramírez, 2010). En los últimos años, este segmento ha tenido serias dificultades para reclutar mano de obra frente a los otros rubros, dadas las condiciones de aislamiento y bajos salarios que ofrece.

El cuarto segmento de demanda de mano de obra lo constituye la producción familiar, que requiere menos trabajo asalariado debido a dos tendencias principales: por un lado, la disminución de las explotaciones familiares y, por otro, la introducción de tecnología que reduce la necesidad de mano de obra en los pequeños predios. Sin embargo, en conjunto, la agricultura familiar sigue siendo un importante demandante de mano de obra asalariada, sobre todo de trabajo safral para los rubros más intensivos⁷.

Existe una serie de elementos generales que atraviesan las características de la demanda de trabajo en todos los segmentos demandantes de mano de obra descritos, dado el aumento de la presión en el mercado de trabajo ejercida por los dos segmentos más dinámicos⁸. Uno de los más destacados es la expansión y consolidación de la intermediación de mano de obra, estrategia de las empresas para el reclutamiento de trabajadores safrales,

7 También la contratación de servicios hacen que este tipo de productores contraten menos trabajadores estacionales en forma directa.

8 Este aumento en la demanda de mano de obra asalariada se produce en un contexto de relativa escasez de trabajadores, dado el ciclo económico expansivo que atraviesa la economía del país. El desempleo a escala nacional es del 6,6% y del 4,8% en pequeñas localidades y zonas rurales del interior del país (INE, 2014). Asimismo hay una fuerte competencia con otros sectores por este perfil de trabajadores, fundamentalmente la construcción para los varones y el sector de servicios personales y comercio minorista en el caso de las mujeres.

umentando más de un 100% el número de trabajadores registrados bajo esta modalidad en el Banco de Previsión Social (2013). Según los Censos Agropecuarios de 2000 y 2011, en la última década, los establecimientos agropecuarios que contrataron personal zafra a través de intermediarios pasaron del 35% al 62,2%⁹.

Estas modalidades de intermediación laboral adquieren una mayor complejidad —ya que en muchos casos se dan acompañadas por ventas de servicios y maquinaria—, adoptando nuevas formas de funcionamiento y organización de carácter más empresarial. Se redefine así la figura de los antiguos contratistas del país, refuncionalizando también a los viejos enganchadores y capataces que reclutan y organizan el trabajo bajo las nuevas condiciones tecnológicas y de gestión¹⁰. Los estudios en el sector muestran la heterogeneidad de las formas de intermediación, que se han ido diferenciando y segmentando a lo largo de los años. Se pueden identificar desde pequeños intermediadores con lógicas más localistas hasta grandes empresas que contratan a miles de trabajadores y prestan servicios a las megaempresas de la forestación, la agricultura y las cadenas de producción en fresco (Fernández, 2012; Figueredo, 2012; Fernández y Piñeiro, 2013; Riella, Tubío y Lombardo, 2014). Se produce paulatinamente el tránsito de los intermediarios laborales a las empresas de servicios agrícolas, las cuales, si bien continúan teniendo como función central la intermediación capital-trabajo, comienzan a consolidarse y expandirse como intermediarios culturales, tecnológicos y logísticos para atender las cambiantes necesidades del capital (Carámbula, Figueredo y Bianco, 2013).

Una segunda característica de la demanda es el aumento del trabajo transitorio. En el período 2000-2011, el número de jornales contratados creció en total un 15%, pero si lo vemos sólo en los establecimientos con mayor demanda de trabajo zafra (más de 200 jornales anuales) el incremento fue del 56%, mostrando la concentración de la demanda de mano de obra zafra (ahora concentran el 86,1% de los jornales contratados, mien-

9 Esta modalidad de contratación abarca casi la totalidad de los mil establecimientos mayores, en tanto que en los estratos de los pequeños cubre el 48% (10-19 hectáreas) y en los medianos el 70% (100 a 199 hectáreas), cuando una década atrás los valores eran del 16% y el 47% respectivamente.

10 La tercerización del trabajo agrícola y la figura del contratista en Uruguay no es reciente, remontándose al siglo XVIII con la contratación de changadores (Fernández y Piñeiro, 2013). Esta actividad, que se extiende hasta el presente, se ha ido transformando a partir de los requerimientos de las empresas contratantes y la legislación imperante en el país (Riella, *et al.*, 2014).

tras que en el año 2000 esa cifra era del 63,5%), según datos del Censo General Agropecuario de los años 2000 y 2011 (DIEA, 2002, 2013).

Otro cambio importante en la demanda de trabajo, que se viene dando de forma lenta pero persistente, es la diferenciación de los puestos de trabajo. Se puede constatar que comienzan a emerger puestos de trabajo especializados y para mandos medios y altos que requieren mayor capacitación, vinculados en general al uso de maquinaria y tecnología más sofisticada, y a los procesos de gestión y logística, que marcan una diferencia con la mayoría de los trabajadores del sector que son muy poco calificados y con baja calidad en sus empleos. Según los datos del Censo de 2011, dentro del sector había un 24,8% de trabajadores especializados, a los que puede sumarse el 3,1% de administradores, gerentes o profesionales (DIEA, 2013). Esto concuerda con el estudio de Tommasino y Bruno (2011), quienes, analizando los datos de mano de obra registrada en el Banco de Previsión Social entre 2000 y 2009, sostienen que el trabajo calificado en el sector creció un 52%, mientras que la mano de obra no calificada se incrementó un 39%.

Frente a estos cambios reseñados en la demanda de trabajo y las distintas modalidades que han adoptado las empresas para reclutar la mano de obra necesaria a lo largo del ciclo productivo, la población trabajadora ha desarrollado un conjunto de estrategias para adaptarse de la forma más conveniente posible a este nuevo escenario —en un marco también cambiante en la institucionalidad de las relaciones labores—, lo que ha ido modificando el perfil de la oferta de trabajo en el sector, como intentaremos describir en el apartado que sigue.

Una mirada desde la oferta de trabajo

Los cambios reseñados en la demanda de trabajo implicaron necesariamente otros cambios en los modos de trabajar y también en los trabajadores (Neiman, 2010). El acelerado desarrollo de las empresas capitalistas en el agro llevó a que se acentuaran las tendencias que se venían registrando desde principios de los años noventa entre los trabajadores del sector en toda América Latina. Como señala Kay (2001), a inicios de esta década los trabajadores rurales mostraban una mayor proporción de asalariados, tenían una residencia principalmente urbana, e incorporaban cada vez más mujeres. Todas estas características que ya se comenzaban a ver en Uruguay en esa época (Piñeiro, 2002) se profundizaron en la última década, emergiendo una nueva característica para el mercado de empleo rural: la creciente movilidad de los trabajadores.

Estas características se dan en un escenario de paulatina reducción de la población rural, caída de la PEA agropecuaria en el país y marcada expulsión de la pequeña producción familiar. La población rural dispersa en Uruguay desciende sistemáticamente, pasando a ubicarse en el 5,3% en 2011¹¹. Concomitantemente, en las últimas décadas se registra un importante descenso en la PEA del sector, cayendo del 10% de los activos del país en 1996 al 7% en 2011. Esta fuerte disminución se debió principalmente a la caída de las formas familiares de producción.

La primera característica que se profundizó en este período es la asalarización de los ocupados en el agro. Los asalariados rurales se han constituido como la principal fuerza de trabajo del agro en el país, llegando en 2011 al 66,3% de los trabajadores del sector, lo que muestra una importante intensificación de la asalarización en la última década.

La segunda es que, en esta nueva fase de desarrollo del capitalismo en el agro, además de aumentar su peso relativo, se aprecia un progresivo incremento de la participación femenina en el mercado de empleo, aumentando un 20% en este período. Este incremento se da especialmente en el trabajo estacional, en el cual el 26% del total de jornales zafrales contratados son de mujeres, cifra que en algunos rubros puede llegar al 50% de la mano de obra contada en épocas de cosecha, según el Censo General Agropecuario de 2011 (DIEA, 2013). La participación femenina es diferente según el tamaño de los establecimientos y su especialización productiva, encontrándose una mayor masculinización en los establecimientos ganaderos cuya lógica se basa en la gran extensión (Vitelli, 2005). Los cultivos de exportación no tradicionales han permitido el aumento de la participación de las mujeres, principalmente en la producción y empaque de hortalizas, frutas y flores frescas, como en otras partes del mundo (Pedreño, 2012). Un ejemplo es el caso del cultivo del arándano en Uruguay, en el que la fuerte demanda de mano de obra para la cosecha hace que se deba recurrir a mujeres (Riella, Tubío y Lombardo, 2014). Se constatan diferencias importantes de orden cualitativo en el acceso de las mujeres en relación con el tipo de ocupación que realizan según el rubro productivo: mientras que en la ganadería se emplean principalmente en actividades de servicio doméstico (cocineras, caseras o limpiadoras), en otros rubros se emplean en puestos asociados directamente a la producción

11 La población rural dispersa era: 17% en 1975, 12,7% en 1985, 9,2% en 1996 y 8,2% en 2004 (Censos y Recuento Población, INE). Este despoblamiento del campo es concomitante al crecimiento de la población que reside en pequeños pueblos, que del 6,5% de la población en 1985 pasa al 8% en 2011, y aumenta considerablemente su tasa de actividad (Ramírez, 2014).

(viveros, plantación, fertilización, cosecha) (Riella y Ramírez, 2009). En general, la creciente participación de la mujer es acompañada por importantes desigualdades de género, verificándose brechas en los niveles salariales, en la cobertura social y en la calidad del empleo¹² (Vitelli y Borrás, 2014).

Una tercera característica de la oferta de trabajo es la consolidación de su urbanización. En la última década, los datos censales muestran un mayor contingente de asalariados agropecuarios que viven en los poblados y ciudades del interior del país, en los cuales tanto el trabajador como su familia pueden tener un mejor acceso a servicios tales como salud, educación, luz eléctrica, recreación y esparcimiento, entre otros. El 44,6% de los asalariados agropecuarios vive en localidades de más de 5.000 habitantes, y el 26,2% reside en pueblos, desplazándose diariamente al medio rural para realizar su actividad laboral, en tanto en el año 1996 eran el 42,5%¹³. Ejemplo de ello son los trabajadores que participan en la cosecha del citrus o de la caña de azúcar en el norte del país, o en la horticultura en el sur. Los asalariados que viven y trabajan en el campo eran el 57,5% en 1996 y sólo el 29,2% en 2011.

La cuarta característica que emerge en esta década, vinculada a la anterior, es la mayor movilidad de los asalariados. A partir de los datos censales de 2011 se puede apreciar que sólo el 4,1% de los asalariados vive y trabaja en el mismo lugar. Paulatinamente, el capataz o el peón que vivía y trabajaba en el establecimiento comienza también a vivir fuera del predio. Por tanto, la imagen del asalariado del agro que vive y trabaja en el predio es reemplazada por la del asalariado que debe realizar diferentes tipos de movilidades para desempeñar su tarea laboral¹⁴. En el caso de los trabajos

12 Estas desigualdades entre mujeres y varones no responden sólo a un tema cultural sino que dan cuenta de una lógica del capital que aumenta la oferta de trabajo femenino en algunos segmentos o sectores específicos en función de permitir al capital extraer la mayor cantidad de excedente posible.

13 La urbanización de los trabajadores presenta diferencias importantes según el rubro productivo. Por ejemplo, en la forestación el 88,3% de los trabajadores reside en ciudades o pequeños pueblos del interior y se traslada a trabajar al campo, mientras que en la ganadería más de la mitad de los trabajadores (54%) vive en el medio rural, dentro o fuera del predio (Riella y Ramírez, 2009, pp. 50-51).

14 La gran mayoría (66,2%) trabaja en la misma localidad o paraje en el que vive, pero fuera de su hogar. El 15% debe desplazarse a otra localidad, pero dentro del mismo departamento en el que vive, mientras que el 8% debe ir a trabajar a otro departamento. Finalmente, el 6,4% tiene un trabajo itinerante, es decir, para realizar su actividad debe desplazarse por más de una localidad. Se debe tener presente que los datos censales son de un momento determinado en el año, lo

zafrales y de cosecha, al impulso de las formas de intermediación de mano de obra ya señaladas, se constata que los traslados pueden llegar a insumir hasta cuatro horas diarias entre ida y vuelta, lo que aumenta notoriamente la jornada laboral de trabajo, obligando a los asalariados a estar todo el día fuera de su hogar. Estas movilidades diarias permiten cubrir la demanda de trabajo de las empresas y sustituyen las migraciones temporales de trabajadores nacionales o extranjeros que se observan en otros países latinoamericanos (Riella, Tubío y Lombardo, 2014). Por otra parte, se establecen movilidades de mayor alcance, principalmente entre los trabajadores estacionales que se trasladan para realizar tareas de cosecha. Se incrementa la movilidad territorial de los asalariados en diferentes formas, que oscilan desde una circulación simple a una hipermovilidad (circulación entre múltiples lugares), movilidad que puede incluir diferentes empleos agrícolas pero también la combinación de empleos agrícolas y urbanos (Gallas, 2010). Se acentúan los circuitos regionales de movilidad entre las zafras, en el intento de los trabajadores de reducir sus períodos de desocupación en sus ciclos anuales de trabajo, como en el caso de la esquila (Carámbula, 2009).

Estas características de los asalariados del agro no modifican el perfil joven que han mostrado históricamente, concentrándose en las primeras etapas de la vida activa (Piñeiro, 1999). Casi la mitad de ellos (50,3% en 1996 y 46,7% en 2011) tiene menos de 35 años, siendo mayoría los trabajadores de 25 a 34 años. Ello está asociado seguramente a las fuertes exigencias físicas de estos trabajos y al bajo requerimiento de educación formal para el ingreso a dichos puestos. Para muchos jóvenes que ingresan en la actividad, esta contribuye a su rezago en educación, lo que a la larga hace más difícil obtener otro tipo de empleos y, por tanto, quedan vulnerables y sin otra opción que aceptar las condiciones de trabajo, de estacionalidad y de bajo salarios que predominan. De esta manera, se refuerzan y reproducen las relaciones sociales que constituyen el mercado de empleo en el país. También se señala que en los últimos años, ante la presión de la demanda en el mercado de trabajo, se ha identificado este problema, lo que ha implicado un aumento del trabajo de los adolescentes en las actividades agropecuarias (Buxedas, Perera y Barrios, 2012)¹⁵. Si bien este trabajo siempre fue tradicional en la ganadería, ahora empieza a darse en otros sectores, como en las zonas hortícolas y frutícolas en el sur y el litoral norte, afectando a adolescentes que viven en las ciudades y pueblos de esas regiones y van a trabajar al campo.

que hace que no se contemplen los ciclos anuales de trabajo, que pueden alternar diferentes actividades y por tanto implicar mayor movilidad espacial.

15 El 24% de los adolescentes de 12 a 17 años que vive en el medio rural, trabaja.

Esta conjunción entre oferta y demanda de fuerza de trabajo se da en el marco de un impulso gubernamental importante para aumentar la regulación del mercado de trabajo, con la finalidad de mejorar el empleo y “modernizar” las relaciones laborales en el sector.

Los cambios en el marco institucional del mercado de empleo

Desde su llegada al gobierno en el 2005, el Frente Amplio impulsó una transformación en el mercado de empleo rural a través de una serie de políticas y medidas tendiente a modificar la regulación de las relaciones laborales y a crear nuevos espacios institucionales, para dar mayor protección a los trabajadores frente a los excesivos privilegios y poder que históricamente se habían otorgado a los empresarios en las relaciones laborales del sector. En una primera instancia, se buscó equiparar los derechos laborales de los trabajadores rurales con los de los trabajadores urbanos. Esto implicó quitar el carácter de “excepcionalidad” al trabajo agropecuario, que durante décadas se utilizó para justificar la existencia de una legislación propia que, en los hechos, permitía legalmente una mayor flexibilización y precarización del trabajo rural y excluía sistemáticamente a estos trabajadores de la mayoría de sus derechos laborales y sindicales¹⁶.

16 Durante el período se impulsó una serie de políticas laborales en esta dirección, algunas destinadas a todos los trabajadores y otras específicas para los asalariados rurales. Las principales acciones fueron la convocatoria a los Consejos de Salarios (2005); la derogación de los decretos que autorizaban el desalojo policial de establecimientos ocupados (2005); la Ley de Libertades Sindicales (2007); las leyes tendientes a regularizar lo referente a la subcontratación, intermediación y mano de obra en lo que respecta a los derechos laborales y de seguridad social de los trabajadores de las empresas subcontratadas o tercerizadas (Ley de Derechos de los Trabajadores de 2007 y la Ley de Responsabilidad Laboral en los procesos de descentralización empresarial de 2008); la Ley de Créditos o prestaciones laborales originadas en la relación de trabajo, que aumenta a cinco años la posible retroactividad de los reclamos laborales (2007); la Ley de Jornada Laboral y Régimen de Descansos en el sector rural (2008), que limita la jornada laboral a 8 horas diarias y 48 horas semanales; el Nuevo Estatuto del Trabajador Rural (2012), con modificaciones importantes, principalmente en lo que refiere a la constitución del salario mínimo (no puede constituirse en especie) y las disposiciones de desalojo (el trabajador no puede ser retirado a través de la Policía sino que se debe iniciar juicio por desalojo ante el Poder Judicial); la fijación del 30 de abril como día del Trabajador Rural (2012), feriado no laborable y pago.

La principal medida para cambiar esta situación fue la implementación de los Consejos de Salarios Rurales por primera vez en la historia del país. Esta iniciativa implicó el reconocimiento de los asalariados y de su derecho a la organización sindical, y obligó a los empresarios a tener que negociar con sus representantes las condiciones laborales y salariales en el agro. También fue un fomento importante y estratégico por parte del gobierno a la débil actividad sindical de los asalariados rurales (Mascheroni, 2011), conduciendo al aumento de la sindicalización rural en el período: se incrementó el número de sindicatos, produciéndose inclusive la sindicalización en sectores donde era casi inexistente, como los tambos y la ganadería. Aunque estos sindicatos son aún muy débiles y de escasa cobertura, y es muy bajo todavía el porcentaje de asalariados rurales afiliados a algún sindicato del sector (Carámbula, *et al.*, 2012).

En segundo lugar, el gobierno promovió la mejora de las condiciones de vida de los asalariados mediante el aumento del salario mínimo del trabajador rural¹⁷, que tuvo un incremento sostenido en términos reales durante la última década. No obstante ese incremento, el salario rural es en promedio 30% inferior al salario medio del sector privado en todo el país (Buxedas, Perera y Barrios, 2012), y continúa siendo insuficiente para cubrir las necesidades mínimas de una trabajador y su familia (Riella, Mascheroni y Perazzo, 2014).

Un tercer conjunto de medidas para la mejora de las condiciones laborales estuvo orientado a la regulación de la jornada laboral y la formalización de los empleos. Al respecto, se aprobó en 2008 la ley de las 8 horas diarias (48 horas semanales) para los trabajadores, lo que tuvo un efecto real importante. Pero si bien hay un aumento del porcentaje de asalariados con una jornada laboral que cumple con la ley, se mantienen problemas para el pago de horas extras (sólo el 6,5% de quienes trabajan más de 48 horas semanales cobran horas extras). Por su parte, la mayor fiscalización del organismo que recauda los aportes a la seguridad social de los trabajadores y la modernización de las formas de registro por parte de las empresas llevaron a que en estos años se diera un incremento en la formalización del empleo, alcanzando al 72% de los asalariados del agro en 2010¹⁸. Sin embargo, esta mejora en la formalización presenta variaciones importantes en función de los ingresos, ya que sólo una tercera parte de los asalariados rurales del

17 En Uruguay la legislación utiliza el término “trabajador rural” para designar a los asalariados del sector agrícola y pecuario.

18 Esto permitió un mayor control y fiscalización de las empresas tercerizadas en el sector rural.

decil más bajo de ingresos tienen un empleo formal, en tanto que el 89% de los asalariados del decil superior lo tienen (Riella y Mascheroni, 2013).

Estos cambios en la legislación y en las relaciones laborales, como era de esperar, llevaron a un cambio en las estrategias de los principales actores del mercado (empresarios y trabajadores) y sus organizaciones, para ir adaptándose a este nuevo escenario institucional y orientar sus formas de acción para tratar de obtener los mayores beneficios posibles y mejorar así su apropiación del excedente.

Los empresarios, y en especial sus gremiales, mostraron permanentemente su discrepancia con los cambios en la legislación laboral y trataron en todo momento de bloquear su aprobación o neutralizar sus efectos en caso de que fuera aprobada¹⁹. A partir de la entrada en vigencia de las diferentes normativas, los empresarios fueron aumentando los sistemas de control y disciplinamiento sobre sus asalariados, para inhibir la creación de sindicatos y poder así desconocer varios de los nuevos derechos formales que adquirieron los trabajadores en estos años.

Este comportamiento dio lugar a varios conflictos entre los trabajadores (y sus incipientes sindicatos) y los empresarios, dado que ante la exigencia por parte de los primeros del cumplimiento de la normativa vigente, aumentaron la represión directa y los despidos. Es así que, en el período 2005-2009, el total de conflictos rurales atendidos por la división de negociación colectiva del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social fue de 116 audiencias, solicitadas en su mayoría por los sindicatos (sólo el 3,3% fueron pedidas por empresas). Los principales motivos fueron el “incumplimiento de laudos y legislación laboral” (20%) seguido de “despidos antisindicales” (15%) y de “discriminación sindical y diversas formas de acoso” (12%). En su conjunto, las últimas dos categorías vinculadas a la actividad sindical ocuparon el 27% de los conflictos del período (Barrios y Moreira, 2010).

En este sentido, la etapa de construcción actual del mercado de empleo, con mayor regulación estatal, con algunas limitantes al poder de los empresarios, y el reconocimiento de los sindicatos, dota al proceso de una

19 Sus argumentos fueron que estas leyes desconocen las necesidades y realidades del sector, atentan contra la convivencia en el medio rural y amenazan con convertirse en un freno para la inversión en el agro y por tanto para el desarrollo del país (Riella, *et al.*, 2014). Fue así que se opusieron a la limitación de la jornada laboral, a las leyes de regulación de la tercerización y créditos laborales, la ley de derechos sindicales, y, si bien participan de los espacios de negociación colectiva creados, buscan deslegitimar esta política y minimizar sus resultados (Mascheroni, 2011).

mayor conflictividad y tensión. De hecho, durante estos últimos años, el ciclo de crecimiento del sector ha evitado la emergencia de esta conflictividad y se ha seguido por un camino de negociación entre el gobierno, el capital y el trabajo. En esta etapa, el capital no logró imponer totalmente su lógica y la priorización de sus intereses sobre los de los otros actores. Se puede pensar que, en los próximos años, con una caída del ciclo de crecimiento, se verá cuestionado el fortalecimiento de las instituciones de regulación del mercado laboral y de los mecanismos de redistribución de la riqueza que se intentaron imponer en este período.

De todas maneras, los cambios institucionales han significado un avance importante en la democratización de las relaciones laborales y en la construcción de un mercado de empleo más equilibrado entre capital y trabajo, mostrando públicamente que en el agro uruguayo existe una puja redistributiva entre los empresarios y los trabajadores, conflicto que estuvo invisibilizado por más de un siglo.

Consideraciones finales

En este artículo se intentó abordar la construcción social de los mercados de empleo rural en Uruguay, poniendo énfasis en interpretarla como el resultado del encuentro entre la construcción de la oferta y la demanda de trabajo, y los factores institucionales que enmarcan y regulan estos procesos. Del análisis de las particularidades de la configuración y articulación de estos tres elementos en las últimas décadas, resultado de las relaciones de fuerza entre los diferentes actores involucrados, se distinguieron tres momentos de la construcción del mercado de empleo rural. Se intentó, a su vez, profundizar en las características del período actual, en tanto en él se produce un nuevo balance en estas relaciones de fuerza, lo que genera configuraciones inéditas en la construcción social del mercado de empleo rural del país.

Como hemos mostrado, en la última década el ciclo de expansión del capitalismo indujo transformaciones aceleradas en el mercado de empleo rural, a partir fundamentalmente de la reestructuración de la demanda de trabajo y la ampliación de los cambios que venían ocurriendo en el perfil de la oferta. Este proceso de profundización del capitalismo en el sector agrario se da en un contexto político de ampliación de los derechos ciudadanos y de regulación de las relaciones laborales, que logra en alguna medida mitigar la pobreza y las desigualdades sociales en los territorios rurales. Ello ha llevado a complejizar los procesos sociales y las conflictividades en la actual etapa de la construcción social del mercado de empleo rural, al dar apertura a nuevos actores e instituciones que introducen modi-

ficaciones en las relaciones de fuerza entre los agentes y problematizan las fuertes asimetrías entre el capital y el trabajo que existieron históricamente en el medio rural.

Pero estos cambios institucionales no han mostrado ser muy eficaces para contrarrestar los procesos más estructurales del mercado de empleo, derivados de la diferencias de poder entre los actores involucrados. En un nuevo marco institucional de regulación de las relaciones laborales, las empresas del agro construyeron sus estrategias laborales, adaptándose cada vez más a la normativa vigente, pero haciendo esfuerzos por aumentar la productividad manteniendo simultáneamente bajos niveles salariales. No obstante ello, han debido conceder en algunos casos aumentos salariales que acompañaran la inflación, bajo las presiones del gobierno y del movimiento sindical.

Por lo tanto, pese a los esfuerzos de regulación del mercado de trabajo, el estilo de desarrollo agrario imperante no modifica su forma básica de acumulación, la que sigue basada en un aumento sin precedentes de la productividad del trabajo asalariado, pero sin mejorar la calidad del empleo. La mayoría de los puestos del trabajo creados en el sector en estos años de crecimiento sigue basándose en la combinación de la creciente mejora y sofisticación de la maquinarias y de equipos de alta tecnología con los modos más tradicionales de explotación de la fuerza de trabajo mediante el pago a destajo, la fuerte exigencia física, una marcada estacionalidad y la exposición a los riesgos climáticos.

Esta situación muestra que la construcción social de las relaciones laborales y del funcionamiento del mercado de empleo rural no se modifica solamente con un conjunto de leyes. Los cambios normativos deben ser acompañados por una transformación en las prácticas de los agentes y de sus relaciones de poder a escala micro, que permitan una modificación efectiva de las normas, usos y costumbres que imponen las reglas de dominación en las relaciones laborales a escala local. La aplicación de la normativa debe ser concebida como un proceso de control e imposición sobre los sectores dominantes en cada mercado, y se debe tener presente que para lograrlo no alcanza con una decidida acción de fiscalización por parte del Estado, sino que debe conllevar también el empoderamiento local de los sindicatos rurales. Es en este juego de fuerzas a escala micro que efectivamente se verá si es posible reconstruir un mercado de empleo rural con mayor capacidad distributiva y que contribuya a mejorar la calidad de empleo rural. De la capacidad que tengan los agentes emergentes para (de) construir las viejas prácticas y (re)construir las nuevas prácticas en el mercado de empleo, dependerá en definitiva el carácter que tendrá el estilo de

desarrollo agrario en país. Si este proceso de cambio no avanza, seguirá primando el actual estilo que continuará ampliando desigualdades, al centrarse en el uso de alta tecnología de producción y sofisticados grados de gestión empresarial, pero con el uso de mano de obra barata en puestos de trabajo de baja calificación y mala calidad.

Referencias bibliográficas

- Banco de Previsión Social (2013). *Estadísticas de cotizantes*. Montevideo: BPS.
- Barrios, Marcelo y Bolívar Moreira (2010). *Principales Características de la Negociación Colectiva en el Sector Rural en el período 2005-2010*. Ponencia presentada en las IX Jornadas de Investigación de la Facultad de Ciencias Sociales. Universidad de la República. Montevideo, Uruguay, 13 al 15 de setiembre de 2010.
- Buxedas, Martín; Marcelo Perera y Marcela Barrios (2012). Caso de Uruguay. En: Fernando Soto Baquero y Emilio Klein, coords. *Políticas de mercado de trabajo y pobreza rural en América Latina*. Tomo II. Santiago de Chile: CEPAL-OIT-FAO, pp. 289-344.
- Carámbula, Matías (2009). *Tiempos de ausencia. Movilidad espacial y precariedad laboral en los trabajadores rurales temporales: el caso de los esquiladores de Villa Sara*. Montevideo: Facultad de Agronomía-CSIC/Letraeñe Ediciones.
- Carámbula, Matías; Joaquín Cardeillac; Bolívar Moreira; Alejandra Gallo; Agustín Juncal y Diego E. Piñeiro (2012). Los límites de la ciudadanía: el caso de los trabajadores asalariados rurales. *El Uruguay desde la Sociología*, X. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR, pp. 351-370.
- Carámbula, Matías; Soledad Figueredo y Mariela Bianco (2013). Resolviendo las necesidades del capital. Del intermediario laboral a la empresa de servicios agrícolas. *Revista de Ciencias Sociales*, 26(32), pp. 35-52.
- De la Garza Toledo, Enrique (2000). La construcción socioeconómica del mercado de trabajo y la reestructuración productiva en México. En: Enrique de la Garza Toledo, coord. *Reestructuración productiva, mercado de trabajo y sindicatos en América Latina*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 11-48.
- Departamento de Estadística (1973). *Censo General Agropecuario 1970*. División Censos y Encuestas. Dirección de Economía Agraria. Montevideo: Ministerio de Ganadería y Agricultura.
- Departamento de Estadística (1983). *Censo General Agropecuario 1980*. División Censos y Encuestas. Dirección de Economía Agraria. Montevideo: Ministerio de Agricultura y Pesca.

- Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias (2002). *Censo General Agropecuario 2000*. Volumen 1 y 2. Montevideo: DIEA-Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca.
- Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias (2013). *Censo General Agropecuario 2011* [online]. DIEA-Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca. Uruguay. Disponible en: <<http://www.mgap.gub.uy/portal/page.aspx?2,diea,diea-censo-2011,O,es,0,>> [acceso 15/8/2014].
- Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias (2014). *Serie Precio de la tierra: compraventas año 2013* [online]. DIEA-Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca. Uruguay. Disponible en: <<http://www.mgap.gub.uy/portal/page.aspx?2,diea,diea-pre-precio-de-la-tierra,O,es,0,>> [acceso 15/8/2014].
- Errea, Eduardo; Juan Peyrou; Joaquín Secco y Gonzalo Souto (2011). *Transformaciones en el agro uruguayo: nuevas instituciones y modelos de organización empresarial*. Montevideo: Universidad Católica del Uruguay.
- Fernández, Raúl Emilio (2012). *Tercerización laboral en el Uruguay: el contratista rural*. Tesis de maestría en Ciencias Agrarias. Facultad de Agronomía, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Fernández, Raúl Emilio y Diego Piñeiro (2013). *Tercerización laboral en el Uruguay: estudio comparado de contratistas de trabajo y de maquinaria en el medio rural*. *Agrociencia Uruguay*, 17(2), pp. 141-149.
- Figueredo, Soledad (2012). *Intermediación laboral y organización del trabajo en el contexto de expansión agrícola uruguayo*. Tesis de maestría en Ciencias Agrarias. Facultad de Agronomía, Universidad de la República, Montevideo.
- Fondo Internacional para el Desarrollo Agrícola (1992). *Perfil y caracterización de la pobreza rural: encuesta socioeconómica a productores y asalariados agropecuarios*. FIDA-Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca. Montevideo: Equipos Consultores.
- Gallas, Aude (2010). La rotación del empleo como forma de trabajo. Importancia del empleo agrícola en la historia laboral y las movilidades de los asalariados temporales de las ciudades de Salto y Las Piedras, Uruguay. En: Susana Aparicio, Guillermo Neiman y Diego Piñeiro, coords. *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense: nuevos temas y perspectivas*. Montevideo: Letraeña Ediciones, pp. 44-64.
- González Sierra, Yamandú (1994). *Los olvidados de la tierra: vida, organizaciones y luchas de los sindicatos rurales*. Montevideo: Nordan.
- Kay, Cristóbal (2001). El excluyente desarrollo rural latinoamericano en un mundo neoliberal. En: Alberto Riella y Mauricio Tubío, comps. *Transformaciones agrarias y empleo rural*. Montevideo: Unidad de Estudios Regionales de Regional Norte-FCS-UDELAR, pp. 9-36.

- Klein, Emilio (2012). Condicionantes laborales de la pobreza rural en América Latina. En: Fernando Soto Baquero y Emilio Klein, coords. *Políticas de mercado de trabajo y pobreza rural en América Latina*. Tomo I. Roma: CEPAL-OIT-FAO, pp. 9-54.
- Lara Flores, Sara María (2001). Análisis del mercado de trabajo rural en México en un contexto de flexibilización. En: Norma Giarracca, comp. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO, pp. 363-382.
- Mascheroni, P. (2011). *Democracia y ciudadanía en el campo: los primeros Consejos de Salarios Rurales en Uruguay*. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR.
- Neiman, Guillermo (2010). Los estudios sobre el trabajo agrario en la última década: una revisión para el caso argentino [online]. *Mundo Agrario*, 10(20). Centro de Estudios Histórico Rurales. Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación. Universidad Nacional de la Plata, Argentina. Disponible en: <<http://www.redalyc.org/articulo.oa?id=84514811020>> [15/8/2014].
- Neiman, Guillermo y Germán Quaranta (2000). Reestructuración de la producción y flexibilidad funcional del trabajo agrícola en la Argentina. En: *Revista Latinoamericana de Estudios del Trabajo*, 7(12), pp. 45-69.
- Ortiz, Sutti (1999). Los mercados laborales a través del continente americano. En: Susana Aparicio y Roberto Benencia, coords. *Empleo rural en tiempos de flexibilidad*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 9-28.
- Pedreño Cánovas, Andrés (2012). Convergencias globales: apuntes para una sociología del trabajo de la nueva condición jornalera en las agriculturas intensivas. En: Mónica Bendini, Martha Radonich, Norma Steimbregger y Pedro Tsakoumagkos, coords. *Trabajo rural y travesías migratorias*. Neuquén: Educo, pp. 155-180.
- Pedreño Cánovas, Andrés y Germán Quaranta (2002). Introducción: Trabajo y sociedad en los campos de la globalización alimentaria. *Áreas*, 22, pp. 9-27.
- Piñeiro, Diego (1999). Trabajadores rurales y flexibilización laboral: el caso de Uruguay. En: Susana Aparicio y Roberto Benencia, coords. *Empleo rural en tiempos de flexibilidad*. Buenos Aires: La Colmena, pp. 99-132.
- Piñeiro, Diego (2002). Los trabajadores rurales en Uruguay: principales tendencias. En: Blanca Rubio, Cristina Martínez, Mercedes Jiménez y Eloísa Valdivia, comps. *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina*. México: Plaza y Valdés, pp. 157-184.
- Ramírez, Jessica (2014). *Pueblos rurales en Uruguay: dinámica ocupacional y poblacional tras las transformaciones agrarias en los últimos 25 años*. Tesis de maestría. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.

- Riella, Alberto (2006). Los frenos a la construcción de ciudadanía en el campo: el caso de los asalariados rurales en Uruguay. En: Hubert Carton de Grammont, comp. *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 159-185.
- Riella, Alberto y Paola Mascheroni (2013). Los efectos de la negociación colectiva y las políticas sociales sobre los trabajadores rurales en Uruguay. *RURIS*, 6(2), pp. 181-209.
- Riella, Alberto; Paola Mascheroni; Sofía Angulo y Agustina Marques (2014) Los ganaderos y el gobierno progresista: entre la conciliación y el conflicto. En: *El Uruguay desde la Sociología, XII*. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR, pp. 241-257.
- Riella, Alberto; Paola Mascheroni e Ivone Perazzo (2014). Uruguay: incumplimiento en el sector rural frente a una vigorosa recuperación del mínimo. En: Andrés Marinakis, ed. *Incumplimiento con el salario mínimo en América Latina: el peso de los factores económicos e institucionales*. Santiago de Chile: OIT, pp. 232-294.
- Riella, Alberto y Jessica Ramírez (2009). Una mirada comparativa del perfil de los trabajadores de la forestación y de la ganadería en Uruguay. *Revista Interdisciplinaria de Estudios Agrarios*, 30, pp. 45-73.
- Riella, Alberto y Jessica Ramírez (2010). Los trabajadores de la ganadería en Uruguay: un estudio de caso. En: Mónica Bendini y Norma Steimbregger, comps. *Calidad del empleo y migraciones*. Neuquén: GESA [CD-ROM].
- Riella, Alberto y Juan Romero (2014). Continuidades y rupturas en la estructura agraria en el Uruguay del siglo XXI. *Revista Pampa*, 10, pp. 159-171.
- Riella, Alberto; Mauricio Tubío y Rosario Lombardo (2014). Los jornaleros de las cadenas globales de producción de alimentos en fresco: el caso del arándano en Uruguay. En: Andrés Pedreño Cánovas, coord. *De cadenas, migrantes y jornaleros: los territorios rurales en las cadenas globales agroalimentarias*. Madrid: TALASA, pp. 94-109.
- Tommasino, Humberto y Yanil Bruno (2011). Trabajadores agropecuarios calificados y no calificados en 2000 y 2009. En: *Anuario OPYPA 2011*. Montevideo: Ministerio de Ganadería Agricultura y Pesca, pp. 369-373.
- Uruguay XXI (2013). *Oleaginosos [online]*. Instituto de Promoción de Inversiones y Exportaciones de Bienes y Servicios. República Oriental del Uruguay. Disponible es: <<http://www.uruguayxxi.gub.uy/informacion/wp-content/uploads/sites/9/2015/05/Informe-Oleaginosos-UruguayXXI.pdf>> [acceso 9/12/2014].
- Vitelli, Rossana (2005). *La situación de las mujeres rurales en Uruguay*. Santiago de Chile: FAO.

Vitelli, Rossana y Víctor Borrás (2014). Las asalariadas rurales en Uruguay: diagnóstico de vulnerabilidad social. *El Uruguay desde la Sociología*, XII. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR, pp. 273-286.

World Rainforest Movement (2014). Uruguay: los latifundios forestales de las transnacionales [online]. *Boletín Mensual WRM*, 202. Disponible en: <<http://wrn.org.uy/es/articulos-del-boletin-wrm/seccion1/uruguay-los-latifundios-forestales-de-las-transnacionales/>> [acceso 12/9/2014].

Fuentes de datos

Censo de Población y Vivienda 1996 y 2011. Instituto Nacional de Estadística (INE). Uruguay.

Censo General Agropecuario 2000 y 2011. Dirección de Investigaciones Estadísticas Agropecuarias (DIEA) Ministerio de Ganadería, Agricultura y Pesca.

Aspectos da organização do trabalho assalariado em monoculturas de árvores na Argentina, Brasil e Uruguai

Múcio Tosta Gonçalves

Introdução

Nos últimos cinquenta anos o processo de modernização do mundo rural latino americano gerou a expansão de complexos agroindustriais e conformou um sistema agroalimentar internacionalmente integrado sem ter resolvido os problemas do acesso a terra, da efetiva conquista de direitos sociais e da segurança alimentar nos mundos rural e urbano para milhares famílias camponesas e para trabalhadores e trabalhadoras rurais. A concentração fundiária, a espoliação da natureza e a dependência de estruturas e estratégias econômicas e políticas orientadas para a exportação de bens primários foram os fatores determinantes desse processo, que combinou e vem combinando crescimento com desigualdade.

Para Kay (1997), esses resultados da modernização decorrem de processos associados de transformação tecnológica da agricultura sob o controle e o comando da agricultura empresarial, de políticas macroeconômicas favoráveis ao desenvolvimento e difusão de tecnologias intensivas em capital e dos vieses de serviços extensionistas favoráveis à exploração capitalista das propriedades rurais. Com isso, a distância entre a agricultura capitalista e a economia camponesa (familiar) foi ampliada. Para o autor, nesse contexto os riscos são elevados, a modernização é cara e também

baseada em modelos inapropriados para as condições da agricultura de pequena escala (inclusive do ponto de vista dos recursos naturais sobre as quais ela subsiste), tendo em vista os requerimentos de capital, a qualidade dos recursos naturais que devem ser envolvidos na produção e a escassa oferta de trabalho (Kay, 1997).

Oliveira (1988) argumentou que a economia colonial da *plantation* deixou como herança uma estrutura agrária e agrícola em que se combinam a baixa produtividade do trabalho agrícola e as deploráveis condições de trabalho e de vida dos camponeses e dos trabalhadores rurais. Nesse sentido, a subordinação do mundo rural e sua “modernização” pelos e para os setores urbano e industrial das economias da América Latina devem ser entendidas como parte integrante da expansão do capitalismo no continente (Oliveira, 1988).

A modernização conservadora do mundo rural latino-americano gerou profundas mudanças na estrutura e na base técnica da produção agropecuária e nas relações sociais no mundo rural, aprofundou a dependência econômica, tecnológica e social do campo frente à sociedade urbano-industrial, ampliou a concentração da propriedade fundiária, o desemprego e o assalariamento da força de trabalho rural, ampliando as desigualdades sociais e espaciais e contribuindo sobremaneira para a destruição de ecossistemas e da biodiversidade genética. Tendo em vista tais resultados sociais, políticos, econômicos e ambientais socialmente danosos, conclui-se que o conservadorismo da modernização no continente tem tornado ainda mais incerta a promoção e a consolidação da democracia no mundo rural (Schiavo, 2000; Rubio, *et al.*, 2002; Leite e Ávila, 2007; Delgado, 2009, dentre outros).

A modernização representa simultaneamente o fortalecimento dos complexos agroindustriais e exportadores monocultores e o enfraquecimento da capacidade de representação das categorias sociais rurais subalternas. A formação e a expansão de monoculturas de árvores para a produção de insumos e matérias primas de uso industrial (carvão vegetal, pasta de celulose, madeira serrada) e de bens de consumo e intermediários (papel e papelão) é um exemplo da forma como o modelo de modernização rural da América Latina articula a ação de oligopólios industriais e financeiros com a manutenção das desigualdades, comprometendo a efetividade da democracia no campo.

Especialmente na América do Sul (e particularmente no Brasil, no Chile, no Uruguai, no Peru e na Argentina) as empresas plantadoras de árvores de uso industrial vêm sendo tratadas como clientes preferenciais do Estado ao longo dos últimos quarenta anos. Para tanto, vem sendo utilizadas

distintas formas de regulamentação e de regulação setorial para subsidiar e financiar diretamente a formação de plantações industriais de espécies exóticas de árvores em larga escala assim como as empresas consumidoras dessa matéria prima vegetal. O apoio fiscal e financeiro do Estado é ainda combinado com um relaxamento de políticas ambientais preservacionistas e conservacionistas e daquelas voltadas para o controle das relações de trabalho (Gonçalves, 1990, 2001; Carrere e Lohmann, 1996; Overbeek, Kröger e Gerber, 2012; Kröger, 2012a).

Em 2005, a Organización de las Naciones Unidas para la Agricultura y la Alimentación (FAO) estimou que houvesse cerca de 11 milhões de hectares ocupados por “bosques plantados” (FAO, 2006)¹. Em 2010, ainda segundo a FAO, o número de hectares de árvores plantadas na América Latina foi de 13,8 milhões. Segundo o documento, 97,1% dessa superfície foram plantadas com espécies introduzidas (não nativas da região), principalmente na Argentina, na Bolívia, no Brasil, no Chile, no Equador e no Uruguai (FAO, 2010).

Em 2011, as monoculturas de pinheiros e de eucaliptos para uso industrial ocupavam uma área próxima a 6,5 milhões de hectares no Brasil (ABRAF, 2012). Na Argentina, a área era superior a um milhão de hectares plantados, principalmente nas províncias de Misiones, Corrientes e Entre Ríos em 2008 (Alvarado, 2009). No Uruguai, a superfície plantada com árvores exóticas é de aproximadamente 800.000 hectares, ou cerca de 5% da área ocupada pela agropecuária nacional (Alvarado, 2009).

O tamanho das plantações de eucalipto, uma das principais espécies plantadas e consumidas pelas empresas dos ramos anteriormente mencionados, somam mais de sete milhões de hectares em quinze países das Américas do Sul e Central, sendo que o Brasil possui aproximadamente 60%

1 Definidos como as áreas compostas e/ou formadas “... por medio de plantación y/o de siembra deliberada de especies nativas o introducidas. El establecimiento se hace a través de forestación en terrenos que hasta entonces no estaban clasificados como bosques o mediante reforestación de áreas ya clasificadas como bosques, por ejemplo tras un incendio, una tormenta o un desbroce. El concepto de bosques plantados es más amplio que el de plantaciones forestales, utilizado en anteriores evaluaciones mundiales. [...] Se llama forestación a la acción de establecer bosques mediante plantación y/o siembra deliberada en tierras no clasificadas como forestales, mientras que reforestación se refiere al restablecimiento de bosques mediante plantación y/o siembra deliberada en tierras clasificadas como forestales, por ejemplo tras un incendio o tormenta, o después de una tala rasa” (FAO, 2010, pp. 94, 99).

dessa área, seguido pelo Uruguai (com respectivamente 12% da área total cada um deles) e pela Argentina, com 5% (Gonçalves, 2013).

Essas monoculturas foram implantadas e expandidas com base em um marco legal e organizacional que combinou elementos de proteção ao meio ambiente e das florestas com instrumentos específicos para as plantações industriais.

As estratégias de crescimento da atividade de plantação de árvores se sustentaram e se sustentam sobre as vantagens econômicas que foram geradas para as grandes corporações privadas, em especial as transnacionais —mesmo quando emergem conflitos a partir da competição para o controle de territórios produtivos, tal como o relacionado às plantas de celulose entre o Uruguai e a Argentina (Fanzeres, 2005; Palermo e Reboratti, 2007; Alvarado, 2007; Mata Machado, 2008; Teixeira Filho, 2008; Alvarado, 2009; Kröger, 2012a)—.

Organismos e instituições internacionais —principalmente o Banco Mundial e seus braços International Finance Corporation (IFC) e Multilateral Investment Guarantee Agency (MIGA)—, o Banco Interamericano de Desenvolvimento (BID) e o Asian Development Bank (ABD) desempenharam e desempenham importante papel na promoção e na expansão da monocultura de árvores exóticas na América do Sul. Agentes financeiros nacionais dedicados ao “desenvolvimento econômico” e à oferta de crédito para exportações, como o Banco Nacional do Desenvolvimento Econômico e Social (BNDES), a Japan International Cooperation Agency (JICA) ou a Finland’s Export Credit Agency (Finnvera) também possuem grande importância nos investimentos para a expansão da indústria celulósica no Brasil e no Uruguai. Empresas escandinavas de consultoria (como a Jaako Pöyry) e corporações transnacionais do setor de celulose (como as chilenas Arauco, Masisa e CMPC e as escandinavas Botnia e Stora Enso, dentre as principais) são atores relevante na expansão da monocultura de árvores na América Latina (Carrere e Lohmann, 1996; Spek, 2006; Mata Machado, 2008; Kröger, 2012a).

Tratando do caso argentino, mas com uma descrição que se aplica ao conjunto dos países mencionados até aqui, Fernández (2000) argumenta que:

“Este modelo favorece a poderosos grupos empresarios que invierten su capital en los Estados que les garantizan mejores posibilidades de ganancias y minimización de riesgos. Sus estrategias consisten en diversificar capitales y actividades en distintos espacios geográficos, produciéndose así el reparto y el control privado sobre las principales áreas. Esto provoca un cambio cualitativo en las relaciones políticas y socio-económicas, donde uno de los protagonistas centrales es el Estado que adquiere un nuevo

rol, instituyéndose la organización de una nueva realidad socio-espacial-temporal". (Fernández, 2000, p. 110)

É possível supor, portanto, que a intencionalidade das políticas públicas para o setor florestal na América do Sul não a torna necessariamente democrática. Decorre daí também que são significativos os conflitos sociais envolvendo as monoculturas de árvores na América Latina assim como ocorre na Ásia e na África (Carrere e Lohmann, 1996; Gonçalves, 2001; Gerber, 2010, 2011; Kröger, 2012b).

Assalariados das plantações de árvores na América Latina

Gerber (2011) e Kröger (2012b) apresentam uma análise recente dos conflitos produzidos pela expansão das plantações homogêneas de árvores, argumentando que frente ao avanço delas diversos movimentos de resistência camponesa e popular têm sido gerados e crescido em distintos pontos do planeta. Para Gerber (2011), a questão pode ser assim sintetizada:

"... the prominent cause of resistance is related to corporate control over land resulting in displacements and the end of local uses of ecosystems as they are replaced by monocultures. Resistance includes the 'weapons of the weak' and ranges from dialogue to direct confrontation and from local to international. It often involves NGOs, especially for legal issues. Demonstrations, lawsuits, road blockades and tree uprooting have been reported in several countries. Authorities have responded by repression [...] while popular struggles have been able to stop plantations [...] mainly through winning lawsuits or massive social unrest. While these movements can be regarded as classical land conflicts, they usually also have an ecological content, corresponding to forms of the 'environmentalism of the poor'". (Gerber, 2011, p. 165)

As dinâmicas sociais e econômicas da formação e do desenvolvimento das plantações de árvores, tal como apresentada, requer que se realize um debate sobre a implantação de novas orientações relativamente aos problemas e desafios sociais, ambientais e territoriais provocados pela atividade. Esse debate tem como pressuposto que a consequência social mais degradante dessa atividade é a combinação da concentração da propriedade fundiária e a subordinação dos trabalhadores rurais a um mercado de trabalho agroindustrial (Gonçalves, 2001; Kröger, 2012a). Essa combinação cria não só as condições para a implantação desse tipo de projeto capitalista como inviabiliza as condições para a permanência e o desenvolvimento de um projeto popular e democrático de desenvolvimento rural.

A transformação dos camponeses e trabalhadores rurais em trabalhadores assalariados resulta de um processo de subordinação social e territorial ao capital no campo que sustenta a coerção sobre o trabalho e contribui para condicionar as dinâmicas sociais às quais os trabalhadores são submetidos e no âmbito das quais eles constroem suas identidades individual e coletiva (uma discussão sobre a formação e desenvolvimento de grupos e classes sociais e suas identidades no capitalismo é realizada por Bourdieu, 1989a e 1989b, dentre diversos e distintos outros autores).

A partir da subordinação desses trabalhadores ao assalariamento, as suas identidades são forjadas pela inserção em um universo de relações que requer conformação às novas condições criadas pelas monoculturas e que gera novas formas de confronto com os atores dominantes e seus respectivos projetos socioeconômicos e políticos, tal como foi estudado para o caso brasileiro por Gonçalves (2001).

Nesse sentido, se as identidades são a um só tempo um resultado de adaptações, engajamentos, adesões e resistências, então elas também geram respostas em termos de representação política que são específicas. Ou seja, os trabalhadores constroem uma consciência que oscila entre “posições” contraditórias de adesão à subordinação social e de estranhamento em face da mercantilização da sua força de trabalho no contexto das atividades capitalistas que criam (e recriam) territórios naturais e sociais. Por isso mesmo, tornam-se capazes de aprender a negociar e a resistir, inclusive como sujeitos coletivos (Gonçalves, 2001).

O objetivo do presente artigo, partindo das considerações precedentes, é o de descrever os principais aspectos dos processos que —levando em consideração as realidades das transformações no mundo rural argentino, brasileiro e uruguaio— permitem descrever elementos presentes na organização do trabalho assalariado nas monoculturas de árvores nesses países e os tipos de respostas dos trabalhadores, em especial quanto à sua representação política.

São múltiplas as dimensões econômicas e políticas da (re)organização do trabalho rural que contribuem para a formação da força de trabalho assalariado no campo e, como uma das suas expressões como categoria política, dos sindicatos de assalariados rurais.

Para Kay (1997), em sua análise sobre os processos de mudança do mundo rural latino-americano que foram desencadeados pela modernização conservadora, podem ser apontados quatro principais câmbios na composição estrutural da força de trabalho rural: (1) o crescimento do número de trabalhadores rurais assalariados; (2) o crescimento da força de trabalho rural assalariado temporária e estacional; (3) a feminização

da força de trabalho rural estacional assalariada; e (4) a urbanização dos trabalhadores rurais.

Tratando do caso da composição de um segmento da força de trabalho argentino, Bendini, Radonich e Steimbregger (2002) apontam os seguintes fenômenos geradores de impactos na morfologia do trabalho rural:

“Las nuevas tecnologías y las nuevas formas de organización del trabajo rural y agrario transforman la división y el contenido de las tareas y, por lo tanto, la noción misma de calificación; [...] el aumento de empleos temporales, la extensión a la etapa industrial de la flexibilización de hecho existente en la producción primaria y la precarización de la relación contractual vía terciarización [...] Como consecuencia de la expansión del trabajo temporal, se produce una mayor integración entre mercados de trabajo urbanos y rurales, producto de la movilidad de la mano de obra que supera la multiocupación sectorial. Como consecuencia de la flexibilización, aumenta la terciarización como forma de blanqueo encubierto del trabajo... no registrado, que caracterizó tradicionalmente al empleo rural y se extiende a la etapa industrial bajo modalidades de intermediación. Los sectores más dinámicos de la agricultura presentan rasgos de los nuevos modelos productivos —desarrollo de formas más enriquecedoras del trabajo, polivalencia obrera, implicación, movilidad interna, trabajo en equipo—. Si bien estos modelos tienen efectos positivos sobre la calificación, profundizan al interior la segmentación del mercado de trabajo y generan formas precarias de empleo, especialmente para las mujeres, los migrantes y otros sectores socialmente vulnerables”. (Bendini, Radonich e Steimbregger, 2002, pp. 134-135)

No que se refere ao Uruguai, e tendo como referência a proposta feita por Kay (1997), Piñeiro (2002) sugere que as transformações no mundo do trabalho rural não ocorreram igualmente, tendo em vista que diminuiu o tamanho da população economicamente ativa rural e de assalariados rurais (provavelmente graças a ganhos de produtividade do trabalho e alterações tecnológicas poupadoras de mão de obra nos setores mais dinâmicos do setor agrícola de exportação); houve aumento da força de trabalho feminina, mas provavelmente por causa de ocupações não agrícolas e pela substituição do trabalho masculino pelo feminino dentro das propriedades mais pobres; cresceu o emprego temporário nos setores mais dinâmicos, mas “... los trabajadores eventuales provienen de las ciudades y localidades rurales aledañas a los campos agrícolas”; ocorreu um crescimento do processo de urbanização da residência dos trabalhadores rurais; e, adicionalmen-

te, cresceu o emprego da população economicamente ativa rural em tarefas não agrícolas (Piñeiro, 2002, pp. 180-182).

Segundo Riella e Mascheroni (2012), apesar da importância do setor agropecuário para a economia uruguaia, as condições de trabalho rural tem se caracterizado historicamente pela precariedade e baixa qualidade dos empregos. Mesmo que desde princípios do século XX o trabalho rural tenha sido objeto de legislação específica, ela foi tardia e de aplicação parcial quando comparada com a condição dos trabalhadores urbanos. As principais características do trabalho rural até meados da primeira década do século XXI podem ser assim resumidas: ausência de regulação sobre a extensão da jornada de trabalho e o pagamento de salários; informalidade na contratação de trabalhadores (o que combina com terceirização); aplicação parcial ou inexistente de direitos coletivos (salário maternidade, transferência de renda para famílias com crianças, seguro desemprego); supressão do direito de realização de negociações coletivas.

A partir de 2005 houve uma transformação quanto aos aspectos legais do tratamento dado ao trabalhador e às relações de trabalho, com o “... reconocimiento y avance de los derechos laborales de los asalariados rurales, un fuerte crecimiento del sector agropecuario, y la aplicación de políticas públicas y sociales destinadas a mejorar la calidad de vida de la población en general y de los asalariados rurales en particular” (Riella e Mascheroni, 2012, p. 186).

As transformações decorrentes do processo de reestruturação capitalista em curso desde a década de 1970 e que atingiram o mundo rural vem gerando um novo tipo de trabalhador e um novo tipo de emprego rural. Nesse sentido, pode-se perguntar se o modelo usual de resposta sindical dos trabalhadores é capaz de fazer frente às estratégias capitalistas de crescimento empresarial num contexto de internacionalização e de transnacionalização —especialmente como é o caso da economia e das estratégias empresariais globais de plantações homogêneas de árvores para finalidades industriais siderúrgicas e de celulose e papel—.

A situação do trabalho rural na Argentina como decorrência do desenvolvimento das relações capitalistas no campo pode ser caracterizada de acordo com os seguintes traços: 1) precariedade nas relações sociais de emprego, que são marcadas pela insegurança ou instabilidade da relação salarial; 2) remuneração insuficiente para a reprodução social do trabalhador; 3) predomínio de formas de emprego por tempo determinado ou com elevado risco de descontinuidade; 4) intermediação de força de trabalho por meio de agências de emprego ou de contratadores; 5) ausência de condições adequadas de trabalho vinculadas à jornada de trabalho (incluindo

o transporte e as condições de alimentação, moradia e de descanso dos trabalhadores); 6) carência de adequada proteção social; 7) desregulamentação das condições de trabalho; e 8) fragilidade da representação sindical (Bendini, 1999; Ohaco, 2012).

Levando em conta o desenvolvimento do capitalismo agrário desde o início do século XIX, o problema do trabalho rural na Argentina vem sendo abordado academicamente também desde muito cedo, porém principalmente na perspectiva da reconstituição histórica da formação e/ou organização de categorias de trabalhadores. Como argumentaram Aparicio e Benencia (2001), o desenvolvimento de novos aportes do ponto de vista da sociologia e da economia a partir dos anos 1970 permitiu concluir que ocorreu no mundo rural argentino uma modernização do mercado de trabalho caracterizada pela presença de empresas capitalistas cujas inversões aprofundaram a instabilidade do trabalho e geraram forte sazonalidade nas demandas e heterogeneidade nas qualificações profissionais, além da terceirização.

O processo de modernização rural e do mercado de trabalho rural, no caso argentino, pode ser caracterizado pela emergência ou predomínio de novas culturas altamente capitalizadas e de novas tecnologias que afetam o mercado de trabalho tradicional e conseqüente modernização das relações de trabalho; modificação dos padrões e aumento da concorrência na oferta de trabalho; aumento da concentração fundiária e adoção de formas de integração vertical da produção, com impactos sobre a oferta de bens e serviços agropecuários e sobre a demanda de trabalho; aumento da precarização do trabalho —terceirização; trabalho temporário— (Aparicio e Benencia, 2001, pp. 7-13).

Ademais, conforme argumentou Piñeiro (2004), as transformações ocorridas no campo argentino a partir do final do século XX como consequência das mudanças nas orientações liberalizantes das políticas econômicas resultaram que o setor agropecuário, e em particular as pequenas e médias propriedades, passaram a enfrentar diversos problemas que explicam seu endividamento e que levaram milhares de minifundistas à desaparição.

De acordo com Ohaco (2012), se contraditoriamente a agropecuária capitalista tem se mantido como um dos setores mais dinâmicos da economia argentina —em termos de crescimento da produção e das exportações—, isso não reflete melhores condições de trabalho para os trabalhadores, submetidos inclusive a situações análogas à escravidão, a despeito inclusive das mudanças no marco legal setorial com a sanção de um novo “Estatuto del Peón Rural” em dezembro de 2011. Nesse sentido, é esclarecedora a afirmativa do Ministro do Trabalho da República Argentina em

entrevista ao bonaerense jornal *Página12* em dezembro de 2011 de que existem quase 900.000 trabalhadores rurais no país, 62,6% dos quais são empregados registrados, e que se encontram submetidos a precárias condições de trabalho (jornadas diárias de trabalho superiores a oito horas sem pagamento de horas extras e descanso semanal; condições de alojamento insalubres; inadequação ou falta de alimentação, de transporte e de acesso a informação; desrespeito a direitos coletivos)².

Conforme Noejovich (2009), o regime de contratação e as negociações sindicais na Argentina apresentam uma estrutura flexível, e as últimas são realizadas por empresas mais do que por setores de atividade. Ainda segundo o autor, “Esta es una diferencia importante en la función política de esas organizaciones gremiales. En el caso argentino, su capacidad económica, derivada de aportaciones ‘cuasi compulsivas’, les otorga un poder político” (Noejovich, 2009, p. 285).

No caso dos trabalhadores das plantações de árvores na Argentina, além de tais considerações, as condições apontadas anteriormente por Aparicio e Benencia (2001) são as mais fortes características setoriais, reforçando os traços da precarização do trabalho e das relações sociais no campo argentino sob a organização industrial de plantações de árvores³. É importante destacar que no caso argentino esses trabalhadores estão concentrados na região noroeste do país, totalizando em 2011 quase vinte mil trabalhadores (55% dos quais com registro de emprego) ou um total de 2,6% dos empregados rurais do país (Ohaco, 2012).

As respostas coletivas dos subordinados rurais ao desenvolvimento agrário argentino se caracterizaram, segundo Piñeiro (2004), por duas situações distintas. Na região pampeana, que foi marcada pela organização dos setores de médios proprietários e arrendatários rurais e empresas capitalistas na Federación Agraria Argentina já em 1912. Nas províncias do Nordeste do país, os agricultores familiares e camponeses não se organizaram e foram prejudicados sensivelmente pelo esgotamento do modelo de substituição de importações no final da década de 1960 e seus impactos sobre os mercados dos bens agrícolas por eles produzidos (especialmente algodão, tabaco, erva mate, cana-de-açúcar e milho). Em grupo 1971, esses agriculto-

2 Ver: <<http://www.pagina12.com.ar/diario/economia/subnotas/183590-57021-2011-12-17.html>>.

3 Ver, para um exemplo, a discussão sobre o impacto do “manejo florestal” da empresa Alto Paraná, a maior empregadora de assalariados rurais na província de Misiones em: <http://revistasuperficie.com.ar/index.php?option=com_content&view=article&id=710:impactos-del-manejo-forestal-de-la-empresa-alto-parana-sa&catid=26:no-a-la-certificacion-a-apsa>.

res familiares, com o apoio de alas progressistas da Igreja Católica, criaram as Ligas Agrárias. Segundo o autor, as Ligas foram a ponta de lança de mobilizações dos "... sectores subordinados del campo argentino cuyos sectores medios reclaman por mejores condiciones para sus productos, mientras los sectores campesinos reclaman por la devolución de tierras apropiadas por los ganaderos o la realización de planes de redistribución de tierras públicas o de tierras mal habidas". Apesar do seu crescimento rápido e ampla distribuição geográfica, as Ligas foram reprimidas e dissolvidas pelo Golpe Militar de 1976 (Piñeiro, 2004).

A representação sindical dos trabalhadores rurais argentinos teve início na década de 1930, com a fundação da Federación de Obreros Rurales, Estibadores y Anexos e da Federación Sindical Santafecina de Trabajadores Rurales. Em 1944, a edição do *Estatuto del Peón de Campo* gerou as condições para que fosse estabelecido o sistema de assalariamento no campo, o que estimulou uma ampla organização sindical dos trabalhadores rurais. Em 19407 foi criada a Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (FATRE). Após ter sido fundida com representantes de pequenos produtores rurais e com a Federación Rural Argentina de Transportadores entre 1957 e 1988, a FATRE se reorganizou como sindicato nacional, adotando o nome de Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores (UATRE), que congrega os trabalhadores das atividades rurais no país (<<http://www.uatre.org.ar/>>).

No caso uruguaio, Piñeiro (2002), Tubío (2002), Riella e Mascheroni (2009) identificam um reduzido número de estudos que até o final dos anos 1990 trataram do tema da formação histórica dos assalariados rurais uruguaios e de sua sindicalização, chamando a atenção que se trata de um déficit que deve ser corrigido, mesmo porque a maior parcela dos empregos gerados na agropecuária uruguaia é ocupada por trabalhadores assalariados, chegando a quase 60% da população ocupada total.

As condições de trabalho rural, tal como na Argentina, caracterizam-se pela precariedade e, ainda, por mudanças nos mercados de trabalho decorrentes dos processos de entrada do capital estrangeiro na economia nacional. Nesse sentido pode-se compreender o depoimento da dirigente sindical María Flores (presidenta do Sindicato Único de Trabajadores del Tambo y Afines) que, em entrevista à Asociación de Funcionarios de la Secretaría del Ministerio de Transporte y Obras Públicas uruguaia, afirmou que:

"Lo que sabemos es del día a día, y ahí vemos que de repente una estancia donde había un casero, una cocinera y tres o cuatro peones hoy está cerrada, y ahí se está plantando soja, que necesita gente sólo en temporada de zafra. Y estamos hablando de un tractorista que sustituye el trabajo de siete

u ocho personas. La variable de la mano de obra no es tenida en cuenta, y se reduce todo a un tema costo-productividad. Hoy venía desde Paysandú, y lo único que se veía era soja. Ahí no hay trabajadores y nadie se preocupa por cómo va a quedar esa tierra. ¿Cómo se van a entregar esos campos en cinco o diez años cuando termine el arrendamiento?”. (AFUSEC, 2012)

Os primeiros sindicatos de assalariados rurais uruguaios nasceram nos anos 1940, crescendo desde então em termos de organização política de forma que em 1973 existiam cerca de trinta sindicatos, que foram dissolvidos pelo golpe militar que ocorreu naquele ano (Fernández e Piñeiro, 2008). Por sua vez, Schiavo e Córdova (2001) argumentam que no Uruguai existiu um descompasso entre a modernização tecnológica e organizacional das empresas capitalistas agropecuárias e a melhoria da qualidade de vida dos assalariados rurais. Talvez por isso ou talvez como causa disso: “La sindicalización rural es muy débil, prácticamente inexistente y ha dependido por lo general, de apoyos externos al medio rural” (Schiavo e Córdova, 2001, p. 125).

Ainda segundo estes autores, os contextos da integração regional no Cone Sul e da transnacionalização econômica tornara difícil a sindicalização rural e os problemas estruturais que obstaculizavam a representação dos trabalhadores rurais eram mais crônicos. Dentre tais problemas, os autores citam a abertura de mercados que permitiu a maior presença de grupos empresariais agroindustriais transnacionais que resistem e rechaçavam “... a los esfuerzos de sindicalización de la mano de obra rural, contribuyendo a fortalecer y consolidar las dificultades de organización que tiene el sindicalismo rural en el Uruguay contemporáneo” (Schiavo e Córdova, 2001, p. 125).

De acordo com Fernández e Piñeiro (2008), o sindicalismo rural uruguaio ressurgiu em 1985. Não obstante:

“... con un ritmo superior a cualquier etapa anterior, al punto que en diciembre de 1985 se agrupaban a casi 5.000 afiliados en doce sindicatos, más dos en formación. Al poco tiempo de crea [...] La Federación Nacional de Asalariados Rurales que se inicia con ocho sindicatos pasando luego a congregarse once. Desde su formación estos sindicatos establecen vínculos con el movimiento obrero urbano y su central (PIT-CNT)⁴. A partir de la restauración democrática, se imponen importantes transformaciones en la relación Estado-Sociedad Civil, tendientes a asignarle al mercado el papel de regulador de la vida económica y social. El elenco político apuesta a la

4 Plenario Intersindical de Trabajadores-Convención Nacional de Trabajadores.

desvalorización de las organizaciones corporativas —fundamentalmente aquellas que representan los intereses de los pequeños productores y de los asalariados— lo que desemboca en un proceso de desactivación de los sindicatos rurales. En un ambiente muy poco favorable, algunos logran consolidar su permanencia”. (Fernández e Piñeiro, 2008, pp. 14-15)

Entre 1985 e 2000, destaca-se que não se organizaram politicamente os trabalhadores do setor pecuário apesar de serem eles os mais numerosos dentre todos os assalariados do campo. No início dos anos 1990 vários dos sindicatos de assalariados criados perderam força e muitos até desapareceram, sendo que até o fim do século XX “... no pasaban de media docena los sindicatos que tenían algún nivel de organización y representatividad” (Piñeiro e Moraes, 2008, p. 19).

Em boa medida, pode-se argumentar que as dificuldades de sindicalização e de organização social dos trabalhadores rurais no Uruguai decorreram do papel que desempenharam a Asociación Rural del Uruguay e a Federación Rural del Uruguay, as quais protagonizaram um processo de retardamento da construção da cidadania dos assalariados rurais, “... vetando sistemáticamente todo intento de ampliar los derechos sociales vinculados al trabajo rural” (Riella, 2006, p. 160).

De acordo com Pucci, Nión e Ciapessoni (2010) e Riella e Mascheroni (2012), as modificações introduzidas a partir de 2005 na regulamentação das relações de trabalho rural contribuíram para gerar melhorias nas condições de vida e de trabalho dos assalariados rurais, ainda que persistam algumas limitações.

Um argumento que pode ser articulada com o anterior foi apresentado por Quiñones e Supervielle (2011), para os quais teve início no Uruguai uma “resistencia a la desregulación neoliberal”, que se caracteriza pela:

“... creación de normas jurídicas laborales sino también de la puesta en práctica de dispositivos ya existentes pero a los que el Estado no activaba o no lo hacía con eficiencia. Nos referimos, por ejemplo, a hitos como la celebración de un acuerdo marco sobre negociación colectiva en el sector público y otro en el sector rural, la reinstalación de los Consejos de Salarios y la aprobación de la ley de protección de la actividad sindical, a los cuales se agregan otros muchos de diferente impacto, como un mayor control del empleo informal realizado por empresas formales tanto por la Inspección del Trabajo del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) como por la institución que gestiona la seguridad social, el Banco de Previsión Social (BPS). Todo ello significó un proceso que hizo crecer notablemente a los trabajadores asalariados formales dentro de la masa de asalariados

privados, pero también tuvo una relevancia fundamental en la creación de sindicatos y en la afiliación sindical. Se estima que esta aumentó en un 300%, lo que generará transformaciones muy importantes en la configuración de la central sindical en tiempos cercanos". (Quiñones e Supervielle, 2011, p. 57)

Com os novos contornos dados pela reestruturação produtiva e pela transformação na participação relativa de setores econômicos na economia nacional, com o crescimento dos negócios das plantações de árvores e de soja, tais autores sustentam que novos assalariados foram também criados, ao mesmo tempo em que diversos postos de trabalho foram destruídos em decorrência das sucessivas crises econômicas. Como consequência, ocorreu a debilitação das organizações que haviam sido referências na organização dos assalariados uruguaios (Quiñones e Supervielle, 2011, p. 56).

No caso dos trabalhadores das plantações de árvores, partindo dos dados apresentados por Schiavo e Córdova (2001) e Quiñones e Supervielle (2011), pode-se dizer que a atividade gerou uma demanda crescente de trabalho, com melhores níveis salariais (em comparação à atividade da qual emigraram os trabalhadores), intensificou o uso da força de trabalho com maior participação de trabalhadoras, gerando empregos com maior estabilidade relativa nos postos de trabalho e maior qualificação dos empregados. Para Schiavo e Córdova (2001), contudo, isso se fez às custas da "... concentración y extranjerización de la tierra y medios de producción básicos, la transnacionalización de la cadena agroindustrial exportadora", que formou latifúndios "de dimensiones monopólicas inusuales para un país tan pequeño y de base agropecuaria" e renovou e potenciou "... el fenómeno de la exclusión social y económica que denotan miles de pequeños productores que siguen desapareciendo" (Schiavo e Córdova, 2001, p. 137).

Para Riella e Mascheroni (2009) o processo de formação de uma economia de plantações de árvores no Uruguai ocorreu no final dos anos 1990, quando a força de trabalho ocupada nesse ramo de atividades chegou a ser de 9.127 trabalhadores, 67% dos quais nas atividades agrícolas (produção de mudas em viveiros, plantação, manejo e colheita das árvores plantadas). Mas o crescimento do número de empregos não gerou efeitos positivos para o bem estar da população assalariada, pois os empregos gerados para a atividade não possuem qualidade e são caracterizados principalmente por "... duras condiciones de trabajo y de vida, sumado a la estacionalidad e informalidad de los empleos", mesmo que entre as empresas de maior escala

possam ser verificadas tendências para a melhoria de tais condições (Riella e Mascheroni, 2009, p. 8).

Ao estudar o caso do município de Piedras Coloradas, Menéndez (2010) argumentou que a precariedade, a instabilidade, a falta de proteção e a vulnerabilidade caracterizam o trabalho na atividade florestal e são resultantes dos processos de flexibilização em curso nas relações trabalhistas nas plantações florestais e no campo uruguaio. A autora conclui que apesar da incompleta inserção social dos trabalhadores florestais, eles parecem estar satisfeitos do ponto de vista do emprego, especialmente porque para muitos trabalhadores as plantações de árvores parecem ser a única alternativa de inserção social.

Tratando da dimensão da terceirização, Fernández (2010) argumentou que ela é uma característica fundamental da organização do mercado de trabalho assalariado para as plantações de árvores no Uruguai. Esse processo articula territorialmente os mercados de trabalho e de capital, e o “contratista” de força de trabalho funciona como uma “ponte” entre a oferta e a demanda de trabalho, servindo como um “facilitador” da territorialização das empresas do ramo já que também facilita a “desterritorialização” do trabalho pela mobilidade dos trabalhadores.

Considerando-se o ramo industrial produtor de pasta de celulose, a situação dos trabalhadores é marcada pela tendência recentemente iniciada de incorporação de novos temas na negociação coletiva, o que coincide com o desenvolvimento da negociação ao nível das empresas (Pucci, Nión e Ciapessoni, 2010). Em outro trabalho, Pucci, Nión e Ciapessoni (2011) resumiram a questão afirmando que:

“El carácter altamente tercerizado de la actividad forestal, en la cual el proceso de trabajo se desarrolla a través de múltiples contratistas que se especializan en un aspecto específico del mismo, genera dificultades para el desarrollo de formas de organización sindical que puedan hacer efectivas las leyes laborales impulsadas a partir del año 2005 en Uruguay. La tercerización de los procesos de trabajo se asocia a la presencia de formas de contratación por productividad, que reproduce condiciones de trabajo en las cuales la carga física de la jornada y la competencia por lograr los rendimientos exigidos exacerban las dificultades para establecer lazos de solidaridad entre los trabajadores”. (Pucci, Nión e Ciapessoni, 2011)

No caso brasileiro, o modelo de desenvolvimento rural seguiu o mesmo percurso apontado anteriormente para os demais países. Desde a década de 1950 o desenvolvimento do mundo rural brasileiro pode ser observado a partir de um processo de modernização ou de formulação de um novo

padrão agropecuário, onde predominam os sistemas e complexos agroindustriais. Essa modernização baseou-se na mudança da base técnica da produção agropecuária e significou a integração e a subordinação do setor à indústria pela incorporação de novos insumos, pela demanda industrial por matérias-primas de origem vegetal e animal e pelas mudanças nas relações de trabalho. Esse processo criou uma nova demanda para o capital financeiro, graças às necessidades de financiamento e à conversão da terra em um ativo importante com oferta elástica.

O Estado concedeu o apoio fundamental para esse processo na forma de provisão de crédito, na orientação da ocupação espacial e na pesquisa. Mas as políticas públicas primaram pela orientação de curto prazo e pela busca de efeitos de eficiência mais do que de efeitos de equidade. Apesar do expressivo crescimento agropecuário resultante, a questão agrária ficou relegada ao segundo plano e a alocação de recursos foi distorcida. Apesar da alteração dessas políticas a partir de 1990, a situação estrutural e a divisão entre uma agricultura tradicional e uma moderna permaneceram (conforme Delgado, 1985; Kageyama, 1990; Graziano da Silva, 1996, dentre outros).

A precariedade que caracteriza o trabalho assalariado rural nos dois países anteriormente mencionados repete-se no Brasil. Da mesma forma, são poucos os estudos que se dedicam a compreender essa categoria, predominando os enfoques da economia do trabalho e da análise do comportamento do emprego mais do que uma compreensão do fenômeno do assalariamento como expressão da modernização capitalista. Em certa medida, essa escassez de trabalhos reflete os debates que se travaram e ainda se travam no país (e em todo o continente) em torno das teses da proletarização no campo. Talvez por isso mesmo seja que a categoria mais estudada dentre os assalariados é a dos cortadores de cana, uma das mais tradicionais no campo brasileiro.

Buainain e Dedecca (2008) argumentam que o tema do mercado de trabalho agrícola perdeu espaço na agenda das políticas públicas brasileiras, o que se relaciona com a maior importância que foi concedida aos temas da Reforma Agrária, do financiamento da agricultura familiar e da interpretação equivocada sobre a redução da população rural e emprego direto na agricultura em atividades rurais. Para os autores, porém:

“É impossível desconsiderar o processo de formação e consolidação do mercado de trabalho brasileiro e suas relações com a estruturação do trabalho agrícola ao longo do século XX, as quais se traduziram em reprodução e renovação da heterogeneidade das estruturas produtivas e ocupacionais

prevalentes no desenvolvimento nacional. De um lado, a redução rápida da parcela de ocupados vinculados às atividades agrícolas; de outro, a manutenção de um estoque ponderável de população disponível para estas atividades em certas regiões marcadas por baixo dinamismo econômico. Assim, transitou-se para o século XXI com uma estrutura ocupacional complexa nas atividades agrícolas, que articula velhas e novas formas de relações de trabalho e produção, gravada por polarizações ocupacionais que deveriam destoar do grau de desenvolvimento alcançado pelo país. Polarizações que em várias ocasiões são reveladas à sociedade pela recorrência de situações de trabalho infantil e forçado, vinculadas a segmentos dominados por grandes empresas e por padrões tecnológicos considerados atuais". (Buainain e Dedecca, 2008, p. 26)

Apesar dos assalariados rurais formarem a mais numerosa categoria de assalariados no Brasil, eles estão entre os que apresentam os maiores níveis de informalidade nas relações de trabalho, percebem baixos salários, trabalham mais horas, tem menor acesso ao sistema previdenciário social e são os que apresentam os menores percentuais de registro formal — apenas 4,6% deles possuem carteira de trabalho assinada— (Pochmann, 2008; Basaldi, 2011).

No caso do sindicalismo rural brasileiro, ele se desenvolveu a partir da representação de um conjunto heterogêneo de sujeitos sociais entre a segunda metade dos anos 1940 e a primeira metade dos anos 1950, tendo em vista a ação política do Partido Comunista do Brasil para o campo. Os sindicatos e associações que foram criados entre as décadas de 1940 e 1960 representavam camponeses, pequenos produtores ou agricultores familiares e assalariados (temporários), sendo que no caso destes últimos não se pode afirmar que existia uma clareza quanto à natureza da representação desses sujeitos, já que a denominação "trabalhador rural" não significava, nesse caso, uma categoria de sujeito formalmente subordinado ao capital pela relação salarial (Costa, 1996). Até o presente, os trabalhadores rurais representados pelos "sindicatos de trabalhadores rurais" são pequenos proprietários, trabalhadores rurais familiares (domésticos), parceiros, agregados, colonos e posseiros, que se distinguem social e economicamente dos assalariados.

Para Maybury-Lewis (1994), o desenvolvimento do sindicalismo rural brasileiro repousa na combinação de pelo menos dois elementos que emergiram com as transformações econômicas e políticas no Brasil a partir dos anos 1950: (1^o) a adoção pelos grandes proprietários e senhores rurais (fazendeiros) de uma nova postura econômica orientada para a produção

mercantil para atender à crescente demanda urbana e industrial por alimentos e matérias primas agroalimentares; e (2^o) a reavaliação dos trabalhadores rurais residentes na fazenda (posseiros, colonos, agregados etc.) face à reorganização das fazendas e à proletarização em curso.

Essas transformações resultaram na redução da força de trabalho permanentemente ocupada e residente nas fazendas, no aumento da mecanização e da contratação de trabalho assalariado temporário e na redução dos direitos de uso da terra para os trabalhadores remanescentes. Mas elas também permitiram que de uma situação de quase inexistência de organizações de representação sindical de trabalhadores rurais o Brasil passasse de 3,8 milhões de trabalhadores rurais sindicalizados em 1960 para 12,5 milhões em 1989 (Maybury-Lewis, 1994, p. 12). Isso significou uma elevação de mais de 230% do número de sindicalizados no período, enquanto na Argentina, para citar dados do autor mencionado, a percentagem da força de trabalho rural sindicalizada diminuiu no mesmo período.

A partir dos anos 1980, por causa das demandas conflitantes de pequenos produtores e de assalariados no sul do país e com a emergência de novos mediadores no seio do movimento, em especial as igrejas cristãs e o sindicalismo urbano, teve início uma discussão sobre um modelo sindical alternativo ao até então vigente, o que parece explica por que a configuração tradicional da representação dos trabalhadores pareceu mudar (Gonçalves, 2001; Favareto, 2006).

O “novo sindicalismo rural” desenvolveu-se com presença majoritária de agricultores familiares na direção do movimento, o que dificultou a representação social e política dos assalariados. Uma nova estrutura de representação sindical só surgiria no final dos anos 1980 sob a liderança da Central Única dos Trabalhadores (CUT), que criou o Departamento Nacional de Trabalhadores Rurais (DNTR). Esse Departamento disseminou novas experiências de organização sindical que confrontavam a estrutura sindical tradicional e apostavam em um perfil organizacional orientado para ações de mediação na relação capital/trabalho. Contudo, já na virada dos anos 1990 tornou-se evidente que era difícil combinar a representação dos segmentos assalariados com a representação das formas não assalariadas de trabalho (Favareto, 2006).

De toda forma, pode-se argumentar que a articulação entre a ação dos mediadores do “novo sindicalismo rural” e o reconhecimento que os trabalhadores assalariados das plantações de árvores fizeram eles próprios da sua condição de classe permitiram o surgimento de um tipo de organização sindical próprio dos assalariados rurais de plantações homogêneas de eucaliptos distinto do sindicalismo de subalternos rurais existente no país.

Ao menos foi o que se verificou no estado de Minas Gerais a partir das experiências de grupos de assalariados em duas das principais regiões de monocultura de árvores no país: o Vale do Rio Piracicaba, no leste do estado de Minas Gerais, e o Vale do Jequitinhonha, no nordeste do mesmo estado (Gonçalves, 2001).

Contudo, esses também parecem ter sido os fatores que explicam por que esse modelo sindical não se espalhou para outras regiões do país. Levantamento realizado sobre a organização de trabalhadores assalariados das plantações de árvores e da produção de madeira, lenha e carvão vegetal no Brasil permitiu encontrar (poucas) referências à existência e/ou à atuação de organizações sindicais de assalariados da atividade apenas nos estados de Rio Grande do Sul, Mato Grosso do Sul, Santa Catarina, São Paulo e Bahia⁵. Dentre os trabalhos acadêmicos encontrados que versam sobre o tema, Pereira (2007), Caetano (2008), Binkowski (2009), Vieira Júnior (2009), Cazella e Búrigo (2009) e Gomes Neto (2012) referem-se aos Sindicatos de Trabalhadores Rurais como representantes dos assalariados da extração madeireira e do carvoejamento nos estados brasileiros mencionados —compreendendo a organização deles como parte da luta pela terra—.

Na escassa literatura sobre sindicalismo rural de assalariados não foi identificada a formulação de uma agenda dessas organizações em relação a temas socioambientais (em especial o dos conflitos sobre usos de recursos) e os relacionados a direitos territoriais ou ao desenvolvimento territorial. Nesse sentido, parece que temas importantes da agenda do desenvolvimento rural não constituem alvo das estratégias desses sindicatos. Por isso pode-se supor que os trabalhadores assalariados das monoculturas de árvores permaneçam representados por um formato organizacional que não dá a eles um reconhecimento social que permita que distingam sua identidade da de (outros) trabalhadores rurais.

Além disso, a partir do início da década de 2000 os sindicatos de assalariados rurais começaram a perder importância. Pode-se argumentar que, nesse caso, as respostas patronais foram eficazes na quebra do poder sindical dessas organizações —em especial pela introdução da mecanização de atividades e da terceirização (*outsourcing*) e pela utilização de uma estratégia de integração agroindustrial para produção de árvores por médios pro-

5 Levantamento realizado nas seguintes bases eletrônicas: <<http://periodicos.capes.gov.br/>>; <<http://capesdw.capes.gov.br/>>; <<http://www.radarciencia.org/>>; <<http://www.flacsoandes.org/>>; <<http://www.mdpi.com/>>; <<http://www.sabiia.cnptia.embrapa.br/>>; <<http://www.sidalc.net/>>; <<http://www.iica.org.br/>>.

dutores rurais (Gonçalves, 2001, 2012)—. Contudo, permanece como uma hipótese de pesquisa sabe até que ponto não foi a própria incapacidade dos Sindicatos em tornarem os trabalhadores dotados de uma consciência de representados o que também contribuiu para a entrada deles em crise.

Notas finais (ainda que não conclusivas)

A partir da resenha feita até o momento, pode-se supor que o modelo sindical de assalariados das plantações florestais adotado nos três países tomados como referência parecer ser pouco atual e eficaz para enfrentar as questões que a transnacionalização e as mudanças territoriais e ambientais produzidas pelas corporações de celulose, papel e siderurgia.

Comparando ainda que superficialmente a forma pelas quais tem sido organizadas e tem evoluído as relações de trabalho no campo na Argentina, Brasil e Uruguai, ressalta que a precariedade é um traço comum. No caso específico do trabalho assalariado nas atividades de produção de árvores de uso industrial, essa precariedade é também característica, em especial no tocante à terceirização. Nesse cenário, as respostas sindicais parecem se concentrar na defesa dos direitos e na aplicação de uma regulamentação (que é mais adequadamente aplicada aos trabalhadores urbanos) do que na busca de caminhos alternativos de ação, vinculando a temática dos direitos laborais a outras temáticas e agendas públicas relevantes no contexto da democratização e no âmbito dos novos governos ditos progressistas instalados desde o final do século XX.

Ainda que a relativamente recente história de organização desses sindicatos bem como os formatos organizacionais (quanto à sua abrangência territorial e inclusão de categorias distintas de filiados) possam explicar porque tal tipo de resposta política não tenha existido até o momento, pode-se considerar que os desafios da representação coletiva dos assalariados rurais da atividade de plantação de árvores é também fruto do fato de que esses sujeitos são, ainda, pouco visíveis como um coletivo para o conjunto das sociedades nacionais.

Referências bibliográficas

- ABRAF (2012). *Anuário Estatístico da ABRAF 2012 ano base 2011*. Brasília: ABRAF.
- AFUSEC (2012). *Los trabajadores rurales uruguayos: entre la marginación y la injusticia* [online]. Disponível em: <<https://afusec.wordpress.com/2012/11/04/los-trabajadores-rurales-uruguayos-entre-la-marginacion-y-la-injusticia/>> [acesso 25/3/2014].
- Alvarado, Raquel (2007). Política forestal, plantas de celulosa y debate ambiental: Uruguay tras un nuevo modelo de desarrollo. Em: Vicente Palermo e Carlos Reboratti, comps. *Del otro lado del río: ambientalismo y política entre argentinos y uruguayos*. Buenos Aires: Edhasa, pp. 57-92.
- Alvarado, Raquel (2009). La expansión forestal en el Cono Sur. *Nueva Sociedad*, 223, Caracas, setembro-outubro, pp. 76-93.
- Aparicio, Susana e Roberto Benencia, coords. (2001). *Antiguos y nuevos asalariados en el agro argentino*. Buenos Aires: La Colmena.
- Basaldi, Otávio Valentim (2007). O mercado de trabalho assalariado na agricultura brasileira. *IHU On-Line: Revista do Instituto Humanitas Unisinos*, VII(216), pp. 39-42. Disponível em: <<http://www.ihuonline.unisinos.br/media/pdf/IHUOnlineEdicao216.pdf>> [acesso 25/3/2014].
- Bendini, Mónica (1999). Entre maçãs e pêras: globalização, competitividade e trabalho. Em: Josefa Salete Barbosa Cavalcanti, org. *Globalização, trabalho, meio ambiente*. Recife: UFPE, pp. 97-121.
- Bendini, Mónica; Martha Radonich e Norma Steimbregger (2002). Segmentaciones ocupacionales y vulnerabilidad social en la división sexual y espacial de los trabajadores frutícolas: el caso de El Alto Valle. Em: Blanca Rubio, Cristina Martínez, Mercedes Jiménez e Eloísa Valdivia, comp. *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina*. México: IICA/SAGARPA/Plaza y Valdés, pp. 131-156.
- Binkowski, Patrícia (2009). *Conflitos ambientais e significados sociais em torno da expansão da silvicultura de eucalipto na "metade sul" do Rio Grande do Sul*. Dissertação de Mestrado em Desenvolvimento Rural. Universidade Federal do Rio Grande do Sul, Porto Alegre, Brasil.
- Bourdieu, Pierre (1989a). Reproduction interdite: la dimension symbolique de la domination économique. *Études Rurales*, 113-114, pp. 15-36.
- Bourdieu, Pierre (1989b). *O poder simbólico*. Rio de Janeiro: Bertrand Brasil.
- Buainain, Antonio Márcio e Claudio S. Dedecca (2008). Introdução: emprego e trabalho na agricultura brasileira. Em: Antonio M. Buainain e Claudio S. Dedecca, coords. *Emprego e trabalho na agricultura brasileira*. Brasília: IICA, pp. 19-61.

- Caetano, Érika de Cássia Oliveira (2008). *No calor do inferno: trabalho e trabalhadores das carvoarias no entorno da cidade de Curvelo/MG*. Dissertação de Mestrado em Ciências Sociais. Pontifícia Universidade Católica de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil.
- Carrere, Ricardo e Larry Lohmann (1996). *Pulping the south: industrial tree plantations in the world paper economy*. Londres: Zed Books.
- Cazella, Ademir A. e Fábio L. Búrigo (2009). Impasses do desenvolvimento territorial na serra catarinense: limitação agroecológica em face da expansão do “deserto verde”. Em Ademir A. Cazella, Philippe Bonnal e Renato S. Maluf, orgs. *Agricultura familiar: multifuncionalidade e desenvolvimento territorial no Brasil*. Rio de Janeiro: Mauad, pp. 251-269.
- Costa, Luiz Flávio Carvalho (1996). *Sindicalismo rural brasileiro em construção*. Rio de Janeiro: Forense Universitária/UFRRJ.
- Delgado, Guilherme Costa (1985). *Capital financeiro e agricultura no Brasil*. São Paulo: Ícone/UNICAMP.
- Delgado, Nelson G. (2009). *Papel e lugar do rural no desenvolvimento nacional [online]*. Brasília: IICA/MDA. Disponível em: <www.faser.org.br/anexos/Documento%20Nelson%20Delgado.DOC> [acesso 5/12/2014].
- Fanzeres, Anna, coord. (2005). *Temas conflituosos relacionados à expansão da base florestal plantada e definição de estratégias para minimização dos conflitos identificados*. Brasília: MMA/SBF/PNF.
- FAO (2006). *Evaluación de los recursos forestales mundiales 2005*. Roma: FAO.
- FAO (2010). *Evaluación de los recursos forestales mundiales 2010*. Roma: FAO.
- Favareto, Arilson (2006). Agricultores, trabalhadores: os trinta anos do novo sindicalismo rural no Brasil. *Revista Brasileira de Ciências Sociais*, 21(62), pp. 27-44.
- Fernández, Raúl Emilio (2010). El contratista forestal, ¿viejas formas de trabajo en nuevas actividades? Em: Susana Aparicio, Guillermo Neiman e Diego Piñeiro, coords. *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense: nuevos temas y perspectivas*. Montevideo: Letraeñe Ediciones, pp. 145-160.
- Fernández, Raúl Emilio e Diego E. Piñeiro (2008). Organizaciones rurales. Em: Marta Chiappe, Matías Carámbula e Raúl Emilio Fernández, comp. *El campo uruguayo: una mirada desde la sociología rural*. Montevideo: Facultad de Agronomía-UDELAR, pp. 127-152.
- Fernández, Sonia (2000). Análisis de algunas estrategias y políticas públicas relacionadas con la problemática forestal en la Provincia de Neuquén, República Argentina. Em: Concepción Sánchez Quintanar, Ana Patricia Sosa Ferreira e Jaime Matus Gardea, eds. *Globalización ¿para quién? ¿Por un desarrollo global incluyente!* Vol. II: *Estado, política y recomposición institucional en el sector rural en América Latina*. México: Colegio de Postgraduados/Instituto de Investigaciones Económicas/SAGARPA, pp. 109-132.

- Gerber, Julien-François (2010). *A political ecology of industrial tree plantations with special reference to Cameroon and Ecuador*. Tese de Doutorado. Institut de Ciència i Tecnologia Ambientals, Universitat Autònoma de Barcelona, Barcelona, Espanha.
- Gerber, Julien-François (2011). Conflicts over industrial tree plantations in the South: Who, how and why? *Global Environmental Change*, 21(1), pp. 165-176.
- Gomes Neto, João Ferreira (2012). *O que há por trás da cortina de fumaça?* Dissertação de Mestrado em Geografia. Universidade Federal de Sergipe, São Cristóvão, Brasil.
- Gonçalves, Múcio Tosta (1990). *Política florestal e interesses agroindustriais no estado de Minas Gerais: um estudo do Instituto Estadual de Florestas - IEF*. Dissertação de Mestrado. Departamento de Ciência Política, Universidade Federal de Minas Gerais, Belo Horizonte, Brasil.
- Gonçalves, Múcio Tosta (2001). *Nós da madeira: mudança social e trabalhadores assalariados das plantações florestais nos Vales do Aço/Rio Doce de Minas Gerais*. Tese de Doutorado em Desenvolvimento, Sociedade e Agricultura. Universidade Federal Rural do Rio de Janeiro, Rio de Janeiro, Brasil.
- Gonçalves, Múcio Tosta (2012). *Sindicatos de assalariados de plantações de madeira em Minas Gerais: quais perspectivas para o futuro?* Documento apresentado no III Encontro Internacional de Ciências Sociais, Universidade Federal de Pelotas. Pelotas, 8-10 de outubro de 2012.
- Gonçalves, Múcio Tosta (2013). Plantaciones forestales y políticas públicas en América del Sur. Documento apresentado no II Congreso Uruguayo de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República. Montevideo, 10-12 de julho de 2013.
- Graziano da Silva, José (1996). *A nova dinâmica da agricultura brasileira*. São Paulo: UNICAMP.
- Kageyama, Ângela, coord. (1990). O novo padrão agrícola brasileiro: do complexo rural aos complexos agroindustriais. Em: Guilherme Costa Delgado, José Garcia Gasques e Carlos Monteiro Villa Verde, orgs. *Agricultura e políticas públicas*. 2.^a ed. Brasília: IPEA, pp. 113-223.
- Kay, Cristóbal (1997). Latin America's exclusionary rural development in a neo-liberal world. Documento apresentado no Latin American Studies Association Congress, Guadalajara, México, 17-19 de abril de 1997.
- Kröger, Markus (2012a). *Global tree plantation expansion: a review [online]*. ICAS Review Paper Series, 3, ICAS/LDPI/TNI. Disponível em: <http://www.tni.org/sites/www.tni.org/files/markus_kroeger_icas_wp_3_en_0.pdf> [acesso 10/4/2014].
- Kröger, Markus (2012b). The expansion of industrial tree plantations and dispossession in Brazil. *Development and Change*, 43(4), pp. 947-973.

- Leite, Sérgio Pereira e Rodrigo Vieira de Ávila (2007). Reforma agrária e desenvolvimento na América Latina: rompendo com o reducionismo das abordagens economicistas. *Revista de Economia e Sociologia Rural*, 45(3), pp. 777-805.
- Mata Machado, Mariana Pena (2008). *Elementos teórico-práticos para a constituição do campo da diplomacia ambiental: o caso das indústrias multinacionais de celulose em Fray Bentos (Uruguai) como evento paradigmático*. Dissertação de Mestrado em Planejamento e Gestão Ambiental. Universidade Católica de Brasília, Brasília, Brasil.
- Maybury-Lewis, Biorn (1994). *The politics of the possible: the Brazilian rural workers' trade union movement, 1964-1985*. Filadélfia: Temple University Press.
- Menéndez, Victoria (2010). Trabajadores forestales: hacia una mirada a su realidad desde la precariedad laboral. Em: Susana Aparicio, Guillermo Neiman e Diego Piñeiro, coords. *Trabajo y trabajadores en el agro rioplatense: nuevos temas y perspectivas*. Montevideo: Letraeñe Ediciones, pp. 29-44.
- Noejovich, Héctor (2009). El Consenso de Washington y sus efectos: Argentina y Perú, 1990-2000. Em: Efraín Gonzales de Olarte e Javier Iguiñiz Echeverría, eds. *Desarrollo económico y bienestar*. Lima: Fondo Editorial de la PUCP, pp. 261-289.
- Ohaco, Moira (2012). Precariedad y no registro en los trabajadores asalariados rurales de la Argentina. Em: Ministerio de Trabajo, Empleo y Seguridad Social. *Trabajo, ocupación y empleo*. Serie Estudios, 11. Buenos Aires: MTESS, pp. 73-94.
- Oliveira, Francisco de (1988). *A economia brasileira: crítica à razão dualista*. 6.^a ed. Petrópolis: Vozes.
- Overbeek, Winfridus; Markus Kröger e Julien-François Gerber (2012). *Um panorama das plantações industriais de árvores no Sul global: conflitos, tendências e lutas de resistência [online]*. Relatório EJOLT, 3. Disponível em: <<http://www.ejolt.org/wordpress/wp-content/uploads/2012/09/EJOLT3-POR-low.pdf>> [acesso 22/5/2013].
- Palermo, Vicente e Carlos Reboratti, comps. (2007). *Del otro lado del río: ambientalismo y política entre argentinos y uruguayos*. Buenos Aires: Edhasa.
- Pereira, Altamira (2007). *Os desafios para o trabalho nas carvoarias de Ribas do Rio Pardo/MS*. Dissertação de Mestrado em Geografia. Universidade Estadual Paulista "Júlio de Mesquita Filho", Presidente Prudente, Brasil.
- Piñeiro, Diego E. (2002). Los trabajadores rurales en Uruguay: principales tendencias. Em Blanca Rubio, Cristina Martínez, Mercedes Jiménez e Eloísa Valdivia, comp. *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina*. México: IICA/SAGARPA/Plaza y Valdés, pp. 157-184.
- Piñeiro, Diego E. (2004). *En busca de la identidad: la acción colectiva en los conflictos agrarios de América Latina*. Buenos Aires: CLACSO.

- Piñeiro, Diego E. e María Inés Moraes (2008). Los cambios en la sociedad rural durante el siglo XX. Em: Benjamín Nahum, org. *El Uruguay del siglo XX*, Montevideo: Ed. Banda Oriental, tomo III. Disponível em: <<http://www.fcs.edu.uy/pagina.php?PagId=923&CatId=40&SubCatId=295>>. [acesso 25/3/2014].
- Pochmann, Marcio (2008). Novas configurações do trabalho não urbano no Brasil. Em: Antonio M. Buainain e Claudio S. Dedecca, coords. *Emprego e trabalho na agricultura brasileira*. Brasília: IICA, pp. 63-94.
- Pucci, Francisco; Soledad Nión e Fiorella Ciapessoni (2010). *Viejos y nuevos temas en la negociación colectiva uruguaya*. Documento apresentado no XXIX International Congress of the Latin American Studies Association, Toronto, 6-9 de outubro de 2010.
- Pucci, Francisco; Soledad Nión e Fiorella Ciapessoni (2011). *Subcontratación, productividad y riesgos en la industria forestal uruguaya*. Documento apresentado na Reunión 2011 del Grupo de Trabajo Modelo Económico Productivo y Actores Sociales, Universidad de los Andes. Bogotá, 26-27 de maio de 2011.
- Quiñones, Mariela e Marcos Supervielle (2011). La construcción de la cultura de diálogo social en Uruguay. *Revista de Ciencias Sociales*, 24(29), pp. 54-75.
- Riella, Alberto (2006). Los frenos a la construcción de ciudadanía en el campo: el caso de los asalariados rurales en Uruguay. Em: Hubert Carton de Grammont, comp. *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 159-185.
- Riella, Alberto e Paola Mascheroni (2009). *Explorando la calidad del empleo en la forestación: un caso de estudio*. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR.
- Riella, Alberto e Paola Mascheroni (2012). Los efectos de la negociación colectiva y las políticas sociales sobre los trabajadores rurales en Uruguay. *Ruris*, 6(2), pp. 181-209.
- Rubio, Blanca; Cristina Martínez; Mercedes Jiménez e Eloísa Valdivia, comp. (2002). Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina. México: IICA/SAGARPA/Plaza y Valdés.
- Schiavo, Carlos (2000). Uruguay: transnacionalización de los espacios rurales y acción colectiva ante la insostenibilidad y la exclusión. Em: Elba Pérez Villalba, Eloísa Valdivia, María de Jesús Santiago e Juan Pablo de Pina, eds. *Globalización ¿para quién? ¡Por un desarrollo global incluyente!* Vol. III-A: *Crisis, organización social y cambios en las unidades de producción*. México: Colegio de Postgraduados/Universidad Autónoma Chapingo/SAGARPA, pp. 73-94.
- Schiavo, Carlos e Pedro Córdova (2001). Transformaciones territoriales y sociedad rural: visibilidades de cambio del empleo rural; el caso de la forestación. Em: Alberto Riella e Mauricio Tubío, comps. *Transformaciones agrarias y empleo rural*. Montevideo: Unidad de Estudios Regionales de Regional Norte-FCS-UDELAR, pp. 121-142.

- Spek, Machteld (2006). *Financing pulp mills: an appraisal of risk assessment and safeguard procedures*. Bogor, Indonesia: Center for International Forestry Research.
- Teixeira Filho, Althen, org. (2008). *Eucalipitais: qual Rio Grande do Sul desejamos?* Pelotas: Althen Teixeira Filho.
- Tubío, Mauricio (2002). El impacto de las transformaciones agrarias sobre los trabajadores rurales: el caso de los cosechadores de citrus del Uruguay. Em: Blanca Rubio, Cristina Martínez, Mercedes Jiménez e Eloísa Valdivia, comp. *Reestructuración productiva, comercialización y reorganización de la fuerza de trabajo agrícola en América Latina*. México: IICA/SAGARPA/Plaza y Valdés, pp. 185-220.
- Vieira Júnior, Roberto (2009). *Desenvolvimentistas e ambientalistas: a questão da silvicultura na região sul do Rio Grande do Sul sob a ótica da teoria do discurso*. Dissertação de Mestrado em Ciências Sociais. Universidade Federal de Pelotas, Pelotas, Brasil.

Asalariados rurales, excepcionalidad y exclusión: un aporte para la superación de barreras a la inclusión social en Uruguay

*Joaquín Cardeillac, Matías Carámbula,
Agustín Juncal, Bolívar Moreira,
Andrés Dean, Ivone Perazzo,
Estefanía Galván, Diego Piñeiro*

Antecedentes: lo rural, lo agropecuario y la excepcionalidad

La revisión de antecedentes recientes da cuenta de que la ampliación de derechos en el plano formal no va acompañada de su mayor efectivación y apropiación por parte de la población rural (Bruno, 2006; Buxedas, Perera y Barrios, 2012).

Estas contradicciones tienen su origen en un proceso de larga data: el territorio y el mundo social rural se han estructurado en función de las características declaradas del mundo productivo¹. Así, el trabajo rural está

1 La mejor evidencia de la veracidad de estas afirmaciones se obtiene al comparar la institucionalidad pública desarrollada en función de los diferentes rubros productivos y sus requerimientos, como pueden ser el Secretariado Uruguayo de la Lana (SUL), el Instituto Nacional de Carnes (INAC), el Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria (INIA), etcétera, con la prácticamente inexistente institucionalidad pública con énfasis en el desarrollo social, como puede ser la Dirección General de Desarrollo Rural (DGDR), creada por Ley 18.126 del año 2007, o la Unidad Rural del Ministerio de Trabajo y Seguridad Social (MTSS) actualmente en proceso de creación.

tensionado entre un conjunto de derechos consagrados por la estructura jurídica versus la estructura social y productiva vigente que se impone y los limita.

La revisión del marco jurídico, aplicable a quienes trabajan como asalariados del sector agropecuario, evidencia la exclusión sistemática de derechos para este sector poblacional. Adicionalmente, trabajos realizados sobre fuentes de datos secundarios (Cardeillac, 2011), así como procesamientos realizados por el equipo de investigación², muestran que las condiciones de vida de los asalariados agropecuarios presentan una desventaja relativa en relación con la capacidad del resto de los asalariados/as de beneficiarse efectivamente de los avances que se han registrado en el plano formal, tanto en lo que hace a los derechos laborales como a la noción más amplia de ciudadanía social.

En el esfuerzo por establecer qué elementos inciden en la reproducción de esta situación de excepción/exclusión que afecta a los asalariados agropecuarios, Moreira (2009) acuñó la idea de la “atmósfera cultural rural”. Esa atmósfera, que estructura al ser rural y lo sujeta a los valores sociales y culturales presentes y deseables en el espacio social y geográfico de referencia, opera como un punto de encuentro y de reproducción de las prácticas de las diferentes generaciones y clases sociales. Desde un enfoque complementario, Piñeiro (2008) da cuenta de la diferencia entre la precariedad objetiva y subjetiva. Su principal hallazgo muestra que las peores condiciones objetivas de trabajo no se correlacionan con una evaluación subjetiva negativa de la situación de vida. Riella (2006), por su parte, argumenta que el grado de avance de la ciudadanía en el medio rural, en especial de los derechos civiles y sociales, puede ser analizado como resultante de las relaciones de poder en el campo social agrario impuestas por las organizaciones ganaderas. Así, los intentos de normativizar las relaciones capital-trabajo en el medio habrían sido presentados a la opinión pública como una lesión a los derechos de los empresarios rurales (Mascheroni, 2011; Riella, 2006).

En síntesis, los trabajos reseñados han encontrado y resaltado una exclusión relativa del conjunto de asalariados agropecuarios, generada por

2 Equipo de investigación: Joaquín Cardeillac, Agustín Juncal, Bolívar Moreira, Matías Carámbula, Diego Piñeiro y Alejandra Gallo. Proyecto *Los límites de la ciudadanía: el caso de los trabajadores asalariados rurales*, financiado por el Programa de Investigación Orientada a la Inclusión Social de la Comisión Sectorial de Investigación Científica (CSIC), Universidad de la República.

distintos mecanismos que operan excluyendo de la agenda pública las necesidades de este colectivo³.

Delimitación de la población objeto de estudio: asalariados agropecuarios y trabajo rural

Con el fin de lograr una definición clara e integrar las diferentes fuentes estadísticas, se entenderá por asalariados agropecuarios a quienes trabajan para una empresa privada del sector agropecuario y que perciben una remuneración en forma de salario, ya sea en dinero o en dinero y especies.

Esta definición sectorial nos permite avanzar en la delimitación de este grupo desde el marco de su inserción en las relaciones de producción. No obstante, es necesario ir más allá, hacia la definición del subconjunto rural de este tipo social.

La revisión bibliográfica muestra una tensión en la definición, entre el papel que juega el lugar de residencia de los asalariados y las tareas que realizan, más allá de que en todos los casos su relación con el trabajo sea común (Buxedas, Perera y Barrios, 2012; Guerra Daneri, 1983; Piñeiro, 2001; y Riella, Florit y Vitelli, 2011)⁴.

En este trabajo, se considerará que el criterio determinante es el tipo de tareas que se realizan, mientras la zona de residencia será considerada un fenómeno contingente que entrará en el análisis o bien como resultado, o bien para controlar algunos aspectos de interés.

A su vez, en la medida en que este trabajo está enmarcado en un proyecto más general⁵, se han tomado algunas decisiones adicionales. Así, se ha subdividido a la población de asalariados de acuerdo con los grupos de

3 Es por este motivo que el proyecto de investigación del que se deriva este trabajo, además del componente académico de investigación y propuesta de superación de los obstáculos a la inclusión social detectados, que será el centro en este artículo, incluye un componente de trabajo conjunto con las organizaciones sindicales que representan los intereses de este colectivo.

4 Para una discusión más detallada al respecto ver: Cardeillac, Gallo y Moreira (2013).

5 Programa Inclusión Social Modalidad 1, 2012. *Los límites de la ciudadanía: el caso de los trabajadores asalariados rurales*. Comisión Sectorial de Investigación Científica de la Universidad de la República (CSIC-UDELAR). Responsables: Joaquín Cardeillac Gulla y Diego E. Piñeiro Pagliere. Ver: <<http://www.csic.edu.uy/renderPage/index/pageld/139>>.

negociación en los Consejos de Salarios⁶. Luego, se ha procedido a dejar fuera del análisis a los asalariados de la capital⁷, y por último se construyó otra población, a partir del resto de los asalariados privados del interior, de modo de contar con un grupo que habilitara la comparación y permitiera apreciar la situación relativa de la población con la que se decidió trabajar.

Asalariados rurales e inclusión social: una tendencia sostenida de acceso diferencial y limitado al bienestar

En esta sección se realiza un diagnóstico de la situación en relación con tres dimensiones del bienestar: pobreza de ingresos, necesidades básicas y protección social vinculada al trabajo.

■ **Evolución de la incidencia de la pobreza de ingresos**

Resulta conveniente comenzar por aclarar que, en el caso de Uruguay, el Instituto Nacional de Estadística (INE) calcula tres líneas de pobreza (LP) específicas para tres regiones: Montevideo, las localidades del interior (cualquiera sea el número de sus pobladores) y una tercera para la población rural dispersa. Como resultado, se observa que el valor de la LP para los hogares de la capital es siempre mayor que la del resto del país y significativamente mayor que la de los hogares de población rural dispersa⁸. Esto

6 Órganos de integración tripartita, creados por Ley 10.449 (1943), que mediante el mecanismo del diálogo social establecen salarios mínimos, categorías y otros beneficios. El art. 4 del Decreto 105/005 de 2005 extendió por primera vez en la historia del país los Consejos de Salarios al ámbito rural. Cabe aclarar que, para la presentación de la información, el grupo 22 ha sido subdividido en dos: Ganadería, por un lado, y Cultivo de cereales, hortalizas y legumbres, por otro.

7 El total de asalariados privados rurales con tareas agropecuarias era 58.583 en 2006 y 68.507 en 2011, lo que implica que excluir Montevideo deja fuera del análisis entre un 6% y un 3% de los casos clasificados como trabajadores rurales. El motivo de esta selección es que la residencia en la capital del país genera de por sí una asimetría muy fuerte en términos de acceso a derechos, al mismo tiempo que la inmensa mayoría de los asalariados privados de la capital no son trabajadores rurales de acuerdo con la definición (en base a datos tomados de la Encuesta Continua de Hogares 2011)

8 Por ejemplo, para el mes de diciembre de 2011, el valor de la LP era: para Montevideo, \$7.783,49; para el interior urbano, \$5.225,50; y, en el caso del interior rural, \$3.492,34. Es decir, que el valor monetario de la línea de pobreza del interior rural era menos de la mitad que la de Montevideo.

tiene algunas consecuencias, así Duclos y Araar (2006) argumentan que: “When a common poverty line is used to compare the regions, rural areas are significantly poorer than urban ones. When region-specific poverty lines are used, these differences are much reduced, and the regional rankings are often even reversed” (2006, p. 115).

Si además consideramos que la distribución de los asalariados en el territorio no es homogénea entre los distintos grupos rurales, ni tampoco en comparación con el resto de los asalariados, estas reflexiones son pertinentes⁹.

Cuadro 1. Incidencia de la pobreza según tipo de asalariados por año. LP 2006.

Tipo de asalariados	2006	2011	Diferencia	Variación
	(%)	(%)	(%)	(%)
Privados no rurales	26,1	7,5	-18,6	-71,2
Asalariados rurales	34,7	10,6	-24,1	-69,5
Ganadería	38,6	7,1	-31,5	-81,7
Cultivo de cereales hortalizas y legumbres	39,2	12,7	-26,5	-67,6
Granja, citricultura y animales pequeños	42,2	13,4	-28,8	-68,3
Silvicultura	48,9	17,7	-31,2	-63,9

Fuente: Elaboración propia en base a la ENHA 2006 y ECH 2011.

Los resultados muestran una caída marcada de la pobreza en todos los casos, tal como lo muestra el Cuadro 1. De todos modos, es posible notar que no ha sido entre los asalariados rurales entre quienes la incidencia de la pobreza ha bajado en mayor medida. Si bien destaca el subconjunto de asalariados de la ganadería, debe recordarse que los umbrales de la LP para la población dispersa (llamada “rural” por el INE) son más bajos que los de las demás, y es más frecuente que los hogares de asalariados ganaderos sean también de población rural dispersa. Para el resto de los asalariados rurales,

9 De hecho, es muy marcada la predominancia de residencia en la zona “rural dispersa” entre los asalariados de la ganadería, lo cual implica que la LP aplicada en esa población sea bastante más baja que en el caso de los asalariados de la silvicultura, entre los que es más frecuente la residencia en localidades del interior de más de cinco mil habitantes. Si bien varias alternativas de análisis son posibles (Cardeillac, 2013), para este trabajo se optará por presentar los resultados tal como se obtienen de la aplicación de la metodología del INE.

la disminución de la pobreza es muy marcada, pero siempre está por debajo de la registrada por los asalariados no rurales.

Si se analiza la incidencia de la pobreza entre los asalariados rurales en comparación con los no rurales, se observa que la brecha se reduce. Sin embargo, este resultado, alentador en relación con el bienestar de los asalariados rurales en la dimensión económica, debe ser relativizado. De hecho, si bien la tendencia es positiva, lo cierto es que la situación inicial de los asalariados rurales en 2006 era muy comprometida. Entre los asalariados de la silvicultura, que es el caso extremo, se observa que en 2006 la incidencia de la pobreza alcanzaba casi a la mitad de los hogares.

En suma, si bien en 2011 la situación ha mejorado notoriamente, persisten diferencias relevantes. Excepto en la ganadería, que tiene particularidades que ya han sido mencionadas, se observa que la incidencia de la pobreza por ingresos es casi un 70% mayor entre los asalariados del cultivo de cereales hortalizas y legumbres, que entre los no rurales. Esta diferencia asciende a casi un 80% mayor entre los asalariados de la granja, citricultura y animales pequeños, y llega a ser casi un 135% mayor la incidencia de la pobreza entre los asalariados de la silvicultura, en comparación con los asalariados no rurales.

Si se recuerda además que cada uno de estos grupos de asalariados rurales se distribuye en el territorio de modo cada vez más parecido a los asalariados no rurales, se comprende que el efecto de la disminución de la incidencia de la pobreza por ingresos, entre los asalariados rurales, está muy influida por la residencia, y no sólo por una mejora de ingresos: conforme los asalariados rurales se distribuyen de modo similar en el territorio al resto de los asalariados, peor es su situación relativa en términos de pobreza¹⁰.

En consecuencia, los asalariados de las empresas de aquellos rubros que se nutren de mano de obra que se traslada de las ciudades para desempeñar tareas agropecuarias están en la peor situación relativa en lo que hace al bienestar que logran a partir de sus ingresos salariales.

10 Esto se da porque el umbral de la LP es más "exigente" en las zonas urbanas: los mismos ingresos que son suficientes para estar por encima de la LP de la población dispersa, son insuficientes para estar por encima de la LP de las ciudades del interior.

■ **Aproximación a las tendencias en relación con el acceso a derechos de los asalariados rurales, en base a indicadores de necesidades básicas**

Incluir un análisis de los indicadores de necesidades básicas, en el diagnóstico de las dificultades para la inclusión social que enfrentan los colectivos de trabajadores rurales, resulta pertinente al menos por dos motivos. En primer lugar, porque el concepto de necesidad básica nos enfrenta a la consideración de que el fundamento del desarrollo es el ser humano y, por tanto, este debe orientarse a brindar la oportunidad de una vida plena a todos los individuos. Por otro lado, resulta claro que las necesidades básicas tienen un potencial político y de movilización que no tienen nociones más abstractas como la desigualdad de ingresos (Streeten, *et al.*, 1981, p. 22).

En este capítulo, el indicador de NBI utilizado sintetiza los resultados obtenidos en seis dimensiones¹¹: salud, vivienda, agua potable, alumbrado eléctrico, evacuación de excretas y disponibilidad de habitaciones para

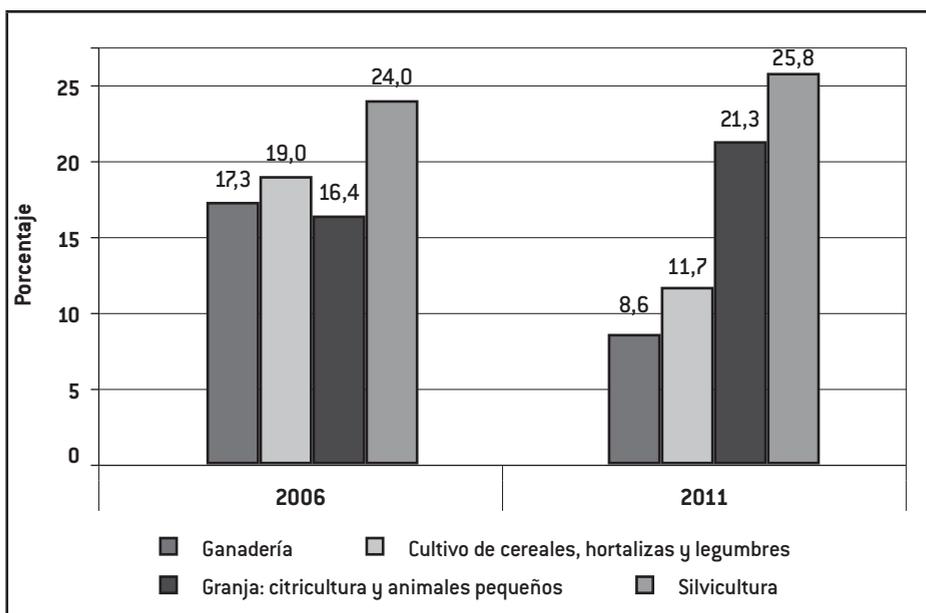
11 “Indicador de carencia básica en salud: Es carente toda persona integrante de un hogar particular que no dispone ni cobertura parcial ni cobertura total de salud (carné vigente del MSP, mutualista, cooperativa médica, sanidad militar, sanidad policial, asignaciones familiares, unidades móviles de emergencia, otros de cobertura total y otros seguros parciales). Indicador de carencia básica en condiciones de la vivienda: Es carente toda persona integrante de un hogar particular que se encuentra en una vivienda en la cual el material predominante de las paredes exteriores o techos es lata o material de desecho, o el material predominante de los pisos es tierra o cascote suelto o hay cinco o más hogares en la vivienda y el uso de los servicios higiénicos es compartido. Indicador de carencia básica en abastecimiento de agua: Es carente toda persona integrante de un hogar particular que habita en una vivienda que se encuentra en alguna de las siguientes condiciones: a) el agua llega a la vivienda por cañería fuera de la vivienda; b) El agua llega a la vivienda por cañería dentro de la vivienda y el origen del agua utilizada para beber y cocinar se encuentra en la categoría ‘Otro’ del censo (arroyo, río, etc.); c) El agua llega a la vivienda por otros medios, siendo su origen la red general o la categoría ‘Otro’ del censo. Indicador de carencia básica en disponibilidad de alumbrado eléctrico: Es carente toda persona integrante de un hogar particular que se encuentra en una vivienda que no dispone de ninguno de los siguientes servicios de alumbrado eléctrico: UTE, cargador de batería, grupo electrógeno propio, otro servicio. Indicador de carencia básica en evacuación de excretas: Es carente toda persona integrante de un hogar particular que se encuentra en una vivienda que no dispone de servicio higiénico o la evacuación del servicio higiénico corresponde a la categoría ‘Otro’ del censo (hueco en el suelo, superficie, etc.) o el servicio higiénico es compartido con otros hogares y sin descarga. Indicador de carencia básica en habitaciones para dormir (hacina-

dormir. A partir de ese indicador general que resume la información, se puede clasificar a los hogares en dos categorías, sin NBI o con al menos una.

Dado que para el caso de este trabajo el propósito está en la comparación, a continuación se presenta la Gráfica 1, que resume la tendencia de la brecha en la incidencia de carencias críticas para el período 2006-2011, tomando como base de comparación a los asalariados privados no rurales del interior de Uruguay.

Los resultados para los distintos grupos de asalariados rurales cons-truidos, así como su evolución en el período 2006-2011, se presentan a continuación.

Gráfica 1. Evolución de la brecha de carencias críticas según grupos de asalariados.



Fuente: Elaboración propia en base a la ENHA 2006 y la ECH 2011.

De acuerdo con la información que se presenta en la Gráfica 1, es posible llegar a tres grandes conclusiones. Por un lado, resalta que para el año 2011 en todos los grupos de trabajadores rurales la situación es peor en

miento): Es carente toda persona integrante de un hogar particular en el cual hay más de tres personas por habitaciones para dormir” (Calvo; 2000, pp. 8-10).

términos comparativos con el resto de los asalariados privados. Así, se detecta una situación de exclusión relativa que resulta en una incidencia entre un 8,6% y un 25,8% mayor de carencias críticas. Por otro, se observan dos tendencias contradictorias entre los distintos grupos considerados al comparar 2006 con 2011. Mientras se verifica una disminución de la brechas respecto del resto de los asalariados privados para los casos de los grupos de la ganadería y del cultivo de cereales hortalizas y legumbres; se constata una intensificación de los obstáculos para la inclusión social en el caso de los trabajadores de la silvicultura y de quienes se desempeñan en la granja, citricultura y cría de animales. Por último, se hace necesario resaltar que no es sólo, ni fundamentalmente, el lugar de residencia lo que incide generando desigualdades entre los trabajadores rurales y el resto.

Respecto de este punto, muchas veces se ha considerado que la incidencia mayor de las NBI entre los asalariados rurales (o la población "rural" en general) era un resultado de su distribución en el territorio, es decir, consecuencia de estar dispersos y aislados. Los resultados que se presentan aquí muestran que las dificultades y las barreras a la inclusión social no se agotan en los problemas del aislamiento y la dispersión: de hecho, es entre los colectivos de asalariados rurales con mayor residencia urbana (granja, citricultura y animales pequeños, y silvicultura) que la incidencia de necesidades básicas es mayor, así como también es mayor la incidencia de carencias en la dimensión económica del bienestar, como fuera mostrado antes.

La concurrencia de evidencia en este sentido parece mostrar que el principal factor en determinar la exclusión relativa no es el lugar de residencia, sino las diferencias que genera vincularse al sector agropecuario como asalariado rural.

■ **Tendencias en indicadores de protección social asociados al trabajo**

La conclusión final de la sección anterior invita a analizar algunos indicadores de protección del empleo y observar las diferencias de la situación de los trabajadores rurales frente a otros trabajadores asalariados de la actividad privada, en cuanto al derecho a aguinaldo, aporte a caja de jubilaciones y subregistro en la seguridad social (entendido para este trabajo como un aporte menor a la totalidad del salario).

Cuadro 2. Acceso a protección social de asalariados rurales y no rurales, según indicador por año.

Asalariados privados no rurales				
Acceso a protección social	2006	2011	Diferencia	Variación
	(%)	(%)	(%)	(%)
Derecho a aguinaldo	70,99	79,65	8,66	12,2
Aporte para jubilaciones	64,42	73,64	9,22	14,3
Subregistro en la Seguridad Social	11,39	9,28	-2,11	-18,5

Asalariados rurales				
Acceso a protección social	2006	2011	Diferencia	Variación
	(%)	(%)	(%)	(%)
Derecho a aguinaldo	67,31	73,66	6,35	9,4
Aporte para jubilaciones	66,96	70,34	3,38	5,0
Subregistro en la Seguridad Social	13,26	14,79	1,53	11,5

Fuente: Elaboración propia en base a la ENHA 2006 y ECH 2011.

El Cuadro 2 muestra una evolución positiva en los tres indicadores seleccionados, para el grupo de los trabajadores privados no rurales. Por su parte, entre los trabajadores rurales se constata una mejora en el acceso a aguinaldo y el aporte a caja de jubilaciones, al tiempo que se aprecia un aumento del subregistro en la seguridad social. Si el análisis se realiza haciendo foco en la distancia entre un grupo y otro de asalariados, se constata que la situación relativa de los trabajadores rurales ha empeorado. A su vez, si se analizan los datos dentro de los asalariados agropecuarios, se constatan diferencias, tanto en la evolución de los indicadores como en las brechas, con respecto al resto de los trabajadores privados. En lo que tiene que ver con la tendencia, los trabajadores de la granja son los que presentan la situación más alentadora, con una variación positiva del 12% en el derecho a aguinaldo, del 6% en el aporte a las jubilaciones y una disminución del 35% en el subregistro a la seguridad social. De todos modos, debe remarcar que la situación inicial de este colectivo era la peor en todos los indicadores. Adicionalmente, esta situación relativamente favorable en relación con el acceso a protección social está acompañada, como se ha visto, de una situación muy desfavorable en los indicadores de bienestar monetario.

Los trabajadores de la silvicultura, por su parte, son quienes enfrentan la situación más negativa al evidenciarse una variación desfavorable en los tres indicadores estudiados. Por último, el caso de los trabajadores de la ganadería implica tendencias en sentidos distintos. Por un lado, una variación positiva en el acceso a aguinaldo (8%) y el aporte jubilatorio (4%), por otro, el subregistro se dispara, aumentando hasta alcanzar a casi una quinta parte de los asalariados de la ganadería.

En la sección que sigue se avanzará en el estudio de uno de los componentes de la seguridad social: el seguro de desempleo. El foco tiene una doble justificación. Por un lado, es una demanda detectada como resultado del trabajo realizado en conjunto con los sindicatos, en el marco del proyecto de investigación orientado a la inclusión social iniciado en 2010. Por otro lado, se justifica en la medida en que resulta un ámbito propicio para formular propuestas que contribuyan a levantar algunos de los obstáculos a la inclusión detectados en el proceso de investigación.

Prestación por desempleo para los asalariados rurales en Uruguay¹²

Las principales características del seguro de desempleo uruguayo se definieron con la aprobación del Decreto-Ley 15.180, de 1981, y el Decreto reglamentario 14/982, de 1982. Sin embargo, fue recién con el Decreto 211/001, de 2001, que quedaron incorporados los trabajadores rurales al régimen de seguro por desempleo. Asimismo, a partir de febrero de 2009, entra en vigencia una nueva ley de protección del riesgo por desempleo; las principales modificaciones impuestas por esta normativa apuntan a una mejora de cobertura y diseño (Lazo, 2013).

En el caso de esta prestación de la seguridad social, la excepcionalidad relativa a los trabajadores rurales se concreta en la forma en la cual los asalariados rurales acceden a este derecho, en relación con el resto de los trabajadores, que está determinada por los requisitos exigidos a unos y otros. En el régimen general, se requiere haber permanecido seis meses como mínimo en la planilla de trabajo de una o varias empresas (continuos o no), en los 12 meses previos al cese por desempleo. En el caso de los jornaleros, se requiere haber computado en el mismo plazo y condiciones 150 jornales, y de tratarse de trabajadores con remuneración variable, haber percibido un mínimo de 6 Bases de Prestaciones y Contribuciones (BPC).

12 La presente sección se basa en el trabajo de asesoramiento y consultoría realizado por Dean, Galván y Perazzo (2014).

Agotada una prestación completa (6 subsidios mensuales o 72 jornales) en forma continua o discontinua, deben transcurrir 12 meses como mínimo para tener derecho a utilizar nuevamente el programa, de los cuales seis son de aportación efectiva.

Para los trabajadores rurales, en cambio, el requisito para acceder a la prestación por desempleo es tener registrados doce meses de aportación efectiva en el caso de los trabajadores mensuales o 250 jornales, para los trabajadores remunerados por hora o día, o 12 BPC, para trabajadores con remuneración variable (destajistas), en los 24 meses anteriores a configurarse la causal de despido¹³. Agotada una prestación completa en forma continua o discontinua, hasta el año 2006, debían transcurrir 24 meses como mínimo para tener derecho a utilizar nuevamente el programa, 12 de aportación efectiva. A partir de dicho año, el Decreto 79/006 establece que los beneficiarios que hayan agotado, de modo continuo o discontinuo, el término máximo de duración de la prestación por desempleo, podrán comenzar a recibirla nuevamente cuando hayan transcurrido al menos doce meses desde la última prestación, seis de ellos de aportación efectiva, es decir, los equipara al régimen general luego de agotada una prestación. Esta modificación reduce la brecha entre ambos regímenes, aunque continúan siendo diferenciales.

13 Además, a partir de 2008, la ley 18.399 introduce un esquema de prestaciones decrecientes, incentivando al trabajador a que realice su inserción al mercado laboral antes de finalizar el período de la prestación. Otra reforma que introduce la nueva ley es el aumento del monto mínimo del subsidio: pasa del 50% al 100% de la BPC. Respecto al monto máximo, se establece en 8 BPC para el caso de suspensiones parciales o totales y una escala de máximos decrecientes desde 11 BPC en el primer mes hasta 6 BPC al finalizar el período de la prestación. Por otro lado, se mantiene el acrecimiento del 20% para aquellos trabajadores casados con hijos menores o discapacitados a cargo, incorporándose la unión concubinaria, y si la liquidación llega al tope fijado por ley, se aplica este complemento del 20% al tope; en la normativa anterior no se aplicaba, ya que el monto no podía superar el tope establecido. Se flexibilizó también el plazo de presentación de la solicitud de la prestación.

■ El acceso al seguro de desempleo de los asalariados rurales: una excepción

La fuente de datos utilizada en el presente estudio son las historias laborales del Banco de Previsión Social (BPS). Se dispone de información sobre una muestra de 200.000 trabajadores entre los años 1996 y 2009. De esta muestra, se seleccionaron todos aquellos trabajadores dependientes que registraran aportes en el régimen de aportación rural¹⁴. La muestra se compone de 3.074.683 observaciones, de las cuales 1.929.020 tienen vínculos funcionales que responden a trabajadores dependientes¹⁵. Entre los dependientes, la mayor parte de las observaciones (50,9%) corresponde a trabajadores mensuales, en tanto que los jornaleros representan el 47,1% y los destajistas 2,1%¹⁶.

Un primer aspecto a analizar es la densidad de cotizaciones y la duración media de los períodos de empleo de los asalariados rurales por cuartil de ingresos (Cuadro 3). La densidad de cotizaciones se estima como el porcentaje de meses que el trabajador cotiza al BPS desde el momento en que aparece por primera vez en la base, hasta su retiro o jubilación. Cabe aclarar que las cifras de este cuadro son representativas del período considerado, pero no de toda la vida laboral de los trabajadores incluidos en la muestra.

14 Si se utiliza un criterio más amplio, incluyendo las observaciones que corresponden a actividades rurales según la Clasificación Internacional Industrial Uniforme (CIIU), los resultados no varían en forma importante.

15 Cada observación es un mes de aportación de la persona que cotiza al BPS. Esto implica que si un trabajador cotizó pocos meses, entonces la muestra contendrá menos observaciones de ese trabajador.

16 Una de las principales dificultades de la base de datos utilizada es que no es posible saber exactamente si cuando un trabajador deja de realizar aportes (desaparece de la base) es debido a que fue despedido o a otras causas, como por ejemplo: renuncia, migración, jubilación, muerte, informalidad o inactividad. Para reducir el problema se realizan algunos supuestos: se supone que todos aquellos trabajadores que teniendo edad suficiente para jubilarse y dejan de figurar en la base realizando aportes, efectivamente se jubilaron o murieron; para los que teniendo el derecho generado no aparecen en la base cobrando el subsidio, se supone que la razón del cese en los aportes fue diferente al despido; para los casos que no tenían suficientes aportes para acceder al subsidio por desempleo no puede saberse si la razón por la que dejan de cotizar es que fueron despedidos u otra, por tanto se estimó la probabilidad de que fueran despedidos a partir de un conjunto de características individuales disponibles.

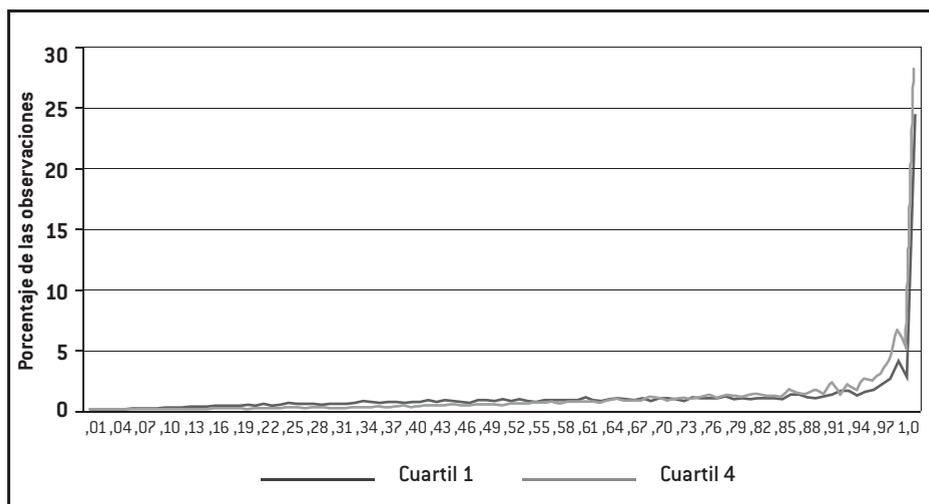
Cuadro 3. Estadísticas básicas de los asalariados rurales por cuartil de ingresos. Período 2001-2009.

Estadísticas básicas	Total	Cuartil 1	Cuartil 2	Cuartil 3	Cuartil 4
Densidad de cotización (porcentaje)	0,80	0,75	0,78	0,81	0,86
Duración promedio de los períodos de empleo (en meses)	39,44	33,61	34,80	38,62	50,73
Duración del desempleo (en meses)	15,14	18,62	15,30	13,93	13,40

Fuente: Elaboración propia en base a historias laborales del BPS.

Un primer resultado es que, si bien las historias laborales son incompletas, la densidad de cotizaciones en el período considerado es baja. Asimismo, la densidad de cotizaciones muestra un claro escalonamiento ascendente según cuartil de ingreso. La duración promedio de los períodos de empleo es menor para las remuneraciones más sumergidas, por lo que puede concluirse que la exposición a situaciones de vulnerabilidad laboral se diferencia fuertemente por estratos económicos.

Gráfica 2. Densidad de las cotizaciones de los asalariados rurales con edades entre 20 y 55 años, cuartil 1 vs cuartil 4.



Fuente: Elaboración propia en base a historias laborales del BPS.

En la Gráfica 2 se presenta el porcentaje de meses de cotización en los 120 meses transcurridos entre 2000 y 2009, para el primer y cuarto cuartil de ingresos. Se observa que existe disparidad entre ambos cuartiles. Mientras 28,3% de los asalariados rurales del cuarto cuartil muestran un patrón de cotización completa, entre los trabajadores pertenecientes al primer cuartil ese porcentaje se ubica en 24,6%. Si estos resultados se comparan con los de los trabajadores activos en general, se detecta una diferencia, ya que los segundos muestran densidades de cotizaciones más elevadas, del entorno del 50% para el cuarto cuartil y 26% para el primer cuartil (Arim y Dean, 2013).

Teniendo en cuenta el régimen actual, el 75,2% de los asalariados rurales que realizan aportes se encuentran en situación de acreditar el derecho al seguro, en el caso de que enfrenten la eventualidad de un despido. Este porcentaje es menor al que presenta el promedio de los trabajadores privados, el cual se situaría en torno al 90% (Arim y Dean, 2013). Cabe señalar que una proporción no menor de los asalariados rurales, en torno al 45% en promedio, al menos una vez hicieron uso del subsidio por un plazo menor a seis meses en el período considerado, por lo cual es habitual el uso de la modalidad suspensión de actividades.

Cuadro 4. Asalariados rurales activos con derecho a subsidio por desempleo en el régimen actual, según tipo de remuneración.

	Mensuales	Jornaleros	Destajistas
2001	86,01	65,93	53,96
2002	85,69	68,21	55,01
2003	82,94	62,90	58,55
2004	81,06	60,47	57,29
2005	81,46	61,35	60,24
2006	83,32	64,77	63,75
2007	85,95	64,18	70,25
2008	85,51	64,96	69,14
2009	87,98	67,48	74,58
Promedio	84,44	64,47	62,53

Fuente: Elaboración propia en base a historias laborales del BPS.

También entre los trabajadores rurales se detectan diferencias en relación con el acceso al subsidio por desempleo en caso de quedar despedidos, según el tipo de remuneración. En este sentido, los niveles de cobertura para los asalariados mensuales (84,4%) son en promedio casi veinte puntos porcentuales mayores que para los jornaleros y destajistas (Cuadro 4).

■ **Estimación de diferentes escenarios de cobertura del subsidio por desempleo para trabajadores rurales**

De acuerdo con la información antes presentada, es posible afirmar que, a pesar de los avances en la normativa y los derechos, los trabajadores rurales continúan teniendo problemas para hacer efectivo el acceso a las prestaciones de la seguridad social. Estos problemas podrían llegar a acentuarse, incluso, ante las tendencias recientes en la forma de producción del sector agroexportador, que aumentan la proporción de trabajadores temporales y tercerizaciones (Neiman, 2012). Por todo lo anterior, resulta necesario avanzar en la normativa en materia de seguridad social, para garantizar el acceso efectivo de los asalariados rurales a las prestaciones por desempleo.

En este apartado se presentan los impactos, en términos de cobertura, de diferentes escenarios de modificaciones en la normativa respecto al subsidio por desempleo para los asalariados rurales. Con tal fin se consideraron cinco escenarios de posibles modificaciones. Los cambios paramétricos simulados implican transformaciones en los requisitos para acceder al beneficio, sin afectar la tasa de reemplazo¹⁷.

Los cinco escenarios de modificación de la normativa considerados en las simulaciones son los siguientes¹⁸:

- Escenario 0. Se requieren 12 meses de aportación efectiva en el caso de los trabajadores mensuales, 250 jornales para los trabajadores remunerados por hora (o día), o 12 BPC para trabajadores con remuneración variable (destajistas). Estos mínimos deben haberse cumplido en los 24 meses anteriores a configurarse la causal de despido.

17 La tasa de reemplazo podría definirse como la relación entre los aportes realizados por el trabajador, previo al episodio de desempleo, y los beneficios obtenidos al cobrar el seguro de desempleo.

18 Para cada uno de estos escenarios se consideró que a los restantes colectivos no incluidos en el escenario de cambio de la normativa se les aplica la normativa actual.

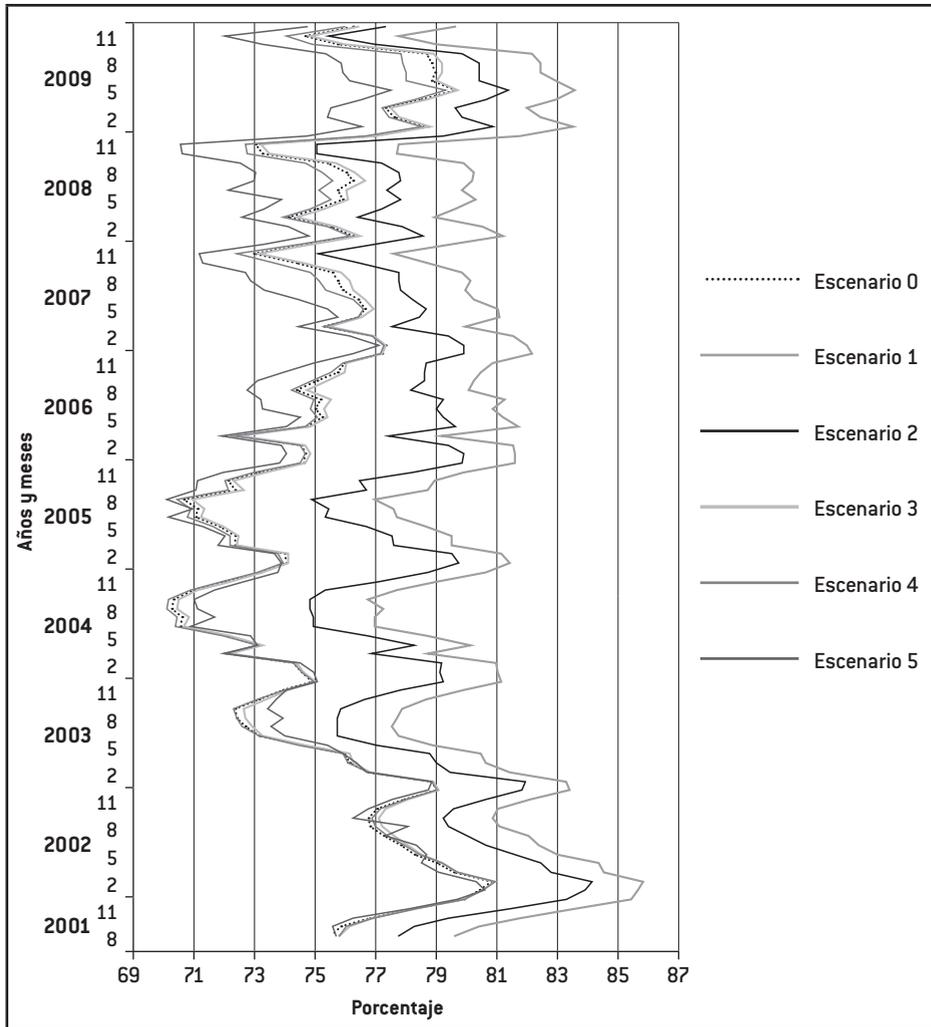
- Escenario 1. Para adquirir el derecho con salarios mensuales deben registrarse 6 meses de aportes o 125 jornales de trabajo para los jornaleros, en el período de 12 meses anteriores al desempleo¹⁹.
- Escenario 2. Régimen general. Para adquirir el derecho con salarios mensuales deben registrarse 6 meses de trabajo o 150 jornales, o haber cotizado por un mínimo de 6 BPC (en el caso de destajistas), en el período de 12 meses anteriores a configurarse la causal de desempleo²⁰.
- Escenario 3. Los trabajadores rurales con ingresos irregulares (destajistas) deben haber ganado al menos 8 BPC en los 24 meses anteriores al desempleo.
- Escenario 4. Los trabajadores rurales con ingresos irregulares (destajistas) deben haber ganado al menos 12 BPC en los 36 meses anteriores al desempleo.
- Escenario 5. Obligatoriedad de aportar por un monto ficto de 13 jornales por mes en el caso de los jornaleros o su equivalente en ingresos para el caso de los trabajadores destajistas, dejando los requisitos de acceso establecidos en la normativa actual vigente (12 meses de aportación efectiva en el caso de los trabajadores mensuales o 250 jornales para los trabajadores remunerados por hora o día, o 12 BPC para destajistas).

En la Gráfica 3 se presenta el porcentaje de asalariados rurales con derecho a subsidio a lo largo del período 2001-2009, teniendo en cuenta los cinco escenarios de cambios en la normativa y el régimen actual (escenario 0). Se observa que los escenarios 1 y 2 son los que muestran mayores niveles de cobertura (80,4% y 78,3% respectivamente) entre los asalariados rurales que registran aportes para todo el período, con promedios superiores al escenario base (en torno al 75,2%).

19 Este escenario supone equiparar, sólo para el caso de los trabajadores mensuales y jornaleros, los mismos requisitos que los exigidos en el régimen general.

20 Este escenario supone equiparar para todos los trabajadores rurales: mensuales, jornaleros y destajistas, los mismos requisitos que los exigidos en el régimen general.

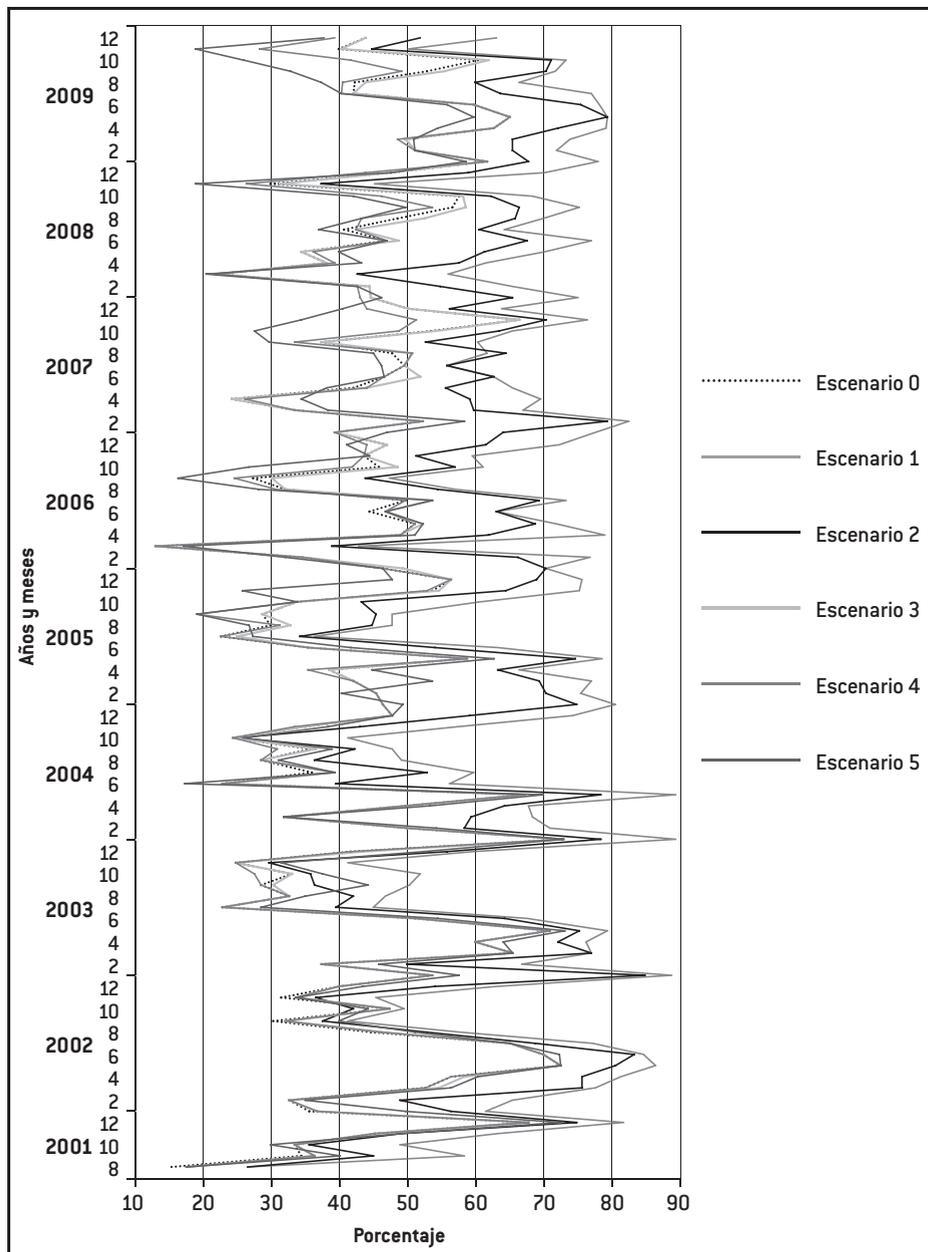
Gráfica 3. Porcentaje de asalariados rurales activos con derecho a subsidio por desempleo según escenarios de modificación a la normativa (valores expandidos).



Fuente: Elaboración propia en base a historias laborales del BPS.

Pero el análisis que reviste mayor interés refiere a aquellos asalariados que accederían al subsidio efectivamente por quedar desempleados, debido a que aquellos que enfrentan el desempleo podrían presentar condiciones de empleo más precarias.

Gráfica 4. Porcentaje de beneficiarios en cada mes según escenarios de modificaciones a la normativa (valores expandidos).



Fuente: elaborado en base a historias laborales del BPS.

Como muestra la Gráfica 4, para los beneficiarios del subsidio por desempleo, los escenarios 1 y 2 son globalmente superiores al escenario base y al resto. En el escenario actual, el nivel de cobertura de los desempleados es en promedio 43,9%, en tanto que en los escenarios 1 y 2 la cobertura asciende a 65,2% y 58,2%, respectivamente. El resto de los escenarios no muestra una mejora sustancial respecto a la situación actual.

Cabe aclarar que el porcentaje de jornaleros y de trabajadores mensuales es muy superior al de destajistas, por tanto, los escenarios que plantean modificaciones al régimen de inclusión de los primeros predominan por sobre los segundos. Ahora bien, si se analizan por separado los efectos de los escenarios que afectan sólo a este grupo de asalariados, se observa que para los destajistas el escenario 2 es el que implica mejores niveles de cobertura de los desempleados para casi todos los años.

Conclusiones y elementos para el debate

En este capítulo se realizó un esfuerzo por delimitar con claridad cuál es el universo de individuos al que se alude al discutir sobre trabajo rural. En el esfuerzo realizado por arribar a una definición conceptual y operativamente consistente, se ha detectado la necesidad de separar dos dimensiones que suelen estar asociadas al trabajo rural, pero remiten a problemáticas y ámbitos diferentes. Por un lado, existen problemáticas derivadas de la situación de dispersión en el territorio, mientras que, por otro, existe un conjunto de obstáculos a la inclusión social que derivan de la inserción de los asalariados en los procesos productivos del sector agropecuario, más allá de cuál sea su ámbito de residencia (en localidades grandes, pequeñas o fuera de localidades nucleadas).

A su vez, a partir del repaso de antecedentes realizado sobre la situación de excepcionalidad que rodea a lo rural en general y al trabajador rural en particular, se mostró la existencia de una historia de excepción, derivada de un proceso por el cual la discusión en torno a las condiciones del trabajo rural se “extrañan” del ámbito público y debate político, para quedar en manos de expertos sectoriales, o bien de la familia rural y gremiales empresariales.

De modo adicional, en el trabajo realizado para caracterizar la situación de los asalariados rurales, aparecen con claridad algunas problemáticas que revelan diferencias dentro del colectivo según cada rubro, que deben ser consideradas en su especificidad para un trabajo orientado a la superación de barreras a la inclusión social. Así por ejemplo, se señaló que:

- Los asalariados de las empresas agropecuarias que se nutren de mano de obra que se traslada de las ciudades están en la peor situación relativa en lo que se refiere al bienestar que logran a partir de sus ingresos salariales.
- Las dificultades y las barreras a la inclusión social no se agotan en los problemas del aislamiento y la dispersión: de hecho, entre los colectivos de asalariados rurales con mayor residencia urbana (granja, citricultura y animales pequeños, y silvicultura) es donde la incidencia de necesidades básicas es mayor.
- Al mismo tiempo, otras problemáticas, como el acceso a la seguridad social, resultan comunes a todo el colectivo, aunque también es posible detectar intensidades de privación relativa diferentes según rubro y, sobre todo, según el tipo de contrato.

Profundizando en los obstáculos a la inclusión social que se concretan con la dificultad de acceso a la seguridad social detectada en el trabajo de investigación, así como en el intercambio con los sindicatos, se ha dado cuenta de cómo la excepcionalidad para el caso del seguro de desempleo de los trabajadores rurales resulta ser un obstáculo adicional. Al mismo tiempo se muestran alternativas concretas que podrían propender a una situación de inclusión mayor. En concreto, se mostró cómo la normativa actual, que genera un régimen diferencial para el caso de los trabajadores rurales, redundante en niveles de acceso a la prestación de seguro de desempleo por debajo de los que se registran en el resto de los trabajadores. Más adelante, se probaron distintos escenarios de alteración de la normativa relativa a los requisitos para acceder al seguro de desempleo. Ese trabajo aportó al menos dos grandes conclusiones. Por una parte, mostró que existen problemas de acceso a la seguridad social que no pueden ser superados por ninguna de las propuestas de cambio normativo, que derivan de la estructura de cotizaciones así como de la duración de los períodos de desempleo de este colectivo de trabajadores. Pero, por otra parte, el trabajo también aporta evidencia respecto de cómo la propia normativa, al generar un régimen excepcional para el caso de los asalariados rurales, se constituye en una barrera adicional a la inclusión. De acuerdo con los resultados obtenidos, eliminar la excepcionalidad para el caso de los trabajadores rurales y equiparar los requisitos que se les exige al resto de los trabajadores asalariados reduciría casi a la mitad la brecha actual de acceso al seguro por desempleo que se observa al comparar la situación de los trabajadores rurales con la del resto de los trabajadores asalariados de Uruguay.

De acuerdo con todo lo anterior, y a modo de cierre preliminar, se considera pertinente retomar las reflexiones de Fraser (1991) respecto de la necesidad de politizar. Para esta autora, que los problemas se tornen políticos implica que sean debatidos en distintos espacios y entre públicos diferentes. Es decir, que:

“... trasciendan las zonas de privacidad discursiva y de los públicos especializados o cerrados, para convertirse en centros de atención de un cuestionamiento generalizado. Cuando esto ocurre, las interpretaciones previamente incuestionadas y aceptadas sobre estos temas son puestas en debate, y de ahí en adelante, se vuelven sujetos de disputa”. (Fraser, 1991, pp. 13-14)

De acuerdo a Fraser (1991), se pueden identificar dos conjuntos principales de instituciones que despolitizan los asuntos sociales, a partir de la emisión de discursos “autorizados” sobre las necesidades y demandas. Las instituciones domésticas (como la familia) despolitizan ciertas cuestiones al volverlas de índole privado, personal o familiar, en oposición a las cuestiones públicas y políticas. Las instituciones económicas despolitizan ciertos temas al definirlos como económicos, como propios de la lógica de mercado o como prerrogativas de la propiedad privada, distinguiéndolos de los asuntos políticos.

Basándose en estas consideraciones y la información analizada, se considera que los resultados justifican promover un debate público respecto de la necesidad de superar el tratamiento cerrado a expertos de lo rural, sobre todo y específicamente en relación con el trabajo asalariado agropecuario, como punto de inicio de un camino orientado a garantizar un acceso igualitario a los derechos sociales y al bienestar económico.

Referencias bibliográficas

- Arim, Rodrigo y Andrés Dean (2013). *Simulaciones sobre cambios en los criterios de elegibilidad en el régimen de Seguro de Desempleo para Uruguay*. Montevideo: Instituto de Economía-UDELAR.
- Bruno, Yanil (2006). Ocupación y empleo en el sector agropecuario. En: Oficina de Programación y Política Agropecuaria. Anuario *OPYPA 2006*. Montevideo: Ministerio de Ganadería Agricultura y Pesca, pp. 367-374.
- Buxedas, Martín; Marcelo Perera y Marcela Barrios (2012). Caso de Uruguay. En: Fernando Soto Baquero y Emilio Klein, coords. *Políticas de mercado de trabajo y pobreza rural en América Latina*, tomo II. Santiago de Chile: CEPAL/OIT/FAO, pp. 289-344.
- Calvo, Juan José (2000). *Las necesidades básicas insatisfechas en Uruguay: de acuerdo al Censo de 1996*. Documento de Trabajo, 50. Montevideo: Unidad Multidisciplinaria-FCS-UDELAR.
- Cardeillac, Joaquín (2012). *Evolución de la pobreza en hogares rurales y agro-dependientes, en un contexto de crecimiento económico de base agropecuario. Tendencias de los últimos diez años: el caso de Uruguay*. Tesis de maestría. Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Montevideo, Uruguay.
- Cardeillac, Joaquín (2013). Crecimiento agropecuario e incidencia de la pobreza entre hogares rurales y agro-dependientes: cambios y permanencias. *Agrocien- cia Uruguay*, 17(2), pp. 180-190.
- Cardeillac, Joaquín; Alejandra Gallo y Bolívar Moreira (2013). *Entre el reconocimiento y la apropiación: un análisis de las condiciones de vida de los asalariados rurales del Uruguay en un contexto de crecimiento económico y desarrollo social* [online]. Ponencia presentada en el VII Congreso Latino-Americano de Estudos do Trabalho. San Pablo, Brasil, 2 al 5 de julio de 2013. Disponible en: <http://www.academia.edu/8080471/Entre_el_reconocimiento_y_la_apropiacion_de_los_asalariados_rurales_en_Uruguay> [acceso 24/12/2014].
- Dean, Andrés; Estefanía Galván e Ivone Perazzo (2014). *Acceso al subsidio por desempleo de los asalariados rurales en Uruguay: propuesta y análisis de sistemas alternativos*. Proyecto de investigación. Instituto de Economía-FCEA-UDELAR. Documento interno.
- Duclos, Jean-Yves y Abdelkrim Araar (2006). *Poverty and equity: measurement, policy and estimation with DAD*. Nueva York: Springer/International Development Research Centre.
- Fraser, Nancy (1991). La lucha por las necesidades: esbozo de una teoría crítica socialista-feminista de la cultura política del capitalismo tardío. *Debate Feminista*, 2(3), pp. 3-40.

- Guerra Daneri, Enrique (1983). *Régimen jurídico del trabajador agrario*. Montevideo: MZ Editor.
- Lazo, Alicia M. (2013). *Evolución del subsidio por desempleo: principales resultados* [online]. Asesoría General en Seguridad Social. Disponible en: <http://www.bps.gub.uy/innovaportal/file/6823/1/04_evolucion_subsidio_desempleo.pdf> [acceso 24/6/2014].
- Mascheroni, Paola (2011). Consejos de Salarios Rurales. En: Paola Mascheroni. *Democracia y ciudadanía en el campo: los primeros Consejos de Salarios Rurales en el Uruguay*. Montevideo: Departamento de Sociología-FCS-UDELAR-CSIC/REDETIR, pp. 27-51.
- Moreira, Bolívar (2009). *El juego de la mirada: inferencias sobre el trabajo y los procesos de contratación en la ganadería, a partir de un estudio de caso en el noroeste de Durazno*. Tesis de maestría en Sociología del Desarrollo. Facultad de Ciencias Sociales-UDELAR, Montevideo, Uruguay.
- Neiman, Guillermo (2012). Caso de Argentina. En: Fernando Soto Baquero y Emilio Klein, coords. *Políticas de mercado de trabajo y pobreza rural en América Latina*, tomo II. Santiago de Chile: CEPAL/OIT/FAO, pp. 9-35.
- Piñeiro, Diego E. (2001). Población y trabajadores rurales en el contexto de transformaciones agrarias. En: Norma Giarracca, comp. *¿Una nueva ruralidad en América Latina?* Buenos Aires: CLACSO, pp. 269-288.
- Piñeiro, Diego E. (2008). *El trabajo precario en el campo uruguayo*. Montevideo: FCS-CSIC-UDELAR.
- Riella, Alberto (2006). Los frenos a la construcción de ciudadanía en el campo: el caso de los asalariados rurales en Uruguay. En: Hubert Carton de Grammont, comp. *La construcción de la democracia en el campo latinoamericano*. Buenos Aires: CLACSO, pp. 159-185.
- Riella, Alberto; Paula Florit y Rossana Vitelli (2011). Estructura de clases y desigualdad en el Uruguay rural contemporáneo. *Espacio Abierto*, 20(4), pp. 607-620.
- Streeten, Paul; Shahid Burki; Mahbub ul Haq; Norman Hicks y Frances Stewart (1981). *First things first: meeting basic human needs in the developing countries*. Washington: Oxford University Press/Banco Mundial.

El empleo rural no agrícola en México: el caso de la industria de la confección¹

Hubert Carton de Grammont

“La minivan de la Universidad se detuvo a la orilla de la carretera frente a un espectacular que anuncia un Proyecto Productivo Taller de Pantalón para la Sierra Negra a cargo del gobierno del estado. A un lado, un grupo de campesinos esperaba el autobús para Tehuacán, a ellos nos dirigimos para [solicitar] información.

Buenos días señores. Estamos haciendo una investigación sobre el trabajo en la industria del vestido y queremos entrevistar a las personas de esta población que trabajan en las maquilas ¿nos pueden ayudar?

¿Los que trabajan en la maquila? —dice [uno de ellos].

Así es señor, los que trabajan en la maquila.

¡Ah, bueno!, si quieren hablar con los que trabajan en la maquila, entonces vayan más allá —mostrando con su índice— por ahí busque, mire —describiendo con el dedo una línea que mostraba las faldas lejanas de las lomas—, allá... donde viven los más pobres, que son los que trabajan en la maquila.”

(Juárez, 2004, pp. 15-16)

Desde los años setenta, varios estudios han llamado la atención sobre el notable incremento del empleo rural no agrícola (ERNA) en África y en los países asiáticos, pero es durante las siguientes décadas que se estudia

1 Este trabajo es parte de la investigación *Mercados de trabajo, migración campo-ciudad y estructura ocupacional en el campo: una visión histórica*, financiada por la Dirección General de Asuntos del Personal Académico de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), por medio del Programa de Apoyos para la Superación del Personal Académico (PASPA).

ampliamente este novedoso proceso. El interés por este fenómeno provino de las instituciones internacionales de desarrollo —en particular el Banco Mundial, la Organización de las Naciones Unidas para la Alimentación y la Agricultura (FAO) y la Organización Internacional del Trabajo (OIT)—, porque con ello esperaban encontrar una nueva vía de desarrollo rural para relanzar la economía de los países pobres y la posibilidad de generar nuevos ingresos para sacar a la población rural de la pobreza (Carton de Grammont, 2014).

En América Latina, el primer trabajo sobre este tema fue realizado por la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL) al inicio de los años noventa (Klein, 1992). Impulsados por diferentes instituciones internacionales, durante esa década se publicaron una veintena de estudios de caso sobre diferentes países, y al iniciar el nuevo siglo apareció en la revista *World Development* un trabajo que hace una síntesis de la literatura existente para dar una visión latinoamericana del problema (Reardon, Berdegú y Escobar, 2001). De este trabajo se desprende que al final de la década de los noventa el ingreso rural no agrícola representaba del 40 al 70% del ingreso rural total, según los países estudiados². También se señala que gran parte de los hogares rurales que recurren al empleo no agrícola son pobres, por lo cual se habla de un “ERNA de refugio”, que sirve para complementar la producción de autoconsumo. Se reconoce que en este caso la principal actividad para obtener ingresos no agrícolas es el trabajo asalariado fuera de la agricultura en condiciones salariales de gran precariedad y bajos ingresos, mientras los hogares más desahogados logran tener autoempleo mejor remunerado. Aunque hay que tomar estos datos con prudencia, en la medida en que corresponden a encuestas parciales, no dejan de indicar la importancia de la diversificación del empleo rural a finales del siglo pasado, proceso que se conoce también como de desagrarización del espacio rural.

A partir de esta fecha, la academia latinoamericana se interesa por el tema, por lo cual contamos con numerosos estudios de caso, aunque con poca reflexión teórica. Es notorio constatar que se abandona, paulatinamente, la terminología del empleo (o ingreso) rural no agrícola para hablar más bien de pluriactividad, aunque no parece haber ninguna diferencia conceptual entre ambos términos.

2 En el caso de México, se estima que representa el 55% (De Janvry y Sadoulet, 1999), aunque el estudio se refiere sólo al sector ejidal.

Al igual que en el resto de los países latinoamericanos, en México el empleo rural se ha modificado profundamente en los últimos treinta años³. Ha pasado de ser un empleo esencialmente agrícola a uno predominantemente desempeñado en los sectores secundarios y terciarios, y eso por dos razones. La primera es el incremento de la pluriactividad en los hogares de los pequeños productores agropecuarios, como resultado de estrategias familiares de sobrevivencia para contrarrestar los efectos negativos de la crisis agrícola. La segunda es el aumento en el espacio rural de hogares que no trabajan en la agricultura, ni como productores ni como asalariados, pero que, por las nuevas condiciones de los mercados de trabajo (escasez y precariedad), se mantienen en el campo aunque trabajen en actividades no agrícolas (sector secundario o terciario). Estos hogares rurales no agrícolas son el resultado tanto del crecimiento demográfico en el campo como de la acelerada descampesinización debido a la aplicación de políticas neoliberales durante las dos últimas décadas. Estos dos procesos dieron lugar a la desagrarización del campo, entendida como la disminución del empleo (y por lo tanto del ingreso) agrícola en el empleo rural total (Carton de Grammont, 2009, 2010).

Cuantificar estos procesos a escala nacional no es tarea sencilla, debido a la falta de herramientas estadísticas adecuadas. Según las fuentes utilizadas, los resultados pueden variar sensiblemente, sin embargo es notorio que todos los datos apuntalan hacia este proceso de desagrarización. La duda sólo se refiere a la velocidad del proceso. Algunos datos pueden ubicar el problema: si medimos el empleo rural agrícola y no agrícola a partir de los censos de población, constatamos que en 1970 el 76,9% de la población rural ocupada trabajaba en el sector agropecuario, mientras que en 2010 esta proporción era del 50%. Por otro lado, a partir de las Encuestas Nacionales de los Ingresos y Gastos de los Hogares (ENIGH), hemos calculado que en 1992 el 65% de los hogares rurales correspondía a familias de productores agrícolas, en su mayoría con pluriactividad, mientras el 35% correspondía a hogares rurales no agrícolas con actividades propias o asalariadas. A la fecha, esta proporción es del 31% y el 69% respectivamente. Si calculamos la importancia de los ingresos en cada tipo de hogar, con la misma ENIGH, vemos que para los hogares agrícolas una tercera parte proviene de la actividad agropecuaria, otra tercera parte del trabajo asalariado, el 10% de actividades propias (negocios u oficios) y el resto de

3 Sobre América Latina ver, entre otros: Carton de Grammont y Martínez, 2009; Gorenstein, Napal y Olea, 2007 ; Gras, 2004; Jiménez Zamora, 2007; Mascheroni y Riella, 2006; Sacco dos Anjos y Velleda Caldas, 2007; Schneider, 2009.

subsidios o remesas. También constatamos que todos estos hogares tienen pluriactividad. Para los hogares no agrícolas, el 66% del ingreso familiar proviene del salario, el 15% de actividades propias y el resto de subsidios o remesas (Carton de Grammont, 2009)⁴.

Si bien el incremento del empleo rural no agrícola corresponde a procesos inherentes a los cambios tecnológicos que permiten la descentralización de la producción, no es menos cierto que todos los gobiernos, desde el ámbito nacional hasta el municipal, intentan crear condiciones favorables para atraer la inversión extranjera y facilitar la inserción de la industria en las cadenas transnacionales, con tal de crear empleo. Estas condiciones consisten en crear infraestructuras adecuadas, ofrecer ventajas fiscales, pero muy especialmente en flexibilizar los mercados de trabajo.

En el primer inciso hacemos un breve recuento de las razones que han impulsado la descentralización industrial hacia el espacio rural. En el segundo, estudiamos el caso de la penetración de la industria textil en el espacio rural en México. Escogimos este caso porque es posiblemente el sector industrial que genera la mayor cantidad de empleo rural no agrícola. En el tercero, analizamos las condiciones del empleo generado. Finalizamos con algunas reflexiones sobre la complejidad de las cadenas productivas que combinan formalidad e informalidad, en la medida en que sus maquiladoras se descentralizan hacia las periferias urbanas o hacia localidades rurales, y su impacto sobre el empleo rural no agrícola.

La descentralización productiva de la ciudad hacia el campo

Las razones más recurrentes aducidas para explicar esta novedosa diversificación del empleo rural son: el desarrollo de la pluriactividad como estrategia de sobrevivencia de la economía familiar por la crisis agrícola o como estrategia de acumulación cuando aparece el *part-time farming* (agricultura de tiempo parcial) por el desarrollo tecnológico (dos caras de la misma moneda); la mayor movilidad de la población; su nivel educativo más elevado o el incremento de la participación de las mujeres en los mercados de trabajo. En menor medida, se argumenta la urbanización del campo; la existencia de procesos de descentralización industrial con la instalación de maquiladoras en zonas rurales; y el trabajo a domicilio como respuestas a una situación de crisis provocada por la apertura comercial (Altamira-

4 Un trabajo reciente del Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social confirma esta tendencia hacia la desagrarización (CONEVAL, 2014).

no, 2006). Esas explicaciones señalan efectivamente procesos importantes, pero dejan fuera la causa fundamental que permite explicar los procesos de descentralización productiva (o, retomando la terminología francófona, la industrialización difusa). Esta es la generalización de las tecnologías de la información y la comunicación (TIC) en todos los ámbitos de la vida que, retomando la propuesta de Freeman y Pérez (1988), constituyen un nuevo “paradigma tecnoeconómico”. El potencial de estas nuevas tecnologías provoca una “revolución tecnológica” que no sólo mejora, sino cambia los procesos de acumulación de capital en su conjunto⁵. Son estas tecnologías las que permiten la descentralización de los sectores industriales y de servicios, históricamente concentrados en las metrópolis, hacia ciudades intermedias (medianas o pequeñas), incluso hacia localidades rurales, en donde los costos de producción suelen ser más bajos, tanto por la existencia de infraestructuras más eficientes y menos costosas que en las grandes aglomeraciones, como por la presencia de una mano de obra barata (Carton de Grammont, 2014; Cardoso, 2011; Ferrás, 2009; Simón, 2006)⁶.

Lejos de ser homogénea, esta descentralización se da de diferentes formas y se mueve en distintas escalas según las características propias de cada rama productiva. Los límites de la descentralización están marcados por el nivel tecnológico de cada empresa y por lo tanto por el grado de calificación de la mano de obra requerida.

El proceso más estudiado por ser el que domina la reestructuración de la economía mundial es el de la creación de las empresas multinacionales en red, que tercerizan gran parte de su producción a empresas medianas, a menudo ubicadas en regiones o países con bajos salarios pero con buenas condiciones de infraestructura y comunicación. Estas empresas, a su

5 En su taxonomía de la innovación tecnológica estos autores distinguen cuatro posibilidades según su impacto sobre la transformación de la sociedad: la innovación incremental, la innovación radical, el cambio de sistema y el cambio de “paradigma tecnoeconómico”. Esta última se caracteriza por tener el potencial de provocar una revolución tecnológica (Freeman y Pérez, 1988, p. 48).

6 En el sector primario, estas nuevas tecnologías permitieron tanto la creación de los nuevos “enclaves de agricultura intensiva” (espacios en donde se concentra la producción de hortalizas con tecnologías de punta y uso de mano de obra migrante precaria), como el proceso de “agriculturización” (expansión masiva de ciertos cultivos para su exportación en el mercado mundial. En América Latina destaca el caso de la soja). Algo similar está surgiendo con la intensificación de la producción ganadera y con la producción forestal industrial. Todos estos procesos de industrialización del sector primario están controlados por empresas transnacionales.

vez, pueden maquilar partes de su producción de tal manera que se pueden establecer redes en diferentes niveles (en cascada o ramificadas), que vinculan las megalópolis con redes urbanas de menor tamaño, incluso con localidades rurales pequeñas. Ahí se ubica la industria de las llamadas “maquiladoras de exportación” (Gambrill, 2002), punta de lanza para el fomento industrial desde fines del siglo pasado en muchos países pobres, así como los distritos industriales que se ubican en las famosas ciudades intermedias (Aguilar, Graizbord y Sánchez, 1996; Bellet, 2009)⁷. Muchas de estas industrias necesitan mano de obra con cierta calificación, incluso muy calificada, por lo cual su impacto sobre el empleo rural es reducido. Tienden a ubicarse en el centro y norte del país en donde se encuentran ciudades con un alto grado de desarrollo urbano, buenas vías de comunicación y una población con un nivel educativo adecuado. Las industrias automotriz y aeronáutica extranjeras que han establecido sus armadoras en México son un buen ejemplo de ello⁸. A su vez estas industrias encargan la fabricación de partes de sus vehículos o aviones a maquiladoras de segundo o tercer nivel. Algunas pueden producir componentes de alta tecnología, por lo cual se implantan también en ciudades con mano de obra calificada, pero otras se dedican a la fabricación de partes con poca tecnología, y buscan ubicarse en localidades con mano de obra barata.

Así, la creación de las redes productivas internacionales cruzan diferentes espacios productivos, sociales y culturales, desde regiones modernas hasta regiones marginadas, que conforman una nueva división interindustrial del trabajo (Dabat y Rivera, 2004), correspondiente a una división territorial desigual. En sus niveles más bajos, estas cadenas industriales en cascada pueden incorporar empresas con procesos productivos poco tec-

7 Según Bellet (2009), las ciudades intermedias son aquellas que dinamizan su entorno territorial, su *hinterland*, y que tienen la capacidad de vincularlo con el exterior tanto a escala regional como nacional o internacional.

8 En el sector automotriz encontramos, en Puebla: Volkswagen, Audi; en San Luis Potosí: BMW, General Motors; en Coahuila: Chrysler, General Motors; en el Estado de México: Chrysler, Ford, General Motors; en Sonora y en Chihuahua: Ford; en Guanajuato: General Motors, Honda, Mazda, Volkswagen; en Querétaro: BMW, Audi, Daimler, Nissan; en Jalisco: Honda; en Morelos y en Aguascalientes: Nissan; en Baja California: Toyota. En la cadena aeronáutica se encuentran 248 empresas, desde maquiladoras de partes hasta ensambladoras, que trabajan para Airbus, Boeing, Bombardier y Embraer, ubicadas en 16 estados del centro y norte del país (Baja California, Sonora, Chihuahua, Coahuila, Nuevo León, Estado de México, Distrito Federal, Guanajuato, Querétaro, Jalisco, Puebla, Aguascalientes, San Luis Potosí, Tamaulipas, Yucatán y Zacatecas).

nificados, que recurren a una mano de obra no calificada porque basan su ganancia más en la superexplotación del trabajo que en su productividad⁹. Si las maquiladoras modernas necesitan un buen nivel de desarrollo regional para funcionar, las tradicionales necesitan ubicarse en regiones pobres, con una población poco educada para beneficiarse de salarios bajos, pero a la vez relativamente pobladas para tener acceso a un importante reservorio de mano de obra. Por eso estas manufacturas buscan ubicarse en pequeñas ciudades o pueblos rurales del sur-sureste del país, incluso en regiones indígenas, en donde los salarios son más bajos.

La penetración de la industria textil en el espacio rural

Probablemente la industria que mayor impacto tiene sobre el empleo rural no agrícola en México es la de la confección¹⁰. En este caso las redes productivas son dominadas por empresas transnacionales que tercerizan la producción a maquiladoras nacionales, las famosas “maquiladoras de exportación”. Estas, a su vez, trabajan en red con pequeñas o micro empresas informales, las cuales recurren a menudo al trabajo a domicilio¹¹. De

9 La discusión sobre la superexplotación de la fuerza de trabajo es compleja. Nos remitimos al clásico trabajo de Ruy Mauro Marini (1973), en el cual dice: “la superexplotación se define [...] por la mayor explotación de la fuerza física del trabajador [...] y tiende normalmente a expresarse en el hecho de que la fuerza de trabajo se remunere por debajo de su valor real” (pp. 92-93), o sea que no alcanza para asegurar su reproducción. Agrega en seguida que existen “... tres mecanismos, que pueden actuar de forma independiente o articulada: a) el aumento de la duración de la jornada de trabajo, b) el incremento de la intensidad del trabajo, sin la elevación equivalente del salario y, por último, c) la reducción del fondo de consumo del trabajador” (pp. 95-96). Para una discusión reciente sobre este concepto se puede consultar el número 25 de la revista *Razón y Revolución*, 2013, Buenos Aires. De manera operativa, la superexplotación puede asimilarse a la existencia de condiciones de trabajo que no respetan las normas establecidas por la Organización Internacional del Trabajo con el “trabajo decente” y el “empleo digno”.

10 Para los antecedentes históricos sobre la industria textil en el medio rural remitimos a Wilson (1990) y a Arias y Wilson (1997).

11 El 95% de las fábricas de la industria mexicana de la confección son pequeñas. El tamaño medio nacional de una planta es de 39 empleados (Gereffi, 2004). Podemos suponer que este dato es sobreevaluado, ya que se basa en el tamaño de las empresas registradas ante la Secretaría de Hacienda. Las no registradas, o informales, suelen precisamente ser las más pequeñas.

esta manera se tejen complejas redes productivas transnacionales, controladas por grandes compañías extranjeras que se infiltran hasta en pequeños pueblos rurales marginados. Esta estrecha complementariedad entre el gran capital internacional y la pequeña producción familiar está ampliamente fomentada por el Tratado de Libre Comercio (regla del país de origen), así como por el acuerdo arancelario HTS 9802.00.80 de Estados Unidos, que da grandes ventajas fiscales a las importaciones de mercancías producidas con insumos comprados en México¹². Si bien esta doble franquicia es favorable al desarrollo de las maquiladoras mexicanas, sujeta la producción nacional a las necesidades de las empresas norteamericanas y bloquea la posibilidad de generar sinergias locales entre empresas complementarias para “ascender a niveles más altos de industrialización” (Gereffi, 2004, p. 362). Esta dependencia de la economía nacional crea un contexto de gran debilidad de las empresas locales, que mantienen su competitividad a partir del incremento de la explotación de su fuerza de trabajo.

Así, hacia abajo de la cadena productiva de la confección, cuando las manufacturas son de pequeño tamaño y se ubican en localidades remotas, cuando no son más que talleres o de plano se reducen al trabajo a domicilio, las pequeñas empresas se vuelven informales, no declaradas, inexistentes para la administración, y por lo tanto ilegales. Esta situación de invisibilidad facilita la existencia de prácticas laborales injustas hacia los trabajadores y de paso plantea problemas metodológicos complicados para su estudio.

El Cuadro 1 trata de sintetizar algunas de las características de la estructura espacial de la cadena transnacional de la industria de la confección¹³.

En este ejemplo hipotético definimos cinco eslabones de la cadena. El primero corresponde a la casa matriz en Estados Unidos, que determina la existencia de los eslabones inferiores. Entre otras cosas, es ahí en donde se elaboran los diseños de las prendas, se deciden los volúmenes de producción y la conformación de la cadena productiva. En términos generales, los trabajadores tienen condiciones de trabajo que se ajustan a la ley. En el segundo eslabón, encontramos a veces una manufactura propiedad de la propia compañía norteamericana, pero puede ser una industria de capital nacional. En este nivel se realiza el corte de la ropa, que es un proceso tecnificado (automatización por computación, robótica) y permite

12 Ver: <<http://www.cbp.gov/trade/nafta/guide-customs-procedures/effect-nafta/en-assembly-operations>>.

13 En la práctica, la distinción entre los diferentes niveles o eslabones de la cadena y su división espacial no es siempre tan nítida.

producir pequeñas series (flexibilidad) con un personal calificado. Suelen ser plantas de gran tamaño con cientos de trabajadores. Esta manufactura se ubica en ciudades intermedias del norte y centro del país. También ahí prevalece el trabajo formal. En el tercer eslabón, se lleva a cabo la confección de la ropa, su etiquetado, doblado y embolsado. En este eslabón se utilizan esencialmente máquinas de coser que pueden disponer de dispositivos electrónicos para lograr una mayor productividad del trabajo, pero en los niveles inferiores suelen ser máquinas tradicionales. Se ubica en ciudades de menor tamaño del sur y sureste del país, enclavadas en regiones campesinas o de población rural pobre, a menudo predominantemente indígena, para disponer de una amplia reserva de mano de obra barata. Sus plantas son más bien medianas. Cuando las fábricas son grandes, establecen su propia red de recolección de la mano de obra que se encuentra dispersa en pueblos aislados a lo largo de las carreteras. Es a partir de este tercer eslabón que la industria de la confección tiene un importante impacto en el empleo rural no agrícola, por la existencia de un proceso de pequeña industrialización, o industrialización difusa, pero este empleo es informal, por lo cual se puede llevar en condiciones de sobreexplotación laboral. El papel que juega el tercer eslabón en la cadena es clave por ser la bisagra entre su parte urbana, tecnificada y formal y su parte rural, artesanal e informal. Los dos últimos eslabones de la cadena se ubican en el espacio rural, en donde se realizan las tareas más sencillas de la confección, normalmente el ensamble de la ropa. El cuarto eslabón corresponde a medianos o pequeños talleres, mientras que en el quinto la noción de planta o taller desaparece para dejar lugar al trabajo a domicilio. Huelga decir que estos dos niveles se encuentran en la más absoluta informalidad, clandestinidad e ilegalidad.

Cuadro 1. Estructura espacial de la cadena transnacional de la confección.

Cadena productiva	Capital extranjero o nacional	Espacio urbano-rural	Ubicación geográfica	Formalidad-informalidad
Empresa transnacional en red (eslabón 1)	extranjero	urbano	países industrializados*	formal
Maquiladora de exportación (eslabón 2)	extranjero-nacional	urbano	centro-norte de México**	formal
Maquiladora (eslabón 3)	nacional	urbano-rural	centro-sur-sureste de México***	formal-informal
Maquiladora (eslabón 4)	local-regional	rural	sur-sureste de México	informal
Trabajo domicilio (eslabón 5)	familiar	rural	sur-sureste de México	informal

* Esencialmente Estados Unidos (Levi Strauss, VF Corporation, Sara Lee Corporation, Fruit of the Loom, Warnaco, Burlington Industries), pero también Canadá, China e Italia.

** Tijuana, Chihuahua, Matamoros, Parras, Coahuila, Altamira, Ciudad de México, Puebla, etcétera.

*** Acapulco, Chilpancingo, Iguala, San Andrés Tuxtla, Tehuacán, San Martín Texmelucan, Atlixco, Cholula, Tlaxcala, Huamantla, Oaxaca, Campeche, Mérida, San Cristóbal, Comitán, etcétera.

Fuente: elaboración propia.

A esta estructura espacial de la cadena transnacional de la confección hay que agregar una segunda, no menos importante por sus efectos en el empleo rural no agrícola, que es la existencia de una industria nacional de la confección que trabaja para el mercado interno (Cuadro 2). Esta cadena empieza en el tercer eslabón y tiene características similares a las que acabamos de describir.

También existe una tercera cadena que corresponde a la confección de ropa étnica (bordados y tejidos), con características particulares frente a las dos primeras (Cuadro 2). En términos de la producción, se ubica en la escala regional o local, en el quinto eslabón de nuestro cuadro, pero su mercado es tanto local como nacional e internacional¹⁴. Consiste en

14 Otro dato para entender la importancia de las artesanía en el empleo rural es el siguiente: en el estado de Oaxaca hay unos 45.000 artesanos vinculados al turismo (todo tipo de artesanía: tejidos, barro, alebrijes, etcétera). Parte de estos artesanos pueden ser también campesinos.

un trabajo artesanal esencialmente manual, con escasos instrumentos de trabajo¹⁵. A menudo se trata de un trabajo altamente calificado, aunque esta calificación no sea debidamente valorizada en el mercado. Su mercado local y nacional se vincula esencialmente al turismo, mientras que el internacional se extiende a ciudades tan lejanas como Nueva York o París, y se vincula cada vez más a la sofisticada industria de la moda y la alta confección. A escala local-nacional la venta de sus productos depende de complejas redes informales, pero no por eso menos eficaces, de comerciantes y vendedores¹⁶. Si bien tienen la capacidad de trasladar sus mercancías hacia afuera del país, intervienen además empresas exportadoras especializadas en este giro.

Cuadro 2. Encadenamiento espacial del empleo entre las tres cadenas de la confección.

Eslabones de las cadenas	Empleo			
	Cadena 1 internacional	Cadena 2 nacional/regional	Cadena 3 local	
Eslabón 1	Estados Unidos	X		X
Eslabón 2	norte-centro de México	X		X
Eslabón 3	sur-sureste de México	↔	sur-sureste de México	X
Eslabón 4	sur-sureste de México	↔	sur-sureste de México	↔ sur-sureste de México
Eslabón 5	sur-sureste de México	↔	sur-sureste de México	↔ sur-sureste

X Indica que no hay (o hay poco) empleo rural en estos eslabones.

↔ Posibilidad de circulación de trabajadores entre las cadenas.

Fuente: Elaboración propia a partir del Cuadro 1.

15 Los históricos telares de madera en sus diferentes versiones, en particular el telar de pedal, que es el instrumento más sofisticado de esta cadena.

16 Debido al incremento del turismo, la producción de artesanías llega a extenderse a pueblos sin antecedentes en este rubro. En un reciente trabajo de campo, tuvimos la sorpresa de encontrar en el municipio zapoteco de San Pedro Quiatoni (de muy alta marginalidad, aislado y sin tradición artesanal) una familia que tiene un taller de confección de blusas, y que las da a bordar a las mujeres de las localidades aledañas, con un dibujo muy convencional e hilos sintéticos de mala calidad. Un ama de casa, atendiendo su quehacer cotidiano, alcanza a bordar una blusa diaria por lo que recibe 15 pesos (el salario mínimo es de 63 pesos). Estas blusas “artesanales” de poca calidad se venden en la ciudad de Oaxaca y en la costa del mismo estado.

El ejemplo de la confección que hemos escogido para analizar cómo se da la descentralización productiva hacia el espacio rural, nos permite ver con más precisión que estamos frente a un proceso sumamente complejo que, lejos de ser unívoco o unidireccional, incorpora diferentes dinámicas sobre la base de una división territorial desigual. Predomina la dinámica internacional con el impacto de las transferencias de tecnología hacia las medianas y pequeñas empresas incorporadas a las cadenas transnacionales, proceso que corresponde a la cadena 1 en el Cuadro 2 (Dutrénit, 2009). Sin embargo, igualmente se transforman los procesos locales de producción que no están vinculados a las transnacionales (cadenas 2 y 3), incluso en los cuales no se da ningún tipo de transferencia tecnológica, como en el caso de la producción familiar (cadena 3).

Si bien en cada cadena existen dinámicas productivas particulares, para entender los mercados de trabajo de la confección es necesario tener una visión de conjunto de la relación entre ellas. En términos del empleo es importante ver que existe cierta permeabilidad entre las tres cadenas, como lo indicamos en el Cuadro 2. No por nada los eslabones inferiores de la cadena 1 (3-4-5) y la cadena 2 buscan a menudo ubicarse en regiones indígenas con tradición textil. Así, el empleo rural no agrícola que corresponde a la rama de la confección es la suma del empleo en los eslabones 3-4-5 de la cadena 1 y del empleo en las cadenas 2 y 3. Se puede expresar esta suma de la siguiente manera: cadena 1 (eslabones 3-4-5) + cadena 2 + cadena 3 = empleo rural no agrícola en la rama de la confección. En la práctica es imposible hacer este sencillo cálculo debido al alto grado de informalidad del trabajo en todos los niveles de la cadena, pero, en particular, en los niveles inferiores que se ubican precisamente en el espacio rural¹⁷.

En el Cuadro 3 damos algunos ejemplos de la dispersión de las plantas textiles en el espacio rural de los estados del sur y sureste de la república. La lista de las localidades que presentamos no es exhaustiva ya que, por razones ahora obvias, no existe ninguna fuente que permita hacerlo. Recurrimos a la información de estudios de caso, que permite ejemplificar con algunos datos concretos el modelo de estructura espacial de la cadena productiva de la confección que proponemos en los dos cuadros anteriores.

En primer lugar, constatamos la presencia de maquiladoras que corresponden al tercer o cuarto eslabón en las principales ciudades de estos estados (Tlaxcala, Acapulco, Chilpancingo, Oaxaca, Mérida), normalmente

17 Por la informalidad y la alta rotación de los trabajadores, los censos económicos o de población así como los datos del Seguro Social subestiman ampliamente el monto total del empleo.

en parques industriales creados por los gobiernos estatales. Luego, encontramos ciudades más pequeñas, de veinte a cien mil habitantes, que son ciudades rurales que funcionan como centro de servicios para su *hinterland* rural. En un tercer nivel, vemos la presencia de maquiladoras en ciudades más pequeñas (diez a veinte mil habitantes) que también funcionan como ciudades rurales pero con menor impacto en su propio entorno. Finalmente, encontramos maquiladoras y talleres en pequeñas localidades que podemos definir claramente como rurales. Muchas se ubican también en regiones indígenas.

Cuadro 3. Dispersión de las plantas textiles en el espacio rural de los estados del sur y sureste de la república.

Estado	Localidad	Población	Localidad	Población
Tlaxcala	Tlaxcala	89.795	Ixtenco	6.741
	Villa Vicente Guerrero	60.001	Xicohténcatl	5.761
	Huamantla	51.996	Hueyotlipan	4.911
	Santa Ana Chiautempan	48.030	Santa Cruz Tlaxcala	4.848
	Calpulalpan	33.263	Sanctórum	4.731
	Contla	27.610	Santa Cruz Quilehtla	4.445
	Papalotla	22.969	Apetatitlán	3.872
	Ciudad de Nanacamilpa	12.177	Atlangatepec	480
	Tepetitla	8.316	—	—
Puebla	Tehuacán	248.716	Zacatlán	33.736
	Cholula de Rivadavia	87.897	Ciudad de Ajalpan	28.031
	Atlixco	86.690	Huejotzingo	25.684
	San Martín Texmelucan	75.518	San Sebastián Zinacatepec	15.592
	Teziutlán	58.699	San Gabriel Chilac	12.149
	Izúcar de Matamoros	43.006	Zacapoaxtla	8.384
	San Andrés Cholula	39.964	—	—

[Continúa en página siguiente]

[Continuación del Cuadro 3]

Estado	Localidad	Población	Localidad	Población
Guerrero	Acapulco	673.479	Pilcaya	5.270
	Chilpancingo	187.251	Atlixnac	3.352
	Iguala	118.468	Ixcateopan	2.502
	Huitzucó	17.475	Acapetlahuaya	1.618
	Buenavista de Cuéllar	7.131	Buenavista	275
	Zitlala	6.065	—	—
Oaxaca	Oaxaca	255.029	San Pablo Etla	3.658
	Ciudad Ixtepec	25.381	Magdalena Apasco	2.824
	Asunción Nochixtlán	13.284	San Pedro y San Pablo Teposcolula	1.737
	San Pablo Huixtepec	8.786	Zapotitlán Lagunas	1.477
	Tamazulápam	5.559	Jaltepec	496
Chiapas	San Cristóbal de las Casas	158.027	Huixtla	32.033
	Comitán	97.537	Teopisca	16.240
	Cintalapa	42.467	San Fernando	9.651
Yucatán	Mérida	777.615	Halachó	9.412
	Valladolid	48.973	Seyé	8.369
	Tizimín	46.971	Temax	6.239
	Progreso	37.369	Homún	6.146
	Motul	23.240	Suma	1.861
	Izamal	16.195	Libre Unión	1.671
	Tekit	9.834	—	—

Fuentes: García de Fuentes y Morales, 2000; Juárez, 2004; Ochoa, 2006; Guzmán, 2011; García Castro, 2011; CONAPO, 2010b; y Sistema Mexicano de Promoción de Parques Industriales (SIMPI).

Si bien existe cierta relación entre el tamaño de la localidad y el de las empresas, esta relación no es forzosa ya que en las ciudades encontramos tanto pequeños talleres como trabajo a domicilio, mientras en el campo podemos hallar grandes manufacturas que atraen la mano de obra de las pequeñas localidades circunvecinas. Por ejemplo, en Motul, pequeña ciudad yucateca, encontramos la Monty Industries con 2.500 trabajadores que provienen de las localidades rurales aledañas (Guzmán, 2011);

asimismo, en el parque industrial ubicado en Magdalena Apasco, pequeña localidad cercana a la ciudad de Oaxaca, encontramos tres maquiladoras textiles en las cuales trabajan unos 2.000 trabajadores que provienen de treinta comunidades rurales, algunas distantes más de ochenta kilómetros (Ochoa, 2006).

Finalmente, constatamos que la mayoría de estas empresas se ubican en localidades y municipios con un alto y muy alto grado de marginación, lo cual confirma que buscan ubicarse cerca de fuentes de trabajo abundante y barata (Cuadro 4). En Tlaxcala, el grado de marginación es menor porque varias empresas se ubican en el corredor industrial Tlaxcala-Puebla, donde existen mejores condiciones de urbanización.

Las condiciones de trabajo y los salarios

Es importante subrayar que es la gran empresa la que se aprovecha de la informalidad de gran parte de las pequeñas empresas y del trabajo a domicilio, mientras el trabajador informal vive en la precariedad más absoluta y en condiciones de trabajo “no decentes”, a veces cercanas a lo que conocemos como “trabajo forzado” (Espinoza, 2003).

La sobreexplotación en la industria textil y de la confección es histórica, y cualquier intento de organización laboral siempre ha sido cruelmente reprimido. A la fecha, las características del empleo en este sector siguen siendo sumamente desfavorables para los trabajadores. En seguida, vemos algunas de estas características en el caso del municipio de Tehuacán, Puebla, por ser la región con mayor cantidad de maquiladoras textiles en el país y tener el mayor impacto en el empleo rural, que se extiende a una distancia de hasta 200 kilómetros a la redonda. Distinguimos dos momentos: durante el período de auge de la maquiladora textil, con el incremento de la inversión extranjera a fines del siglo pasado y principio de este, y en años recientes, después de una crisis de producción y reestructuración de este sector¹⁸.

18 Un caso similar, pero menos estudiado, es el municipio de Teziutlán (92.000 habitantes), en el norte del mismo estado, que cuenta con unas 1.200 plantas dedicadas a la confección de ropa, algunas grandes pero la mayoría medianas o micro empresas familiares. Ver: <<http://www.uv.mx/cienciahombre/revistae/vol-21num1/articulos/contaminando/index.html>>.

Cuadro 4. Grado de marginación de las localidades rurales y municipios en donde se ubican las maquiladoras.

Estado	Municipio	Localidad	Población de la localidad	Grado de marginación municipal	Grado de marginación de la localidad
Tlaxcala	Contla de Juan Cuamatzi	Contla	27.610	Bajo	Medio
	Papalotla	Papalotla	22.969	Bajo	Bajo
	Nanacamilpa de Mariano Arista	Ciudad de Nanacamilpa	12.177	Bajo	Medio
	Tepetitla de Lardizábal	Tepetitla	8.316	Bajo	Medio
	Ixtenco	Ixtenco	6.741	Bajo	Medio
	Huamantla	Xicohténcatl	5.671	Bajo	Alto
	Hueyotlipan	Hueyotlipan	4.911	Medio	Medio
	Santa Cruz Tlaxcala	Santa Cruz Tlaxcala	4.848	Bajo	Muy bajo
	Sanctórum	Sanctórum	4.731	Medio	Medio
	Santa Cruz Quilehtla	Santa Cruz Quilehtla	4.445	Medio	Medio
Puebla	Apetatitlán de A. Carvajal	Apetatitlán	3.872	Bajo	Muy bajo
	Atlangatepec	Atlangatepec	480	Medio	Bajo
	Zinacatepec	San Sebastián Zinacatepec	15.592	Medio	Alto
Guerrero	San Gabriel Chilac	San Gabriel Chilac	12.149	Medio	Alto
	Zacapoaxtla	Zacapoaxtla	8.384	Medio	Bajo
	Huitzuco de los Figueroa	Huitzuco	17.475	Alto	Alto
	Buenavista de Cuéllar	Buenavista de Cuéllar	7.131	Medio	Bajo
	Zitlala	Zitlala	6.065	Muy alto	Alto
Pilcaya	Pilcaya	5.270	Medio	Medio	
Atlixac	Atlixac	3.352	Muy alto	Alto	

Estado	Municipio	Localidad	Población de la localidad	Grado de marginación municipal	Grado de marginación de la localidad
Oaxaca	Ixcateopan de Cuauhtémoc	Ixcateopan	2.502	Alto	Medio
	General Canuto A. Neri	Acapetlahuaya	1.618	Muy alto	Alto
	Atlixac	Buenavista	275	Muy alto	Muy alto
	Asunción Nochixtlán	Asunción Nochixtlán	13.284	Medio	Alto
	San Pablo Huixtepec	San Pablo Huixtepec	8.786	Bajo	Alto
	Tamazulápam	Tamazulápam	5.559	Bajo	Medio
	San Pablo Etla	San Pablo Etla	3.658	Muy bajo	Bajo
	Magdalena Apasco	Magdalena Apasco	2.824	Bajo	Bajo
	San Pedro y San Pablo Teposcolula	San Pedro y San Pablo Teposcolula	1.737	Medio	Bajo
	Zapotitlán Lagunas	Zapotitlán Lagunas	1.477	Muy alto	Alto
Magdalena Jaltepec	Jaltepec	496	Alto	Alto	
Chiapas	Teopisca	Teopisca	16.240	Alto	Alto
	San Fernando	San Fernando	9.651	Medio	Alto
Yucatán	Izamal	Izamal	16.195	Medio	Alto
	Tekit	Tekit	9.834	Medio	Alto
	Halachó	Halachó	9.412	Alto	Alto
	Seyé	Seyé	8.369	Medio	Alto
	Temax	Temax	6.239	Medio	Alto
	Homún	Homún	6.146	Medio	Alto
	Suma	Suma	1.861	Medio	Alto
Yaxcabá	Libre Unión	1.671	Muy alto	Alto	

Fuente: Censo de población 2010, Consejo Nacional de Población (CONAPO), 2010a, 2010b.

Como lo señalamos en el inciso anterior, la primera dificultad es conocer la cantidad de personas que trabajan en esta industria. En 1999, al final del auge “maquilador”, el Censo Económico (INEGI) indicaba una población ocupada en la manufactura textil de este municipio de cerca de 23.000 personas, de las cuales más de la mitad eran mujeres. Sin embargo, una estimación realizada a partir de una investigación de campo estima que eran 70.000 trabajadores (Barrios y Santiago, 2004). Según el mismo censo, en 2014 la población ocupada era de 9.963 personas, pero, según la propia oficina municipal de la Cámara Nacional de la Industria del Vestido (CANAI-VES), se estimaba la existencia de unos 40.000 empleos. Si asumimos que los datos del INEGI corresponden esencialmente al trabajo formal mientras las estimaciones hechas por especialistas del tema incluyen también el trabajo informal, o por lo menos gran parte de él, estos datos nos dan una aproximación de la importancia del empleo informal en la confección en este municipio: era del 67% al finalizar el siglo pasado pero a la fecha es del 75%. Llama la atención que, en el caso de la industria textil en Tehuacán, si bien el empleo total disminuye, la proporción del trabajo informal tiende a incrementarse a lo largo de un período que se inicia en una época de bonanza y atraviesa luego por una profunda crisis y reestructuración productiva.

Al final del período de auge manufacturero las condiciones del trabajo en Tehuacán eran las siguientes: se estima que, en esa época, el 80% de la población trabajadora era indígena, provenía de regiones aledañas de Veracruz, Oaxaca y del mismo estado de Puebla y, si bien la mayoría hablaba náhuatl, coexistían diferentes etnias en una misma fábrica o una misma vecindad¹⁹. Asimismo, predominaban las mujeres (60%) y la proporción de madres solteras adolescentes era elevada. Para afianzar esta población totalmente vulnerable, se le ofrecía un servicio de guardería por parte de la empresa. En general, predominaban los jóvenes de entre 19 y 30 años, aunque un importante porcentaje tenía menos de 18 años, y se encontraban también niños de 10 y 11 años (Barrios y Santiago, 2004).

Huelga decir que las condiciones de trabajo son lamentables: ruido excesivo de las máquinas de coser; calor insoportable, por trabajar en naves con techo de lámina; polvo y pelusas que contaminan el aire; controles inhumanos para ir al baño y hasta para tomar agua, etcétera.

La seguridad e higiene en el trabajo son inexistentes. Los accidentes de trabajo más comunes son las pinchaduras de dedo con la agujas de las máquinas de coser, las cortaduras, quemaduras, enfermedades respiratorias por la inhalación de pelusa, los dolores de riñón y columna vertebral por

19 Náhuatl, popoloca, mazateco, mixteco, totonacas, huastecos y otomíes.

la postura en el trabajo, la vista cansada. En las lavanderías, que utilizan enormes cantidades de agua y son sumamente contaminantes por el uso de químicos, las alergias en la piel son frecuentes. El hostigamiento sexual es usual por parte de los capataces o mandos altos, pero también por parte de los propios obreros. En estas condiciones el nivel de estrés es permanente (Barrios y Santiago, 2004).

Si bien los salarios se rigen de acuerdo al salario mínimo regional, existe una cuota mínima de piezas a realizar por día y los trabajadores no pueden salir mientras no terminan su cuota. Es común que sean necesarias de 10 a 12 horas de trabajo para cubrirla. Para incrementar el ritmo de trabajo, se pone al inicio de la cadena productiva a los trabajadores más experimentados, capaces de rebasar la cuota diaria, por lo cual tienen derecho a un pago extra por pieza y gozan de ciertos privilegios.

A veces se impone un trabajo obligatorio no pagado los fines de semana. Este sistema de pago supone un ritmo de trabajo sumamente desgastante para los trabajadores, que se refleja en su elevada rotación (Barrios y Santiago, 2004). Obviamente, la mayoría de los trabajadores no tiene contratos de trabajo y si acaso lo tiene es siempre por un tiempo determinado de corta duración.

Los salarios pagados en las fábricas ubicadas en la ciudad de Tehuacán oscilan entre 350 y 750 pesos semanales según la tarea desempeñada. En las lavanderías, donde se encuentra el trabajo más arriesgado y pesado, los salarios son de 1.200 pesos. Pocos trabajadores tienen acceso al seguro social y menos aún a las prestaciones (vacaciones, antigüedad, aguinaldo, reparto de utilidades). En las manufacturas o talleres ubicados en municipios rurales circunvecinos de alta pobreza, como en la región de la Sierra Negra ubicada a unos 50 kilómetros de Tehuacán, los salarios pagados a la población local bajan a la mitad. Para el trabajo a domicilio el pago es estrictamente a destajo²⁰.

Frente a esos salarios, el costo semanal de la canasta básica en Tehuacán era en ese momento de 971 pesos, para sostener a una familia media de tres hijos (Barrios y Santiago, 2004).

En estas condiciones de trabajo “no decentes”, dos elementos se vuelven fundamentales para mantener la disciplina laboral: primero, el

20 Según una encuesta realizada tanto en maquiladoras de la industria del vestido en Yucatán, como en Aguascalientes, es notorio que los salarios en Yucatán son de uno a dos salarios mínimos y sólo el 30% de las empresas tienen sindicato, mientras en Aguascalientes los salarios son de dos a tres salarios mínimos, pero más de la mitad de las empresas tienen sindicato (Simón, 2006).

control de los/as trabajadores/as por parte de los/as encargados/as de la supervisión del trabajo; segundo, la existencia de una amplia reserva de mano de obra que permite asumir la elevada rotación del personal que predomina en este sector.

Una década después, pasada la crisis de producción que duró de 2001 a 2006, constatamos algunos cambios en el perfil social de los trabajadores, pero sus condiciones de trabajo son las mismas. Gracias al asentamiento de la población rural migrante en las periferias de Tehuacán, ahora el 37% de los trabajadores nacieron en esta ciudad. El resto proviene todavía de poblados rurales, esencialmente agrícolas e indígenas. Incluso, se ha detectado la presencia de trabajadores centroamericanos. Si bien sólo el 25% de los trabajadores hablan una lengua indígena, el 62% de sus padres la hablan, o hablaban, pero sólo el 2% de sus hijos la siguen hablando. Si bien se constata cierta urbanización de los trabajadores, todavía la mitad de ellos colaboraron o siguen colaborando ocasionalmente en las tareas agrícolas en las fincas de sus padres (Muñiz, 2014).

En términos generales, las condiciones laborales, de higiene y seguridad, los accidentes y enfermedades de trabajo, las desigualdades de género y el asedio sexual son los mismos que a fines del siglo pasado.

Por otro lado, los salarios semanales pagados en las maquiladoras industriales varían entre 618 y 890 pesos, mientras el costo de la canasta básica es de 1.560 pesos, lo que marca una clara disminución de su valor de compra en el curso de la década (Muñiz, 2014; Red de Solidaridad de la Maquila y Santiago, 2010)²¹.

Un buen indicador de estas malas condiciones laborales y del deterioro salarial lo dan los mismos trabajadores, cuando reconocen que los campesinos viven con mejor o igual calidad de vida que los obreros de la maquila (Muñiz, 2014)²².

Las autoridades, en todos sus niveles, han respaldado constantemente a las maquiladoras con el pretexto de la necesidad de crear empleos. Incluso, la propia Secretaría del Trabajo y Previsión Social a través de los Servicios Estatales de Empleo les otorga apoyos económicos, supuestamente para fomentar la capacitación de sus trabajadores.

21 En 1999 el salario de una costurera representaba el 77% del valor de la canasta básica, mientras en 2010 representaba sólo el 57%.

22 Respuesta dada por el 58% de los trabajadores entrevistados por Muñiz (2014). Se entendió por calidad de vida una forma más agradable, sana y tranquila de vivir.

Reflexiones finales

Cerramos este trabajo puntualizando algunos problemas centrales del empleo rural no agrícola.

En el año 1900, Kautsky (1968) planteó que la industria a domicilio no era más que una fase preliminar de la gran industria, en franca retirada por el desarrollo del capitalismo. Visto desde la perspectiva del capitalismo fabril en pleno auge, tenía razón. Fue necesaria, ocho décadas después, una nueva revolución productiva con las nuevas Tecnologías de la Información y la Comunicación (TIC) para que fuese posible la creación de cadenas productivas caracterizadas por la fragmentación, la relocalización de los procesos productivos hacia ciudades intermedias y el propio espacio rural, la flexibilización del mercado del trabajo y la atomización de las relaciones laborales.

Son las TIC las que crearon las condiciones necesarias para que se diera esta descentralización productiva, tanto en los países industrializados como en los países pobres. Desde los años ochenta, esta descentralización propicia una nueva división del trabajo en las empresas, así como una nueva división territorial del trabajo entre las empresas, que provoca una verdadera mutación en las relaciones campo-ciudad que se iniciaron en el siglo XIX con la revolución industrial para fortalecerse a lo largo del siglo XX con el fordismo. La subcontratación se vuelve un elemento constitutivo fundamental de las muy complejas redes de empresas que surgen a escala internacional. Suelen ser el resultados de arreglos múltiples e inestables, que combinan por lo menos dos elementos imprescindibles: el primero es la estrecha relación entre firmas de muy diferentes tamaños, desde muy grandes hasta microempresas, en espacios urbanos como rurales, que conforman una sola cadena productiva. Estas cadenas favorecen la existencia de la pequeña empresa, aunque sea en condiciones de enorme precariedad, y esto marca una ruptura con la tendencia inicial del capitalismo que tendía hacia la absorción de la pequeña empresa por la grande. El segundo es, en el contexto de la generalización del trabajo precario, la coexistencia del trabajo formal con el trabajo informal, incluso el incremento del segundo en detrimento del primero. Se trata de una coexistencia desigual y territorialmente ubicada. Así, existe una clara relación entre el grado de formalidad-informalidad, el tamaño de la empresa y su ubicación espacial. Cuanto más grande y urbana la empresa, habrá mayor formalidad; cuanto más pequeña y descentralizada hacia la periferia urbana o hacia el espacio rural, habrá mayor informalidad. Dicho de otra forma, cuanto más industrializado (o urbanizado) es el territorio habrá mayor formalidad, cuanto menos, existirá

mayor informalidad²³. Esto explica por qué se localizan en las campañas de los países desarrollados microempresas prósperas, con alta tecnología, que desempeñan funciones centrales para el capital global, mientras en el campo marginado de los países subdesarrollados encontramos sólo pequeñas empresas (o trabajo a domicilio) en las cuales prevalece el trabajo manual sobre la tecnología, en condiciones de sobreexplotación consideradas inhumanas por la propia OIT. Es esta situación la que explica tanto el crecimiento del empleo rural no agrícola en los países subdesarrollados, como sus deplorables condiciones laborales. No hay duda de que el empleo rural no agrícola no es más que una estrategia de sobrevivencia.

Las instituciones internacionales ven en este novedoso proceso la posibilidad de fomentar un nuevo desarrollo rural territorial, mientras los gobiernos nacionales o locales intentan crear condiciones adecuadas para atraer los capitales, y el costo de la fuerza de trabajo es uno de los factores más importantes para lograrlo. Hay que reconocer que, en el marco del desempleo generalizado, la competencia internacional por el trabajo es enorme y que en ese contexto la recomendación de la OIT para la creación de un trabajo decente no pasa de ser una buena intención. Todas las políticas públicas van en el sentido de una mayor desregulación del trabajo y propician todas sus formas ilegales que permiten la superexplotación de la población rural. Esta esperanza de encontrar en el empleo rural no agrícola un “nuevo motor”, parafraseando la jerga del Banco Mundial, no corresponde ni a la teoría ni a los hechos promovidos por la globalización.

En esta perspectiva, queda claro que la precariedad, las malas condiciones de trabajo, los bajos salarios, la informalidad y la alta rotación de los trabajadores son elementos constitutivos, estructurales, de la transnacionalización de la producción. Si bien la globalización ha permitido romper en cierta medida con la clásica división espacio-sectorial (ciudad = industria, campo = agricultura), lo ha hecho a costa de la ampliación del trabajo informal, en particular en los eslabones de la cadena ubicados en el espacio rural. Incluso, plantas ubicadas en el norte o centro de México, que con los

23 Como lo hemos visto en la sección sobre las condiciones de trabajo y los salarios, existe también la posibilidad de tener en una misma empresa con trabajo formal (asalariados con contrato, aunque sea de corta duración y a veces prestaciones), junto con trabajo informal. De hecho, esta situación es muy común entre las empresas medianas y grandes. Así, para el gobierno la empresa aparece como legal, aun si la mayoría de sus trabajadores están, muy a su pesar, en una situación de ilegalidad. Esta situación es posible por la corrupción prevaleciente tanto en el sector privado como en el gubernamental.

años alcanzaron mejores condiciones de trabajo y salarios, han optado por instalarse en localidades rurales del sur y sureste del país, donde existen mejores condiciones para sujetar la fuerza de trabajo. Para entender cabalmente este proceso, no hay que olvidar como, en el caso de la industria de la confección, las tres cadenas que participan en esta rama de producción (internacional, nacional y local) compiten estrechamente en un mismo mercado de trabajo. Así, si bien la OIT distingue, con toda razón, tres formas diferentes de trabajo a domicilio, no es menos cierto que pueden ser simplemente distintas formas de incorporación a los mercados de trabajo flexibles controlados por las grandes cadenas productivas²⁴.

Estas son las condiciones de trabajo y remuneración que corresponden a la famosa industrialización difusa con baja intensidad de capital que debería, según las promesas hechas por las instituciones internacionales, permitir el nuevo desarrollo rural y la salida a la pobreza. Son similares a las que encontramos en el empleo asalariado agrícola: si bien existe en ambos casos un sector altamente tecnificado, en promedio se trata de ramas de producción con baja intensidad de capital y con escasa productividad del trabajo, por lo cual buscan su mano de obra en regiones deprimidas con bajos niveles de bienestar. No por nada, en el mundo, las maquiladoras textiles se ubican en regiones con una alta densidad de población rural pobre, de preferencia indígena: México, Centro América y países andinos en América Latina, pero también China, India, Indonesia, Vietnam, Bangladesh, Paquistán, etcétera. Todas esas regiones tienen características socio-demográficas similares propicias a la instalación de maquiladoras, y a la generalización del trabajo informal y a domicilio.

Así, el crecimiento del empleo rural no agrícola, también conceptualizado como proceso de desagrarización del campo, no corresponde ni a una situación de crisis de la agricultura por la apertura comercial ni al surgimiento del *part-time farming* por el desarrollo tecnológico, como comúnmente se dice, sino a una situación estructural definida por el gran capital internacional.

24 La OIT distingue: 1) el trabajo a domicilio de carácter artesanal tradicional. Esta forma de trabajo a domicilio corresponde también al concepto de trabajador independiente o por cuenta propia; 2) el trabajo manufacturero a domicilio cuando el artesano ya no controla su producción sino que trabaja por encargo de un tercero que le surte de materia prima, determina las cantidades que hay que producir y le paga su producción por pieza; 3) el trabajo industrial a domicilio que es aquel controlado por una empresa nacional o internacional para realizar operaciones de montaje que requieren poca calificación y que es pagado a domicilio.

Referencias bibliográficas

- Aguilar, Adrián; Boris Graizbord y Álvaro Sánchez Crispín (1996). *Las ciudades intermedias y el desarrollo regional en México*. México: UNAM/El Colegio de México.
- Altamirano Román, Alejandra (2006). El trabajo a domicilio en la industria del vestido: los casos de Aguascalientes y Yucatán. En: Isabel Rueda Peiro y Nadima Simón Domínguez, coords. *El dilema de la industria del vestido en México: los casos de Aguascalientes y Yucatán*. México: UNAM/Porrúa, pp. 207-242.
- Arias, Patricia y Fiona Wilson (1997). *La aguja y el surco: cambio regional, consumo y relaciones de género en la industria de la ropa en México*. Guadalajara: Universidad de Guadalajara/Center for Development Research.
- Barrios Hernández, Martín Amaru y Rodrigo Hernández (2004). *Tehuacán: del calzón de manta a los blue jeans: la nueva industria del vestido en México, los trabajadores y las comunidades indígenas*. Tehuacán: Comisión de Derechos Humanos y Laborales del Valle de Tehuacán.
- Bellet Sanfeliu, Carmen (2009). Del concepto ciudad media al de ciudad intermedia en los tiempos de la globalización. En: Carmen Bellet Sanfeliu y Encarnação Beltrão Sposito, eds. *Las ciudades medias o intermedias en un mundo globalizado*. Lleida: Universitat de Lleida, pp. 21-40.
- Caire, Guy (2006). Les nouvelles technologies de l'information et de la communication et la recomposition du travail. En: Sophie Boutillier y Dimitri Uzunidis, dirs. *Travailler au XXI siècle*. Bruselas: De Boeck Université, pp. 129-158.
- Cardoso, María Mercedes (2011). El fenómeno de contraurbanización y el protagonismo de ciudades menores y de espacios rururbanos metropolitanos. *CADERNOS MetrÓpole*, 13(26), pp. 497-521.
- Carton de Grammont, Hubert (2009). La desagrarización del campo mexicano. *Convergencia*, 16(50), pp. 13-56.
- Carton de Grammont, Hubert (2010). La evolución de la producción agropecuaria en el campo mexicano: concentración productiva, pobreza y pluriactividad. *Andamios*, 7(13), pp. 85-117.
- Carton de Grammont, Hubert (2014). La urbanización del espacio rural en los países desarrollados. *Contemporânea*, 4(1), pp. 61-84.
- Carton de Grammont, Hubert y Luciano Martínez Valle, comps. (2009). *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO-Ecuador.
- CONAPO (2010a). *Índice de marginación por entidad federativa y municipio 2010 [online]*. Consejo Nacional de Población. Disponible en: <http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Indices_de_Marginacion_2010_por_entidad_federativa_y_municipio> [acceso 27/1/2015].

- CONAPO (2010b). *Índice de marginación por localidad 2010* [online]. Consejo Nacional de Población. Disponible en: <http://www.conapo.gob.mx/es/CONAPO/Indice_de_Marginacion_por_Localidad_2010> [acceso 27/1/2015].
- CONEVAL (2014). *Características productivas de los hogares rurales en México* [online]. Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social. Disponible en: <http://www.coneval.gob.mx/Informes/Evaluacion/Cruzada%20contra%20el%20Hambre/Caract_Prod_hogares_rurales.pdf> [acceso 11/1/2015].
- Dabat, Alejandro y Miguel Ángel Rivera Ríos (2004). Nuevo ciclo industrial mundial e inserción internacional de países en desarrollo. En: Alejandro Dabat, Miguel Ángel Rivera Ríos y James W. Wilkie, coords. *Globalización y cambio tecnológico: México en el nuevo ciclo industrial mundial*. México: Universidad de Guadalajara-UNAM/UCLA/PROFMEX/Juan Pablos, pp. 75-132.
- De Janvry, Alain y Elisabeth Sadoulet (1999). *Asset positions and income strategies among rural households in Mexico: the role of off-farm activities in poverty reduction*. Ponencia presentada en el Seminario Latinoamericano sobre Desarrollo del Empleo Rural No Agrícola, BID/FAO/CEPAL/RIMISP. Santiago de Chile, setiembre de 1999.
- Dutrénit, Gabriela, coord. (2009). *Sistemas regionales de innovación: un espacio para el desarrollo de las PYMES*. Colonia Suiza, Uruguay: Universidad Autónoma Metropolitana-Xochimilco.
- Espinoza, Malva (2003). *Trabajo decente y protección social*. Santiago de Chile: OIT.
- Ferrás Sexto, Carlos (2009). Is the counterurbanization process a chaotic concept in academic literature? [online]. *Geographica Pannonica*, 13(2), pp. 53-65. Disponible en: <http://www.dgt.pmf.uns.ac.rs/cirilica/pannonica/papers/volume_13_2_3.pdf> [acceso 3/3/2014].
- Freeman, Christopher y Carlota Pérez (1988). Structural crises of adjustment, business cycles and investment behavior. En: Giovanni Dosi, Christopher Freeman, Richard Nelson, Gerald Silverberg y Luc Soete, eds. *Technical change and economic theory*. Londres/Nueva York: Pinter Publishers, pp. 38-66.
- Gambrill, Mónica (2002). La subcontratación internacional: entre la regionalización y la globalización. En: Mónica Gambrill, coord., *La globalización y sus manifestaciones en América del Norte*. México: CISAN/UNAM, pp. 185-210.
- García Castro, Neftalí (2011). *Los grados de asimilación económica del estado de Guerrero a fines del siglo XX*. Tesis de doctorado en Geografía. Facultad de Filosofía y Letras, Universidad Nacional Autónoma de México, México-DF.
- García de Fuentes, Ana y Josefina Morales (2000). La maquila en la península de Yucatán. En: Ana García de Fuentes, María Eugenia de la O, Cirila Quintero y Josefina Morales, coord. *El eslabón industrial: cuatro imágenes de la maquila en México*. México: Nuestro Tiempo, pp. 209-241.

- Gereffi, Gary (2004), La transformación de la industria de la confección en América del Norte. En: Alejandro Dabat, Miguel Ángel Rivera Ríos y James W. Wilkie, coords. *Globalización y cambio tecnológico: México en el nuevo ciclo industrial mundial*. México: Universidad de Guadalajara-UNAM/UCLA/PROF-MEX/Juan Pablos, pp. 355-406.
- Gorenstein, Silvia; Martín Napal y Mariana Olea (2007). Territorios agrarios y realidades rururbanas: Reflexiones sobre el desarrollo rural a partir del caso pampeano bonaerense. *Eure*, 33(100), pp. 91-113.
- Gras, Carla (2004). Pluriactividad en el campo argentino: el caso de los productores del sur santafecino. *Cuadernos de Desarrollo Rural*, 51, pp. 91-114.
- Guzmán Jiménez, Marleny (2011). *La industria de la confección en la sub-región Pacífico sur de México, 1988-2004*. Tesis de maestría. Facultad de Economía, Universidad Nacional Autónoma de México, México-DF.
- Jiménez Zamora, Elizabeth (2007). La diversificación de los ingresos rurales en Bolivia. *Íconos: Revista de Ciencias Sociales*, 29, pp. 63-76.
- Juárez Núñez, Humberto (2004). *Allá... donde viven los más pobres: cadenas globales-regiones productoras, la industria maquiladora del vestido*. México: Benemérita Universidad Autónoma de Puebla-Universidad de Guadalajara-Universidad Obrera de México-Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo.
- Kautsky, Karl (1968). *La cuestión agraria: análisis de las tendencias de la agricultura moderna y de la política agraria de la socialdemocracia*. México: Siglo XXI.
- Klein, Emilio (1992). *El empleo rural no agrícola en América Latina*. Documento de Trabajo, 364. Santiago de Chile: Comisión Económica para América Latina y el Caribe (PREALC).
- Marini, Ruy Mauro (1973). *Dialéctica de la dependencia*. México: Era.
- Mascheroni, Paola y Alberto Riella (2006). La pluriactividad en el medio rural uruguayo. En: Alberto Riella, comp., *Globalización, desarrollo y territorios menos favorecidos*. Montevideo: DS-FCS-UDELAR, pp. 233-264.
- Muñiz Montero, Isabel (2014). *Consecuencias de la incorporación de la industria del vestido y la confección como estrategia de desarrollo en la región de Tehuacán, Puebla, México*. Tesis de doctorado. Colegio de Postgraduados, Puebla, México.
- Ochoa Chi, Juanita del Pilar (2006). *La maquila y sus implicaciones sociales en el Istmo de Tehuantepec*. Tesis de maestría en Sociología. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México, México.
- Reardon, Thomas; Julio Berdegue y Germán Escobar (2001). Rural nonfarm employment and incomes in Latin America: overview and policy implications. *World Development*, 29(3), pp. 395-409.

- Red de Solidaridad de la Maquila y Rodrigo Santiago Hernández (2010). *La industria del vestido de Tehuacán en tiempo de crisis* [online]. Disponible en: <<http://es.maquilasolidarity.org/sites/es.maquilasolidarity.org/files/RSM-Resumen-Tehuacan-2010-12.pdf>> [acceso 21/1/2015].
- Sacco dos Anjos, Flávio y Nádia Velleda Caldas (2007). Pluriactividad y agricultura familiar en Brasil: el caso de Rio Grande do Sul. *Revista de la CEPAL*, 93, pp. 157-173.
- Schneider, Sergio (2009). La pluriactividad en el medio rural brasileño: características y perspectivas para la investigación. En: Hubert Carton de Grammont y Luciano Martínez Valle, comps. *La pluriactividad en el campo latinoamericano*. Quito: FLACSO-Ecuador, pp. 207-242.
- Simón Domínguez, Nadima (2006). Resultados de dos encuestas realizadas a empresas de la industria de la confección de prendas de vestir localizadas en los estados de Aguascalientes y Yucatán. En: Isabel Rueda Peiro y Nadima Simón Domínguez, coord. *El dilema de la industria del vestido en México: los casos de Aguascalientes y Yucatán*. México: UNAM/Porrúa, pp. 127-176.
- Wilson, Fiona (1990). *De la casa al taller: mujeres, trabajo y clase social en la industria textil y del vestido*. Zamora: El Colegio de Michoacán.

Sobre los autores y autoras

- **Alberto Riella**
Profesor e investigador del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay. Coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO N° 45: Transformaciones Agrarias y Trabajadores Rurales: condiciones de empleo, conflictos y ciudadanía en el campo latinoamericano.
- **Paola Mascheroni**
Profesora e investigadora del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Mónica Bendini**
Investigadora del Grupo de Estudios Sociales Agrarios (GESA). Profesora de Posgrado de la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, Universidad Nacional del Comahue. Argentina
- **Juliana Dourado Bueno**
Becaria de doctorado del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Programa de Pós-Graduação em Sociologia (PPGS) de la Universidade Federal de São Carlos. Brasil.
- **Matías Carámbula**
Profesor e investigador del Departamento de Ciencias Sociales de la Facultad de Agronomía, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Joaquín Cardeillac**
Profesor e investigador del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.

- **Hubert Carton de Grammont**
 Investigador del Instituto de Investigaciones Sociales, Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México.
- **Josefa Salete Barbosa Cavalcanti**
 Profesora titular de Sociología de la Universidade Federal de Pernambuco (UFPE). Miembro del Comité Ejecutivo del RC40 de la Asociación Internacional de Sociología (ISA). Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Brasil
- **Maciel Cover**
 Doctorando del Programa de Pós-Graduação em Ciências Sociais (PPGCS) de la Universidade Federal de Campina Grande (UFCG). Becario de la Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES). Brasil.
- **Andrés Dean**
 Profesor e investigador del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Rodolfo Rodrigo Santos Feitosa**
 Profesor del Instituto Federal do Sertão Pernambucano (IF Sertão-PE). Doctorando del Programa de Pós-Graduação em Sociologia de la Universidade Federal de Pernambuco. Brasil
- **Estefanía Galván**
 Profesora ayudante e investigadora del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Múcio Tosta Gonçalves**
 Profesor e investigador del Departamento de Ciências Econômicas de la Universidade Federal de São João del-Rei (UFSJ). Brasil.
- **Agustín Juncal**
 Profesor ayudante e investigador del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.

- **Sara María Lara Flores**
Investigadora titular del Instituto de Investigaciones Sociales de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM). México.
- **Luciano Martínez Valle**
Profesor e investigador de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO) sede Ecuador. Ecuador.
- **Beatriz Medeiros de Melo**
Doctora en Sociología por la Universidade Federal de São Carlos. Profesora de Enseñanza Superior e investigadora. Brasil.
- **Marilda Aparecida Menezes**
Profesora visitante de la Universidade Federal do ABC (UFABC)/Programa de Pós-graduação em Ciências Humanas e Sociais (PCHS). Profesora del Programa de Pós-Graduação em Ciências Sociais (PPGCS) de la Universidade Federal de Campina Grande (UFCG). Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Brasil
- **Elena Mingo**
Investigadora del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Profesora de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNA). Argentina.
- **Alberto Dias de Moraes**
Profesor de la Faculdade de Ciências Aplicadas e Sociais de Petrolina; perito federal agrário del Instituto Nacional de Colonização e Reforma Agrária (INCRA). Doctorando del Programa de Pós-Graduação em Sociologia de la Universidade Federal de Pernambuco (PPGS-UFPE). Brasil
- **Bolívar Moreira**
Asistente de investigación del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Guillermo Neiman**
Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Profesor de la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires (UBA) y de FLACSO, sede Argentina. Argentina.

- **Enrique Ormachea Saavedra**
 Investigador del Centro de Estudios para el Desarrollo Laboral y Agrario (CEDLA). Bolivia
- **Ivone Perazzo**
 Profesora e investigadora del Instituto de Economía de la Facultad de Ciencias Económicas y de Administración, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Diego E. Piñeiro**
 Profesor investigador del Departamento de Sociología de la Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República (UDELAR). Uruguay.
- **Germán Quaranta**
 Investigador del Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (CONICET) con sede en el Centro de Estudios e Investigaciones Laborales (CEIL). Profesor de la Universidad Nacional Arturo Jauretche (UNAJ). Argentina.
- **Kim Sánchez Saldaña**
 Profesora e investigadora de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos (UAEM). México.
- **Maria Aparecida de Moraes Silva**
 Profesora visitante sénior de la Coordenação de Aperfeiçoamento de Pessoal de Nível Superior (CAPES) en el Programa de Pós-Graduação em Sociologia (PPGS) de la Universidade Federal de São Carlos. Investigadora del Conselho Nacional de Desenvolvimento Científico e Tecnológico (CNPq). Brasil.
- **Norma Steimbregger**
 Investigadora del Grupo de Estudios Sociales Agrarios (GESA). Profesora del Departamento de Geografía de la Facultad de Humanidades, Universidad Nacional del Comahue (UNCOMA). Argentina.

Siglas y acrónimos

AALPUM	Asociación Agrícola Local de Productores de Uva de Mesa
ABD	Asian Development Bank
ANAPO	Asociación de Productores de Trigo y Oleaginosas
BID	Banco Interamericano de Desarrollo
BNDES	Banco Nacional do Desenvolvimento Econômico e Social
BPC	Base de Prestaciones y Contribuciones
BPS	Banco de Previsión Social
CANAIVES	Cámara Nacional de la Industria del Vestido
CIU	Clasificación Internacional Industrial Uniforme
CLACSO	Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales
CNA	Censo Nacional Agropecuario
CNPHyV	Censo Nacional de Población, Hogares y Vivienda
CNT	Convención Nacional de Trabajadores.
CONAPO	Consejo Nacional de Población
CONVAL	Consejo Nacional de Evaluación de la Política de Desarrollo Social
COPENOA	Colectivo Periodístico del Norte Argentino
CSIC	Comisión Sectorial de Investigación Científica
CUT	Central Única dos Trabalhadores
DGDR	Dirección General de Desarrollo Rural
DNTR	Departamento Nacional de Trabalhadores Rurais
DS	Departamento de Sociología

EAP	Explotaciones agropecuarias
ECH	Encuesta Continua de Hogares
ENHA	Encuesta Nacional de Hogares Ampliada
ENIGH	Encuestas Nacionales de los Ingresos y Gastos de los Hogares
ERNA	Empleo Rural No Agrícola
FATRE	Federación Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
FCEA	Facultad de Ciencias Económicas y de Administración
FCS	Facultad de Ciencias Sociales
FERAESP	Federação dos Empregados Rurais do Estado de São Paulo
FINNVERA	Finland's Export Credit Agency
FORLAC	Programa de Promoción de la Formalización en América Latina y el Caribe
GESA	Grupo de Estudios Sociales Agrarios
GT	Grupo de Trabajo
IFC	International Finance Corporation
INAC	Instituto Nacional de Carnes
INE	Instituto Nacional de Estadística
INIA	Instituto Nacional de Investigación Agropecuaria
JICA	Japan International Cooperation Agency
MDRyT	Ministerio de Desarrollo Rural y Tierras (Bolivia)
MIGA	Multilateral Investment Guarantee Agency
MTSS	Ministerio de Trabajo y Seguridad Social
NOA	Noroeste Argentino
OPYPA	Oficina de Programación y Política Agropecuaria
PEA	Población Económicamente Activa
PIT	Plenario Intersindical de Trabajadores
PROINDER	Proyecto de Desarrollo de Pequeños Productores Agropecuarios
SAGARPA	Secretaría de Agricultura, Ganadería, Desarrollo Rural, Pesca y Alimentación
SIMPPI	Sistema Mexicano de Promoción de Parques Industriales

SPU	Secretaría de Políticas Universitarias
STPS	Secretaría del Trabajo y Previsión Social
STR	Sindicato dos Trabalhadores Rurais
SUL	Secretariado Uruguayo de la Lana
SUMLI	Sistema de Movilidad Laboral Interna
UATRE	Unión Argentina de Trabajadores Rurales y Estibadores
UDELAR	Universidad de la República (Uruguay)

Los grupos y centros
de investigación creadores del GT45 son:

UNIVERSIDADE FEDERAL DE PERNAMBUCO

Brasil

UNIVERSIDAD NACIONAL DEL COMAHUE

Argentina

UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

Uruguay

**UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA
DE MÉXICO**

México

UNIVERSIDADE FEDERAL DE SÃO CARLOS

Brasil

**CENTRO PERUANO DE ESTUDIOS
SOCIALES - CEPES**

Perú

**CENTRO DE ESTUDIOS E INVESTIGACIONES
LABORALES - CEIL/CONICET**

Argentina

**FACULTAD LATINOAMERICANA
DE CIENCIAS SOCIALES - FLACSO**

Ecuador

**CENTRO DE ESTUDIOS RURALES
INTERDISCIPLINARIOS - CERI**

Paraguay

**CENTRO DE ESTUDIOS PARA EL DESARROLLO
LABORAL Y AGRARIO - CEDLA**

Bolivia

**UNIVERSIDAD AUTÓNOMA
DEL ESTADO DE MORELOS**

México

**UNIVERSIDADE FEDERAL
DE SÃO JOÃO DEL-REI**

Brasil

El Grupo de Trabajo Transformaciones Agrarias y Trabajadores Rurales: condiciones de empleo, conflictos y ciudadanía en el campo latinoamericano (GT45) del Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales (CLACSO) tiene como objetivo general realizar estudios comparados sobre temas vinculados a transformaciones productivas y calidad del empleo agrícola; los derechos laborales, conflictos y organizaciones sindicales de los asalariados agrícolas; y las políticas públicas y el desarrollo de ciudadanía de los trabajadores rurales del continente. Con ello se busca poner de manifiesto la importancia social y política de los trabajadores rurales en América Latina y sus principales problemáticas.

Desde su formación en 2013, el GT45 ha llevado adelante una serie de actividades para promover la producción de conocimiento comparado en los principales ejes temáticos del grupo y fomentar el diálogo e intercambio con otros investigadores, decisores de políticas públicas y referentes de organizaciones sociales en los distintos países. En esta línea ha realizado reuniones de trabajo, seminarios públicos y publicaciones, y ha participado en eventos internacionales en los que se han difundido y debatido los resultados de las investigaciones realizadas por los miembros del GT45.



El desarrollo acelerado del capitalismo en la última década, en los territorios rurales, no sólo se ha producido mediante la depredación de recursos naturales y el desplazamiento de miles de comunidades de sus tierras, sino también por la explotación de millones de hombres y mujeres que con su fuerza de trabajo crean el valor y la riqueza acumulados por las grandes empresas del sector agrario.

Este libro invita a pensar sobre las urgencias y los desafíos actuales de los trabajadores rurales latinoamericanos, aportando, desde diversos ángulos y territorios, al debate sobre las formas que asumen los procesos de transformación de los mercados de empleo rural en el continente ante la expansión capitalista de la última década.

A partir de diferentes estudios en seis países, se recorre la situación de los trabajadores rurales desde la Patagonia argentina hasta la frontera mexicana con Estados Unidos de Norte América. Esta diversidad de contextos productivos y culturales permite observar la radical alteración del paisaje de los mundos rurales de América Latina, en los cuales se genera una transformación sustantiva en las relaciones de trabajo. Emergen así nuevas formas de intensificación del trabajo y de contratación y control de los trabajadores, aumenta la movilidad y el desplazamiento entre territorios en búsqueda de empleo estacional y se produce una fuerte incorporación de nuevos segmentos sociales al trabajo rural.

De esta forma, esta publicación contribuye a reflexionar sobre cómo hoy en día los mercados de empleo rural en nuestro continente siguen siendo un motor para la reproducción de las vulnerabilidades sociales y un espacio de fragilidades, injusticia y discriminación, en el cual las desigualdades de clase, género, raza y etnia se profundizan y multiplican afectando a todas nuestras sociedades latinoamericanas.